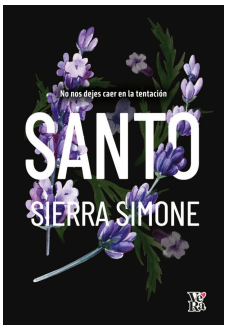

No nos dejes caer en la tentación
SANTO
SIERRA SIMONE
VeRa


No nos dejes caer en la tentación
SANTO
SIERRA SIMONE
VeRa



Solo un santo podría resistirse a Elijah Iverson.

Nadie habría apostado que Aiden acabaría tomando los hábitos, pero convertirse en monje le salvó la vida. Lejos de su pasado como millonario fiestero y del amor de su vida, Elijah Iverson.

Sin embargo, cuatro años después, Elijah vuelve a aparecer en su vida y deben viajar juntos por monasterios europeos para un reportaje. Y lo que debería ser un viaje espiritual se convierte en una tentación constante: miradas cargadas de historia, caricias prohibidas, susurros en la penumbra y un deseo que arde más fuerte que nunca.

La atracción entre ellos sigue ahí, pero Aiden sabe que no puede recuperar a Elijah. Le rompió el corazón cuando se fue, y

ahora Elijah está comprometido con otra persona. Aiden eligió a Dios. Eligió sus votos.

Con votos o sin ellos, solo un santo podría resistirse a Elijah y Aiden ya no está seguro de serlo.

SIERRA SIMONE es una exbibliotecaria y autora superventas en *USA Today* que pasó demasiado tiempo leyendo novelas románticas en el mostrador de información. Vive con su esposo y su familia en Kansas City.

Puedes suscribirte a su *newsletter* para recibir notificaciones sobre nuevos lanzamientos, descuentos en libros, eventos y otras novedades.

www.thesierrasimone.com
thesierrasimone@gmail.com

SANTO

SIERRA SIMONE



Para Erica Russikoff

Grábame como un sello sobre tu corazón;
llévame como una marca en tu brazo.

El amor es inquebrantable como la muerte;
y el anhelo es feroz como el sepulcro.

Sus flechas son de fuego,
llamas divinas.

No hay aguas profundas que puedan extinguir el amor,
ni hay ríos que puedan sofocarlo.

El cantar de los cantares, 8:6-7

Advertencia de contenido sensible

La historia del personaje principal de este libro incluye depresión y una experiencia previa con ideas suicidas antes de que lo diagnostiquen en el capítulo 47. Es posible saltar ese capítulo e inferir su contenido por el resto de la historia.

Este libro también contiene menciones breves de abuso sexual infantil a manos de un cura católico y el suicidio de una hermana. El abuso y la muerte ocurren antes de los sucesos de la historia principal.



PRÓLOGO

El aire está hecho de salvia y lavanda, y un monje desnudo canta frente a mí.

Está sentado de tal modo que no veo sus labios moverse contra el aire veraniego mientras canta. Así que veo el mordisco que dejé en su cadera hace menos de una hora.

Desnudo, mordido, bien follado.

Rezando.

Y también está rezando con todo su cuerpo, sus pulmones funcionan, sus costillas y su espalda se expanden y se contraen, alza el rostro hacia un cielo tan despejado y celeste que parece digno de un sueño.

Piensa que estoy tomando notas para el artículo que se supone que estoy escribiendo; pero no es cierto, no lo hago. En cambio, presto atención al sudor que cae entre sus omóplatos por el valle musculoso de su columna hasta las hendiduras de su cintura.

Registro la melodía suntuosa de su voz mientras canta salmos a un ritmo sencillo, con tono grave y emotivo bajo las hojas susurrantes de los árboles de esa montaña en la Provenza.

Noto la barba incipiente en su mandíbula tallada, el roce de las pestañas largas sobre sus mejillas rosadas por el sol, el movimiento de su garganta mientras entona canciones que tienen miles de años. El vello en sus muslos mientras está sentado de piernas cruzadas con su breviario en el regazo. El rastro cuidadoso de la punta de su dedo sobre los versos en la página.

Hace cinco años, este mismo hombre nunca rezaba, ni siquiera había permanecido quieto más de unos minutos sucesivos. Aiden Bell era puro carisma, pura energía: juguetón, lujurioso, frenético, cinético. Era estimulante y agotador. Él vibraba y latía en mí como una droga que hacía que cada instante fuera borroso y claro a la vez; el impacto siempre hacía que valiera la pena.

Bueno, casi siempre.

Lo amaba.

Aún lo amo.

Él me mira cuando termina un salmo y sonríe.

—Ven —dice, y lo sigo, cargando mi libreta como si fuera mi propio breviario. Y luego, cuando me reúno con él en la manta extendida sobre el césped suave y seco, me arrastra sobre su regazo con gran facilidad. En su vida pasada como millonario caótico, tenía el cuerpo de un casanova: músculos marcados, abdomen ondulante, líneas tentadoras que iban desde la cadera a su pene. Pero después de cinco años en el monasterio, se ha vuelto más fuerte y robusto; tiene hombros amplios y muslos anchos y, aunque soy alto y le llevo

cinco años, me manipula como si fuera una muñeca, y coloca mi trasero sobre su entrepierna.

Se mueve y se excita contra mí, pero no hace nada al respecto. En cambio, me rodea con los brazos y vuelve a cantar sus salmos en voz baja en mi oído. Su pecho sube y baja detrás de mí, la canción vibra de su cuerpo al mío.

Cierro los ojos y escucho. Cierro los ojos y siento.

No hay manual de instrucciones para enamorarte del hermano menor de tu mejor amigo. Y no hay manual de instrucciones para volver a enamorarte de él cuando se ha convertido en monje.

Solo existe la conciencia dolorosa de que eres una suerte de plegaria momentánea, pronunciada con veneración, susurrada con suavidad en el aire, y luego concluida con un *selah* sutil y amoroso.


KANSAS

zonaepub.com



CAPÍTULO UNO

En el eremitorio, sueño de nuevo con él.

Es un sueño lento y casi doloroso por su dulzura. Estamos en un avión cogidos de la mano, y él me reprende por haber contratado un seguro extra para el coche que hemos alquilado en nuestro destino. Respondo deslizando las yemas de mis dedos contra los dientes hasta que sus reprimendas se convierten en escalofríos y desaparecen. No soportamos tener que esperar hasta llegar al hotel más tarde ese día para tocarnos, pero la cabina está llena y los asientos de primera clase no son convenientes para el alivio que nos supondría escondernos bajo la manta del avión…

—¿Y si…? —murmura.

Y parece que el avión nunca aterrizará, y tal vez nunca debería hacerlo porque al menos si estoy aquí, él está aquí conmigo, y, si estamos juntos, entonces eso significa que nunca me fui…

Y luego, despierto.

Estoy cubierto de sudor, mi corazón late acelerado y las sábanas están pegajosas por el semen derramado. Y, Dios mío, es como

perderlo de nuevo cuando sueño con él así. Mierda, como volverlo a perder.

Me incorporo y deslizo la mano por mi cabello, sintiéndome abatido.

Cuatro años y seis meses. Cuatro años y seis meses de elegir esta vida, de encontrar un propósito más allá de ganar dinero y buscar la próxima dosis de dopamina. De vivir cerca del dios que me encontró en el suelo de mi granja una noche, el dios que me había encontrado cuando la cuerda que me sostenía a la vida misma era delgada como una telaraña.

También pasaron cuatro años y seis meses desde que me liberé de las garras de un amor que juro que aún siento en las entrañas y en la médula.

Han pasado cuatro años y seis meses desde que empecé a intentar olvidar a Elijah Iverson.



CAPÍTULO DOS

El silencio, por si no lo sabías, es una mentira.

Por ejemplo, ahora mismo estoy en un eremitorio en el bosque, en el último día de un retiro silencioso de dos semanas. Mis hermanos monásticos están a tres kilómetros de distancia, y no hay nada ni nadie cerca de mí. Debería ser la definición de silencio. Debería ser un vacío de silencio, una burbuja de quietud pura e imperturbable.

Y sin embargo…

La respiración entra y sale de mi cuerpo como un serrucho. El viento que anuncia una tormenta se lanza con impaciencia a los árboles. Detrás de ellos, fuera de mi campo visual, un arroyo corre, desbordado por una lluvia reciente. Y, a tres kilómetros de distancia, oigo las campanadas débiles de la iglesia.

No, no hay silencio aquí. No en el sentido más real de la palabra. Y, sin embargo, en cierto modo es el opuesto absoluto al ruido.

Vengo de un mundo de ruido. De teléfonos que suenan, ordenadores que vibran, dedos que escriben en las pantallas de los iPads. De coches, aviones y vasos que brindan con cerveza en el

aeropuerto. De voces discutiendo, negociando, persuadiendo. De mí mismo, ruidoso, risueño y salvaje.

Pero aquí solo hay un teléfono común, compartido entre todos, y apenas hay algunos ordenadores y teléfonos móviles que se usan específicamente para asuntos de la abadía. Hay cerveza, pero se consume con placer, no con desesperación; y no hay negociaciones, no hay idas y venidas, no hay persuasiones.

El silencio en este sitio es el canto de los pájaros, el canto del arroyo y el viento entre los árboles. Son canciones, rezos, cantos, el repiqueteo de las campanas y el zumbido del órgano. El traqueteo de los tractores que suben a los campos de cebada, el rasgueo de las máquinas de imprimir. El tintineo de las cuentas del rosario, el susurro de las páginas de la Biblia y los ecos musicales que provienen de lugares invisibles.

Es el sonido de la vida del hermano Patrick, no la de Aiden Bell.

Suelto el hacha y me seco la frente con el antebrazo, escuchando las campanadas que resuenan convocando a *laudes*. En general, haría lo que he hecho cada día durante las últimas dos semanas: recitaría mi oración diaria solo, y luego volvería a limpiar el follaje y las ramas en el suelo alrededor del eremitorio y convertiría los árboles caídos en madera útil que enviaría a la carpintería del hermano Andrew. Pero aún estoy perturbado por mi sueño, y no sé qué hacer.

Me preocupa que, si permanezco aquí solo, mis pensamientos volverán a girar en torno a él.

Alzo mis ojos hacia las colinas.

Logro asearme y trotar los tres kilómetros hasta la iglesia justo antes de que empiecen los rezos, y llego al santuario a tiempo para

inclinarme ante el altar y ocupar mi asiento en el coro antes de que entonen la primera oración. El aroma a incienso invade el aire, pero también percibo el olor a madera fresca y tierra húmeda en mí, a pesar de que había pasado por mi cuarto para cambiarme y vestirme con un hábito limpio.

Espero escapar del escrutinio, pero sé que es imposible. Mientras que los púlpitos para visitantes están de frente al altar, los asientos del coro en el cancel están enfrentados. Así que, cuando alzo la vista, lo primero que veo no es el altar o el crucifijo detrás, sino a mi antiguo maestro de novicios, el padre Harry, fulminándome con la mirada. Me mira así porque no esperaba mi presencia. O porque he llegado tarde, no lo sé. Tal vez simplemente porque nunca le he caído bien. Ni cuando era un postulante, ni ahora cuando estoy a menos de un año de hacer mis votos solemnes.

Pero cuando miro a mi mentor, el hermano Connor, y al abad Jerome, al otro lado del pasillo, noto que al parecer ambos intentan reprimir una sonrisa. Y luego veo al hermano Titus y al hermano Thomas sonriéndome con sonrisas gemelas, y me relajo un poco. No he llegado tarde a la adoración desde que era un novicio, y me he esforzado mucho por erradicar todo rastro de Aiden Bell. Aiden Bell, el que siempre llegaba tarde, siempre corría, siempre apagaba incendios propios.

El hermano Patrick no hace nada de eso.

El hermano Patrick llega puntual a todo. El hermano Patrick rara vez habla e incluso ríe con menos frecuencia. Es responsable, trabajador y serio. Supervisa las cuentas del monasterio, ayuda donde lo necesitan, y nunca ha sido una carga para nadie.

El hermano Patrick no llega tarde a las adoraciones, y sin duda no se corre en las sábanas soñando con su exnovio.

Aprieto brevemente mi breviario al recordar que mordisqueaba los dedos del Elijah de mi sueño. Mi cuerpo también se tensa, la presión brota de la jaula que cerré rápido a mi alrededor antes de venir aquí.

¿Cómo soportaré otro año extrañándolo? ¿Otros cuarenta años más?

Pero el monasterio Sergius otorga la respuesta, como siempre. Mis hermanos empiezan con el primer salmo, y el canto obliga a mi respiración a continuar entrando y saliendo. Obliga a mis ojos a recorrer la página, obliga a mi boca a moverse, a mis pulmones a expandirse y contraerse. La canción llena el aire al igual que lo hace el sol de la mañana, consolador por su atemporalidad. El sol siempre ha estado aquí, y, al parecer, la canción también. Es el oficio divino lo que me centra: el rezo con nuestros alientos y músculos y huesos.

Después de unos salmos más, unos cánticos y rezos a Santa Catalina de Siena (hoy es su día festivo), la adoración termina y cierro el breviario sintiéndome mejor, sintiendo menos inquietud y tensión. Menos incómodo en mi interior.

Pero aún estoy un poco preocupado. Vine a este sitio a dejar mi vida pasada atrás, vine aquí para vivir por completo para Dios, pero Elijah sigue floreciendo en mí, y, al parecer, no puedo detenerlo.

No puedo detener sus brotes tiernos y delgados, buscando echar raíces, y yo soy su jardín, su suelo, su lugar, y sería maravilloso si no tuviera que ser el jardín de mi Dios.



Dado que ya estoy aquí en la abadía, desayuno con los demás. Participamos del Gran Silencio hasta después de nuestro almuerzo, así que el refectorio está lleno solo del tintineo lento de las tazas de café y el roce de los hábitos contra el suelo. Nada de conversaciones.

Con el paso de los años, el sonido de mi voz ha llegado a desagradarme cada vez más… y solía ser el idiota que arrastraba a amigos y clientes a bares con karaoke al final de una noche larga sin una pizca de arrepentimiento. Llenaba reuniones enteras con mentiras, bromas, rumores, propuestas, exposiciones, disculpas, promesas. Hablaba tanto que Sean a veces me colgaba el teléfono, tanto que mi madre empezó a usar auriculares cuando me llevaba a mi entrenamiento de baloncesto porque no dejaba de hablar sobre los motivos por los que Kansas City merecía tener un equipo profesional.

Una de las cosas que anhelaba lograr cuando vine aquí era aprender a estar callado, para poder escuchar la voz que me condujo aquí. Quería ser como un metal purificado y refinado, todos mis desechos quemados, incinerados como fuera. Rezos, rutina, trabajo, aislamiento, cualquier cosa, solo para convertir al viejo Aiden en ceniza.

Termino el desayuno antes que los demás y me ocupo de mis platos lo más rápido que puedo. Con la misma rapidez que decidí que necesitaba la compañía de mis hermanos, decido que ahora mismo no soporto nada que no sea la soledad.

Las raíces de Elijah aún rodean mis tobillos y suben por mi garganta, y no sé si necesito rezar o cortar leña para lidiar con ello.

Sea lo que sea que necesite hacer, no está aquí, no es algo que requiera otras personas cerca. Esto es entre Dios y yo.

Pero cuando salgo del refectorio, veo al hermano Connor esperándome, con las manos cruzadas y los labios curvos en una sonrisa amable.

—Hermano Patrick —dice con calidez—. ¿Caminarías conmigo?



CAPÍTULO TRES

Aunque solo quiero blandir un hacha hasta no poder moverme más, asiento y sigo su ritmo mientras empieza a caminar.

El hermano Connor podría pedirme que limpiara el estiércol de una vaca de los muros del granero y yo accedería, porque confío completamente en él. Es un hombre blanco bajo y delgado, con un bigote entrecano y ojos azules brillantes, de casi setenta años, pero con la energía y la fuerza de un hombre de la mitad de su edad. Antes de llegar al monasterio Sergius en los años ochenta, era dueño de una escuela de karate y, casi todos los días es posible verlo bajo un roble grande cerca del cementerio, practicando sus posturas bajo las ramas que lo resguardan del sol.

—Sé que estás guardando silencio hoy, así que no es necesario que respondas a mis divagaciones —dice el hermano Connor.

Es una cortesía, porque no hay una cárcel en la abadía ni nada del estilo por romper un voto de silencio. De hecho, no existen los votos de silencio en los monasterios católicos, al menos no de modo permanente. Hay períodos de silencio a lo largo del día, y hermanos

y visitantes suelen hacer votos de silencio temporales para inducir una introspección y contemplación más profunda (como he hecho yo las últimas dos semanas), pero no hay una renuncia absoluta a las palabras.

Los únicos silencios que se imponen —en general con mala cara y reprimendas suaves (por infracciones graves)— son el Gran Silencio entre las completas y el desayuno, el silencio en las comidas y en las capillas donde los monjes y los visitantes van a rezar por igual. Sin embargo, valoro la cortesía del hermano Connor. Es primordial honrar lo que me prometí a mí mismo, aunque solo sea importante para mí.

En especial si solo es importante para mí.

Por ejemplo, la promesa de tener a Dios y solo a Dios como objeto absoluto de mi devoción.

—El abad quiere verte —dice el hermano Connor mientras nos alejamos del refectorio por un sendero cubierto hacia el edificio que alberga nuestras oficinas diversas y la recepción. Los visitantes ya están paseando por el claustro, sentados en el verde césped del patio o en uno de los muchos bancos de madera—. Y espero que no te importe, pero le pedí que me diera el privilegio de acompañarte mientras habla contigo. Creo que te entusiasmará mucho lo que tiene para decir y quiero ver a mi hermano Leñador sonreír cada tanto.

Dice la última parte con tono bromista. Aquí les asignan a todos los hermanos trabajo según sus fortalezas y, debido a mi experiencia en finanzas, mi trabajo ha estado sobre todo relacionado con software de contabilidad y Excel. Pero mis otras fortalezas son literalmente de fuerza, así que el abad me ha nombrado el obrero

oficial del monasterio Sergius. Traslado barriles de plástico llenos de lúpulo a la cervecería, cargo resmas de papel hasta la imprenta y, cuando estoy en el eremitorio —algo que sucede con menos frecuencia de la que me gustaría—, estoy a cargo de hacer leña de los árboles caídos y llevársela al hermano Andrew, que es nuestro carpintero residente. Y los años de labor han dejado su huella. Si bien siempre he sido alto y de hombros anchos, sin duda mis músculos provenían únicamente de un gimnasio, pero ahora…

Bueno, ahora tengo la constitución de un leñador. Y, dado que no me he afeitado en una semana, es probable que también parezca uno.

—Y espero que no te moleste que lo diga —añade el hermano Connor mientras froto sin pensar la gruesa barba incipiente en mi mandíbula—, pero creo que hoy te vendría bien una sonrisa.

Agradezco mi escudo de silencio porque me preocupa que, si empiezo a hablar, mi vieja versión se apodere de mí y ya no pueda detenerme. Me preocupa atrapar a mi amigo en este sendero y obligarlo a escucharme describir el arco preciso de las cejas de Elijah y el tono áspero y grave de su voz.

Así que, en vez de hablar, asiento despacio.

Sí.

Tal vez me vendría bien una sonrisa. Dios sabe que ya no puedo ver a Elijah nunca más.

Pero me siento mejor mientras caminamos por los espacios de la abadía. Las ventanas de todos los edificios por los que pasamos están abiertas, permiten la entrada del aire húmedo primaveral y una brisa fuerte está decidida a sacudir cada papel en el lugar. Huele

a café, césped y algo único propio del monasterio Sergius. Como incienso, papel antiguo y almidón para la ropa de primera línea.

Huele a vida, a vivir. A estar vivo.

Y, como sucede cada día cuando recuerdo por qué estoy aquí, llega la gratitud. Agradezco estar aquí; le doy las gracias a Dios, a este sitio e incluso a la versión de mí mismo que vino aquí.

Me siento agradecido y satisfecho. Y la satisfacción es suficiente, a pesar de los sueños húmedos ocasionales.

—Los recuerdos no están hechos para ser tormentos, hermano Patrick —dice el hermano Connor en un tono demasiado informal, lo que significa que ha adivinado en qué estoy pensando—. Son regalos.

«Una mierda de regalos», quiero decir. Pero no lo hago. El hermano Connor sabe lo que dejé atrás cuando vine. Sabe a *quién* dejé atrás. Todos lo saben, porque no quería que fuera un secreto que era bisexual. Al igual que las esposas de los hermanos viudos, al igual que las novias recordadas con cariño y los amores de la adolescencia. No volvía a la fe católica porque me avergonzara a quién quería llevar a mi cama o a quién le permitía entrar en mi corazón.

Vine por Dios. Vine aquí para permanecer vivo.

De todos modos, cuando pienso en el pasado, no puedo evitar creer que Dios me guio al monasterio Sergius por un motivo, porque el abad me entendió por completo cuando le expliqué mi situación y luego me presentó al hermano Connor, que, con el tiempo, me contó sobre el hombre que había dejado para venir aquí hace cuarenta años, y que escuchó con la empatía de otro corazón roto cuando le conté sobre Elijah.

Solo el padre Harry ha sido lo que había esperado: miradas frías, lecturas incisivas del Levítico en las comidas, etcétera. Me hubiera protegido mejor contra ello si él no hubiera sido también mi maestro de noviciado, pero, después de la quinta reunión con él —en la que sugirió con tono meloso que mi alma corría peligro mortal si no me arrepentía de mi lujuria por los hombres—, fui con el abad y le pedí ayuda. Ese fue el momento en el que mi desarrollo espiritual fue transferido al hermano Connor. Era un acuerdo inusual, pero los monasterios son pequeños mundos propios, alejados de la política ultramundana que sofoca las parroquias y las diócesis, así que el abad Jerome era capaz de hacer lo que considerara apropiado. Y luego, cuando el año terminó, le dio el puesto de maestro de novicios al padre Matteo y puso al padre Harry a cargo de los pedidos de rollos gigantes de papel higiénico, bolsas de café de tamaño industrial y otras provisiones por el estilo.

El hermano Connor parece percibir mi desacuerdo interno con sus palabras sabias y sus ojos brillan mientras me da una palmada en el hombro.

—*Regalos*, hermano Patrick —repite—. Por lo que pueden enseñarnos.

Mis recuerdos solo me enseñan a esconder sábanas manchadas como un adolescente, pero no lo digo, claro, porque no digo nada. El voto de silencio temporal y todo eso.

El abad Jerome ya está sentado detrás del escritorio cuando llegamos a su oficina, la brisa omnipresente sopla por el cuarto y oigo un audiolibro que se reproduce desde una fuente desconocida. Está en francés y el hermano Connor pregunta «¿Proust de nuevo?» mientras nos sentamos en las robustas sillas de madera frente al

escritorio del abad. El hermano Andrew las construyó hace años y ahora las agradezco, porque la separación entre los apoyabrazos es suficiente para que pueda sentarme con los muslos abiertos, lo cual es más cómodo con la jaula. Es curioso que haya olvidado cómo moverme y sentarme con la jaula de castidad cuando ha sido una compañía casi constante en mis primeros días en el monasterio. Pero los últimos dos años, la he necesitado cada vez menos.

Bueno, hasta anoche, claro.

—Ahora estoy con Camus —dice el abad, alzando la vista de los papeles en su escritorio hasta nosotros—. *Vivre, c'est faire vivre l'absurde* y todo eso. Hola, hermano Patrick.

El abad se parece mucho al fraile Tuck de la película de dibujos animados *Robin Hood*, excepto que él no tiene la tonsura. Y no es un tejón, obviamente. Es bajo y regordete, tiene piel clara, cejas pobladas y cabello canoso. Su nariz es todo lo prominente que su mentón no es, y sus reprimendas son tan frecuentes como sus sonrisas. Pasa la mayor parte de su tiempo libre escribiendo sobre una persona muy muy muerta llamada Gregorio de Nisa.

Vendemos sus libros en la tienda de regalos. Tienen muchas notas al pie.

Asiento a modo de saludo ante el abad y él desliza algo sobre su escritorio, empujando a un lado lapiceros y lo que parece sospechosamente similar a Tic Tacs sueltas.

—Sé que estás en silencio hoy —dice el abad mientras extiendo la mano para tomar la pila de papeles que me ofrece—. Así que no espero que respondas de inmediato ante lo que estás a punto de ver. Pero quería que tuvieras la oportunidad de pensar en ello

cuando estés solo en el eremitorio esta noche. Creo que esto requerirá mucho criterio.

Hay tres fotografías brillantes sujetas con clips en la parte superior de la pila. Muestran acantilados rocosos que sobresalen en contraste con el mar oscuro y en apariencia frío; una iglesia medieval sencilla se erige entre colinas austeras con algunas lápidas gastadas a su alrededor. Hay una estructura de piedra pequeña (decirle cabaña sería generoso, quizás choza le queda mejor) al borde del acantilado y le faltan la puerta, las ventanas y el techo. El cielo está oscuro y cubierto de nubes y la bruma del mar flota en el aire. El césped alrededor de la choza se ve casi plano por el viento.

Parece el fin del mundo. El fin absoluto del mundo, y alguien ha construido un monasterio allí.

Mi alma da un grito intenso y silencioso al verlo.

—El monasterio de Santa Columba —dice el abad. Cuando alzo la vista, está observándome con atención—. Un monasterio trapense en la costa oeste de Irlanda.

Trapense.

El monasterio Sergius es una abadía benedictina, lo que significa que seguimos las reglas de san Benito, que fue la primera persona en planificar cómo grupos de personas podían vivir, trabajar y rezar en el mismo lugar sin descender en el caos espiritual o en la hediondez irredimible. Pero, quinientos años después de que san Benito escribiera su plan, un grupo de monjes decidió que nadie lo estaba siguiendo con precisión y se mudaron a un pantano donde pasaron el resto de sus vidas en una suerte de austeridad estricta. Hasta que, con el tiempo, convirtieron el pantano en tierras de cultivo viables y todos recordaron que era agradable comer y

descansar y usar zapatos cada tanto, y un par de siglos después, los cistercienses ya no eran mucho más austeros que los benedictinos de los que se habían separado. Así que otro grupo de monjes se apartó de ellos y ejerció una austeridad extrema. Casi nada de comida, trabajo constante, silencio, penitencia, aislamiento, todo. Por un tiempo, incluso vivieron sin techo sobre sus cabezas. Literalmente.

Se llaman trapenses. Y, aparte de los cistercienses —que son como los antisociales silenciosos del monacato cristiano—, de todas las órdenes monásticas, los trapenses son los que están más dedicados a una vida de rezo y contemplación.

Miro de nuevo el paisaje desierto en las imágenes.

—Hay información sobre el monasterio de Santa Columba junto a las fotos y, bajo la pila, hay más monasterios. Todos trapenses.

Hojeo los papeles en silencio, rápido. Aunque solía ser la definición de un tipo de negocios que iba a fiestas salvajes, era muy bueno en mi trabajo, y parte de ese trabajo era ser capaz de seleccionar y asimilar información mientras había personas mirándome al otro lado de la mesa. Así que confirmo que son todos monasterios trapenses. Hay dos aquí en Estados Unidos, el famoso Mepkin y el aún más famoso Getsemaní, y el resto están desparramados entre Francia, Bélgica e Italia. Todos tienen fotografías y veo rápidamente arcos de piedra soleados, jardines alegres y un bosque de cuentos de hadas antes de apilar de nuevo los papeles.

Desde la cima del montón, los acantilados solitarios del Santa Columba me miran, me llaman. Prácticamente puedo oler el mar y oír las ráfagas de viento. Imagino el dolor de mis músculos y mi alma cantando. Limpio de todo, excepto del amor por mi amor

eterno, porque, en un lugar así, no quedaría nada más. Solo existiría el mar, el cielo y Dios.

La brisa mueve las cejas del abad mientras me observa.

—Sé que ha estado queriendo más, hermano Patrick. Más silencio, más soledad, más trabajo. Más rezos. Y he pensado un tiempo acerca de los papeles que tienes entre las manos, porque he visto antes esta pasión en otros jóvenes. Quieren más, desean que la devoción los queme hasta los huesos, y, con frecuencia, eso los lleva a quedar consumidos de modo irrecuperable. No solo los consume, los harta. Y o se marchan o se vuelven apáticos y desconectados, y les resulta difícil encontrar de nuevo la paz en una comunidad.

Miro mis manos, ásperas por los callos causados por la silvicultura *amateur*. Que la devoción me consuma hasta los huesos es mi único sueño en este momento, mi única visión para mi futuro.

Quiero ser sagrado y entero. Quiero que mi corazón y mi cuerpo le pertenezcan a Dios en su totalidad, que todo arda en su altar.

Miro de nuevo la foto del monasterio de Santa Columba.

—Por otra parte —continúa el abad—, hay otros hombres que vienen aquí con tu energía y tu búsqueda incansable. Logran grandes cosas y llevan vidas que solo puedo definir como santas. Pero deben encontrar un sitio que encaje con ellos. Verás, este es el problema de la vida monástica: debes ser capaz de encontrar una vida completa en un solo lugar. Debes ser capaz de encontrar los rincones más profundos de tu propia alma en un pliegue del mundo elegido, y de preguntarte a veces si el este de Kansas es ese pliegue elegido para ti. Preguntarte a veces si la de san Benito es la orden correcta para ti. Así que…

A mi lado, el hermano Connor mueve las manos sobre el regazo. En cualquier otra persona, el gesto no significaría nada. Pero en el hermano Connor significa que está lleno de entusiasmo.

El abad le sonríe al hermano Connor y luego a mí.

—Tengo el permiso y los fondos para enviarte a tres de estos monasterios para que veas si uno de ellos encaja bien contigo.

El hermano Connor intercede.

—Oficialmente, este sería un viaje de investigación por el bien de nuestra cervecería, así que recorrerías las cervecerías de cada monasterio y a su vez harías un poco de espionaje corporativo durante tu estancia.

—Espionaje corporativo ético —dice el abad—. Ya sabes, espionaje corporativo cristiano. Hazlo con santidad y esas cosas.

—Pero la investigación es solo la excusa para enviarte, no es el motivo real —dice el hermano Connor—. Tú eres el motivo. Tu futuro es el motivo. Y esperamos que en este viaje encuentres las respuestas que estás buscando.

Aunque hoy no hubiera estado guardando silencio, no sabría qué decir. Estos viajes son poco frecuentes para hermanos como yo, en especial cuando implican salir de la orden y del 5. ¿Quiero pasar un viaje bebiendo cerveza y buscando tierra santa? Sí, por supuesto, pero también siento una incertidumbre profunda. Falta de merecimiento y duda penetrante.

No merezco este regalo.

—Estoy tan entusiasmado por ti —dice el hermano Connor, tocando mi mano que descansa sobre los papeles de Santa Columba —. Pero también sé de lo que estamos hablando. Si haces el viaje y al final decides unirte a una nueva orden…

La puntada ante la comprensión es instintiva. Si me uno a una nueva orden, nunca volveré a ver al hermano Connor cuando me vaya. O al abad Jerome, o a los hermanos Thomas, Titus y Andrew. Nunca volveré a ver mi bosque o mi arroyo ruidoso.

Intercambiaremos correos electrónicos, estoy seguro, pero ya no cantaremos, rezaremos o pasearemos juntos bajo los árboles. Estos hombres se han convertido en mi familia, y tendría que abandonarlos. ¿Y por qué? ¿Por una necesidad amorfa que apenas puedo expresar siquiera ante mí mismo?

—Ahora bien, Santa Columba particularmente es una vida difícil —dice el abad, reclinándose en su silla—. Pero el prior está buscando a alguien, bueno, usó la palabra *robusto*, y no hay nadie más robusto que mi hermano Leñador. Ah, sí, hermano Thomas, ¿qué sucede?

Me giro y veo al hermano Thomas y al hermano Titus en la puerta, sus hombros suben y bajan como si hubieran corrido hasta la oficina.

—El hermano Patrick tiene una visita —jadea el hermano Titus—. En el claustro sur. Está esperando.

—Veo que el Señor hoy está usando su herramienta favorita para enseñar: las interrupciones —dice con ironía el abad—. Muy bien. ¿Asumo que informaron a este visitante que el hermano Patrick hoy está en silencio?

—Sí —comenta el hermano Thomas—. Él dijo que no era problema.

Él.

Me pongo de pie, mi interés aumenta. Hay solo cuatro hombres que me visitarían en el presente: mis tres hermanos y mi padre. Me pregunto si Sean ha traído un bebé de su pila creciente de hijos para

que lo sostenga mientras me pone al día con los chismes familiares. Mi corazón humano y ordinario se reconforta ante ese pensamiento.

—Hermano Patrick —dice el abad antes de que me vaya—, tienes tiempo para decidir sobre el viaje y qué monasterios quisieras visitar. Faltan tres semanas antes de que tengamos que definir los detalles. Y el hermano Connor y yo estaremos disponibles en cualquier momento si quieres hablar al respecto.

Asiento ante ambos hombres con gratitud, esperando que puedan ver mi agradecimiento humilde en mi cuerpo, dado que no puedo expresarlo con palabras. Y, aferrándome a la información sobre los monasterios trapenses, sigo al hermano Titus y al hermano Thomas fuera de la oficina a través de unos pasillos cubiertos que llevan al claustro sur, donde espera mi visitante.

Los monjes jóvenes permanecen en la entrada del jardín del claustro, curiosos, y no los culpo. Aquí no suceden muchas cosas dignas de mención, y a veces las visitas son personas bastante interesantes: cristianos famosos, artistas o visitantes de otros países. Pero se decepcionarán cuando sepan que es solo un idiota llamado Sean.

Excepto que por fin veo quién está esperándome al otro lado de la fuente y no es Sean. No es ninguno de mis hermanos y no es mi padre.

Es el hombre más hermoso que he visto, con un brazo colgando del respaldo del banco, y sus piernas largas desparramadas, como un rey aburrido en su trono. Tiene una ceja apenas levantada, como si yo fuera el acertijo aquí, como si yo fuera la anomalía en un mundo que aparenta ser ordenado.

Olvido cómo respirar.

Olvido cómo pensar.

—Hola, Aiden —dice Elijah.



CAPÍTULO CUATRO

La fuente en medio del claustro fluye bajo las nubes tenues, aunque no es tan encantadora como el sonido de mi arroyo junto al eremitorio.

No es tan encantadora como el sonido de mi nombre en la voz grave y gutural de Elijah.

Logro respirar una y otra, y otra vez. Es difícil hacerlo con él frente a mí, con esos ojos oscuros observándome, pero, de algún modo, mi cuerpo recuerda. Recuerda cómo inhalar y exhalar. Y pensar que hubo un tiempo en el que podía dormir desnudo la siesta cerca de este hombre, en el que podía apoyar mis pies en su regazo y pedirle un masaje, en el que podía lanzarle cereales sobre la mesa porque no estaba prestándome atención suficiente…

La idea de que hubo un tiempo en el que no estaba paralizado y atónito solo con mirarlo me resulta imposible.

Él no se pone de pie, pero endereza la espalda despacio, aparta el brazo del respaldo del banco y entrelaza las manos sobre el regazo. Las nubes se mueven rápido y proyectan sombras sobre la piel

morena y cálida de su rostro y sus manos, y oscurecen un instante sus ojos antes de que el sol regrese, más brillante que antes.

Hay algo distinto en él desde la última vez que lo vi. Tiene el rostro más delgado, lo que acentúa sus pómulos marcados, y ahora hay una barba incipiente y tentadora sobre su mandíbula, una mandíbula que solía estar afeitada a la perfección. Por no mencionar lo que lleva puesto: una Henley color crema, pantalones cortos celestes y zapatillas bajas. Hace años, ni siquiera hubiera salido a comprar condones sin vestir al menos dos prendas exquisitas, y ahora aquí está, como si acabara de regresar de unas vacaciones. Unas buenas. A Disney, a un viñedo o algo así.

Sin embargo, algunas cosas no han cambiado. Su barbilla con la marca sutil, la ceja arqueada a la perfección mientras me observa, esos ojos color whisky que brillan bajo sus pestañas gruesas. Una boca esculpida en la geometría de sus bordes superiores y la curvatura del labio inferior, tan perfecta que es digna de alabanza.

La frialdad calculadora de su expresión.

La elegancia casual de su confianza.

Tal vez es solo eso, la gravedad fría y atractiva que posee, lo que hace que la sangre vaya sin remedio a mi miembro, pero también puede ser el resto de él. Como la visión extrañamente erótica de sus tobillos sobre su calzado. La quietud de esas manos elegantes en su regazo.

Yo, por supuesto, aún conozco la verdad sobre esas manos, sobre el hombre al que le pertenecen. Sé que bajo toda esa compostura y esa frialdad hay un calor abrasador y tembloroso.

¿Me están castigando por mi sueño? ¿Me tientan a modo de prueba?

¿Cómo es posible que él esté aquí? ¿Ahora? ¿Cuando han pasado casi cinco años desde que lo dejé de pie en la entrada de gravilla con una corbata arrugada en una mano y la llave de mi casa en la otra?

—Aiden —repite Elijah y luego frunce un poco el ceño—. No, lo siento. Ahora te llamas hermano Patrick. ¿Verdad?

Hago un gesto estúpido entre asentir con la cabeza y sacudir la mano, intentando indicarle que no hay problema, que puedo usar los dos. Mi nombre religioso es como un atuendo espiritual: me lo he puesto para vestirlo durante el resto de mi vida, pero me lo he puesto por encima de todo lo demás. Aún soy Aiden Bell debajo de él. Incluso cuando no quiero serlo.

Me obligo a avanzar, a ir al banco y tomar asiento en un extremo, como lo haría con cualquier otro visitante. Aunque ningún otro visitante haría que mi piel se aplastara contra el metal que en este instante encierra mis genitales.

Qué gracioso pensar que esta jaula comenzó como algo juguetón y sensual, la castidad como un fetiche, la castidad por diversión, y que, en los últimos cuatro años, la haya usado para reprimir el impulso que nos inspiró a comprarla en primer lugar. Aunque a veces, en las profundidades más recónditas de la noche, me pregunto si esos primeros días usaba la jaula porque me recordaba a él. Porque se sentía como si él tocara mi cuerpo, incluso aunque fuera a través de un juguete.

Elijah me mira.

—Me dijeron que hoy guardas silencio.

Asiento, y él endereza los hombros, con las manos aún unidas en su regazo.

—Bueno —dice—. Pues supongo que puedo tener igualmente esta conversación. Solo que será más corta de lo que había imaginado.

Hace años que está pendiente y, sin embargo, la tristeza que aparece después de la palabra *conversación* es un castigo a la altura de un cilicio. Una conversación que merezco, dado cómo terminaron las cosas.

Un recuerdo fugaz: yo, hace cinco años, sentado contra la pared de mi sala de estar, mirando la noche campestre oscura como la tinta a través de la ventana. Esa vez no había estrellas ni luna. Solo una oscuridad que parecía palpable: como aceite vertido por la ventana, cubriendo mis pies descalzos y mi trasero cubierto por el pijama.

Entrando por mi garganta.

La mañana siguiente, había subido a mi camioneta y conducido hasta aquí por primera vez.

Noto que Elijah aún no ha hablado, que aún no ha iniciado esa conversación, que sin duda será el ajuste de cuentas que temo… y el que me he ganado. Rompí con él después de un año de felicidad embriagadora, y no lo hice tomando asiento y conversando como una persona racional, sino que me uní a un monasterio.

Lo miro y lo encuentro observándome, pero esta vez sin la ceja en alto. Me mira con los labios separados, como un hombre atónito, y luego traga saliva con dificultad, y su nuez de Adán sube y luego baja.

—Has cambiado —dice. Y luego, sus ojos bajan de mi rostro hasta el sitio donde mis hombros ponen a prueba las costuras generosas de mi hábito benedictino negro—. Mucho —añade, con tono indescifrable.

Me encojo de hombros y miro mi regazo. Fui arrogante en mi vida anterior, y esa vanidad aún sale a la superficie cada tanto a la fuerza. Como ahora mismo, cuando recuerdo cómo solía tener el aspecto ágil de un Peter Pan, pulido, delgado y pulcro por una vida de trabajar sin descanso y sin parar.

Y ahora soy el hermano Leñador. Quien debe usar hábitos a medida y quien ha bronceado tanto su piel pálida bajo el sol que tiene arrugas finas en los ojos y pecas que salpican su rostro. Y quien, en este instante, tiene el pene en una jaula porque no puede dejar de soñar con su exnovio.

Aunque nadie más sabe lo último.

Así que es lógico que a Elijah le sorprenda mi apariencia, por supuesto que está atónito. Antes yo estaba fantástico y ahora parece como si viviera con osos. Unos osos malvados.

Mantengo los ojos en mis manos, las mismas que aprietan los papeles que el abad me dio. No quiero ver la expresión de Elijah mientras procesa mi aspecto actual, lo que es una vanidad tonta, lo sé, lo sé, pero no puedo evitarlo. Una parte débil de mí quiere que él me considere atractivo, porque él aún es tan hermoso, tan apuesto, que me quita el aliento.

—Asumo que Sean te ha contado sobre la granja —dice después de un instante.

Asiento, con la cabeza inclinada. Mi cuerpo vibra, consciente cuando él se mueve y sube una rodilla al banco para poder girarse hacia mí. Me permito mirar una vez sus piernas, los pantalones cortos tensos sobre sus muslos fuertes, las pantorrillas apenas cubiertas de vello, esos tobillos bien formados exhibiendo su desnudez… antes de mirar de nuevo mi regazo.

Recuerdo cómo era deslizar mis labios sobre sus espinillas y luego subir por sus pantorrillas. Recuerdo besar la protuberancia firme de sus tobillos camino a lamer los dedos de sus pies. Recuerdo esos muslos presionados contra la parte posterior de los míos mientras insertaba su placer en mí.

Y ahora estamos sentados en un banco, lo más alejados posible, mientras que el viento tira del dobladillo de mi hábito de monje y sacude los bordes de los papeles que podrían llevarme al otro lado del mundo.

—No podía quedármela —explica Elijah—. No estoy hecho para vacas y cercas.

Asiento de nuevo. La vendió poco antes de que yo tomara mis votos, aproximadamente un año después de irme. Sean fue a contármelo; esa tarde, fui al arroyo y talé leña hasta que mis manos sangraron y apenas podía respirar. Y luego, por fin agotado, caí de rodillas y lloré sin consuelo hasta la hora de las vísperas.

Tenía sentido, por supuesto. Cuando se la dejé a él, sabía que probablemente la vendería. Renovar la granja había sido mi sueño, no el suyo, y su trabajo estaba en la ciudad, planeando eventos para corporaciones y organizaciones sin ánimo de lucro en uno de los sitios para eventos más grandes de Kansas City. Conducir prácticamente hasta Lawrence ida y vuelta era arduo, incluso aunque él hubiera querido la granja.

Pero la venta fue como un final. Como si él también hubiera tomado sus propios votos.

—Fue la primera vez que entendí la necesidad de dejar el pasado atrás por completo para nunca más tener que pensar en él —dice—.

Le hubiera pagado a alguien para comprar esa cosa, solo para ya no tener que mirar de nuevo esa maldita llave en mi llavero.

Por supuesto, conozco bien ese sentimiento. Pero, en mi caso, tuve que dejar el pasado para poder tener un futuro, cualquiera.

—Ahora soy escritor —dice Elijah de modo abrupto mientras las nubes cubren de nuevo el sol. Las sombras se apoderan de cada parte del claustro—. ¿Sean te lo contó?

Niego con la cabeza. No me lo contó. Y quizás no le hubiera creído si lo hubiera hecho, porque Elijah jamás fue el tipo de persona que trabaja en solitario con una gran taza de té. Era más bien el tipo con un encanto casual que deambulaba por una galería de arte con una copa de vino. Y, de todas las cosas que arruiné entre nosotros, quizás esta es la mejor prueba de mi indiferencia profunda hacia las personas más cercanas a mí: nunca supe que él quería ser escritor. Para nada.

—Ahora soy parte del personal de escritores de *Mode*.

Sé que la sorpresa aparece en mi rostro, porque emite un sonido para restarle importancia.

—No es tan glamuroso como suena —añade, aunque trabajar para la revista para hombres más vendida del país suena bastante glamuroso para mí—. Hay muchas entrevistas a famosillos de poca monta. Mucho de «Estos diez cinturones harán lucir elegante a cualquier hombre». Ese tipo de cosas.

Igual estoy muy impresionado. Giro la cabeza para que lo vea, para que vea la alegría y el orgullo que siento por él. Hay un tipo de satisfacción hiriente en saber que él ahora está prosperando, sin mí. Que tuve razón al dejarlo, al apartarme de su vida.

En realidad, todos estarán mejor sin mí aquí, en el monasterio Sergius.

—Aiden —dice Elijah—. No he venido aquí para hablar sobre la casa o sobre *Mode*.

Miro de nuevo mis manos. «Llegó el momento», pienso. Ahí viene la condena que merezco, la rendición de cuentas que tiene permitido exigirme. Es una liturgia propia: la liturgia de un cierre después de un corazón roto, una reconciliación que no es entre Dios y un ser humano, sino de hombre a hombre, y rezaré esta liturgia con él. Inclino la cabeza y asiento.

No hubiera sido capaz de hacer esto hace cuatro años. Supongo que eso significa que todo esto de ser un monje está funcionando.

Pero, en vez de iniciar la letanía larga que narra todo lo que arruiné, Elijah habla con una voz que es de nuevo relajada e inescrutable:

—Me casaré. Pronto.

Inhalo, o al menos intento hacerlo. Mis costillas se mueven, pero nada más parece funcionar como debería. Ni mi garganta ni mis pulmones, ni mi diafragma, ni mi corazón, que está tambaleándose en un tatuaje anormal. Un nudo estúpido cierra mi garganta y me duele, duele como si toda la pena que me inunda por dentro estuviera concentrada en un punto, el sitio donde mi voz y la respiración se encuentran.

Me casaré.

Elijah Iverson, el amor de mi vida, la adoración de mi alma prometida a Dios, se casará con otra persona.

Un hachazo en la cabeza hubiera dolido menos.

—Se llama Jamie —continúa Elijah con el mismo tono de voz—. Nos conocimos hace un par de años en una exhibición de arte. Me propuso matrimonio el año pasado, y le dije que sí.

Asiento.

Asiento y asiento y asiento, porque ¿qué más puedo hacer? No puedo hablar. No puedo hablar.

Incluso si pudiera obligar a las palabras a pasar a través del puño apretado en mi garganta, hoy estoy guardando silencio. Ya le he prometido todas mis palabras a Dios, y me he esforzado demasiado en aprender cómo cumplir con las promesas para romper una ahora.

Aun así, siento que las palabras vienen, que plagan mi lengua, que se agrupan contra mis labios. Aprieto la boca; aparto la mirada. Aprieto los ojos y lucho, lucho, lucho. No hablaré, no diré nada. Les debo a Dios y a Elijah eso al menos. Mi silencio y mi aceptación.

—No creí que necesitaría… —Elijah hace una pausa, como si estuviera buscando las palabras correctas—. Bueno, cuanto más lo pensaba, más sentía que no era algo que pudiera decirte a través de Sean. Y… Ah, joder, Aiden, ¿podrías mirarme?

Por primera vez, la calma compuesta de su voz falla, y sus palabras son inestables y ásperas.

Lo miro. Es tan hermoso, incluso ahora, a pesar de todo, que mi pene intenta hincharse al ver los músculos apretados y tensos bajo su camisa delgada, y el contorno tentador de sus muslos. Debería estar muerto para no notar el bulto en sus pantalones cortos.

Me mira con ojos ambarinos oscuros, con la boca firme. Su mandíbula cubierta de barba incipiente está tensa con una emoción que no logro nombrar.

—Te fuiste —dice con dificultad, furioso.

Es inevitable, es incluso lo que esperaba cuando me senté en este banco, pero de cualquier forma las palabras me duelen. La acusación enterrada dentro de ellas.

—Me dejaste. Por esto —dice—. ¿Qué debería haber hecho, Aiden? ¿Permanecer paralizado en el tiempo, como una mosca en ámbar por ti? ¿Negarme a seguir adelante o a vivir de nuevo?

Niego con la cabeza. No. No, claro que no. Lo dejé para convertirme en monje, lo dejé para casarme con mi dios, para darle mi corazón a mi dios, para darle mi cuerpo a mi dios, así que ahora no puedo estar celoso de Jamie, no cuando yo elegí priorizar a otro amado. Que el amado fuera Jesucristo parece irrelevante para la situación.

El efecto es el mismo.

Él se reclina hacia atrás, como si de pronto hubiera perdido el ánimo de pelear.

—Creo que tenía que contártelo en persona porque, de otro modo, no hubiera estado seguro —dice en voz baja—. Necesitaba ver que estabas realmente aquí para siempre. Necesitaba aceptar el hecho de que nunca sabré por qué.

Recuerdo de nuevo esa noche, esa ventana sangrante completamente carente de estrellas y luna. La humedad del suelo de madera recién sellado y el brillo de mi teléfono en la oscuridad.

Por qué.

¿Por qué abandoné mi vida como millonario? ¿Por qué abandoné a un novio perfecto?

¿Por qué abandoné a mi familia y a una granja adorable y en ruinas, y el sexo… Dios, ¿por qué renuncié al sexo?

Porque, si no lo hubiera hecho, esa oscuridad que entraba a través de la ventana de mi granja me hubiera llevado. Yo había querido que me llevara. Estaba listo para que me llevara.

Y, de algún modo, logré arrastrarme hasta aquí, jadeando como un hombre que se había estado ahogando y que acababa de arrastrarse hasta la orilla. Logré salvar mi propia vida, o logré permitir que Dios me salvara la vida.

De cualquier modo, ese era el precio de sobrevivir. Mi vida anterior.

Él.

Elijah desliza las manos sobre su cabeza, hunde un momento sus dedos en sus rizos apretados. Ahora tiene el cabello más largo; solía llevarlo corto, con bordes marcados e inmaculados. Otro cambio que no vi porque no estuve allí.

No estuve sentado en el sofá con él cuando tocó su rostro y pensó en dejar crecer su barba; no estuve apartándolo con mi cepillo de dientes mientras miraba el espejo, posando para imaginar su cabello más largo. No estuve con él en la cama por la noche, con las piernas entrelazadas con las suyas, mientras se quejaba sobre su empleo o se sentía aburrido por su trabajo. No estuve allí cuando escribió su primer artículo o cuando envió su porfolio a *Mode*.

No estuve allí, porque estaba aquí. Rezando y cortando madera.

No estuve allí, y ese tal Jamie sí.

Elijah se pone de pie, me da la espalda un instante y luego se gira. El sol se mueve abruptamente entre las nubes, aleja la oscuridad previa a la lluvia en el claustro e ilumina a Elijah en un tono dorado.

Si tuviera que hacer un vitral que mostrara la imagen de la creatividad de Dios y su capacidad de crear belleza, sería esta imagen. Sería Elijah sin afeitar con esos pantalones cortos, serían sus ojos castaños dorados, sería su boca, esa mandíbula, esa garganta. Sería un santo con zapatillas y un halo del sol de Kansas brillando en su cabeza.

Muerde su labio inferior un instante y luego lo suelta antes de enderezar la espalda y mirarme con una expresión que desafía cualquier interpretación. Solo sus ojos parecen fuera de su habitual control, ardiendo con un calor que podría ser furia o angustia, no lo sé.

—Te amé durante mucho tiempo después de que te fueras —dice —. Creo que deberías saberlo.

No tiene que decir nada más, porque ya lo sé; sé que ya no me ama.

Y, después de asentir de modo breve, se da la vuelta y sale del claustro. Las primeras gotas de lluvia caen sobre su camisa y su cabeza inclinada, como si estuviera rezando.



CAPÍTULO CINCO

Del cuaderno de Elijah Iverson

Hombros.

Eso fue lo primero que pensé cuando lo vi.

La clase de hombros que podrían cubrir el sol, hombros que ponían a prueba las costuras de su hábito de monje (que es un atuendo diseñado con el objetivo de ser suelto y amorfo, así que… es mucho decir).

Cuatro años de cambios, y lo primero que noté fueron sus hombros. Pero también había otras diferencias. Una barba gruesa en su despampanante mandíbula, callos en sus manos grandes. Y, aunque esos ojos verdes aún detenían mi corazón, ya no brillaban con picardía y una alegría juvenil, sino con algo… No sé, creo que solemne sería una palabra errada. Secreto, tal vez.

Y su *tranquilidad*, una calma que jamás había visto en Aiden Bell. Escuchó cada palabra que dije como si estuviera pronunciando una profecía, y cuando me miró a mí y no a sus manos, su mirada era *presente* e intensa. Como si todo su ser estuviera allí conmigo, tan

plenamente allí, como si hubiera existido toda su vida solo para mirarme durante treinta minutos en un claustro.

Esa parte…. *es* como el Aiden de antes, y a su vez no lo es, no con el silencio que la acompaña.

¿Por qué no puedo dejar de pensar en lo callado que estaba?

¿Por qué no puedo dejar de pensar en sus hombros?

Hice lo que fui a hacer. Le conté sobre Jamie, sobre la boda, logré crear un cierre con éxito.

~~Siento que nada está cerrado~~

~~¿Por qué no puedo dejar de pensar en~~



CAPÍTULO SEIS

No sé cómo logro volver al eremitorio. Sé que lo hago porque estoy en la alfombra delgada de segunda mano que cubre la mayor parte del agrietado suelo de hormigón. Y sé que debe haber estado lloviendo los tres kilómetros de vuelta, porque los papeles que el abad me dio están húmedos y blandos en mis manos.

Sé que aún estoy vivo porque siento mi corazón temblando detrás de las costillas. Porque estoy llorando y las lágrimas dejan su rastro cálido en mi rostro frío y mojado por la lluvia.

Estoy de rodillas mientras la tormenta ruge alrededor de la choza de piedra caliza, golpea sin parar el techo y da latigazos a las ventanas. No veo nada del mundo en el que estoy, nada que no sea las fibras de la alfombra y la imagen de Santa Columba ahora ondulada junto a su mar oscuro e implacable.

En mi mente solo veo a Elijah.

Se casará. Se casará y no es conmigo.

Te amé durante mucho tiempo después de que te fueras.

Y todavía lo amo.

El ruido brota de mí como lo hacen los truenos, un tremor lento que suena cada vez más fuerte hasta que me cubre y gruño, aúllo mientras me tambaleo sobre mis pies, cruzo la puerta y me dirijo al claro, llorando ante el trueno y el dios que lo envió.

Caigo de rodillas de nuevo, temblando con la necesidad de… Ni siquiera lo sé. Tal vez de correr. De correr entre los árboles hasta llegar a la cima de la pared de piedra caliza sobre la abadía y luego permanecer allí de pie hasta que un rayo queme mi carne estúpida y miserable. Correr hasta un océano y luego nadar hasta el austero santuario de Santa Columba.

Correr hasta la autovía y hacer autoestop hasta Kansas City y caer a los pies de Elijah y suplicarle perdón.

Me encorvo hacia delante, me arde la garganta, mis costados revientan. La lluvia continúa cayendo sin que le importe mi furia o mi dolor; los truenos suenan sin parar, como campanadas temblorosas de la iglesia sobre la pradera, convocando a cada persona que las escuche a esta misa antigua en la que el cielo se encuentra con la tierra.

Miro mis manos en el fango, el césped arrancado entre ellas.

—Lo amo tanto —susurro, la lluvia rueda sobre mi cabeza y baja hasta mis labios, donde las gotas caen junto a mis palabras al barro y al césped—. Y me duele y quiero que se termine. Por favor, Señor. Si me amas, haz que pare.

No recibo respuesta de Dios, no hay un augurio ni dulce ni conmovedor que pueda interpretar como una señal. Ningún rayo de sol, ningún pájaro cantor. Nada más que fango, truenos y el cielo con tintes verdosos. Lo bastante verde como para que luego

aparezcan sirenas de alerta, y casi deseo que así sea. Casi deseo que una tormenta me lleve lejos.

Alzo mis ojos hacia las colinas.

Cierro los ojos con fuerza y espero.



Las sirenas de alerta nunca llegan y, con el paso del tiempo, la tormenta amaina, y deja mi arroyo hinchado y el suelo empapado. Yo también me siento empapado mientras limpio mi desorden y recojo mi ropa, mis sábanas y toallas para poder regresar como corresponde a la abadía. Estoy tan mojado que apenas me importa siquiera que mi retiro haya terminado, que volveré al dormitorio con los demás hermanos. Que volveré a hacer planillas de cálculos y trabajos extraños en la imprenta o en la cervecería, escuchando a los demás reír, rezar y hablar.

¿Qué importa dónde esté? Eremitorio o dormitorio, él no está en ninguna parte.

«Está bien», intento recordar. «Estás bien».

Estoy bien. Vine al monasterio a estar bien y ahora lo estoy, y Elijah será feliz, y yo estaré bien.

Quizás si me lo repito lo suficiente, empezaré a creerlo. Como un rezo.

Esa noche es cálida y húmeda, tan pegajosa que te hace desear que hubiera una piscina, aunque aún no ha llegado oficialmente el verano. Me siento de piernas cruzadas bajo el roble que proyecta su sombra sobre las tumbas de monjes muertos hace tiempo y observo

los papeles arrugados y ya secos en mi regazo. A varios metros de distancia, el hermano Connor realiza sus *katas* con una elegancia fluida que envidio. Incluso antes de mi fase de monje devenido en leñador, nunca fui un hombre elegante. Hacía deporte con un entusiasmo digno de un cachorro, chocaba contra otros jugadores y tropezaba con mis propios pies y luego vertía con torpeza vasos de cerveza y cuencos de nachos con queso por toda la casa de mi fraternidad.

El único sitio en el que he tenido cierta suavidad era la cama, pero gran parte de ello era instinto, hambre sin pensamiento o sin habilidad alguna. Si quería besar, besaba; si quería sujetar, sujetaba. Y, de algún modo, siempre funcionaba. Y con Elijah…

Un calor tenso se apodera de mi estómago y mis muslos, y la incomodidad de la jaula que llevo puesta hoy me advierte que aparte los recuerdos de él. Que no piense en la primera vez, en su respiración irregular en mi oído mientras los invitados del evento para recaudar fondos reían y bebían champán al otro lado de la puerta del balcón.

Lo nuestro creció, creció y creció durante años y años, ¿no? El mejor amigo de mi hermano mayor. Qué cliché. Y, sin embargo, nada pareció trillado cuando rocé mis labios con los suyos. Cuando tomé mi mano y llevé mis dedos a su boca.

¿Y si…?

Me muevo automáticamente, intentando aliviar parte de la tensión en mi pene, aunque es bienvenido para contrarrestar la presión en mi pecho y mi garganta. Hoy puedo hablar, ahora que he cumplido con mi promesa, pero he descubierto que no quiero hacerlo, porque

¿qué puedo decir? ¿Qué puedo decir más que el hombre que amo se casará y necesito aceptarlo?

Cierro los ojos y reclino la cabeza en el ancho tronco del roble. Incluso los días posteriores a mi llegada a este sitio, cuando apenas había dejado a Elijah, cuando aún estaba fresca la noche negra en la granja en la que nada, nada, nada se había arrastrado sobre mi piel hasta que el teléfono brilló en la oscuridad… Ni siquiera entonces estaba tan afectado y perturbado como ahora.

Lo cual es estúpido. Muy estúpido. Haré mi voto solemne el próximo año; nunca estuvo en mis planes dejar de ser monje. De todos modos, era imposible que Elijah y yo termináramos juntos, porque yo había elegido irme, y hay algunas decisiones imposibles de revertir y, ay Dios, ¿y si quiero revertir esta decisión?

No puede revertirse. Esta decisión es el único motivo por el que ahora mismo estás vivo.

La única razón por la que estarás bien.

No, no quiero revertir mi decisión. Estoy seguro. Vine aquí después de la peor noche de mi vida; vine para lograr convertir a un millonario egoísta y promiscuo en un buen hombre y esta duda, esta necesidad de amor y sexo, comprueba que aún hay más trabajo que hacer. Soy un hombre roto, estoy inconcluso; estoy muy lejos de donde quiero estar, que es lo más humanamente posible cerca de Dios.

Estoy muy lejos de ser un santo.

Y esta inquietud quizás es la evidencia de que necesito algo más estricto, más severo, más difícil. Un rigor y un ascetismo que no puedo obtener aquí con los amables benedictinos.

Una sombra me cubre y abro los ojos y veo los gastados pantalones sueltos del hermano Connor frente a mi rostro. Alzo la cabeza para verlo extender una mano.

—¿Estás pensando en tu visitante? —pregunta. Su voz es tan cálida, tan serena, que la pregunta no es invasiva. Más bien parece que estuviera haciendo un comentario como el que haría al ver una nube bonita o un zorro corriendo por el límite del campo de cebada.

Acepto su mano, aún sorprendido de que alguien tan compacto pueda mover a alguien de mi constitución mientras me pone de pie.

—Sí —admito, mi voz está ronca y áspera por mi llanto turbio de ayer—. Así es.

—El visitante… ¿era tu Elijah?

Asiento, mirando hacia las tumbas. Cuando llegué aquí, imaginé el sitio donde mi lápida estaría algún día, acurrucada entre esos hombres santos que han vivido y muerto aquí aprendiendo a ser humildes y sencillos, y a estar cerca de Dios. Pero ahora no estoy muy seguro de dónde estará mi tumba en el futuro.

Pienso en los papeles en mi mano y luego miro a mi amigo.

—Él… se casará.

—Oh, hermano Patrick. Lo siento mucho.

Desearía poder encogerme de hombros o sonreír. Desearía poder convertirlo en una broma, reírme, transformarlo en una historia graciosa que contar bebiendo cerveza y comiendo los *pretzels* caseros del hermano Matthew. Antes, en la época de Aiden, era muy bueno fingiendo y diciendo lo que los demás querían oír. Era muy bueno haciendo que un momento fuera ligero y dulce como el algodón de azúcar, barriendo cualquier tipo de incomodidad bajo la alfombra hasta que desapareciera.

Solía creer que era bueno en ello porque tuve que aprender a hacer que las personas me quisieran de nuevo después de que arruinara las cosas, y resultó ser útil en todo tipo de situaciones sociales, no solo en las que necesitaba ganarme el perdón con mi encanto.

Pero ahora ya no creo que eso sea cierto. O, al menos, no es toda la verdad.

Creo que el motivo real porque el que sé distraer a las personas de mi dolor o mis errores es la misma razón por la que estaba en el suelo de mi casa la noche anterior a venir aquí. Mirando por la ventana mientras mi mente cantaba envenenándose a sí misma, como una letanía corrupta, pero sospechosamente reconfortante.

Sé que he avanzado mucho desde esa noche; ahora entiendo cosas que antes no.

Una de ellas es que la confesión no es sentarse frente a un sacerdote y hacer un formulario moral. Deben ser momentos pequeños de honestidad compartida con aquellos cercanos a nosotros, y no es solo para los pecados, sino también para la confusión, el dolor y la esperanza.

Ahora me confieso con el hermano Connor.

—Todavía estoy enamorado de él.

Él asiente, como si no le sorprendiera.

—Lo amabas profundamente cuando llegaste.

—No quiero amarlo.

El hermano Connor me observa.

—Espero, con sinceridad, que no creas que es un pecado que lo ames. Antes no lo creías.

—Antes no era un pecado para mí amarlo, pero siento que ahora lo es. Vine aquí a entregarle mi corazón a Dios y solo a Dios, así que ¿qué dice de mí que aún haya otro objeto de mi devoción? ¿Que sin importar cuánto rece y trabaje, aún me carcoma el hambre por otro que no es mi Señor? Me sentiría igual si todavía estuviera enamorado de una mujer después de cuatro años aquí.

—Creo que es un modo muy humano de ver las cosas —dice el hermano Connor—. Si el amor de Dios es ilimitado, entonces volverse más parecido a Cristo significa cultivar un amor similar al de Cristo: sin límites o fronteras. Y un amor ilimitado, por definición, incluiría sin problema muchos tipos de amor, ¿cierto?

Ahora las sombras se estiran detrás de las lápidas, como dedos largos que se mueven hacia el este, hacia los árboles. Pronto serán las completas, nuestros últimos rezos antes de que la noche llegue a la abadía.

—Se supone que esta vida es una ofrenda —digo por fin, haciendo un gesto hacia las tumbas con la mano que sostiene los detalles de los monasterios trapenses—. Una ofrenda santa y absoluta, y aún siento que solo ofrezco una parte, que estoy reprimiendo parte de mi sacrificio. Quizás la visita de Elijah fue un regalo porque ahora lo veo. Veo lo lejos que estoy de ser completamente de Dios.

—Aún suenas como un banquero —dice el hermano Connor con cierta tristeza, mientras las primeras campanadas suenan convocando a las completas—. Como si la vida tratara de cerrar cuentas y reubicar fondos.

—No era un ban… No importa. Lo que importa es que aún me aferro a mi vida pasada cuando necesito quemarla, deshacerme de ella. Necesito más.

El hermano Connor mira los papeles en mi mano y las campanas suenan de nuevo.

—Entonces has tomado una decisión. Respecto al viaje.

—Sí —digo, y una energía nueva me invade, algo similar a lo que me trajo al monasterio Sergius para empezar. Es algo cercano a la esperanza—. Iré.

El hermano Connor toca mi brazo con dulzura y cariño.

—Me alegro por ti, hermano Patrick. Mi única preocupación es que ahora no irás a emprender una búsqueda, sino a huir de algo. O de alguien.

Niego con la cabeza.

—Esto es lo que debo hacer. Lo sé. Lo sé con la misma certeza que supe que debía venir aquí hace cinco años.

—Entonces me alegro por ti —susurra—. ¿Estás seguro?

—Lo estoy. Incluso sé cuáles son los tres monasterios que quiero visitar.

Empezamos a caminar hacia la iglesia, ahora las campanadas son insistentes y reconfortantes.

—Entonces, supongo que debemos comunicárselo al abad —dice el hermano Connor—. Y conseguirte un pasaporte nuevo.



CAPÍTULO SIETE

El tiempo en la abadía se vierte en recipientes, al igual que lo hace la fuente en el claustro sur, donde el agua en cada piscina permanece casi quieta antes de que la gravedad la empuje y la obligue a avanzar.

Despertamos para las vigilias, nos vestimos con nuestros hábitos, que, si bien difieren en pequeños detalles, todos constan de una túnica negra larga, un cinturón y una tira de tela negra llamada escapulario que cuelga al frente y al dorso del cuerpo y se abre en los laterales. Luego, vamos a rezar. Salimos de nuestras celdas en la oscuridad previa al amanecer.

Después de rezar las vigilias, es hora de *lectio* divina: la lectura sagrada.

Cuando trabajaba en finanzas, leer era esencial: escanear un texto con la mirada, leerlo por encima, evaluarlo, todo lo más rápido posible porque el tiempo era dinero y tiempo pasado asimilando la información era tiempo que no se usaba en convertir esa información en la próxima pila de billetes. Así que, cuando vine aquí,

asumía que leer la Biblia sería parecido. Que había que leer los capítulos lo más rápido posible para avanzar a lo siguiente.

Pero la *lectio* no funciona así, y tampoco funciona así ser monje. La productividad nunca es el objetivo, el resultado nunca es la meta. El objetivo es hacer.

Y lo mismo sucedía con la *lectio*. No lees para terminar un capítulo o cumplir con una tarea, no estás buscando una epifanía. Estás allí para permanecer presente y saborear. Para que te atrape una sola palabra o una imagen y permitas que luego recorra tus pensamientos como el humo de una vela, evocando todos los recuerdos, las sensaciones y las ideas.

En cierto modo, me recuerda al sexo. Hay algo maravilloso en tener relaciones despacio y con calma, en recorrer el cuerpo de alguien con dedos y labios holgazanes. El tipo de sexo que evoca revelaciones que tal vez suenen insignificantes para cualquier otra persona, como la existencia de una cicatriz pequeña quizás, o unos vellos encrespados sobre un empeine, pero que cambian tu vida al descubrirlas. Su intimidad, su cariño, su vulnerabilidad y su capacidad de atormentar, evocar, provocar, recompensar…

Sí, en mi opinión, la *lectio* divina es muy parecida al sexo.

Después de la *sexo-lectio* vienen las alabanzas, nuestros rezos pronunciados en la luz del sol que ya despierta, y el desayuno, que concluye con el Gran Silencio del día. Después de desayunar, hay unas horas de trabajo, que para mí constan más que nada en ser el contable de la abadía, revisar los números de nuestra imprenta, de la cervecería y la cantina, al igual que cualquier ingreso que genere la estancia de visitantes en nuestro centro de retiro. No estoy precisamente a cargo de porfolios con números de siete u ocho

cifras, pero la asignación cuidadosa de recursos y la expansión significa que el monasterio tiene un respaldo saludable para enfrentar cualquier crisis potencial y que puede cubrir con facilidad sus necesidades para el año próximo: las obras benéficas que apoyamos en nuestro condado y en Kansas City, los costes de nuestro seguro, el pago de los servicios y los gastos de negocios, el pago de nuestro equipo agropecuario y las provisiones.

Cuando no estoy en la oficina junto a la del abad, intentando ignorar el audiolibro francés *du jour* y evaluando los costes de reparación del equipo agropecuario o posibles solicitudes de subsidios, estoy ayudando donde se necesiten un par de hombros fuertes y una espalda sana. Suelen ser el granero o la cervecería, o talando leña, pero también a veces en la cantina, entrando barriles llenos y llevándome los vacíos.

Estoy agradecido por el trabajo que a veces cansa mi cuerpo lo suficiente para dormir sin soñar. Agradezco la honestidad del trabajo arduo y el dolor que trae. Pasé los primeros once años de mi vida adulta ganando dinero de la manera más indirecta y astuta posible, convenciendo gente y empresas para que confiaran en mí y me permitieran jugar con el dinero que ellos habían ganado. Así que sí, sienta bien trabajar con mi cuerpo y mis manos. Sienta bien usar el don que tengo para las matemáticas y el dinero para hacer que la abadía tenga un futuro más seguro cuando tenga que cuidar a quienes dependen de ella.

Sienta bien hacer cosas buenas.

Después del trabajo, tenemos misa en la iglesia de la abadía, el almuerzo y luego el rezo comunal. Regresamos al trabajo por la tarde, algunos nos cambiamos el hábito según los distintos trabajos

que realizamos, y luego volvemos a la iglesia para las vísperas, nuestro rezo al anochecer. Luego, otra vez la *lectio*, la cena y nuestro tiempo libre, que es en general cuando el hermano Connor practica sus *katas* bajo el roble y muchos de nosotros disfrutamos de una pinta fría de cerveza… o dos. Así de hidratados, volvemos a la iglesia para las completas y después a la cama.

Rezo y trabajo.

Ora et labora.

Dos semanas después de que Elijah me dijo que se casaría, estoy sentado en el patio de la cervecería, observando el sol que se hunde en el horizonte. Los hermanos Titus y Thomas se lanzan esponjas húmedas entre sí en vez de limpiar las mesas y un hermano que vino de visita desde un monasterio en Italia intenta valientemente conversar con nuestro carpintero, el hermano Andrew, que no es precisamente famoso por ser conversador y quien gruñe en su cerveza cada vez que el italiano le hace una pregunta.

Me sorprende lo diferente que es esta noche llena de cerveza a las noches que viví antes de llegar aquí: en especial antes de empezar a salir con Elijah. Trabajaba hasta que llegaba sin duda alguna la hora de jugar, me saltaba la cena para poder emborracharme o ir a un club nudista o las dos cosas. Y si por algún motivo cenaba, tenía todo el tiempo el teléfono en la mano. De hecho, incluso si salía a beber o a un baile erótico, mi teléfono siempre estaba ahí. Tengo recuerdos vívidos de estríperes ronroneando en mi regazo mientras acariciaba sus caderas con una mano y respondía correos electrónicos con la otra.

En la abadía no sucede eso.

(Me refiero a la parte de los teléfonos. Bueno, y también a los estríperes).

Un grupo reducido de hermanos tienen teléfonos si sus trabajos en el monasterio lo requieren, como nuestro director de *marketing* y los que trabajan con quienes hacen un retiro, pero la mayoría de nosotros no tenemos teléfonos y nos turnamos para usar los ordenadores de la biblioteca para escribir correos electrónicos. Así que ahora mismo no hay pantallas en la mesa, no hay relojes inteligentes que suenen con mensajes o alarmas. No hay nadie preocupado por el trabajo por hacer, porque todos lavaremos los vasos juntos antes de ir a rezar, y no hay nadie pensando en escabullirse para responder un último correo porque, cuando el horario laboral termina, termina de verdad.

Luego solo hay cerveza y rezos, y creo que los primeros monjes en descubrir que este era el modo de llevar adelante un monasterio eran genios.

También pienso que Dios debe amarnos mucho a todos para darnos atardeceres en Kansas y cerveza.

Por primera vez desde la visita de Elijah, sé que estoy haciendo las cosas bien. Ahora mismo, en esta vida, y en el próximo sitio en el que encuentre un modo de profundizar mi relación con Dios.

Hubo una época en mi vida en la que mis dos palabras favoritas eran ¿Y si…?, y mientras bebo un sorbo de cerveza fría y observo el sol hundirse tras la colina, me hago una pregunta de la cual ya conozco la respuesta:

¿Y si esta es una buena vida?

¿Y si esta es una muy buena vida?



Esa noche, después de un mes de uso casi constante, me quito de una vez por todas el aparato de castidad. Me lo quito todos los días, claro, para higienizarme y limpiarlo, pero no he pasado mucho tiempo funcional sin la jaula puesta desde la visita de Elijah, como solía ser cuando llegué aquí.

Antes de ser monje, tenía sexo casi todos los días, a veces más de una vez (y eso sin siquiera intentar contar todas las masturbaciones), así que me aterraba pensar en tener una erección bajo mi hábito.

Como sin duda sabéis, una simple túnica solo cubre hasta cierto punto.

Pero ya no soy un novato en esto de ser célibe como lo era antes, así que no puedo negar que uno de los motivos por el que he estado usando la jaula no tiene nada que ver con la castidad en sí y todo que ver con sentirme cerca de Elijah.

Con sentirme cerca de la época en la que la negación era un juego en vez de un mandato.

Pero es un mandato que estoy satisfecho de obedecer, incluso aunque me molesta un poco saber que, para la doctrina oficial de la iglesia, los católicos *queer* solo se consideran católicos de verdad si son célibes. Estoy participando de esa doctrina, aunque sea solo por las circunstancias, y no sé bien qué hacer al respecto. He escogido el celibato porque es parte de consagrar todo mi ser al dios que me trajo de vuelta a la vida, pero la idea de que este es el único modo en que una persona *queer* pueda conocer a Dios en esta vida y

también después de esta vida me parece más una política posreforma que inspiración divina.

Pero no soy teólogo como mi hermano Tyler, que fue sacerdote antes de abandonar los hábitos por quien es hoy su esposa, Poppy, y no soy activista espiritual como mi cuñada Zenny, que es casi una monja. No sé cómo reconciliar mis elecciones con una doctrina que sé que está fundamentalmente rota, porque, a fin de cuentas, todavía elijo el celibato y ser monje.

Todavía elijo esta vida.

En realidad, ya puedo dejar de usar la jaula de nuevo. Estoy bien otra vez después de la visita de Elijah y también tengo casi treinta y siete años. Creo que ya dejé atrás las erecciones en público, ¿no? Aunque no fue así a mis treinta y dos años, cuando iba con Elijah a cada habitación vacía que encontrara.

Una presión carente de alegría me atraviesa cuando recuerdo que ahora alguien más sigue a Elijah a donde vaya; que alguien más hunde el rostro en su cuello e inhala el aroma a salvia y agua salada de su piel. He pasado los últimos cuatro años sufriendo la necesidad física que siento por él, y él ha encontrado a otro a quien besar y con quien ver *The Repair Shop*.

Jamie. Jamie, quien es probable que enseñe a una orquesta de niños de octavo curso, sea voluntario en un jardín comunitario y nunca haya compartido un saludo de puños con el guardia de un club nudista, ni siquiera una vez.

Miro la caja metálica en la repisa de mi pequeña ducha y luego tomo la decisión. Si Elijah puede seguir con su vida, entonces yo también puedo.

Dios, dame fuerza. Haz que mi deseo esté centrado solo en ti y en nadie más.

Vacíame. Vacíame. Vacíame.

A la mañana siguiente, no eyaculo en mis sábanas.

Y tampoco la siguiente.



CAPÍTULO OCHO

Del cuaderno de Elijah Iverson

No puedo dejar de pensar en helado.

Hubo una noche con él en una galería nueva y pretenciosa a la que lo había arrastrado, donde, a pesar de ser un espectador de deportes profesional y un millonario fuera de su elemento, él había logrado encantar a todos mis amigos artistas y había hecho que se enamoraran de él. Había algo en su sonrisa, creo que era demasiado amplia y enmarcada por los hoyuelos en sus mejillas por un dios enamorado. O tal vez eran esos ojos verde botella, encendidos de modo permanente con cierta picardía o intensidad. O ambas cosas.

O tal vez era que Aiden Bell siempre era capaz de hacerte sentir que eras su nuevo mejor amigo. Como si te hubiera esperado toda la noche y, ahora que estabas con él, la fiesta podía empezar.

Con todos los crímenes que puedo poner a sus pies (imprudencia, falta de registro, algo similar a un niño perdido en su rechazo por terminar de crecer), no debo olvidar esto. Aiden Bell te hacía reír, te

hacía feliz. Aiden Bell hacía que tu pulso se acelerara, que tu piel vibrara y tu corazón latiera desbocado.

Aiden Bell te hacía sentir que tu vida estaba esperando que la tomaras con ambas manos.

Después de haber salido de la galería, con mis amigos aún ahogados de risa por una historia que él les había contado sobre una colchoneta para salto con pértiga robada, un incendio de grasa y una pelea con extintores, él me miró y dijo:

—Tengo una sorpresa.

En ese momento, hacía siete meses que salíamos y había algunos cambios que yo había tenido que hacer por salir con un millonario. (Ya sé, ya sé, pobre yo).

Pero a veces, Aiden decía «Compremos *pain au chocolat*» y yo pensaba que iríamos a la panadería, pero, en cambio, íbamos al aeropuerto y volábamos a París para comer el mejor *pain au chocolat* del mundo. O a veces decía que me había comprado una cosita para mi apartamento y era una pintura que hubiera costado mi salario anual entero, una pintura que había mencionado que me gustaba en una galería en Nueva York o Montreal.

Así que cuando esa noche dijo que tenía una sorpresa, me preparé para algo extravagante, para una exhibición absurda de riqueza. Pero, en vez de llevarme al aeropuerto o darme la llave de un coche nuevo o algo así, entrelazó sus dedos con los míos y caminamos una manzana hasta un puesto de helados aparcado en la acera.

Esperé bajo un árbol que tenía luces azuladas colgantes mientras él compraba nuestros helados y volvía mirándome con orgullo, como si me hubiera llevado a un sitio con estrellas Michelín, sosteniendo

su cono en una mano y mi tarrina en la otra, porque sabía que no me gustaba comer el helado en cono. Disfrutamos de la comida en la acera, las luces de la ciudad brillaban a nuestro alrededor, la música vibrante salía de un bar cercano, el tráfico pasaba rápido a nuestro lado.

Aiden parpadeó mientras lamía su helado de goma de mascar, unos gemidos brotaron de su pecho como si estuviera comiendo algo preparado por un chef reconocido y no helado pasado de congelación comprado en una furgoneta sospechosa.

Pero así era Aiden Bell.

—Elijah —dijo después de un instante. Su voz era seria—. Quédate quieto.

Lo hice, de pronto preocupado por si tenía un insecto en la camisa o algo así, pero Aiden se acercó y lamió con dulzura una gota de helado errante en mi labio inferior.

Temblé ante el contacto de su lengua, fría por el helado, y por la calidez de su aliento sobre mi boca. Me lamió de nuevo, esta vez su lengua recorrió el borde de mis labios, hasta que la dejé entrar.

Sabía a goma de mascar y a cielo. Sabía a decisiones impulsivas, lujuria, historias graciosas y al resto de mi vida.

Y cuando me aparté y me regaló esa sonrisa demasiado amplia, de pronto no pude imaginar otra vida que no fuera esta. La vida antes de él, cuando solo había sido el guapo hermanito de Sean, pero fuera de mi alcance. Una vida después de él, cuando no tendría besos de goma de mascar con la ciudad brillando a nuestro alrededor.

Mordí de nuevo mi helado y luego hice un mohín en broma, más que nada para hacerlo sonreír.

—Nunca ponen suficiente *topping* en mi helado.

—Lo sé —dijo con una sonrisa y extrajo algo de su bolsillo. Era un frasquito de *topping* de la tienda que había traído solo para mí. Resulta que había estado cargando con eso durante semanas, por si íbamos a por un helado y no me daban suficiente.

La cuestión sobre enamorarse es que, cuando te das cuenta de que ha sucedido, ya es demasiado tarde. Tu novio ya tiene *topping* para ti en el bolsillo de su traje Tom Ford. Ya tienes besos de goma de mascar en una noche cálida en la ciudad.

Ya has permitido que él devore tu corazón.

Pero así es Aiden Bell. O así era.

Y ahora pasa los días sin besar, sin siquiera un helado para sobrellevar la ropa fea, madrugar y los rezos para un dios que no existe. ¿Por qué? ¿Cómo?

¿Extraña su vida anterior? ¿Extraña ser él mismo?

~~¿Acaso me…?~~



CAPÍTULO NUEVE

El último viernes de mayo decido tomar el sendero a través del bosque que no lleva al eremitorio, sino a la base de la colina por la cual fue nombrado el monasterio Sergius, donde hay un laberinto hecho de piedra caliza semihundido en la tierra. En el centro del laberinto hay un conjunto de bancos, y en esos asientos, hay varios monjes desparramados. Otros están sentados en el suelo a la sombra o recostados con los ojos cerrados, robando unos instantes de sueño. Uno camina de lado a lado con la cabeza inclinada y la frente fruncida, y otro tararea lo que estoy casi seguro que es una canción de Harry Styles.

Es el último viernes del mes, así que es momento del *Lectio Lexapro*.

—Ah, hermano Patrick —dice el hermano Matthew—. ¿Ya estamos todos?

Observo a los hermanos reunidos al llegar al centro. Los hermanos Matthew, Stephen, Denis, Francis, Michael, Leander, John, Crispin y Titus. El hermano Thomas también está presente, no porque sea

parte de nuestra liturgia informal, sino porque él y Titus parecen siameses y odian hacer cualquier cosa separados.

—Creo que falta el hermano Peter —digo—. Pero aún faltan unos minutos para las nueve.

Cuando era adolescente, me había imaginado como alguien que en el futuro crearía un grupo de apoyo para personas que conviven con enfermedades mentales tanto como me había imaginado fundando un grupo de apoyo para capitanes de pesqueros. Incluso después del suicidio de mi hermana cuando yo estaba en el instituto, en mi hogar no se hablaba de salud mental. El centro de nuestra atención había sido el *shock* de nuestra pérdida y la angustia entrelazada al descubrir a la vez que el sacerdote de nuestra parroquia había abusado sexualmente de ella. Y luego, esa atención se había encendido y convertido en furia hacia la Iglesia que nos había consumido a mis hermanos y a mí.

Incluso ahora siento rastros de esa furia. Complican la paz y la alegría que he encontrado aquí, al saber que mi relación con Dios y mi satisfacción nueva están inevitablemente entrelazadas con el dolor de miles y miles de almas.

Pero también siento un sentido de justicia en el monasterio, como si mi destino fuera estar aquí con mi furia, como si debiera permitir que me guíe.

Suele ser estresante y doloroso, y no recomiendo la disonancia cognitiva como si fuera una rutina del cuidado de la piel. Pero siento que me llaman a estar aquí.

Creo que el *Lectio Lexapro* es uno de los frutos de mi furia. Después que llegar aquí y de que me atendiera el doctor Rosie para tratar la depresión que me llevó a la abadía, empecé a hablar sobre

lo que pasó con Lizzy, a hablar *de verdad* sobre el tema por primera vez. Y, aunque lo que me llevó a la abadía fue algo diferente a los recuerdos de su muerte, empecé a preguntarme si toda mi familia no hubiera estado mejor de haber podido traducir en palabras nuestro dolor.

Y cuando pienso en lo que podría haberle pasado a Lizzy si hubiera tenido esa posibilidad…

Así que, después de aprender de primera mano que muchos en la Iglesia aún no admiten la necesidad de la terapia y la medicación junto al rezo, sí, estaba enfadado. E hice algo al respecto. Quizás algo pequeño y limitado. Pero algo. Mi grupito, un espacio que desearía que alguien hubiera creado para mí hace mucho tiempo.

Los pájaros cantan en los árboles mientras esperamos a nuestro último hermano, y escucho el viento incesante soplando en la cima de la colina, mis pensamientos se apartan de Lizzy y se enfocan en lo que está sucediendo ahora, en lo que pasará cuando emprenda mi viaje.

En lo que podría pasar después.

Si cambiara de orden, mi hábito negro familiar cambiaría. Si cambiara de orden, tal vez nunca más vería este bosque u oiría estos pájaros o escucharía a los hermanos intercambiar chismes y bromear.

¿Valdría la pena abandonar todas estas cosas buenas, tangibles, y estas personas solo por la mera promesa de más?

Todavía no lo sé, no con certeza. Por eso mismo debo ir a verlo con mis propios ojos, porque si allí me siento como me sentí con solo ver esas fotografías…

Entonces, sí. Valdría la pena.

El hermano Peter llega puntual, y nos ponemos en círculo y hablamos un poco sobre cómo ha sido nuestro mes. Hace años, esto habría sido algo que yo hubiera monopolizado, intentando hacer reír a los demás, divagando, hablando demasiado. Me hubiera ido del grupo risueño y embriagado de socialización, una sensación que hubiera desaparecido media hora después mientras revivía cada comentario vergonzoso o cada broma con detalles vívidos y miserables. Mientras recordaba exactamente lo tonto, desconsiderado, inapropiado, avaro o necesitado que había sido y luego la vergüenza me hubiera acechado durante días.

Y sin importar cuántas veces se repitiera ese ciclo de hablar demasiado/vergüenza por hablar demasiado, nunca podía romperlo, nunca podía evitar zambullirme en medio de una conversación y quedar de nuevo como un imbécil.

Ahora es más fácil. San Benito dice que los monjes deberían aspirar al silencio, que los monjes deberían amar el silencio, y aprender a escuchar es una de las primeras cosas que se le enseña a un postulante. Escuchas salmos, rezos, misas. Escuchas el repique de las campanas o el rugido de los motores del tractor o el tintineo del metal sobre el cristal mientras lavas los platos.

He aprendido a escuchar. O, al menos, a escuchar mejor.

Y, además, el objetivo del *Lectio Lexapro* es ser completamente honesto sobre las partes difíciles de nuestros días. Las ansiedades, las depresiones, los dedos fríos y sudorosos que tiran del hábito y sujetan nuestros pensamientos. El objetivo es compartir, y así me siento menos egoísta cuando hablo, porque todos estamos aquí para ayudarnos mutuamente.

El hermano Matthew, nuestro entusiasta residente de la panadería, ha cambiado de pastillas para sus problemas psíquicos y le está costando. Crispin acaba de incorporar Wellbutrin a su rotación y le resulta difícil lidiar con el aumento de libido.

Cuando por fin llega mi turno, miento por omisión y digo que ha sido un mes tranquilo. Es solo una mentira parcial, porque mi cerebro ha estado tranquilo con respecto a la depresión y la ansiedad (gracias Lexapro, Wellbutrin y terapia). Solo mi alma ha estado perturbada, y mi corazón, y no me siento listo para hablar de eso con mis hermanos. En absoluto.

Por desgracia, olvido que el hermano Titus y el hermano Thomas presenciaron parte de la razón de mi inquietud.

—¿Qué pasó con el visitante que recibiste hace unas semanas? —pregunta el hermano Titus, inclinándose hacia delante de modo que su cabello rubio cae sobre su frente ligeramente bronceada de manera muy atractiva. No usamos tonsuras aquí, pero, de hacerlo, el hermano Titus sería el primero en necesitarla. Su vanidad respecto a su cabello es palpable.

En cambio, el hermano Thomas lleva el cabello corto, probablemente porque antes de venir estuvo en el ejército.

—¿Quién era? —pregunta.

—¿Abogado de la familia? —añade Titus.

—¿Un médico que traía noticias de casa?

—¿Le debes dinero?

—¿Es un bibliotecario que vino a buscar un libro que nunca devolviste?

—¿Era un libro de misterio?

—¿Uno de cocina?

—¿Uno de esos de autoayuda financiera con una chica rubia en la cubierta frontal?

—Caballeros —interviene con amabilidad el hermano Matthew, con las manos cruzadas sobre su estómago—. Por favor.

—No, está bien —digo, mi rostro arde—. Era mi no… Mi exnovio. —¿Cómo es posible que olvide decirlo bien después de tantos años separados?

—Uuuh —dice el hermano Thomas, inclinándose bajo el sol. Su rostro, que en general es de un tono oliva oscuro, empieza a sonrojarse bajo el sol de principios del verano—. ¿Por qué vino?

—En busca de un cierre, creo —dije, incómodo. No me incomoda hablar sobre mi exnovio con el grupo *Lectio Lexapro* (ellos conocen muchos de los detalles íntimos de mi vida y saben que soy *queer*), pero me incomoda hablar sobre Elijah en concreto, porque es demasiado cercano a contar cómo me siento todavía. Cómo aún siento sus brotes y enredaderas rodeando mis tobillos y subiendo por mis muslos.

Las cosas han mejorado desde su última visita, pero no creo que se enmienden del todo hasta que no me vaya. Hasta que encuentre el monasterio que pueda apartar de mi interior todo lo que no sea vivir por Dios, que me exprima como uvas que se convierten en vino.

—¿Tiene algo que ver con que te vayas a Europa? —pregunta con curiosidad el hermano Crispin.

—No —respondo rápido—. Esa propuesta fue antes de que viniera.

No accedí hasta después de su visita, pero no lo digo en voz alta.

—¿De verdad quieres ser trapense? —pregunta el hermano Dennis. Es el mayor del grupo, un hombre blanco con barba corta y

un acento que parece sacado de un documental de la BBC—. Son bastante laboriosos, ¿no?

El hermano Francis resopla.

—Querrás decir *severos*.

—Entonces será mejor que conserves tu fuerza antes de volverte un trapense, para poder sonreír mientras soportas la severidad —aconseja el hermano Crispin, un poco en broma.

Le sonrío.

—Quizás la severidad es el objetivo.

—¿Es seguro? —pregunta el hermano Matthew en voz baja después de un instante—. ¿Será seguro para ti?

Reflexiono un momento. Si bien lidiar con la depresión no es, en mi experiencia, una receta que permanezca igual con el paso del tiempo, algunas cosas la hacen exponencialmente más fácil. La terapia. La medicación. Una buena comunidad. La amistad. La meditación. Si bien estoy seguro de que tendría suficiente meditación en cualquier monasterio, no estoy tan seguro respecto al resto de los ingredientes. Hay mucho que depende de los superiores y de la cultura particular de una orden monástica.

—No lo sé —respondo al fin—. Tendré que estar atento.

—Pero ¿no te desmotiva la idea de sufrir? —pregunta el hermano Titus.

Niego con la cabeza.

—Tampoco es que vistan cilicios o se flagelen. Solo son más callados que nosotros, un poco más rígidos. Eso es todo.

Pero, una vez más, no estoy diciéndoles toda la verdad.

La idea de sufrir hace lo opuesto a desmotivarme: la anhelo, la anhelo hasta el punto de un deseo masoquista. Sufrir puede ser

bueno; sufrir puede ser esencial.

El apóstol Pablo dice que sufrir genera resistencia, y que la resistencia produce carácter, y que el carácter genera esperanza, lo cual es el negativo fotográfico religioso del discurso de Yoda ante el Consejo Jedi en *La amenaza fantasma.*

Y si solo pudiera pisar el camino correcto, si solo pudiera seguir esta llama titilante hasta el final, entonces estaría mejor, y no vacío, cuando termine mi vida. Estaría lleno de esperanza.

—De todos modos, es solo una visita —digo—. Aún no hay nada decidido.

Más o menos.



Antes de convertirme en monje, pasaba las mañanas de los sábados masturbándome y comiendo pastelería congelada, y ahora paso las mañanas de los sábados cantando salmos y aspirando las oficinas de la abadía. Es curioso a veces dónde te lleva la vida.

Echo de menos la pastelería congelada.

Casi acabo de limpiar los despachos y me dirijo a la oficina central cuando lo escucho.

Un sonido peculiar: *boing BOING, boing BOING.*

Apago la aspiradora, verifico que en efecto escucho ese ruido y camino hasta la puerta de la oficina, donde veo a los hermanos Titus y Thomas sobre unos balones de goma grandes, con asas, rebotando sin parar por el pasillo.

—¡Abrid paso para el desfile de balones de goma! —grita el hermano Titus al pasar por mi lado rebotando. La goma golpea el suelo de ladrillo del pasillo con cada rebote.

—¡Alto al desfile! —dice el hermano Thomas, y realiza un giro casi perfecto de ciento ochenta grados de un solo rebote, para poder regresar a la puerta donde estoy de pie.

Se detiene ante mis pies y me mira.

—Deberías intentarlo —afirma, y el hermano Titus se acerca, pensativo, mientras rebota.

—Sí, debería —concuerda el hermano Titus, alineando su balón, y luego hace un gesto hacia la esfera como si estuviera invitándome a conducir un coche deportivo italiano—. El sendero te llama.

—Se refiere solo al pasillo —dice Thomas.

Vacilo un instante. No porque no haya terminado mi trabajo o siquiera porque sea una tontería, sino porque es exactamente la clase de cosa que Aiden Bell hubiera promovido en el pasado.

Aiden Bell, el eterno estudiante de fraternidad.

Aiden Bell, el desastre.

—No, creo que no debería…

—¿Rechazas a mi valiente corcel? —dice el hermano Titus, con una mano sobre el corazón—. ¿A mi noble y valiente corcel?

Los miro, mucho más jóvenes que yo y tan llenos de alegría genuina que mi determinación flaquea. Por un instante, solo por un segundo, quiero ser impulsivo de nuevo. Impulsivo, imprudente y Aiden.

Con una sonrisita y los vítores de los hermanos Titus y Thomas resonando en el pasillo a mi alrededor, monto el balón gigante. Mi cuerpo de leñador pone a prueba la goma un instante, el juguete se

comprime a modo de protesta mientras coloco mi hábito alrededor de las piernas, pero resiste. Y, cuando hago un rebote de prueba, el balón responde bien y me hace avanzar un par de metros.

—Bien, bien. De nuevo —dice Titus, como si fuera el profesor en una obra de la escuela—. Esta vez, más fuerte.

—Ya he oído eso antes —digo antes de poder evitarlo y Titus y Thomas parpadean.

—¿Acabas de hacer una broma? —dice Thomas, que suelta su asa y se lleva las manos al rostro—. El hermano Patrick ha hecho una broma. ¡El hermano Patrick es capaz de divertirse!

Si lo supieran… Si supieran que Elijah una vez me había encontrado nadando en la fuente interna de un hotel con una corbata en la cabeza. O que Ryan y yo amarramos el colchón de un futón en la parte trasera de una furgoneta después de una tormenta de nieve y lo usamos como trineo por el distrito del centro comercial Plaza. O que una vez llené tanto el Audi de Sean de pelotas de ping-pong que, cuando abrió la puerta, cinco millones de bolas de plástico cayeron al suelo y cubrieron todo el aparcamiento de su iglesia.

Zenny me obligó a recogerlas una a una. Ja.

Pero obedezco a Titus; preparo mis pies en el suelo y salto una buena altura en el aire, incapaz de detener la aparición de mi sonrisa mientras miro atrás y veo a Titus con los pulgares arriba. Reboto de nuevo, mis gastados zapatos de trabajo se posan con facilidad en el suelo, la goma golpea el ladrillo, mi hábito vuela por doquier.

Pronto el hermano Thomas me acompaña y hacemos una carrera por el pasillo, empujándonos hombro a hombro para hacer que el otro pierda el equilibrio mientras el hermano Titus nos advierte que no aterricemos sobre nuestras bolas, y hace tanto que no me

divertía así que la sensación es embriagadora. Como un chupito de alcohol puro: sin sentido y una señal de una locura más profunda, pero no me importa.

—¿De dónde las habéis sacado? —le pregunto a Thomas mientras nos preparamos para otra carrera.

—La madre de Titus nos las envió. Nos dijo que las compartiéramos. Lo cual por supuesto no haremos.

—Estáis compartiéndolas conmigo. ¿A las tres?

—Solo compartimos porque parecías muy triste empujando esa aspiradora… ¡Ya!

El hermano Titus intenta guiarme desde la puerta de la oficina, aunque es obvio que estoy perdiendo.

—Si te inclinas hacia delante al rebotar, avanzas más metros.

—A menos que quieras ir más alto —añade Thomas.

—¿Por qué querría eso en una carrera, tonto?

—Ah, no. ¡Otra vez con el viejo debate de altura versus distancia! —dice una voz desde el extremo lejano del pasillo.

Levanto la vista y veo un atisbo de una ceja en alto y ojos ambarinos. Tropiezo en el siguiente rebote y aterrizo sin querer, después de una sucesión de rebotes desequilibrados y muy vergonzosos, a los pies de Elijah Iverson.



CAPÍTULO DIEZ

De la revista Mode

Al principio, propuse un artículo sobre la cerveza y el anticapitalismo, y pensé que sería fácil de escribir. Después de todo, ¿quién no quiere pasar una semana bebiendo cerveza y fingiendo que la conexión del wifi es demasiado débil para recibir correos? Añade una pizca de resistencia monástica a la concepción de productividad y ganancias y ya: listo. Tendría un artículo y, de paso, unas vacaciones cerveceras.

No imaginaba que esa semana fuera a sumergirme en lo profundo del corazón de la producción de cerveza monástica y que me llevaría a rincones ocultos de Europa donde los rezos y las pruebas de pH van de la mano. No imaginaba que la experiencia también me transformaría, por mi roce con este mundo antiguo de fe y devoción, viviendo con mi guía durante el viaje, un monje de hombros anchos que también es mi exnovio.

Así es. Tengo un exnovio que es monje. Es mi único comentario curioso para hacer en la cena de Navidad.

«La paciencia eterna de los monjes: cerveza y oración en algunos de los monasterios más solitarios del mundo», Elijah Iverson



CAPÍTULO ONCE

—¡Qué bien! —exclama el abad al salir detrás de Elijah, sonriéndome —. Estábamos buscándote.

Oh, Dios. ¿Por qué estaban buscándome?

¿Por qué Elijah ha venido de nuevo? ¿Por qué ha tenido que encontrarme justo ahora, en el momento más estúpido de todos? ¿No podía haberlo hecho mientras pasaba la aspiradora? ¿O cuando rezaba? ¿Leía un libro? ¿Pareciendo muy serio e importante? ¿Era necesario que fuera ahora?

Por qué, por qué, por qué…

Intento bajar de mi balón gigante, lo cual es más difícil de lo que suena con el hábito puesto y el pesado calzado de trabajo. Al final renuncio a la dignidad y me pongo de pie con la esfera entre las piernas y libero mi atuendo, hasta que logro ponerme frente a mi abad y mi exnovio como una persona normal. La vergüenza es como si me echaran encima asfalto caliente: se pega a mí, ardiendo.

Y no estoy seguro de qué es más vergonzoso: haber estado rebotando en un juguete gigante como un niño, o que mi exnovio —

que nunca ha sido más que perfectamente elegante desde que nació — lo haya visto.

—Em —logro decirles por fin—. Hola.

—¿Por qué no le devuelves al hermano Titus su balón de goma y vienes un momento a mi oficina? —dice el abad, con las comisuras de los ojos arrugadas.

Ni siquiera soporto alzar la vista hacia el rostro de Elijah mientras tomo el balón por el soporte y se lo entrego al hermano Titus con la solemnidad de alguien que entrega un maletín que contiene códigos nucleares. Luego, inclino la cabeza y sigo al abad Jerome y a Elijah hasta la zona de despachos donde acabo de pasar la aspiradora y luego entramos en el del abad. Veo que los hermanos Thomas y Titus nos miran con la cabeza inclinada, como cachorros curiosos, antes de que el abad cierre la puerta y se acomode en su asiento.

—Siéntense, siéntense —invita. Por el rabillo del ojo, veo que Elijah lo hace con una elegancia natural, tan pausada como atenta. Hoy parece relajado de nuevo, tan casual, aunque siempre elegante sin esfuerzo: pantalones oliva con una camiseta a juego, conjunto que concluye con mocasines y un tatuaje en su antebrazo izquierdo.

No lo tenía cuando estábamos juntos. La curiosidad me carcome, pero no me atrevo a mirarlo con más detenimiento. Aún ardo de vergüenza porque me vio actuando como el hombre que solía ser. Ardo de vergüenza por haber actuado como quien solía ser.

Irresponsable, tonto y vergonzante.

¿Qué habrá visto Elijah en mí?

También me siento, con toda la gracia de un hombre que canta himnos antiguos del templo como trabajo y corta madera como pasatiempo, y miro mis manos. No puedo separar la vergüenza del

miedo a saber por qué estoy aquí. El abad parece de buen humor, pero nada positivo puede salir de esta reunión. ¿Mi jefe y el hombre al que le rompí el corazón? Así empiezan las pesadillas.

—Entonces, ¿puedo esperar que haya muchos desfiles de balones de goma mientras esté aquí? —pregunta Elijah, y respondo de modo tan visceral a la música grave de su voz que de pronto soy demasiado consciente de que ahora mismo no estoy en castidad.

Y entonces, de pronto tomo conciencia absoluta de lo que acaba de decir.

—¿Mientras estés aquí? —pregunto, manteniendo la cabeza inclinada, pero girándola muy poco, solo para mirarlo de nuevo. No por completo, no creo que pueda enfrentarme a él por completo. Pero lo suficiente para verlo cruzar las piernas a la altura de los tobillos. Lo suficiente para ver un atisbo de sus ojos ambarinos y una única ceja en alto.

Aparto la mirada otra vez, todo mi cuerpo está alborotado.

—Así es —dice el abad con tono amistoso—. El señor Iverson quedó tan encantado con su visita el mes pasado que vendrá a retirarse con nosotros una semana. Escribirá un artículo sobre su experiencia con nosotros para *Mode*.

Elijah. Aquí.

Durante una semana.

Quiero aplanarme en la forma de una criatura marina extinta y enterrarme en el lecho del mar; quiero amarrarme a un fondeadero y no comer nada que no sea ladrillos molidos hasta morir hundido; quiero sumergirme en un barril de cerveza y macerarme… porque ¿cómo se supone que pueda sobrevivir a esto? Apenas pude sobrevivir a verlo en el claustro treinta minutos, ¿Cómo sobreviviré a

su presencia en los rezos, en la misa, en las comidas? ¿Cómo sobreviviré literalmente al infierno de la próxima semana?

«Tranquilo», intento pensar con racionalidad. «Solo lo verás durante los rezos y las comidas, cosas comunitarias. No tendrás que hablar con él. No tendrás que escuchar lo maravilloso y confiable que es su nuevo prometido».

A la parte de mí que ya se ha convertido es un insecto del mar Cámbrico no le importa. Apenas estaba entero antes de que llegara Elijah, y no veo cómo podría no volverme despreciable con su presencia aquí. Se supone que debo vaciar mi corazón y mi mente de todo, menos de Dios. ¿Cómo se supone que lo haga cuando Elijah Iverson está aquí con sus cejas arqueadas y esa compostura fría que prácticamente ruega que la perturben y también con esa boca y esa barba incipiente…?

—… y sí, no hacemos las cosas del modo tradicional, pero me pareció que esto sería lo más lógico, dado que tus deberes te llevan rutinariamente por todo el terreno del monasterio a lo largo del día, y dado que tu hermano es el cuñado del señor Iverson…

El abad ha estado hablando mientras yo me convertía en un insecto marino al estilo kafkiano, así que tardo un momento en comprender.

—¿Disculpe? —digo con voz ronca. No escuché el principio de lo que dijo, así que debo estar errado, debo estar muy equivocado sobre lo que creo que me está pidiendo que haga. Porque es imposible que él me pida que haga eso.

El abad me sonríe.

—Serás el acompañante del señor Iverson mientras esté aquí. Supe que es algo que les complacería a ambos, dado que son

básicamente familia.

Cierto. Porque mi hermano Sean está casado con la hermana de Elijah, Zenny, y ellos ahora mismo están produciendo bebés adorables con hoyuelos a un paso que haría derramar al mismo Papa una lágrima de aprobación.

Pero, si bien eso nos convierte en familia en un sentido sociológico, Elijah y yo no somos familia en un sentido *normal*, a menos que hoy en día definan a la familia en términos pervertidos en extremo. Esto no será como pasear con un cuñado, sino más bien como pasear con… Bueno, un tipo al que quiero besar contra un muro del claustro. Preferentemente mientras tengo una mano dentro de sus pantalones.

—Sé que, en general, el anfitrión se ocuparía del señor Iverson —continúa el abad, aún sonriéndonos. Me mira, luego a Elijah, y de nuevo a mí, siempre con una sonrisa. Hay muchas sonrisas—. Pero esto será mucho más acogedor. Y, como ya se conocen, sé que podrás darle al señor Iverson la respuesta a cualquier pregunta mientras investiga para su artículo. En especial respecto a la cervecería y la cantina, dado que trabajas en la parte financiera y ayudas con la producción.

Oh.

La cervecería y la cantina. Claro.

Ahora las sonrisas empiezan a cobrar sentido. Son las sonrisas de un hombre que sabe que está a solo unos párrafos bien escritos de recibir publicidad gratis a escala nacional. Son las sonrisas de alguien que podría vender muchas botellas de cerveza artesanal hechas por monjes solo con prestarle a su contable-barra-leñador residente durante una semana.

Es inteligente, el empresario que fui lo reconoce, pero eso no hará que esta semana sea más fácil para mí, y sin duda el abad lo sabe. Sin duda, el hermano Connor le dijo que mi visita sorpresa el mes pasado era mi exnovio; sin duda, el hermano Connor le dijo que todavía estoy enamorado de él. Aunque tal vez no… Si bien los monjes son muy chismosos sobre lo que sucede en la abadía, a veces también somos muy buenos para respetar las confidencias, y veo al hermano Connor haciéndolo. ¡Lo cual generalmente sería maravilloso! ¡Fantástico!

¡Adoro tener amigos tan buenos y leales!

Pero eso significa que tendré que decir la verdad ahora mismo o esperar hasta no estar con Elijah para buscar al abad y presentar mi caso.

Y estoy muy muy lejos de la santidad, porque mi orgullo se opone a ambas posibilidades. Se niega rotundamente a decir algo ahora mismo, frente a Elijah, y, si digo algo después, si logro que le asignen a alguien más para acompañarlo, entonces Elijah tal vez descubrirá la verdad: que aún me afecta de cierto modo, y luego podrá adivinar el motivo, y no creo que pueda vivir con él sabiéndolo. No después de haberme ido para ser monje, rompiéndole el corazón en el proceso. No después de que se enamorara de otro.

No; si descubre que aún lo amo, de verdad que tendré que encontrar un barril de cerveza lo bastante grande para encerrarme allí.

—Está bien, padre abad —digo, asintiendo con la vista en mi regazo—. Lo que necesite.

—¡Excelente! —responde el abad, seguro que sonriendo de nuevo, aunque no lo sé, porque no lo estoy mirando. Estoy observando los pies de Elijah mientras los descruza, el contorno suave y marrón de sus tobillos y el vello casi imperceptible sobre sus pies sin calcetines antes de que desaparezcan bajo los mocasines. Estoy observando a Elijah frotar las suelas de su calzado contra la alfombra industrial de modo casi imperceptible, y luego cruzar otra vez los tobillos.

Cruzar y descruzar las piernas es el único indicio de inquietud o infelicidad que nunca ha podido erradicar. Ni siquiera las clases de etiqueta y una carrera fingiendo interés en discursos inaugurales han podido librarlo de eso.

Me alegra.

Es un atisbo de él, de su yo verdadero, bajo el aspecto elegante y la sonrisa distante. Es un recordatorio de que ahora mismo también debe sentir algo, y quizás eso me hace un monstruo egoísta, pero me alivia no ser el único.

El abad se pone de pie, nosotros también.

—Ahora —dice, sonriendo más y haciendo un gesto hacia la puerta como un anfitrión alegre a punto de recibir publicidad gratis para su cervecería artesanal—, vayamos a la casa de huéspedes. El hermano Patrick lo pondrá al tanto del cronograma y esas cosas y luego, cuando esté listo, puede empezar a mostrarle el resto. Y si necesita cualquier cosa, el hermano Patrick le ayudará. ¿No es así, hermano Patrick?

El capítulo cincuenta y tres de las reglas de san Benito dice que todos los huéspedes son bienvenidos, así como lo sería Cristo. Con las limitaciones que incluso Cristo tendría que soportar, las toallas ásperas y los huevos revueltos tibios, creo. Pero entiendo la esencia

de la regla, la idea principal. Hay que recibir con calidez, confianza y amabilidad a cualquiera que venga aquí.

Incluso si has tenido sexo con él en muchas bañeras calientes y a veces aún quieres poner tu lengua en su ombligo.

—Así es —digo.

Por el rabillo del ojo, veo que Elijah baja la mirada. Como si no quisiera que nadie viera su rostro en ese instante. Conozco el sentimiento.

El abad Jerome nos guía fuera de su oficina y luego por el pasillo, donde inclina la cabeza y sonríe.

—Gracias por su visita, señor Iverson. Estoy deseoso de conversar más con usted durante la cena… Y tal vez en el jardín cervecero.

Sonrisa. Sonrisa.

Elijah no parece saber si debería devolverle la inclinación o no, así que yo asiento despacio hacia el abad, y él me imita. Luego, salimos al pasillo cubierto, que nos lleva al edificio de las clases, y luego a la casa de huéspedes por otro corredor cubierto.

—La casa de huéspedes está por allá —digo mientras caminamos. Aún no me atrevo a mirarlo, pero ahora tengo una excusa. Le estoy mostrando el lugar; no podría mirarlo mientras tengo tantas salidas de emergencia y bancos que señalar—. El acceso al comedor es por el camino al otro lado de este claustro, y más allá está el jardín donde empiezan la mayoría de los senderos. Los claustros, los senderos y el comedor son espacios compartidos, al igual que la sala común de la casa de huéspedes. La única comida real se toma en el comedor en los horarios estipulados, pero siempre hay café listo, fruta y esas cosas. El edificio al que nos estamos acercando está lleno de aulas para conferencias y retiros, y hay algunas máquinas

expendedoras repartidas entre los pisos, si es que en algún momento necesitas un refrigerio que no sea fruta.

El primer claustro no está muy concurrido, con la mezcla usual de monjes jardineros y visitantes con pegatinas con sus nombres en el pecho. Más allá, el edificio de las aulas está lleno de hombres que se pasean con tazas de papel con café mientras conversan.

La edad promedio parece estar entre los cincuenta y nueve y los ciento doce años.

—¿Quiénes eran? —pregunta Elijah cuando salimos al otro lado al pasillo cubierto.

—Creo que este fin de semana hay una conferencia de los Caballeros de Colón.

Me doy cuenta de que estoy caminando rápido, mis pasos son lo bastante largos para que mi hábito flote sobre mis tobillos. Quiero que Elijah se ponga cómodo en la casa de huéspedes y luego necesito… Ni siquiera lo sé todavía. Presionar mi rostro contra un árbol y gritar.

Elijah, aunque es cuatro o cinco centímetros más bajo que yo, me sigue el ritmo con facilidad hasta llegar a la casa de huéspedes, e incluso alarga la mano hacia el pomo antes que yo y me abre la puerta. Veo un atisbo de su tatuaje, un *collage* abstracto con rejillas, edificios y árboles, con dos palabras pequeñas debajo, y luego la flexión sutil de los músculos de su antebrazo debajo de la tinta cuando tira del pomo. Y la puerta se abre, al igual que el agujero en mi pecho. Es difícil tener pensamientos puros cuando los músculos de su antebrazo hacen eso.

Pero *elijo* esta vida.

La elijo, la elijo, la elijo…

—Hermano Patrick —dice Elijah. Ahora estamos dentro de la casa de huéspedes, en el recibidor espacioso con vigas de madera, y Claudia, la directora del servicio de huéspedes, no aparece por ningún lado. Estamos solos y no tengo motivos para mantenernos en movimiento, no tengo motivos para no detener el paso.

Freno. El dolor y algo más, algo peor, se revuelven en mi interior. No puedo mirarlo, simplemente no puedo, porque lo sabrá. Solo puedo mirar al frente.

—Hermano Patrick —repite, esta vez en voz baja—. Aiden.

Si tan solo Claudia apareciera. Si tan solo Claudia viniera y le diera una llave y unas toallas ásperas para que yo pueda huir…

—Mírame.

Aún habla bajo, pero su voz grave también es ronca. Oírla me quema un poco, como beber un whisky ahumado o fumar un cigarrillo de clavo de olor.

—Mírame —repite, y ya no lo soporto, no puedo. La necesidad que tengo de él es más fuerte que cualquier instinto de supervivencia que haya tenido.

Lo miro.



CAPÍTULO DOCE

—¿Es tan horrible que esté aquí? —pregunta.

No sé si siquiera puedo hablar para responderle.

No solo porque sí, sí es una mierda horrible, sino porque toda la fuerza para hablar ha abandonado mi cuerpo ante la primera mirada completa que le doy. Ante el conjunto monocromático elegante que se aferra a las curvas de sus brazos y a los músculos de sus muslos. Ante sus ojos hermosos y su boca enmarcada por esa barba tan tentadora.

Abruptamente, quiero contárselo todo. Quiero decir «por esto me fui», y que signifique algo, que justifique todos los días y las semanas infelices que nos causé. Que explique su propio retraso, porque la razón de mi partida es la misma razón por la que no pude decirle por qué me fui. Estuve destrozado un largo tiempo antes de poder enfrentar la idea de dar explicaciones. Y luego, incluso después de mejorar, comencé a sentir que no merecía decírselo. Que no merecía una… ni siquiera sé qué. Una defensa. Una refutación de

las peores cosas que él debe haber pensado de mí. Merecía su enfado, su repulsión. Incluso su odio.

Quizás eso es lo que más merecía.

Pero no debería estar pensando en lo que yo merezco, sino en lo que él merece. No he sido más que egoísta y desconsiderado con él desde el momento en que lo arrastré a un balcón apenas iluminado en una recaudación de fondos y presioné mi boca contra la suya. Y quizás fui desconsiderado incluso antes que eso, años antes, cuando estaba en el instituto y en la universidad y daba vueltas a su alrededor como un cachorro, provocándolo y bromeando cada vez que lo veía con Sean, desesperado por que Elijah me viera como algo más que el hermano menor de Sean, por motivos que no comprendía del todo en esa época.

Había sido egoísta con él durante tanto tiempo que me pareció que el único modo de parar era irme.

Entonces, ¿qué merece de mí ahora? Todo, claro, todo lo que esté bajo el sol, pero puedo empezar por esto.

—No es horrible que estés aquí —respondo. (Es mentira, pero es el tipo de mentira que creo que Dios perdonará).

Profundiza la comisura de su boca, como si supiera que estoy mintiendo. Pero no me expone. Mierda, gracias al cielo.

—Entonces, ¿me ayudarás esta semana? —pregunta en cambio—. No quiero ponerte incómodo.

—Es mi trabajo ser servicial —respondo inclinando la cabeza. Y luego, busco con desesperación cualquier cosa para decir que no esté vinculada con cómo me hace sentir él—. Me sorprende que a *Mode* le resulte lo bastante interesante la vida monástica como para

incluir un artículo al respecto —digo—. No hay mucha actualidad aquí.

Elijah alza un hombro, y yo intento ignorar el modo en que la tela de su camiseta se aprieta contra él cuando hace el gesto.

—Incluyen bastantes artículos de temas de interés más generales, y estaban muy entusiasmados por esta idea. Monjes que hacen cerveza y se niegan a responder correos electrónicos. Ya sabes, viviendo a lo grande. Oh, hola —le dice Elijah a la mujer que se acerca a nosotros.

Es Claudia, con manchas rojas brillantes en lo alto de sus mejillas bastante bronceadas y la ropa salpicada de agua. Y siento mucho alivio, incluso cuando nos mira mal a ambos, porque no sé cuánto tiempo más podré escuchar a Elijah hablar con esa voz ronca sin necesidad de ir en busca de mi aparato de castidad.

—¿Me traes otro huésped ahora? —dice Claudia—. ¿Justo ahora? ¿Hoy?

—¿Por? —respondo, vacilante, y ella sacude la cabeza de lado a lado con tal vigor que sus hombros también se mueven.

—No, hermano Patrick, no traerás a nadie. Se ha roto una tubería arriba y ahora la mitad de mis habitaciones están inundadas y ya he tenido que trasladar a once Caballeros de Colón al dormitorio. Así que tu huésped también tendrá que quedarse ahí.

«AHHHHH», grita mi cerebro.

—Ya… ya veo —termino diciendo, en una voz que es suplicante y hosca a la vez.

Ella me mira entrecerrando los ojos y luego decide que no tiene tiempo para lidiar con esto, sea lo que sea. Señala el escritorio de recepción detrás de ella.

—Hay toallas y jabón ahí. Dos toallas, una barra de jabón. —Mira a Elijah—. Si arreglamos este desastre, puede quedarse en la casa de huéspedes, pero si no, tendrá que dormir con los monjes durante su estancia. Prometo que no muerden.

—De hecho, el hermano Patrick solía morderme con frecuencia —dice Elijah con una sonrisita, y Claudia ríe porque cree que es una broma.

No está bromeando.

—Es gracioso. Al hermano Patrick le vendría bien un amigo divertido. Bueno, toallas, jabón, etcétera. Que tengan buenas noches, caballeros.

Y luego, Claudia desaparece por la escalera y nos quedamos solos para ir al dormitorio. Juntos.



—¿Aquí están las habitaciones de los monjes? —pregunta Elijah mientras asiento y llamo a una puerta. Recibo una respuesta amortiguada y, con un suspiro interno, avanzo hacia la siguiente puerta, pero esa habitación también está ocupada.

El lugar está oficialmente lleno de Caballeros de Colón exhaustos, y en general no me molestaría, excepto que cada vez parece más probable que el único cuarto libre será el que está junto al mío.

«Por favor, Dios. Por favor, no me hagas esto, no me pongas a prueba así».

«Fallaré, y los dos lo sabemos».

—¿Así se llaman? —pregunta después de que pruebo suerte con otra puerta—. ¿Habitaciones? ¿O dormitorios?

—Nosotros las llamamos celdas, pero también habitaciones —respondo—. Deberíamos ver si queda alguna arriba.

—¿Y cada celda tiene su propio baño?

—Sí —digo mientras subimos, intentando recordar si hay alguna celda libre en mi piso que no sea la que está junto a la mía.

—¿Es común que haya baños privados en los monasterios?

—En general, no —digo, tocando con suavidad en una puerta junto a la escalera. Oigo un «¿sí?» seco y tembloroso y me disculpo con el huésped—. Pero en los años noventa, un feligrés dueño de una compañía de fontanería donó al monasterio inodoros y duchas y se ofreció también a instalarlos. Así que los baños fueron una especie de donación. No son muy glamurosos, pero es agradable tener un poco de privacidad. Antes había baños comunes en cada piso.

Hay un último cuarto que puedo inspeccionar antes de que quede solo el contiguo al mío, y rezo todo lo que puedo en silencio en los veinte segundos previos a alcanzar la puerta.

Golpeo.

La puerta se abre, aparece un Caballero de Colón con un vaso de papel con café en la mano.

—¿Sí? —pregunta. La decepción me aplasta, seguida de miedo… y algo mucho peor.

Entusiasmo.

—Solo buscaba espacio para otro huésped —digo, inclinando la cabeza—. Disculpe la interrupción.

—¡No hay problema! —afirma con alegría y luego llevo a Elijah a la puerta junto a la mía, que está al final del pasillo. Llamo y no hay respuesta, así que la abro y le muestro el pequeño cuarto.

Elijah pasa a mi lado (lo bastante cerca para que sus piernas rocen mi hábito) y percibo el aroma débil de salvia y agua salada. Como si acabara de salir de la piscina de agua salada del jardín de mi familia, como si acabara de secarse al sol después de un largo día de verano con Sean.

Y recuerdo todos esos días en los que iba a molestarlos mientras nadaban o dormían la siesta, todas las veces que decidí que yo también debía nadar solo porque ellos estaban ahí, y la falta de interés en reprimir la necesidad de estar donde fuera que ellos estuvieran. Sean y Elijah solo eran cinco años mayores que yo, pero lo que es nada de diferencia en la adultez parece un abismo inconmensurable cuando eres niño, y aún más cuando eres adolescente. La distancia entre mis catorce años y sus diecinueve parecía imposible de abarcar, vasta… y también seductora en cierto modo, porque suplicaba constantemente que la cruzaran. Necesitaba más que nada demostrarle a Elijah que era tan maduro, culto e interesante como él y Sean, y solía creer que el mejor modo de lograrlo era hacer volteretas hacia atrás al borde de la piscina o cambiar de emisora hasta el hartazgo en nuestra vieja radio de exterior.

No fue hasta estar en la universidad cuando me di cuenta de que la fascinación que tenía con Elijah era más complicada que el típico «quiero que el mejor amigo de mi hermano mayor crea que soy genial». Que todas las veces que había medido la latitud precisa de la cintura floja de sus pantalones cortos, todas las veces que había

llevado latas frías de refresco solo para poder ver la garganta de Elijah moverse al beber… Todas las veces que lo había provocado para luchar o jugar a las peleas a hombros en la piscina para tener una excusa para tocar sus brazos mojados y su pecho…

Todas esas veces habían estado señalando lo que yo no entendí hasta que besé a otro chico para un desafío de fraternidad y me gustó mucho.

Me pregunto si en ese entonces había sido evidente para Elijah. O si creía que estaba siendo el típico hermano menor, siguiéndolos porque eso es lo que hacen los hermanos menores.

Los restos de mi orgullo se reconfortan un poco al pensarlo.

Por fin logro hablar, aunque aún veo a Elijah en traje de baño en mi mente.

—Tu llave está en el gancho junto a la puerta —le explico—. Me iré para que te acomodes. ¿Necesitas ayuda para traer tus pertenencias del coche?

Él niega con la cabeza y camina hacia la ventana, por donde mira hacia los claustros en el piso inferior y la colina empinada al fondo.

—Es muy hermoso —susurra ante el cristal.

«Eres muy hermoso», solía decirme, con ese mismo tono grave y cariñoso. En general antes de que me inclinara sobre la superficie plana más cercana. «Eres el hombre más hermoso que he visto».

Veo un atisbo de mi reflejo en el pequeño espejo sobre el escritorio y suspiro ante mi barba y el hábito sencillo. Ya no soy tan hermoso.

—Dejaré tus toallas en la cama y volveré en media hora para que…

Elijah se aparta de la ventana antes de que termine de hablar, con las manos extendidas para tomar las toallas y el jabón que he estado cargando en el hueco de mi codo. Deposito las toallas en sus palmas, una transacción que debería carecer de contacto tanto como el retiro de un depósito bancario, pero luego el jabón envuelto en papel amenaza con caer de la pila y él se mueve para atraparlo… y lo sujeta entre su mano y la mía.

Por primera vez en años, nuestras manos se tocan.

E incluso con una barra de jabón casero entre los dos, incluso con su palma sobre mi mano y la mía presionada contra el viejo guante de trabajo, aún siento su roce como si fuera una lengua de fuego lamiendo mi piel.

No puedo mirarlo a los ojos, apenas logré hacerlo antes, pero ahora es imposible; no cuando estamos tocándonos, y parece que lo único que existe en mi mundo es su mano sobre la mía. Esa mano es tan geométricamente precisa, con sus uñas cortas y cuadradas. Los metacarpianos parecen los martillos de un piano, suspendidos en una quietud absoluta. Listos para moverse en un segundo.

Su mano es como todo lo demás en él. Perfecta. Y pronto habrá una banda metálica delgada decorando uno de esos dedos y ese tal Jamie la verá y sabrá que es por él.

Aparto mi mano de la suya y él tose como lo hace una persona educada para esconder un momento incómodo. Por supuesto que mi fascinación con su mano ha sido evidente, por supuesto que lo ha sido.

«Se merece que seas bueno para él», recuerdo. «Es lo mínimo que le debes».

Retrocedo con dos pasos largos, aún incapaz de mirarlo a los ojos.

—Te dejaré para que busques tus cosas y te acomodes. Volveré pronto.



CAPÍTULO TRECE

De la revista Mode

Antes era católico devoto, como sea que se midan esas cosas. Mis padres eran de los católicos que se sentaban primeros en la fila de la misa; participé como oficial en los Caballeros de Peter Claver; coqueteé con la fantasía de convertirme en sacerdote después de aprender el lema jesuita: *ite, inflammate omnia.*

Ve, prende fuego al mundo.

Pero, luego, el abuso sexual a manos del sacerdote de mi congregación, que terminó en una tragedia inconmensurable para la familia de mi mejor amigo, destrozó nuestro mundo. La amistad profunda entre mi familia y la de mi amigo se fracturó, al igual que mi fe.

Y además, ya era bastante mayor para ver que no había espacio para mí en la Iglesia. Sabía que era gay; también sabía que la Iglesia no me quería si no estaba dispuesto a aceptar el celibato o una mentira absoluta.

Así que me fui.

Ese debería ser el final de la historia… pero, de algún modo, la Iglesia continúa inmiscuyéndose en mi vida. Mi hermana, una de las mejores personas que conozco y una de las más inteligentes, fue postulante a una hermandad religiosa antes de empezar a salir con el hombre que hoy es su esposo. Y luego, un año después, el amor de mi vida me dejó por el claustro.

Y a veces, cuando me pregunto sobre qué debería escribir, cuando me pregunto dónde necesito usar mi voz, escucho a Ignacio de Loyola hablándome.

Ve, prende fuego al mundo.

«La paciencia eterna de los monjes: cerveza y oración en algunos de los monasterios más solitarios del mundo», Elijah Iverson



CAPÍTULO CATORCE

La música del piano flota por la iglesia, sube hasta las bóvedas del techo y resuena en los vitrales y la piedra caliza del santuario. El aroma a incienso penetra en el lugar; décadas y décadas de volutas de humo para Dios. Hileras de velas votivas titilan y bailan desde estanterías invisibles, y en la cima del altar, una ventana redonda de vidrio transparente muestra un círculo de cielo celeste brillante.

El sol entra por las ventanas de la galería y baña con luces y sombras la figura a tamaño real detrás del altar.

Caminamos despacio hacia el centro de la nave, pasamos junto al transepto y luego subimos al coro, donde los monjes se colocan de pie para rezar y cantar. Somos los únicos aquí (excepto por el hermano que practica en el piano), pero parece más santo por el vacío, incluso más sagrado por algún motivo. No hay modo de huir del hecho de que este sitio siempre ha sido la cripta viva del Dios que eligió morir.

Nos detenemos al llegar a los escalones bajos que llevan al altar.

—Es… —Elijah parece buscar las palabras correctas mientras observa la escultura colgada detrás del altar—… muy conmovedor.

Sigo su mirada hasta el crucifijo, que, a pesar de los ornamentos hermosos a su alrededor, eclipsa todo el resto del santuario. Ninguna cantidad de candelabros o de flores frescas o de decoraciones con borde de oro puede competir con el cuerpo de nuestro Dios sufriente, porque este crucifijo no esconde nada, no suaviza nada. Ves la tensión en los brazos y el estómago de Jesús; tiene los músculos de los muslos tensos por el esfuerzo. Su cabeza no está inclinada a modo de derrota o muerte, sino en agonía, la lucha se manifiesta en las venas tensas del cuello y en la mandíbula apretada. Sus ojos entrecerrados miran con una plegaria sin palabras. Los labios carnosos están abiertos en un grito ahogado.

Podría observarlo para siempre.

Es un instinto enterrado hace mucho el que hace que me gire y mire a Elijah, codiciando su reacción, para ver si él ve lo mismo que yo, algo tan impactante y perturbador que exige devoción, que exige una vida de amor a sus pies, pero Elijah ahora no está mirando el crucifijo.

Me está mirando a mí.

Y por un instante abrumador e irreal que me deja sin aliento, pienso que así es como debe sentirse que Jesús en la cruz me devuelva la mirada. Elijah tiene los ojos entrecerrados como él, los mismos labios abiertos.

Siento la misma necesidad de ofrecerle la carne húmeda de mi corazón para ganarme la profundidad del amor de esa persona.

Pero, a diferencia del hombre en la cruz, no hay súplica en los ojos de Elijah, no hay plegaria alguna. No puedo descifrar qué hay

en su lugar, pero no es nada tan vulnerable o desnudo. La mirada que me da es cauta y está entrelazada con algo amargo, dubitativo y severo.

Un músculo en su mandíbula se marca de inmediato y luego aparta la vista.

—¿Dónde estaré durante los rezos? —pregunta, otra vez distante y lejano—. ¿Por allí?

—Sí —respondo en voz baja y le muestro dónde están los asientos para laicos en la nave. Lejos del crucifijo. Pero lo bastante cerca para que su mirada queme mi rostro mientras canto.



Antes de la iglesia, había llevado a Elijah a la cervecería, aunque no tuvimos tiempo de ver la cantina y llegar puntuales a cenar. Luego lo llevé por los senderos por si quería pasear durante la semana. Él llevaba un cuaderno de cuero pequeño y un Sharpie de punta fina, y tomó notas todo el tiempo. Sus ojos iban y venían de una cosa a otra, evaluándolo todo con una eficiencia incisiva.

Era una situación bastante familiar; quizás tomaba notas para un artículo en vez de caminar por el recinto antes del evento, pero en realidad era lo mismo. La misma clase de observación que no pasaba nada por alto y lo catalogaba todo. La clase de mirada evaluadora que pasé tantos años de mi adolescencia esperando que me inspeccionara a mí, y que luego siguió con el elixir específico de la aprobación del mejor amigo de mi hermano mayor.

Después de terminar de rezar las completas, él aún tiene su cuaderno en mano. Los largos dedos entre las páginas, y su Sharpie que sobresale como un cigarro de un paquete. Noto que está mirando el crucifijo con expresión indescifrable mientras camino detrás de mis hermanos y salgo por la puerta cerca del altar.

Después de la reverencia ante el altar y la salida del santuario, rodeo el frente de la iglesia y regreso a los púlpitos, serpenteando entre los Caballeros de Colón que ya están conversando para alcanzar a Elijah, que aún contempla a Cristo en la cruz mientras los ancianos circulan y conversan a su alrededor. Elijah mira el crucifijo como si Jesús le debiera dinero.

Elijah golpea despacio su cuaderno contra el muslo, el resto de su cuerpo está quieto excepto por el movimiento ascendente de sus hombros al respirar. Su camisa, hecha de algo más sedoso que una tela ordinaria, se aferra a su cuerpo de modo casi codicioso, como si no pudiera dejar de tocar los deltoides y los trapecios. Como si estuviera embelesada como yo con el surco en su espalda. Y el modo en que el borde de la prenda está incrustado en la cintura, marcando un trasero que una vez pasé una noche entera mordiendo…

El calor en mi bajo vientre se ve acompañado del encogimiento inmediato entre mis piernas, y agradezco estar usando la jaula esta tarde. Ya no siento el roce del metal como un dolor, sino como un refugio. La reconfortante seguridad de que no estoy a punto de acercarme a mi ex en un santuario con una erección bajo mi hábito de monje.

Me acerco a su banco y él se gira hacia mí. Tiene una ceja en alto a modo de pregunta, pero no habla, y de pronto, siento que tengo

diecisiete años de nuevo, que estoy presente sin permiso en el sótano donde Sean y Elijah solían pasar el rato y que Elijah me está mirando exactamente del mismo modo. Una mirada que dice. «¿Y?».

Una mirada que dice: «Dime lo que quieres y luego decidiré si tengo la energía para reaccionar o no».

Siento que me sonrojo. Ya ha sido bastante difícil rezar completas esta noche sabiendo que Elijah estaba aquí, que podía estar observándome con esa mirada distante mientras yo tenía la vista clavada en mi breviario. Solo saber que él estaba en la iglesia conmigo fue suficiente para que me perdiera en medio de los salmos que había cantado cientos de veces, fue suficiente para que mi pulso saltara por mis venas en intervalos aleatorios. Fue suficiente para que fuera hiperconsciente de cómo hacía las acciones más mundanas e ínfimas. ¿Me observaba mientras pasaba la página de mi breviario? ¿Me observaba mientras yo estaba sentado leyendo? ¿Mientras tenía mi cuerpo inclinado hacia el altar?

Era estúpido que me importara mi aspecto cuando tenía puesto un hábito de poliéster que llegaba al suelo, y era incluso más estúpido cuando yo era un monje que había escogido una vida donde no importaba si alguien me consideraba atractivo de nuevo, pero supongo que la estupidez nunca había detenido a Aiden Bell.

Despejo mi garganta e intento sonar como si su presencia no me afectara.

—He venido a asegurarme de que tuvieras todo lo necesario para la noche antes de volver al dormitorio.

Elijah mira su reloj, y luego la ventana circular donde el cielo aún está pintado con los colores brillantes del atardecer.

—¿Ya te vas a la cama?

—Las vigilias son temprano —explico, entendiendo su confusión. Antes de venir aquí, era un nocturno incurable, aunque también me levantaba al amanecer para hacer gimnasia e ir al trabajo. Funcionar con tres o cuatro horas de sueño se había vuelto mi norma. En esa época había parecido muy normal, muy necesario. Debía hacer gimnasia, debía trabajar diez horas al día, debía beber, ir de fiesta y tener sexo, no había otra opción, y nadie a mi alrededor vivía de modo diferente, excepto, quizás, mi hermano mayor Tyler. Pero él era un exsacerdote que volvió a la universidad para estudiar Teología cuando abandonó los hábitos, como todo un bicho raro. No me interesaba para nada ser como él en ese entonces.

Excepto que ahora sin duda lo he superado en sus sagradas rarezas, y eso incluye ir a dormir cuando aún hay luz, como uno de los adorables bebés de Sean y Zenny.

—¿Debería asistir a las vigilias? —pregunta Elijah, mirando el cielo con algo similar al cansancio. Como si ya estuviera anticipando lo pronto que llegará el amanecer.

—Los huéspedes están invitados a asistir a tantas oraciones como deseen —digo—. Y puede variar día a día. Lo único obligatorio son los horarios de las comidas y respetar el Gran Silencio.

—Mmm. —Golpetea de nuevo el cuaderno contra su muslo—. Supongo que debería al menos ir a mi cuarto y empezar a escribir algunas notas. Volveré contigo.

Hemos estado paseando juntos por el campus medio día, y, aun así, mi corazón se tambalea al pensar en volver caminando con él, en estar con él, los dos solos. Es casi peor que tener diecisiete años y no saber que mi adoración por Elijah era enamoramiento, porque ahora sé lo que es. Sé quién es él. Ahora ese enamoramiento ha

tenido años para profundizarse, para echar raíces en mis huesos y a través de mis costillas, para engrosarse y convertirse en una devoción robusta que supera a casi todo lo demás, y que solo se compara con mi devoción por el hijo sufriente del desierto. Ha reemplazado mi médula y mi fascia, y ahora Elijah está aquí, y caminamos bajo la luz menguante juntos, hombro con hombro.

Recuerdo que debo respirar. Él se merece mi amabilidad, mi asistencia. No mi tormento. No el hambre que apenas contengo con la jaula metálica en mis genitales.

No decimos nada mientras avanzamos, lo cual no me molesta, porque, de todos modos, no sé qué podría decir más que «aún te amo, no me odies, por favor, vuelve a casa».

Así que vamos casi en silencio, que se rompe solo con el sonido de la fuente del claustro y el ruido de las puertas de los coches que se cierran en el aparcamiento: visitantes que se van tras un día en los senderos o en la cantina.

Cuando llegamos a nuestro piso, me aseguro de que Elijah tenga su llave y luego voy hacia mi puerta, aliviado por la distancia entre ambos, pero también odiándola.

—Estoy aquí si necesitas algo —digo, logrando sonar normal.

Alza una ceja.

—¿Tu celda está junto a la mía?

No me doy cuenta de si es una mala noticia o no.

—Soy un vecino silencioso, si es que te preocupa el ruido.

—No... es que… No. No me preocupa. Está bien.

Es la primera vacilación que he percibido hoy en él, y me apena un poco. ¿Por qué? No lo sé, dado que yo no he hecho más que dudar durante todo el día.

—Pues bien, entonces —digo mientras él intenta abrir la puerta y es tan incómodo… ¿Por qué nunca se dice lo incómodo que es hablar con alguien con quien solías tener sexo?—. Buenas noches, Elijah.

Elijah asiente, abre su puerta y entra.

Yo abro la mía (no cierro con llave mi celda porque no hay nada aquí más que sábanas viejas y libros usados), y entro tambaleante como si acabara de correr una carrera. Y no el tipo de carrera espiritual de la que habla el apóstol Pablo, sino una carrera terrible y sinsentido donde la única recompensa es una bebida deportiva fría y una camiseta gratis.

Excepto que ni siquiera me dan una camiseta. Mi recompensa por sobrevivir el día con mi exnovio es despertar y volverlo a hacer.

Me ducho rápido, limpio mi jaula y me la pongo de nuevo, y me visto con los pantalones de franela gastados que a veces uso para dormir. (No, no usamos el hábito para dormir). Después de lavarme los dientes y rezar, me estiro en la cama y miro el techo.

El muro entre mi celda y la de Elijah es tan delgado que oigo el *tap-tap-taptaptaptap* de su teclado. Oigo cuando mueve la silla hacia atrás sobre el suelo de madera; oigo cuando suelta un suspiro gigante y luego desliza de nuevo la silla. *Tap-tap-tap.*

Es un sonido tan maravilloso que ni siquiera cierro los ojos. Quiero atesorar cada segundo, quiero recordarlo todo sobre cómo era tenerlo tecleando, suspirando y pensando al otro lado de la pared.

Quiero recordar cómo era tenerlo cerca.

Pero, de algún modo, el sueño se apodera de mí, me arrastra bajo suspiros amortiguados y teclas que provienen del otro lado de la

pared, y no despierto hasta justo antes del amanecer y a tiempo para las vigilias.

Y una vez más, despierto sabiendo que he soñado con Elijah. Los recuerdos del sueño se aferran y se pegan a mí tanto como mis sábanas.



CAPÍTULO QUINCE

Es domingo, así que la misa, el almuerzo y el rezo matutino son más temprano, y, más allá de algunas tareas obligatorias en la granja y en la cervecería, tenemos la tarde libre. Nos permiten rezar, leer, pasear, meditar, visitar… o llevar a nuestro exnovio a los campos de cebada para mostrarle dónde se cultiva lo necesario para la producción de cerveza. Le cuento sobre el permiso otorgado por el estado de Kansas para cosechar una variedad de cebada más compatible con la cerveza mientras el viento cálido sacude el hábito contra mis piernas y él toma notas en su cuaderno. Luego vamos al granero, donde le presento al padre Nathaniel y al hermano Amos, nuestros granjeros principales.

Y luego vamos a la imprenta, y a la sala de embotellamiento. Y después a la cantina, que hoy está cerrada al público, así que tenemos todo el espacio lleno de eco para nosotros dos. Le sirvo una degustación de nuestras distintas variedades: una dubbel, una tripel, una farmhouse y una rubia.

Por primera vez hoy, Elijah parece genuinamente interesado. Está sentado en la barra y yo estoy de pie al otro lado del mostrador. Con el sol de la tarde entrando en la cantina, él empieza a saborear las distintas cervezas, sujetando cada vaso a contraluz antes de beber.

Me sirvo una farmhouse para mí y la alzo.

—*Sláinte*.

—*Sláinte* —repite, y chocamos los vasos antes de beber. Su nuez de Adán sube y baja cuando traga, y me apresuro a centrar la atención en mi propia bebida, engullendo un par de tragos desesperados antes de dejar el vaso en la barra.

Él también deposita el suyo, vacío, dado que era muy pequeño, pero aún no recoge el siguiente vaso. En cambio, gira el vaso sobre la madera pulida de la barra, con los ojos clavados en la espuma restante que se desliza dentro del vidrio.

—¿Es todo? —pregunta—. ¿Esto es todo?

Al principio, creo que se refiere a la cerveza.

—La idea es centrarnos en algunos productos principales…

Me detengo porque ahora hay algo en su rostro que me indica que no está hablando de la cerveza.

Me mira con las cejas fruncidas, como si intentara resolver un problema.

—¿Es todo lo que hay aquí? ¿Una iglesia donde rezar, celdas donde dormir y lugares donde trabajar? ¿Esas son las ataduras de tu vida?

—*Ora et labora* —digo, aunque no sé si debería estar a la defensiva, sentir remordimiento, ser paciente o qué—. Se trata de que mi vida esté limitada, Elijah. De otro modo, no estaría aquí.

Él abre la boca como si fuera a decir algo, y, con el sol a su espalda, sus ojos ambarinos parecen oscuros e indescifrables.

Pero luego, en vez de hablar, aprieta los labios y coge otra muestra de cerveza.

Bebemos el resto en silencio.



El lunes no es mucho mejor. No hay mucho más que ver, así que llevo a Elijah de nuevo por el terreno para que pueda entrevistar a distintos hermanos sobre sus tareas y oficios, y sobre las razones por las que escogen una vida tan extraña.

Elijah es un entrevistador excelente, y es educado y encantador como siempre con todos los que habla, pero noto que está inquieto. O aburrido. O frustrado. Mientras escucha a los demás hablar, cruza y descruza los tobillos. Mientras caminamos, no deja de mirar el monasterio con cierta incredulidad en sus ojos entrecerrados. Al sentarse en la iglesia para los rezos, se incorpora y se sienta con la congregación, pero no canta, y creo que tampoco reza. En cambio, mira el crucifijo como si quisiera hacerle algunas preguntas a Dios; oficiales, claro.

Y por la noche escucho tantos suspiros y movimientos de su silla al otro lado de la pared que no puedo conciliar el sueño hasta mucho después del anochecer. No hay más *tap-tap-tap* tranquilizante que provenga de su celda.

Solo *tap-SUSPIRO-tap-SILLA-tap-SUSPIRO MÁS FUERTE.*

Y, luego, algo que suena demasiado a la tecla de borrar, una y otra vez.

Cuando me encuentro con él en el desayuno el martes por la mañana, su malestar es evidente. No sé si alguien más lo nota, porque por fuera aún es pura sonrisa relajada y cejas en alto. Pero hay cierto nerviosismo en el modo en que pela la naranja. Cierta fragilidad en su boca mientras mira el comedor donde todos nos sentamos en silencio con nuestras bandejas, comiendo tostadas, fruta y huevos revueltos.

Al terminar el desayuno, y con él el silencio matutino, le pregunto a Elijah a dónde le gustaría ir hoy.

Él se frota el cabello y suelta una risa suave.

—¿Hay algún sitio que aún no haya visto?

Creo que es una pregunta retórica, pero respondo por si está preguntando en serio.

—¿Ya has ido al eremitorio?

—¿El eremitorio? Creo que no.

—Está a tres kilómetros por este camino —digo—. Junto al arroyo. Podría llevarte, si quieres.

Me mira. He mejorado en mirarlo los últimos tres días (en parte porque me he dejado crecer más la barba y creo que esconde la peor parte de mis mejillas sonrojadas), pero cuando me mira así, como si fuera lo próximo sobre lo que escribirá cinco mil palabras, no puedo controlarlo. Aparto la vista hacia el claustro, donde los hermanos ya están podando rosas y quitando hierbajos.

—Quiero ver un sitio que signifique algo para ti —dice Elijah de pronto—. Quiero ver el sitio donde desearías pasar todo tu tiempo.

—De acuerdo —respondo—. Entonces iremos al eremitorio.



Es bastante temprano, así que el sendero es cálido, pero el calor no oprime y el viento se ha calmado lo suficiente para que mi hábito se comporte mientras serpenteamos por el bosque. Le muestro a Elijah el camino que sale a un lado hacia el laberinto en la base del monasterio Sergius, y luego le muestro los puentes sobre el arroyo que he construido desde que vine. Y luego llegamos al eremitorio, una choza pequeña de piedra caliza y ventanas recicladas con un arroyo burbujeante cerca. No hay nadie aquí en este momento, así que le muestro el interior a Elijah; tiene electricidad y agua corriente, pero por lo demás es bastante rústico.

Él se detiene de pie en medio de la pequeña habitación, y gira en círculos despacio.

—Entonces vienes aquí —dice con cautela— para aislarte del monasterio. Que ya está aislado del resto del mundo.

—Sí.

—¿No es como necesitar unas vacaciones de las vacaciones?

Me atrevo a mirarlo, dado que ha caminado hasta la ventana y está mirando el arroyo.

—Los monjes originales vivían solos —digo—. La vida monástica, en su formato original, era la soledad absoluta. La privación total. Los padres del desierto encontraron a Dios en esa vida.

Elijah se da la vuelta para mirarme. Tiene puesta una camisa abotonada de manga corta, y los primeros dos botones están abiertos. Veo el hueco de su clavícula.

Mierda.

—¿Y eso es lo que quieres? —pregunta Elijah—. ¿Vivir en el desierto y escribir proverbios?

—Sí. Bueno, no es un desierto literal —explico ante la expresión en su rostro—, sino un desierto metafórico. Quiero estar a solas con Dios.

—¿Hasta qué punto necesitas estar solo? —pregunta, mirándome de lleno—. Dios es el amanecer radiante y el pastor que encuentra a cada oveja perdida. ¿Me dices que no puedes estar a solas con Dios en tu celda? O, no sé, ¿en una granja? ¿Él solo puede encontrarte en el medio de la nada mientras finges ser Thoreau?

Me duele oír los anhelos íntimos de mi corazón en esos términos. Como si fueran ridículos.

—No se trata de lo que es capaz Dios —respondo con calma—, sino de lo que yo soy incapaz de hacer.

—¿Y qué pasa con el resto del mundo?

—No entiendo a qué te refieres.

Me mira, la frustración en su rostro es evidente.

—Entonces, simplemente, abandonas el mundo y a todos en él porque no te sientes capaz de rezar si no tienes libertad absoluta de vivir tu vida solo para ti mismo. Lo siento, por Dios —añade, cuando ve mi boca abierta—. Tengo una pregunta para ti, hermano Patrick. ¿Quién puede hacer esto? ¿Quién puede optar por vivir fuera del mundo? ¿Quién puede renunciar a él y alejarse de todo mientras la gente todavía sufre? ¿Quién puede abandonar a todos los demás a su suerte mientras se esconde y reza?

La vergüenza sube por mi cuello. Vergüenza que pensaba que ya estaba harto de sentir; vergüenza por la que creía ya haber pagado.

La vergüenza de ser egoísta, desconsiderado. La vergüenza de ser Aiden Bell.

—Creía… Solo pienso que es mejor que ya no esté en el mundo exterior —intento explicar—. No compré una isla privada para llenarla de espejos con cocaína y modelos en traje de baño. No le estoy quitando nada a nadie. No estoy en el mundo para hacer que sea un lugar peor.

—¿Por qué esa es la única opción? —pregunta Elijah—. ¿Por qué estar fuera significa que lo empeorarás?

—¡Porque es lo que hice! —respondo, más fuerte de lo que espero.

Él me mira, con los labios abiertos como si lo hubiera sorprendido y dejado sin palabras.

—Porque es lo que hice —repito, esta vez en voz más baja—. Vine aquí a aprender a ser bueno. A estar vacío de todo lo que no sea fe y devoción. Y cuando llegué, doné todo mi dinero. Una parte para el monasterio Sergius, pero la mayoría fue a organizaciones sin ánimo de lucro por todo el país. Así que mi partida hizo concretamente que el mundo fuera un lugar mejor, porque esos sitios tienen millones de dólares que no hubieran conseguido de otro modo.

—Podrías haber hecho más si te hubieras quedado —dice Elijah—. Podrías haber hecho más obras de bien. En vez de estar aquí, donde nada de lo que haces importa fuera de los muros del monasterio.

—¿Debería haberme quedado en el mundo secular para poder ganar más dinero para donar? —pregunto, sin molestarme en esconder mi incredulidad—. ¿Es eso para lo único que valgo? ¿Para ganar dinero?

—Sabes que no me refería a eso —responde Elijah—. Sabes que no se trata de eso.

—¿Sí? —replico, y de inmediato me arrepiento. La vergüenza y el enfado me invaden como vino que desborda una copa, y todo eso me amarga. Me mancha. Pero nunca, ni siquiera en mis fantasías más masoquistas, había imaginado esto. Que Elijah vería mi camino a la supervivencia y la expiación como algo egoísta, como algo tonto. Algo tan superficial como los retiros de yoga ficticios de los *influencers* o algo así.

Nunca había imaginado que me considerarían algo que no fuera ético por la clase de búsqueda que no pide nada a nadie, excepto una silla vacía en Acción de Gracias.

—Optar por salir del mundo no ayuda a nadie, más que a ti mismo —dice Elijah, y ahora hay un filo real en su voz. Lo bastante afilado como para cortar—. ¿Cuál es el sentido de toda esta santidad si no le llega a nadie? ¿Cuál es el sentido de volverse bueno si esa bondad empieza y termina contigo? ¿Si las únicas personas a las que llega tu bondad son las que tienen tiempo o disponibilidad para entrar en los muros de tu abadía?

Mi temperamento arde.

—No lastimo a nadie estando aquí —replico.

—No, es cierto —responde con frialdad—. Ya no.

No puedo creer la profundidad con la que me hieren sus palabras. Incluso a pesar de haberlas esperado durante años. Incluso a pesar de que sé que merezco oírlas.

Nos miramos desde lados opuestos de la habitación, nuestra respiración se acelera, y ahora no puedo hablar; es como si cada

respuesta posible que pudiera dar se hubiera anudado en mi garganta y clavado en la carne, como alambre de espino.

De todos modos, Elijah habla primero.

—Esto —dice, señalando la choza que ha presenciado tantos de mis mejores y peores momentos— es un desperdicio de privilegio. Un desperdicio de vida. Mierda, has hecho un agujero en el corazón de todos los que te querían y espero que haya valido la pena. Espero que Dios haya valido la pena.

Y luego abre la puerta del eremitorio y se marcha.

No lo sigo.



CAPÍTULO DIECISÉIS

Elijah no asiste a las vísperas ni a la cena. Creo que tal vez está en su celda, pero no estoy seguro, porque, cuando entro a la mía, hay silencio al otro lado del muro. Camino hacia la ventana y miro un instante la colina, y luego los claustros que absorben la luz del atardecer, y después la colina de nuevo, que está encendida de naranja mientras el sol comienza a ponerse.

Las campanas de las completas sonarán pronto.

Presiono las manos contra el cristal, como si pudiera tocar la colina.

Alzo mis ojos hacia las colinas.

Hace cinco años, hubiera discutido con Elijah con uñas y dientes. Hubiera estado ahora mismo golpeando en su puerta, exigiendo que peleáramos o tuviéramos sexo, el orden no importaba.

Hace cinco años le hubiera dicho «estás muy equivocado» y hubiera cedido solo después de una discusión llena de adrenalina o de una maratón sexual.

Pero ahora no sé si está tan equivocado.

No sé tampoco si tiene toda la razón, y supongo que, si hay un regalo que me ha dado la vida de monje, es que ahora sé cómo lidiar con ese sentimiento, con esa ambigüedad. En mi vida anterior, las decisiones debían surgir rápido, en minutos o segundos. Las opiniones, aún más rápido. Encajaba conmigo, me permitía usar mi pensamiento impulsivo natural y, la verdad, sentía que no había otra manera de vivir. Todos a mi alrededor tomaban miles de decisiones cada día, se movían rápido, pensaban rápido, vivían rápido. Reducir la velocidad y tomarse el tiempo de escuchar, rumiar o no ser productivo en el sentido de tomar una decisión tras otra era peor que inútil. Era débil.

Y ahora, en esa debilidad, había encontrado fortaleza.

Decido no molestar a Elijah. Ya no tengo derecho a él, no tengo derecho a llamar a su puerta cuando ha dejado claro que está enfadado conmigo. Y, la verdad, aún siento cien cosas distintas por sus palabras, y todos esos sentimientos apuñalan mi pecho como fragmentos de cristal roto, y no confío en mí mismo con esas piezas en mi interior.

«Un desperdicio de vida», dijo.

«Espero que Dios haya valido la pena».



Suenan las campanas de las completas y abandono mi celda, esperando que las canciones familiares y los rezos me quiten los cristales del pecho y desangren mis venas de furia.

Elijah tampoco asiste a las completas, y me siento muy lleno de mis propias emociones, para nada vacío como quiero estar, y mis manos tiemblan un poco mientras paso las hojas del breviario.

No escondas tu rostro de mí, cantamos. Y luego: *Señor, apresúrate y responde, porque mi espíritu flaquea en mi interior.*

Muéstrame el camino que debo recorrer. Alzo mi alma hacia ti.

El sol se pone en el cielo cuando salgo de la iglesia junto a mis hermanos, y el calor del día por fin ha empezado a bajar. La atmósfera es relajada y alegre, y varios hermanos deciden beber una pinta en la zona de pícnic antes de dormir, y muchos otros caminan hacia el granero para ver la nueva sala que construyó el hermano Amos. Hablan de conseguir gallinas y cabras para sumar a nuestras tres vacas lecheras, y escucho al hermano Titus y al hermano Thomas explicando por qué necesitaríamos un perro en el monasterio (o cuatro) si vamos a tener más animales de granja.

No los acompaño. En cambio, voy al claustro sur, que está vacío, y me dirijo a mi banco favorito. Me siento y espero.

La fuente burbujea despacio, y una brisa atraviesa los senderos techados y mueve las flores. El cielo cambia despacio, de celeste brillante a azul pálido con franjas anaranjadas, rosadas y lavanda. Ahora veo la primera estrella, titilando en el cielo.

Mi primer año aquí, cuando no era más que un torbellino de sentimientos confusos, el hermano Connor me contó sobre un libro escrito por un monje de Getsemaní, que hablaba sobre cómo la abadía, con el tiempo, se convirtió no solo en el contenedor de sus pensamientos, sino también en la forma de sus pensamientos.

—Un día despertarás y te darás cuenta de que tus pensamientos tienen la misma forma que tu roble favorito —me explicó en ese

entonces el hermano Connor—. O que siguen la orilla serpenteante del arroyo. Resonarán al son de las campanas. Flotarán en el viento de la pradera.

—¿Y eso te ha sucedido a ti? —pregunté, con cierto reparo.

—¿Quieres decir si mis pensamientos son parte de mis lugares y si mis lugares son parte de mis pensamientos? ¿Si se dan forma y se recuerdan mutuamente? ¿Si se reconocen? Sí, por más extraño que suene, pero es lo que sucede cuando habitas un lugar en vez de solo vivir en él.

Había sonado como medicina para una enfermedad que apenas había descubierto que tenía.

—¿Cuánto tiempo lleva? —le había preguntado.

Él sonrió con los ojos arrugados.

—No es como una impresora 3D, Aiden. Es orgánico, y el proceso de existir en un lugar es tan importante como el fin. —Al ver mi expresión, se compadeció—. Quizás sucederá antes de lo que crees. Quizá solo necesitas encontrar tu primer lugar que habitar.

Y lo encontré, una noche, por casualidad, cuando me había sentado en el claustro porque ir a dormir me parecía imposible, pero caminar también, al igual que leer y todo lo demás en este sitio. Quería irme. Quería volver a Kansas City, no a mi casa, porque la había vendido, pero tal vez a la de Sean y decirle: «Cometí un error».

Quería encontrar a Elijah y decir: «Lo siento, lo siento, la cagué y he vuelto y lo siento».

Y en ese momento de bajeza, perdido al borde de las lágrimas, una lucecita brilló desde la fuente en el crepúsculo. Había alzado la vista para ver otra, y luego una más.

Luciérnagas.

Tantas que casi parecía imposible, como en una escena en una película. Como en un sueño.

Y empecé a entender a qué se refería el hermano Connor con que un lugar se volviera mis pensamientos, y empecé a ver que eso podía ser tan sagrado como un canto o un sacramento. Porque sentí que Dios usaba ese claustro, esa noche cálida de verano, para rozar mi rostro con sus dedos. Como si Dios estuviera dándome una posibilidad.

¿Y si te muestro algo hermoso? ¿Y si te muestro un atisbo de mi amor por ti?

Y cada verano desde entonces, en el momento más alto de la temporada de luciérnagas, intento regalarme un par de noches en ese sitio. Un par de noches con Dios en el claustro, dando un espectáculo bajo las estrellas para mí.

Mientras el cielo se oscurece más, cierro los ojos un instante y rezo. A veces he oído que es codicioso acudir a Dios con exigencias y pedidos, como si Dios fuera un gerente cósmico de servicio al cliente, pero, después de cinco años cantando los salmos día a día, puedo decir con autoridad que quejarse ante Dios es una tradición muy antigua. También regañarlo, rumiar y lamentarse ante él.

Y en este momento, ni siquiera sé qué quiero de Dios. ¿Consuelo? ¿Un mensaje? ¿Que las luciérnagas escriban «Está bien, no cometiste un error al venir aquí» con sus cuerpitos brillantes? ¿Qué Elijah se marche y que julio llegue más rápido para que encuentre un lugar más lúgubre al que ir?

¿Por fin mi propio desierto?

Pero no mantengo los ojos cerrados mucho tiempo. Con mi rezo aún sin forma, abro los ojos para asegurarme de ver la primera luciérnaga y, en ese instante, escucho los pasos. Lentos, vacilantes. Se detienen en la entrada del claustro a mis espaldas, y luego avanzan.

No necesito mirar para saber que es Elijah, pero lo hago. Por fin tengo el valor suficiente para mirarlo… ahora, cuando está furioso conmigo. Qué curioso.

—¿Puedo sentarme? —pregunta en voz baja. Las palabras son duras y suaves como guijarros. No sé si ha venido a continuar con nuestra discusión o a decirme que se irá, pero no importa porque quiero que tome asiento. Quiero que se quede. Incluso si es solo para decirme cosas que me lastimarán de nuevo.

—Sí —respondo y luego, sin poder evitarlo, sonrío.

Él parece sorprendido por la sonrisa, alza la ceja y clava sus ojos intensos en mi boca al sentarse.

—¿En qué piensas? —pregunta.

—En nada —digo, inclinando la cabeza y ampliando mi sonrisa.

—Mentir es pecado —responde Elijah—. O al menos suena a algo que he oído antes.

Debe ser el espectáculo inminente de las luciérnagas lo que me tiene risueño, porque decido decirlo.

—Pensaba en qué extraño es que soliera lamer el sudor de tu nuca y ahora tienes que preguntarme si puedes compartir un banco conmigo.

Hay tan poca luz que, cuando lo miro de nuevo, sus ojos son puro brillo. No sé en qué piensa, pero veo una vez, solo una, que un músculo se marca en su mandíbula.

—¿Por qué estás sentado aquí? —pregunta por fin; es sabio que ignore lo que dije—. ¿No es hora de dormir?

—Espero algo, pero eres bienvenido para hacerme compañía si quieres.

Mueve los zapatos sobre la losa debajo del banco. Está incómodo. O inseguro.

—Bueno —dice después de un minuto, y luego esperamos.

No hay silencio (después de todo, el silencio nunca es silencioso), pero está tranquilo. Los Caballeros de Colón se han ido, los otros hermanos están en la cama o lejos del claustro. Incluso el sonido suave de la fuente es amortiguado e ínfimo, como si estuviera a punto de dormir.

Y a mi lado, oigo el susurro constante de la respiración de Elijah, el roce de sus zapatos en las piedras mientras intenta contener lo que sea que esté sintiendo.

Me pregunto si el silencio es difícil para él. Solía ser imposible para mí.

La primera luciérnaga llega sin previo aviso, un destello tenue entre las lavandas. Unos minutos después, aparece la siguiente, y unos minutos más tarde la próxima, pero luego las luces surgen cada vez más rápido, hasta que nos rodean. Hasta que el aire mismo está lleno de destellos suaves, hasta que el mundo parece plagado de estrellas.

Es algo tan simple: luciérnagas en el claustro. Y, sin embargo, cada vez que lo veo me conmueve la magia que Dios libera casualmente para nosotros, en estos momentos dulces que nos da de forma gratuita.

Durante casi una hora, el aire brilla, resplandece entre las flores y sobre el agua movediza de la fuente. Permanecemos sentados casi una hora, sin tocarnos, sin hablar, casi sin movernos.

Sin embargo, mi piel se eriza por su cercanía. Mi corazón late más rápido. Una erección continuamente frustrada empuja en vano mi jaula.

Soy consciente de la presencia de Elijah como si estuviera sobre él en la cama.

Despacio, las luces se desvanecen, las luciérnagas desaparecen de nuevo en la noche. No sé qué espero cuando miro a mi exnovio, pero me cautiva. Me cautivan el brillo en sus ojos y la apertura de su boca. El asombro sutil y vulnerable que flota en su expresión cuando se gira para encontrar mi mirada. Mi corazón da otro salto, y casi me acerco a él, porque es encantador y porque confió lo suficiente en mí para esperar y porque vio lo mismo que yo. Esa magia juguetona y maravillosa.

Sus ojos no abandonan los míos, y, luego, algo cambia en su rostro. Es algo parecido a… al anhelo. O quizás es un reflejo de mi expresión, que sé que debe estar exponiéndome por completo. Mostrando que anhelo, sueño, amo… que soy su jardín incluso hasta hoy.

—Aiden —susurra, y disfruto de oír mi nombre secular en su boca, porque era el nombre que le pertenecía a él, a sus labios, a sus pensamientos e incluso a sus dedos cuando me regañaba o coqueteaba por mensaje o por correo electrónico.

No me doy cuenta de que me inclino hacia delante hasta que la jaula me presiona el muslo. Me detengo, porque él también se ha inclinado y apenas nos separan unos centímetros.

¿Y si…?

Sus pestañas largas rozan sus mejillas cuando parpadea rápido e inhala despacio.

—Tú… —susurra y luego cierra los ojos, y se acerca, y yo me acerco, y percibo su aliento sobre mis labios…

Una risa baja rompe la calma del claustro, seguida de otra, y luego un «¡shhhh!» no tan bajo.

Elijah y yo retrocedemos como marionetas tiradas por los hilos, con los ojos abiertos de par en par mientras nos miramos. Observo rápido los senderos techados para asegurarme de que nadie nos ha visto, y luego exhalo temblando de alivio cuando veo que aún estamos solos. La risa proviene del otro lado del claustro, creo que son los hermanos que vuelven de sus pintas antes de dormir, y aún no nos han alcanzado.

Dejo caer los hombros y deslizo una mano temblorosa por mi rostro. No había estado a punto de besar a Elijah, claro que no, porque juré nunca besar a nadie de nuevo. De haber estado a punto de besar a Elijah, ¿qué significaba eso?

¿Qué decía de mis votos?

¿De mí?

No, es imposible que hubiéramos estado a punto de besarnos. Estoy imaginando cosas en medio de un colapso emocional por abstinencia sexual, porque he hecho una promesa y Elijah está comprometido y se casará y, además, hoy estaba enfadado conmigo y solo nos acercamos el uno al otro para hablar.

Pero cuando dejo caer la mano y miro a Elijah, la expresión en su rostro no me da ningún tipo de tranquilidad.

Mierda, parece atónito.

—Creo… —No sé qué decir y mi voz suena trabada—. Creo que debería irme a dormir. Ya sabes, por las vigilias y eso.

—Claro —dice Elijah, tragando—. Las vigilias.

—Buenas noches —susurro y luego me levanto y me voy.

Pero no es alivio lo que siento al entrar al dormitorio y encontrar el camino a mi celda, es algo mucho más peligroso.

Es hambre.

Hambre ardiente e incansable, y me paso la noche atosigado por ella.



CAPÍTULO DIECISIETE

Del cuaderno de Elijah Iverson

~~Y sí…~~

~~Y si él…~~

~~Y si todavía lo…~~



CAPÍTULO DIECIOCHO

Me despierto somnoliento y miserable, cubierto de sudor y otros fluidos. Rezo en silencio, agradeciendo que depositamos nuestras sábanas en el mismo conducto cada semana, así que nadie sabe a quién le pertenece cada una. Por ahora, las friego lo mejor posible y luego me aseo para las vigilias. A pesar de lo que sea que haya brotado de mí durante la noche, mi cuerpo anhela tener sexo como no lo ha hecho en años, y estoy prácticamente febril por ello. Todos mis pensamientos son sobre cosas calientes, resbaladizas y firmes, y estoy muy cansado, y, mierda, está lloviendo; así que cuando llego tambaleándome a la puerta de la iglesia, también estoy empapado.

Se supone que hay un salmo para todo, pero no hay uno para esto, no hay proverbio. Quizás una jeremiada, pero no estamos leyendo a Jeremías ahora, estamos con Josué, y no hay nada sobre estar excitado o húmedo o algo así. Incluso el río se seca en Josué.

De hecho, además de no haber salmos para esto, los que estamos leyendo hoy casi parece que se burlan de mí. «Cuidaré mis formas,

por miedo a pecar con mi lengua». Y después: «Gruñimos por dentro y esperamos la redención de nuestros cuerpos».

Los versos deberían incitarme a la rectitud, que como monje incluye inevitablemente la castidad. Pero ahora solo puedo pensar en los pecados que quiero cometer con mi lengua.

Son muchos.

Logro superar las vigilias y espero parecer solo cansado y no como un monje que casi besó a alguien anoche, y luego, después de la *lectio* matutina, vuelvo para la liturgia y veo a Elijah ahí. Nuestras miradas se encuentran, una vez, rápido, y parece un rayo. Apenas puedo respirar.

Mantengo los ojos en mi breviario durante el resto del rezo, apenas capaz de balbucear las canciones por la velocidad de mis pensamientos. Todavía debo ser su guía, ¿no? No puedo huir de ese deber sin contarle al abad lo que pasó, y no… No haré eso.

No porque sea deshonesto, claro, sino porque, para empezar, no fue tan grave. Incluso aunque hubiéramos estado a punto de besarnos, fue más que nada memoria muscular, un hábito que nunca había perdido por completo, solo había huido de él. Nada que confesar.

Además, quizás Elijah no querrá que siga siendo su guía. Se había enfadado conmigo y después pasó esto de la memoria muscular y el beso, lo cual, si bien no fue un beso de verdad en absoluto, probablemente para él fue repulsivo, dado que está comprometido.

Así que todo se solucionará solo. Él no querrá verme, y luego yo lameré mis heridas de excitación en paz hasta poder arrojarme a la piedad del monasterio más inhóspito que me acepte. Y después, con

un océano entre los dos, no habrá más opción que arrancarlo de mi corazón y por fin vaciarme de todo, menos de Dios.

Pero cuando Elijah se acerca después del desayuno, no me dice con brusquedad que estará bien solo y que muchas gracias. En cambio, pone un pie frente al otro y pregunta en voz baja:

—¿Podemos hablar?

Miro afuera, donde la lluvia todavía cae sobre los edificios que parecen el arca de Noé.

—Em, en los senderos —aclara Elijah—. Solo un momento.

—Claro —digo, aunque sospecho de nuevo que me despedirá de mi puesto de guía. Lo cual sería bueno. El dolor intenso en mi pecho es irrelevante en comparación con lo bueno que sería que eso pasara.

Guío a Elijah por el edificio de oficinas hasta el norte del recinto, donde la mayoría del tránsito de los senderos lleva a la imprenta y, por lo tanto, es un área bastante privada. Nos detenemos en el extremo del claustro norte, y Elijah se da la vuelta para ver el patio. Sus manos grandes se aferran a la piedra húmeda de la barandilla del sendero. Baja la vista, como si estuviera reuniendo fuerzas, y me preparo para el impacto.

Pero lo que dice es tan inesperado que casi me tambaleo como si me hubiera golpeado.

—Lo siento —dice, alzando la cabeza para mirarme. Tiene una ceja apenas elevada, pero hay una arruga de tensión sobre su nariz, como si yo fuera un enigma que ahora no puede descifrar.

—¿Lo sientes? —repito, y se me ocurre que yo debería ser quien se disculpe. Después de todo, yo lo dejé hace años y fui igual de culpable por el momento de memoria muscular de anoche y…

—Por lo que dije en el eremitorio la tarde de ayer —aclara—. Tengo un conflicto de sentimientos sobre cómo este tipo de vida se relaciona con nuestras responsabilidades en el mundo, pero ahora me doy cuenta de que no los había separado de mis sentimientos en conflicto por ti. Lo que dije, el modo en que lo dije, fue para herir. Y lo lamento. No te lo merecías. No de mí.

Exhalo una risa breve, apenas se escucha sobre el golpeteo de la lluvia.

—Creo que me merezco mucho más que eso, Elijah. En especial de tu parte.

Él sacude la cabeza de lado a lado.

—No quiero que las cosas sean así entre nosotros.

Debería decir que no existe nada entre nosotros y que no existirá. Él tiene un par de días más para investigar y luego se irá, y yo también me iré, y vestiré un hábito blanco trapense en vez del benedictino negro, y me esforzaré aún más para ser un buen hombre.

En cambio, pregunto en voz baja:

—¿Cómo quieres que sean las cosas entre nosotros, Elijah?

Separa los labios, muy poco, y su mirada se profundiza. Por un instante, solo existe la lluvia y esa mirada intensa. Solo los recuerdos de cómo solían ser.

Ardientes. Urgentes. Más que obscenas.

¿Y si…?

De forma abrupta, se separa de la baranda y da unos pasos en dirección opuesta. Pero, cuando se gira, su rostro ha recobrado la compostura.

—Jamie vendrá al monasterio hoy, más tarde.

Debo haber oído mal.

—Lo siento, ¿qué?

—Mi prometido —dice Elijah, y ahora hay algo obstinado en su boca—. Es un entusiasta de la producción artesanal de bebidas, y cuando le conté sobre la cerveza de aquí, le interesó mucho, así que lo invité a que viniera esta tarde para pasar un rato en la cantina. Él sabe quién eres para mí, así que no es un secreto ni nada de eso.

—Ah —respondo a secas. ¿Cómo pasó de mirarme así a que Jamie venga hoy?—. Bueno, puedo estar o no tan presente como tú quieras durante su visita.

—No es necesario que te ausentes —dice Elijah—. Me siento cómodo contigo cerca.

Claro. Porque no soy solo un ex, soy un ex que es monje. Soy el exnovio menos amenazante de la historia. Y claro que ahora mismo no estoy tragándome pensamientos amargos sobre la idea de conocer a Jamie; claro que no estoy ya hirviendo de celos.

—Solo hazme saber cuando llegue, y con gusto le daré una visita guiada por la cervecería y la sala de envasado antes de que vayamos a la cantina. —Logro sonar casi normal cuando digo eso.

Ahora, solo debo lograr la misma normalidad durante horas y horas mientras Jamie y Elijah van de la mano intercambiando sonrisas frente a mí.

A Jacob del Antiguo Testamento lo pusieron menos a prueba que a mí.

Elijah asiente.

—Creo que escribiré hasta que él llegue —dice—. Pero te veré por la tarde.

Empieza a alejarse, y yo avanzo.

—Espera —digo, y tengo que repetirlo, porque la lluvia ahoga mis palabras—. Espera.

Elijah se detiene y se da la vuelta, su ceja perfecta en alto.

—Me alegra que dijeras lo que dijiste —agrego—. En el eremitorio. Pensaré en ello. De verdad.

—Está bien —murmura. Y pasa un largo tiempo después de que desaparezca en el edificio de oficinas antes de que logre seguirlo. Si no me muevo, no tendré que empezar a vivir el resto de mi día.

El resto de mi día, que ahora incluye a Jamie.



CAPÍTULO DIECINUEVE

Elijah no dijo nada sobre nuestro no beso en el sendero, y no decido qué significa. ¿Significa que no vale la pena mencionarlo? ¿Que él siente lo mismo que yo y que fue hábito y memoria muscular y nada más?

Es probable.

Ignoro la decepción que retuerce mi estómago al pensarlo. De todos modos, no importa; ¿qué diferencia supondría que a Elijah le hubiera afectado tanto como a mí el no beso? Absolutamente ninguna. Ni una diferencia. Y tengo el hábito de poliéster para demostrarlo.

Dado que paso solo el resto de la jornada, me pongo al día con unos correos electrónicos y algunas cosas de finanzas, y luego ayudo en la imprenta. Estoy colocando una caja con invitaciones de ordenación sobre la mesa que usamos para poner las estampillas cuando veo a Elijah en la puerta. Tiene las manos a ambos lados del cuerpo, y parece haberse detenido de modo abrupto. Me está mirando como si nunca antes lo hubiera hecho.

Tardo un minuto en darme cuenta del motivo y luego me sonrojo. Dado que mover cosas por la imprenta en general es un trabajo arduo y sudoroso, me he quitado el hábito y me he puesto unos vaqueros y una camiseta vieja. La camiseta es una de las pocas cosas que el abad me permitió conservar cuando vine, dado que todos necesitamos al menos uno o dos cambios de ropa de trabajo, pero mi cuerpo ha cambiado bastante los últimos cuatro años, así que apenas me entra. Bien podría no tener la camiseta puesta.

—Pues. Hola. —Elijah parpadea y me mira a los ojos—. Jamie está a punto de llegar. Venía a avisarte.

Dejo la caja y froto mi nuca, noto que también estoy empapado en sudor. Genial. Como si Elijah necesitara más recordatorios de que el chico urbanita esbelto e hiperpulcro que solía amar ahora es un neandertal santurrón.

—Gracias —digo—. Me limpiare muy rápido y te veré en el aparcamiento, ¿te parece?

Elijah asiente velozmente y se marcha sin decir una palabra más. Con un suspiro, termino de imprimir las postales para las invitaciones, coloco la caja en el estante que irá al correo, y parto hacia mi celda. Así puedo prepararme para conocer a Jamie.

Genial.



El sol salió con toda su intensidad cuando la lluvia paró, así que el aparcamiento es un horno con la humedad de Kansas mientras Elijah y yo vemos el jeep Rubicon de Jamie acercarse. Tiene un soporte

para bicicletas sobre el neumático de recambio en la parte trasera. Un soporte para dos bicicletas.

Elijah nunca pronunció siquiera la palabra *bicicleta* ante mí cuando salíamos, y ahora está comprometido con un hombre con un soporte para dos de ellas.

Jamie baja del vehículo con un saltito relajado y luego avanza hacia nosotros con una sonrisa. Es blanco, tiene la piel bronceada y el cabello, en todos los rubios existentes, desordenado. Tiene una sonrisa amigable, gafas, y orejas ligeramente prominentes. Los músculos dignos de una revista se hinchan bajo su polo ceñido y sus pantalones cortos. Parece como si tuviera un kayak. Como si ayudara a ancianas a cruzar la calle.

Hago un gran esfuerzo por no odiarlo.

Saluda a Elijah con un beso en la mejilla, y Elijah le dedica una sonrisa lenta y cálida mientras se aparta.

—Hola —le murmura a Jamie en voz baja—. Te he echado de menos.

Mis células mueren, mi sangre se espesa. Sería más sencillo succionar mi propia médula con una pajita verde de Starbucks que oír esas dos palabras en ese tono dichas para otra persona.

Jamie le devuelve la sonrisa a Elijah, con toda la bondad de un chico explorador, y presiona la mano de su prometido. Luego me mira.

—Debes ser el hermano Patrick —dice, sonriente—. Un placer conocerte. Gracias por permitirme venir.

Sería descortés señalar que la hospitalidad ha sido nuestro emblema benedictino durante un milenio y medio y que no tengo

opción más que permitir que los visitantes vengan, así que me obligo a sonreír.

—Un placer recibirte. Bienvenido al monasterio Sergius.

Extiendo la mano para estrechar la suya solo a modo de cortesía y para nada con la intención de que Jamie suelte la mano de Elijah. Y no me molesta en absoluto que estreche mi mano con firmeza y fuerza. O que, apenas termina de hacerlo, vuelva a sujetar la de su prometido.

—¿Está bien esto? —le pregunta Jamie a Elijah en voz baja, mirando sus manos unidas—. ¿Mientras estamos en el monasterio?

Mi desagrado por reflejo desaparece frente a una realidad que compartí con él antes de ser monje, que es que la seguridad depende del espacio, de quién esté en ese espacio, y, aunque visto el hábito del buen hombre que elegía personas de los suburbios para compartir con ellas su corazón, sé que sus espacios y los de los creyentes han sido frecuentemente los menos seguros.

—Estaréis solo conmigo hasta que lleguemos a la cantina —le aseguro—. Y los hermanos que nos encontraremos son mis amigos y… —Perdí práctica y no sé cómo decir esas cosas—. Confío en ellos —concluyo.

Jamie asiente, sus hombros musculosos se relajan un poco, lejos de sus orejas.

—¿Empezamos? —sugiero y luego, cuando Jamie y Elijah intercambian una mirada, ese código de registro casual que tienen las parejas, miro hacia la colina y exhalo una plegaria silenciosa, pidiendo fuerza.

Será una tarde larga.



Jamie es tan amistoso como parece gracias a su sonrisa y a sus gafas, y al menos es el doble de sano. Resulta que no es director de orquesta de primaria, es un bibliotecario que se dedica a personas de la tercera edad. Da clases en la escuela dominical en una iglesia episcopal y cena con sus padres cada semana. Sus pasatiempos son montar en bicicleta, hornear y acampar, y el último libro que leyó fue *El club del crimen de los jueves*, ¡que gustosamente me puede enviar por correo cuando quiera!

Mientras hacemos la visita guiada a la cervecería y la sala de envasado, no dejo de mirar a Elijah, sintiendo que pasé por alto algo crucial en todos los años que he estado cerca de él. Nunca supe si le gustaba acampar o si le interesaba la pastelería; le gustaba la ficción rara experimental, no los libros de misterio acogedor. Y en cuanto a lo sano, bueno…

Eso también era nuevo.

¿Elijah juega a preguntarse «¿y si?» con Jamie? ¿Jamie, quien es bueno y honesto y bebe agua de su botella reutilizable durante la visita como un adulto responsable y que probablemente nunca olvide usar protector solar ni siquiera en invierno? ¿Jamie acorrala a Elijah contra la mesa de la cocina y dibuja una corona de mordiscos en su clavícula? ¿Elijah alguna vez le escribe un mensaje durante el día con instrucciones para esa misma noche?

No sé qué es peor: Elijah compartiendo esos juegos con Jamie o que tengan sexo vainilla amoroso con mucho contacto visual, abrazos y ocho horas de sueño después.

Porque si tienen sexo vainilla amoroso, entonces tal vez eso es lo que Elijah siempre quiso. Quizás yo era alguien que iba de cama en cama o peor: tal vez lo corrompía.

Es una idea deprimente, e intento hallar consuelo en el roce de mi hábito sobre mis pies mientras los guío a la cantina. Al menos, ahora estoy aquí, donde no puedo corromper a nadie más, donde no puedo distraer a la gente y evitar que encuentren prometidos que disfrutan del aire libre y saben la diferencia entre polvo para hornear y bicarbonato.

Eso cuenta para algo, ¿verdad?



CAPÍTULO VEINTE

—Está bien, de acuerdo —le dice el hermano Titus a Jamie—, ahora debes probar el Arcángel.

—¿Cuál es? —pregunta Jamie, mirando la degustación al borde de la mesa y varios vasos vacíos más a su alrededor. Los ocho a la mesa hemos estado «de anfitriones» para Jamie durante los últimos noventa minutos y tenemos las copas vacías para demostrarlo. Algunas son mías gracias al improvisado juego de beber que inventé, llamado «Bebe cada vez que ver a tu ex novio con su prometido te ponga triste».

—El Arcángel es nuestra cerveza triple —responde el hermano Amos.

—La llamamos así porque podría tumbar incluso al diablo —añade el hermano Thomas.

Jamie revisa el papel que ha colocado bajo la tabla de madera que sostiene los vasos para la degustación, y luego encuentra la tripel y la levanta contra el sol poniente. Terminada la cena y la hora de rezar, y con permiso del abad, hemos mantenido abierto el jardín

cervecero después de las completas para nuestro visitante. Las luces colgadas sobre el jardín ahora están encendidas, y no falta mucho para que solo ellas y las estrellas iluminen nuestros vasos en la oscuridad.

La mesa celebra mientras Jamie bebe y después nos sonríe con las mejillas sonrosadas.

—Es muy buena —afirma, y la mesa da vítores de nuevo. Yo también lo hago, intentando ser bueno, intentando estar feliz porque Elijah ha encontrado a un buen chico que hornea pan y ayuda a los ancianos a encontrar nuevos misterios relajados que leer.

Creo que no he horneado nada para Elijah ni una sola vez. ¿Por qué hacer pan cuando puedes llevar a tu amante a un viaje espontáneo a París para comer pastelería junto al Sena? ¿Por qué estar sobre un horno caliente cuando puedes estar sobre tu novio ardiente?

¿¿¿Acaso Jamie no sabe que venden pan en la tienda???

—¿Sabes qué? —le dice Jamie con una sonrisa ebria a Elijah, quien le devuelve una con la boca cerrada—. Esto es muy diferente a como imaginé.

—¿Cómo imaginaste que sería? —pregunta el hermano Crispin.

—No sé —admite Jamie—. Más *monjial*, creo.

—Somos muy *monjiales* —dice el hermano Titus—. Es solo que necesitas conocer más monjes para notarlo.

—Ahora nos conoce —añade el hermano Thomas y luego mira a Jamie—. Pregúntanos lo que sea. Como tus nuevos mejores amigos monjes, te enseñaremos todo lo monástico.

Jamie ríe, pero Elijah empuja su hombro despacio, con la comisura de la boca en alto.

—Me ayudará con mi investigación —dice.

—Oh, sí —concuerda el hermano Titus—. Deberías ayudarle con su investigación. Vamos, ¡pregunta lo que sea! Cuánto echamos de menos la comida china o la pizza…

—Cuánto extrañamos Netflix…

—Y los partidos de los Chiefs…

—Si usamos ropa interior bajo el hábito…

—Por qué el hermano Patrick no nos quiere mostrar su tatuaje…

Me atraganto con la cerveza, toso y sacudo la cabeza.

—No. Shh. Basta.

Elijah alza una ceja y me mira desde el otro lado de la mesa, sus ojos brillan con picardía.

—¿No les has mostrado a estos caballeros la obra de arte que tienes tatuada?

—¡Eso mismo digo! —exclama el hermano Titus—. ¡El misterio es más de lo que puedo soportar!

—Es de un evento en mi vida que no me enorgullece —intento explicar y luego Jamie, el amable y sonrojado Jamie, dice las tres palabras que le había suplicado a Dios literalmente nunca volver a escuchar.

—Ahhh —dice, con los ojos bien abiertos—. ¿Es sobre Aiden, el Picante?

Cubro mi rostro con las manos, y dejo caer los hombros por la pesadumbre.

—Lo siento —susurra Jamie, y el bastardo encantador suena arrepentido—. Sean una vez te llamó así en una cena familiar…

Gruño. Maldito Sean. Por supuesto que fue él.

—Bueno, ahora necesito saber —dice el hermano Crispin desde el extremo de la mesa—. ¿Qué es Aiden, el Picante?

—Sería mejor preguntar *quién* es —responde Elijah. Alzo la vista lo suficiente entre mis manos para fulminarlo con la mirada. Él me devuelve una sonrisa malvada.

—Aiden, el Picante no es nadie —digo, con cierta desesperación—. Está muerto. Murió en el instituto Rockhurst.

—No, no es cierto —dice Elijah—. Porque creo que te hiciste ese tatuaje el primer año de universidad.

—¡Otra vez con el tatuaje! —exclama el hermano Thomas.

—Escuchad —digo, intentando por última vez librarme de esto—. No es una historia apropiada para el monasterio…

Decir eso es un gran error. Todos prestan atención al unísono, como suricatas en la sabana, excepto que en vez de percibir el aroma de un fotógrafo de *National Geographic*, huelen una historia jugosa, algo que todos los monjes adoran.

—Las historias inapropiadas para el monasterio son nuestras favoritas, ¿no es así, hermano Titus? —dice el hermano Thomas.

—Así es, hermano Thomas —concuerda Titus.

—No —digo—. No es… El abad me mataría.

El hermano Amos ríe.

—El abad quiere saber sobre tu tatuaje misterioso tanto como nosotros. Vamos, ya sabes que nos lo terminarás contando.

—Sabes que tiene razón —me dice Elijah—. Deberías aceptar la derrota con dignidad.

Es un error mirar y ver esa sonrisa tirando de sus comisuras. Las cosas que he hecho para ver esa sonrisa…

Siento que mi viejo yo aparece un poco. Mi versión impulsiva. El tipo divertido que hacía reír a todos con sus aventuras imprudentes y ridículas.

—Bueno... está bien. De acuerdo. Os mostraré el tatuaje. Pero primero quiero que todos sepáis que no estoy orgulloso para nada del tatuaje o de ser Aiden, el Picante.

—Pero ¿quién es Aiden, el Picante? —pregunta el hermano Titus —. Necesitamos conocer a esa persona para entender la historia. Necesitamos contexto.

Contexto. Dios mío.

Tomo mi vaso y bebo un par de sorbos rápidos para ganar fuerzas.

—En el instituto —empiezo, ya arrepintiéndome de toda esta noche y tal vez de mi vida en general—, me gustaban tres cosas. Las chicas, el deporte y los Cheetos, la variedad más picante y ardiente.

El hermano Titus se inclina hacia delante, posa el mentón en las manos y me mira con ojos gigantes.

—Continúa —insiste.

—Y los deportes hacían que fuera fácil conocer chicas, en especial chicas de Sion.

—¿Qué es Sion? —pregunta Jamie.

—Sion es una de las escuelas hermanas de Rockhurst, mi dulce episcopal —responde Elijah, con los ojos puestos en mí—. Una escuela solo de mujeres que complementa la escuela solo de varones.

Jamie asiente y luego aprieta con cariño la mano de Elijah. Parte de mí quiere hacer que esta historia sea lo más tonta y retorcida

posible, solo para molestar su bondad saludable y adecuada. La otra parte quiere saltar a los arbustos del jardín cervecero y permanecer allí hasta convertirme en un esqueleto, hasta que nadie espere que cuente mis historias más vergonzosas frente al prometido de mi exnovio.

Pero es demasiado tarde, ya he dicho demasiado. La mesa está casi salivando de interés.

—Bueno —prosigo—, después de un partido de fútbol, siempre comía un paquete de Cheetos picantes. Era lo mío. Mi momento feliz. Pero una vez hubo una fiesta después del partido, y había una chica, Chelsie Lynch. Sabía que las cosas terminarían en unos besos esa noche, pero…

—Tus Cheetos —dice el hermano Titus, al darse cuenta.

—Exacto —respondo. Con seriedad—. Aún no había comido mis Cheetos picantes. Era una tradición. Incluso, una superstición. ¿Y si no los comía después de este partido y luego nunca volvíamos a ganar? Además, tenía hambre.

El hermano Denis intercede, su acento inglés hace que sus palabras suenen aún más secas.

—¿Y no había caramelos de menta para el aliento por ahí? ¿Antes de los besos?

Elijah empieza a reír. En silencio, pero sin control.

—Oh, esto —se ahoga—, esto es mucho peor que unos besos.

Lo fulmino de nuevo con la mirada.

—¿Qué puede ser peor que besar a alguien después de comer Cheetos picantes? —pregunta el hermano Thomas. Con demasiada inocencia en mi opinión.

También le lanzo una mirada fulminante.

—Solo quiero recordaros a todos que, en retrospectiva, era evidente lo que iba a pasar.

—En especial si habías fumado algo —bromea Elijah.

—No había… —resoplo—. Para bien o para mal, no hubo drogas ni alcohol involucrados. Solo hormonas y un amor genuino por el picante crujiente de esa variedad de Cheetos.

—Entonces, ¿qué pasó? —pregunta el hermano Dennis. Ahora todos están inclinados hacia delante, totalmente compenetrados, incluso Jamie. El dulce Jamie con sus gafas, quien probablemente jamás había saboreado un Cheeto. Es probable que comiera barras de granola en el instituto, las que se deshacen, que le gustara su sabor, que nunca tuviera migajas en la entrepierna, que nunca olvidara tirar a la basura el envoltorio cuando estaba cerca de una papelera en vez de guardarlo en la mochila de su mejor amigo.

Y ahora es un bibliotecario/profesor de escuela dominical que hace del mundo un lugar mejor, y yo soy un exmillonario que viste poliéster y llora cuando corta madera.

—Chelsie subió a mi regazo mientras estaba terminando mi bolsa tradicional de bocaditos victoriosos de queso y picante —prosigo, ahora con voz seria—. A ella no parecieron molestarle los besos con sabor a Cheeto. Y yo me olvidé en el momento de ellos, porque tenía a Chelsie en mi regazo, y los besos eran excelentes y luego ella… —Me ruborizo, tan consciente de Jamie y su vida saludable que quiero morir—. Ella colocó mi mano bajo su falda. —Y luego, dado que la gente en la mesa no reacciona, más allá de Elijah que tiembla de nuevo por la risa, añado—: Mi mano cubierta de Cheetos picantes.

El silencio horrorizado reina en el jardín cervecero.

Hasta que las carcajadas estallan. El hermano Thomas se desploma de lado sobre el hermano Titus, con las pestañas cubiertas de lágrimas de risa.

—¿Y luego tú… tú…?

—Sí —confirmo, derrotado—. La conocí en el sentido bíblico con mi mano cubierta de Cheetos picantes.

Ahora, todos aúllan de risa, incluso Jamie, que también ríe, pero que a su vez parece preocupado por Chelsie Lynch.

(Por cierto, ella estaba bien. Después de que intentara introducirle mis dedos cubiertos de picante, me dio una bofetada y corrió al baño con su mejor amiga, y salió veinte minutos después muy furiosa, pero al menos ya no incómoda por nada vinculado a los Cheetos).

Ahora está casada con un dentista. Tienen noventa y siete bebés católicos. Van a la iglesia de Sean y Zenny, a cargo del mejor amigo de Tyler, el pastor Jordan Brady.

—Entonces, les contó a todos mi desastre y así obtuve el apodo de Aiden, el Picante. Y supongo que me lo apropié un poco.

—¿Un poco? —dice Elijah—. Encargaste una placa para el coche que decía P1C4NT3.

—¡Solo la usé durante la universidad!

—Y encargaste camisetas personalizadas con tu rostro impreso en el cuerpo de Cheetah Chester y se las regalaste a tus amigos.

—¡A todo el mundo le gusta recibir camisetas gratis!

—Y también está el tatuaje —añade Elijah, y suspiro, vencido.

Porque sí. Está el tatuaje.

La mesa aún está riendo cuando me pongo de pie y abro la cremallera de mi hábito, que va de mi cuello a mi estómago. Más

que lugar suficiente para que extraiga mi brazo (dado que no tengo puesto nada más que mi ropa interior bajo el hábito) y mostrar a la mesa mi hombro desnudo. Les muestro mi vergüenza.

—¡Es espantoso! —dice el hermano Thomas con alegría mientras se acerca a verlo mejor.

—Horrible —dice el hermano Titus.

—Hermano Patrick —dice el hermano Denis con cautela—. ¿Tienes en el hombro al Espíritu Santo?

—¿Y lleva en el pico un Cheeto picante? —pregunta el hermano Amos. Todos los demás se unen al hermano Thomas y se ponen de pie para ver mejor el dibujo, todos excepto Elijah, que ya lo ha visto antes. Pero, justo antes de que Jamie se acerque más y lo oculte de mi vista, noto que Elijah no tiene los ojos puestos en mi tatuaje, sino en las partes expuestas de mi cuerpo. Mi pecho con poco vello. Mis hombros y brazos de leñador.

No puedo descifrar su expresión a tiempo antes de que lo bloqueen de mi vista. ¿Curiosidad?

¿Indiferencia?

Y luego me doy cuenta de qué estaba mirando.

La llave colgada de mi cuello. La llave que debe reconocer que corresponde a mi jaula. Despejo mi garganta e intento esconderla bajo el cuello de mi hábito. Tal vez él no la reconoce. Tal vez ha olvidado que solíamos jugar con la castidad.

—Es realmente espectacular —dice el hermano Crispin con ironía —. No veo por qué no lo muestras con más frecuencia.

—Podrían convertirlo en un vitral —siguiere el hermano Denis—. La iconografía es sin duda llamativa.

Porque soy masoquista, miro a Jamie, ya preparado para su diversión superior. Pero no encuentro ni superioridad ni diversión en él. En cambio, me mira con algo similar a la comprensión… y a la lástima. Es probable que todos los fragmentos que ha oído sobre mí empiecen a cobrar sentido. Aquí está Aiden Bell, el desastre, tan famosamente desastroso que solo un monasterio podría repararlo.

Me siento estúpido de nuevo, de pie allí con el cálido aire veraniego besando mi hombro, con el tatuaje del que me arrepiento expuesto ante todos, con la idiotez de la anécdota de Aiden el Picante que aún hace que todos rían a carcajadas. Mis hermanos me miran como si nunca me hubieran conocido (lo cual no es mentira, dado lo que me he esforzado por cambiar quien soy desde que llegué) y Elijah me observa con esa mirada inescrutable, y Jamie parece sentir mucha pena por mí, sus ojos comprensivos me miran detrás de sus gafas y toquetea con la mano libre su Apple Watch, que ya debe haber registrado diez mil pasos hoy.

Me pongo bien mi hábito y cierro la cremallera, acomodo mi escapulario de nuevo al frente de mi atuendo antes de desplomarme en el banco y colocar la cabeza entre las manos. No puedo creer que acabo de contar la historia picante justo ante Jamie, quien tiene un soporte doble para bicicletas en el coche y ayuda a los ancianos.

Cierro los ojos de nuevo contra las palmas de mis manos y suplico que alguien me traiga otra cerveza. Preferentemente la Arcángel.

—Pues tengo una pregunta —dice Jamie mientras todos se acomodan en sus asientos—. ¿Cómo te conviertes en monje?

De inmediato, reconozco que está intentando ser educado y amable, que intenta cambiar el tema de conversación a uno menos vergonzoso para mí. Si tan solo supiera.

—Bueno, si eres el hermano Patrick —dice el hermano Amos, sonriendo detrás de su barba—, entras por la tienda de regalos.

Todos los hermanos ríen; es una de las eternas bromas favoritas. Es una de las historias clásicas del monasterio Sergius. En general, no me molesta ser el protagonista de una de las favoritas porque es graciosa; pero ahora que Jamie y Elijah están aquí… Elijah que aún sabe tan poco sobre por qué y cómo llegué al monasterio… Siento que la agonía está a punto de llegar.

Elijah endereza la espalda.

—Lo siento, ¿has dicho por la tienda de regalos?

—Ah, sí —dice el hermano Crispin—. Una mañana, cuando la tienda de regalos acababa de abrir, el hermano Patrick entró tambaleándose.

—En pijama —añade el hermano Amos.

—Caminó hasta el mostrador donde tenemos la caja registradora y me dijo…

—«Quiero ser monje, por favor» —concluye el hermano Amos por él.

El hermano Thomas y Titus ya están riendo a carcajadas.

—Debería ir a buscar cerveza para todos —digo, poniéndome de pie. No necesito ver la cara de Jamie y Elijah mientras escuchan otro cuento más sobre Aiden Bell, el Ridículo.

—Ah, vamos, hermano Patrick —dice Crispin—. ¡Quédate y cuéntala tú mismo!

Sacudo una mano.

—Vosotros la contáis mejor que yo —respondo con una sonrisa—. Ahora vuelvo.

Oigo que él continúa con la historia mientras entro en la cantina y empiezo a servirnos a todos una ronda de Rafael (nuestra farmhouse) y coloco los vasos en una bandeja. Y cuando termino, apoyo las manos sobre la barra un instante y cierro los ojos. Sabía que ese día estaba siendo muy Aiden; sabía que llegar en pijama y preguntarle al empleado de una tienda de regalos dónde debía inscribirme para entrar en la escuela de monjes no era menos impulsivo o escandaloso que cualquier otra cosa que hubiera hecho en mi tonta vida.

Pero había sido diferente en un sentido importante. Porque, después de años y años huyendo de los murmullos y los susurros de mi mente, no buscaba sexo, alcohol o dinero para acallarlos. Buscaba un lugar seguro donde enfrentarlos de una vez por todas, incluso aunque no comprendiera por completo en ese entonces lo que había estado haciendo.

Y si necesitaba más pruebas de la existencia de Dios, las obtuve justo allí, en lo que ocurrió en esa mañana húmeda y desesperada. Porque mientras el hermano Crispin, confundido, iba en busca del padre Harry, el hermano Connor entró en la tienda. Y en vez de sorprenderse porque un adulto en pijama intentaba convertirse en monje en el mostrador de la tienda de regalos, él asintió, como si hubiera estado esperándome.

—¿Quieres café? —había preguntado con amabilidad, y luego, después de dejarle una nota al hermano Crispin, me llevó al claustro sur y me dio el desayuno. Conversamos, él haciendo preguntas delicadas y compasivas, yo temblando como si hubiera escapado de un edificio en llamas, y después me llevó directo con el abad. En ese entonces, no tenía idea de lo inusual que era aquello, de cuántos

pasos me estaba saltando. No sabía *nada*. La última vez que había ido a misa que no fuera en una boda o un bautizo fue en el funeral de mi hermana, y eso había sido tan lúgubre, incómodo y horrible que nunca había tenido energía para volver a algo que no fuera explícitamente un evento feliz.

Así que, cuando el abad me recibió con calidez y me llevó a caminar por el predio, asumí que así se hacían las cosas. Asumí que él me daría un hábito y un rosario y que luego me daría una palmada en el trasero como lo hacen los entrenadores de baloncesto con los jugadores antes de que salgan a la pista. Asumí que había entrado, y que solo faltaba que le diera las llaves de mi furgoneta y averiguar si necesitaba aprender latín o algo así.

Pero, cuando llegamos al cementerio, junto al viejo roble que luego conocería como el árbol del hermano Connor, el abad se detuvo y, en vez de estrecharme la mano como si dijera «estás contratado», se giró y miró hacia la colina, que estaba sobre el monasterio como una pared rocosa cubierta de césped alto y seco.

—Me encanta esta colina —dijo—. Me encanta observar el movimiento de las sombras de las nubes sobre su rostro. Me encanta cómo corta el viento invernal, como si intentara abrazarme. Me encanta caminar hacia ella cada mañana, como si fuera una vieja amiga.

De hecho, la colina me había traído aquí, algo que él ya sabía por lo que le conté en nuestra caminata. Pero al verla así, alta, amigable y fuerte, como una fortaleza hecha solo de viento y césped, pude *sentir* las palabras que me habían traído aquí. Las sentí moviéndose por mi cuerpo como las sombras de las nubes que el abad acababa de describir.

Alzo mis ojos hacia las colinas.

—Pero he notado que, si bien esta colina fue una invitación para los hermanos que se establecieron aquí a finales del siglo XIX, una promesa de refugio en invierno y de sombra en verano, los hermanos tuvieron que construir ellos mismos el monasterio con sus manos. tuvieron que construir los cimientos de su nueva vida. Este lugar ayudaría, pero no se convertiría en nada más que lo que era. No podía hacer el trabajo por ellos. —El abad hizo una pausa—. ¿Entiendes lo que digo?

Más o menos. Lo suficiente para sentir que perdía la esperanza como si arrancaran una alfombra bajo mis pies. Lo suficiente para sentir que ese pegajoso peligro empezaba a encharcarse a mis pies.

—No puedo quedarme —dije, con tono inexpresivo.

Él me miró.

—Puedes —respondió con amabilidad—. Pero no esta noche. Aún no. ¿De veras te sientes llamado a llevar esta vida, Aiden?

Asentí. Era extraño, incluso absurdo, pero esa llamada era la única razón por la que estaba vivo y respirando en esta conversación. Era lo único que había sentido en años más fuerte que el veneno que inundaba mi mente y se aferraba a mis pensamientos.

—Entonces podemos empezar hoy. Parte de la vida en un monasterio es la obediencia. Obediencia a Dios y a tu superior, que sería yo. —El abad extrajo la mano del bolsillo de su hábito. Sostenía una tarjeta de contacto—. Tu primera tarea es irte de aquí directo a esta oficina, por favor. Una vez que hayas ido y hecho lo que ella pida, entonces puedes regresar. Tal vez sea mañana, o en una semana, pero, sea cuando sea, la puerta está completamente abierta para cuando vuelvas. Y luego, empezaremos.

Tomé la tarjeta. «Rosie Campolo, psicóloga».

—¿Una psicóloga? —pregunté.

El abad tocó mi hombro.

—El monasterio te ayudará a refugiarte, Aiden, pero debes construir los cimientos tú mismo. Debes estar listo para poder empezar.

Ahora sé que Dios estuvo conmigo ese día. Me envió al hermano Connor y no al padre Harry. Actuó para que obtuviera la tarjeta de la doctora Rosie, para que pudiera ir a verla ese mismo día. Y cuando volví, cinco días más tarde, después de tres días de consultas y con una lista de tareas por hacer para cerrar mi vida secular, el abad me recibió con una sonrisa cálida y los brazos abiertos.

Le debo mi vida, en el sentido más literal, a él, a la doctora Rosie y a este monasterio.

Le debo mi vida a Dios.



CAPÍTULO VEINTIUNO

Llevo la bandeja fuera justo en el momento preciso. Noto que la historia ha terminado porque Jamie está haciendo otra pregunta educada, que es cómo se vuelven monjes las personas normales que no son Aiden, y el hermano Denis está respondiéndole.

Dejo los vasos para todos y tomo asiento en el banco mientras el barbudo hermano Amos declara con gran afecto:

—Pero nos alegra que hubieras ido a la tienda de regalos ese día, hermano Patrick. ¿Quién levantaría, si no, nuestras cosas pesadas?

—¿Y quién hubiera fundado la *Lectio Lexapro*? —dice el hermano Titus, y los demás emiten sonidos de acuerdo, alzando sus copas hacia mí.

—¿*Lectio Lexapro*? —pregunta Jamie—. ¿Qué es?

Miro mi cerveza, permito que alguien más lo explique. Es raro hablar sobre mi grupito de amigos ante alguien que de verdad hace cosas que tienen un impacto social. Lo único que yo hice fue encontrar a los demás hermanos que viven con la química cerebral alterada y sugerir que nos reuniéramos de vez en cuando.

—El hermano Patrick lo fundó en principio como una especie de grupo de estudio de la Biblia —explica el hermano Denis—. La *lectio* divina es la contemplación individual de las escrituras, pero algunos monjes también practican la *lectio* comunal. Así que la *Lectio Lexapro* empezó como una forma de estudiar juntos las escrituras y relacionarlas con nuestra experiencia con la salud mental, pero se volvió algo más que eso. Es nuestro momento de hablar de todo tipo de cosas.

—La vida monástica con una enfermedad mental es diferente —añade el hermano Titus—. Y muchos de los monjes mayores se resisten a la idea de que Dios use cosas como la terapia y la medicina psiquiátrica tanto como usa la oración y la contemplación para ayudar.

—Entonces, ¿todos los que participan de la *Lectio Lexapro* han vivido con alguna enfermedad mental? —pregunta Elijah, y siento que posa rápido los ojos en mí.

Mantengo la vista en mi cerveza, temo mirarlo. Temo lo que él verá… no sé qué. Tal vez, temo que me verá *a mí*. Temo que verá la verdad de esa noche y por qué me fui.

—Todos —confirma el hermano Amos—. Es decir, cualquiera que quiera participar es bienvenido. Pero ese es nuestro foco. Cuando nos reunió por primera vez, el hermano Patrick dijo que levantáramos los ojos hacia las colinas, pero que primero debemos alzar los ojos hacia el prójimo. Y esa ha sido nuestra visión desde entonces.

—Me parece maravilloso —dice Jamie.

Por supuesto.

—Bueno, es mi turno de hacer preguntas —le dice el hermano Thomas a Jamie—. Bebe algo y luego cuéntame lo más asqueroso que te haya sucedido como bibliotecario.

La mesa ríe, y la conversación se centra en Jamie, que es elegante, divertido y amable al narrar algunas buenas historias sobre la biblioteca pública. La mesa está compenetrada, sonriendo, riendo y bebiendo con él, todos los ojos están sobre el pastelero amoroso con orejas prominentes y nariz pequeña.

Todos, excepto los de su prometido.

Alzo la vista y veo a Elijah mirándome con ojos entrecerrados, sus dedos dibujan círculos nerviosos en la curva de su vaso. Me mira como si nunca lo hubiera hecho antes, como si fuera un desconocido para él.

Casi veo la pregunta en sus ojos, brillando bajo las luces del jardín.

¿Qué no me has contado?

El sol desaparece por completo; las luciérnagas salen. A lo lejos, destellos de rayos titilan en el horizonte, anunciando la próxima tormenta de verano que cubrirá nuestro fragmento de pradera. Terminamos la ronda de cervezas y el hermano Crispin sugiere una última ronda de nuestra cerveza negra para concluir la noche, y acepto agradecido la oportunidad de ir a buscar la bebida para todos… y de limpiar la mesa y empezar a lavar los vasos después. Quizá si tardo lo suficiente, Jamie se habrá ido cuando termine…

Pero no. Cuando regreso para recoger la última ronda de vasos, todos están aún presentes. Mi corazón se alegra un instante al ver que ellos ya no están sentados, pero se amarga de golpe al

reconocer los primeros pasos de la despedida del Medio Oeste, que implica que Jamie estará aquí otros cuarenta y cinco minutos.

De cualquier modo, sé que lo correcto es despedirme y desearle un buen viaje, así que inhalo profundamente y avanzo hacia el grupo, esbozando lo más cercano a una sonrisa que puedo.

—Hermano Patrick —dice Jamie con calidez—, muchas gracias por recibirme. Elijah sabe que adoro todo lo relacionado con la cerveza, y necesitaba ver qué le había cautivado lo suficiente para hacer que se quede una semana entera en un monasterio.

Estrecha mi mano mientras dice esto, y no hay nada en el apretón o en su voz que indique que hay otro sentido más profundo en sus palabras. Parece la clase de persona que está por encima de los celos, que es maravilloso con la comunicación, que está lleno de confianza y fidelidad correspondida. Pero luego, cuando suelta mi mano y retrocede, hay algo en el modo en que su mirada se mueve hacia Elijah y luego a mí…

Y entonces, la despedida del Medio Oeste se transforma inevitablemente en más conversación, y noto que Jamie me mira de nuevo. Al principio, creo que estoy imaginándolo, que mi conciencia extrema de que es el hombre que tiene el corazón de Elijah me vuelve demasiado consciente de actos sociales muy normales, pero en los siguientes quince minutos es tan evidente que incluso Elijah parece notarlo, su mirada oscila entre Jamie y yo, con las cejas fruncidas.

Por fin decido que necesito una «despedida irlandesa» para terminar con la «despedida del Medio Oeste», así que murmuro un saludo cordial y me aparto… y, en ese instante, mi mirada encuentra la de Jamie. Y, si bien sus ojos grises no son hostiles ni celosos, hay

cierto escrutinio que me incomoda, como si estuviera evaluándome. Como si estuviera intentando ver algo invisible debajo de mi ropa, de mi piel y mis huesos.

No es divertido sentir esa clase de mirada. Hace que sea demasiado consciente de que soy un gigante desaliñado con hábito de poliéster, un tatuaje vergonzoso en el hombro y un apodo aún peor. De que soy el desastre que rompió el corazón de Elijah y de que Jamie es el buen ciudadano que lo repara.

Escapo balbuceando algo sobre los vasos y luego recojo todo lo que está en la mesa del jardín y dejo que los demás terminen sus lentas despedidas con Jamie mientras lavo.

Y es mientras lavo, con las mangas remangadas en los codos y los antebrazos cubiertos de espuma, cuando me doy cuenta de que he visto antes esa mirada, la que Jamie me lanzó fuera.

Es la misma mirada que Elijah le dio al Jesús crucificado después de su primera completa aquí. Jamie me miró como si él necesitara asegurarse de que yo me quedaré exactamente donde me han puesto.



No voy al dormitorio después de terminar de lavar. Sé que mañana lo pagaré (al igual que pagaré por ese último vaso de cerveza), pero la idea de ir a la cama ahora hace que sienta una tristeza visceral. Después de ver a Jamie y Elijah cogidos de la mano, rozándose los hombros y compartiendo caricias mientras estaban sentados en el banco de pícnic frente a mí…

No. El último sitio donde quiero estar es en mi colchón rígido y angosto, solo, solo, solo. Sé que el aislamiento es el quid de la cuestión, la soledad es el quid de la cuestión, y sé que se supone que Dios y los otros monjes apaciguan la soledad verdadera, la carencia profunda de afecto, tacto y amor. Que la amistad y la fe lo hacen.

Pero a veces me siento tan solo que gritaría. Y esa noche vi lo poco solo que está Elijah.

Limpio el bar de la cantina, lavo todos los grifos, y luego me aseguro de cubrirlos. Paso la mopa detrás de la barra y saco la basura. Apago las luces, cierro con llave y decido tomar el camino largo de vuelta al dormitorio, el sendero que rodea la base de la colina. Las luciérnagas se han ido, y solo hay algunas luces encendidas: dos en el aparcamiento y una en la entrada del dormitorio. El resto del mundo son estrellas, sombras y los relámpagos persistentes y lejanos al oeste.

Gracias a que las luces del aparcamiento están encendidas, los veo. Elijah y Jamie, solos en el aparcamiento ahora vacío, haciendo su despedida privada. Jamie está posado con la espalda sobre su jeep, tiene las manos en los hombros de Elijah como si fueran adolescentes compartiendo su primer baile lento, y sin duda hay espacio para el Espíritu Santo entre ellos. Pero entonces Elijah se acerca, arquea su cuerpo despacio hacia su prometido y se besan. Despacio, con dulzura. Como gente de otra época. Elijah coloca una mano en la mejilla de Jamie, y allí es cuando inclino la cabeza y empiezo a caminar lo más rápido posible hacia el dormitorio para no tener que ver más. Para no tentarme a ver más.

No es para mí.

Elijah no es para mí.

Mi cama es rígida y angosta como sabía que sería y, si bien el dormitorio técnicamente tiene aire acondicionado, lo apagamos por la noche para ahorrar luz. Lo que significa que, incluso con la ventana abierta, hace calor y hay humedad, y yo estoy igual, caliente y húmedo, aunque esta noche no uso pijama, solo tengo puesta la jaula.

Estoy recostado en la oscuridad, mirando al techo, cuando oigo la llave en la puerta de Elijah, y luego que la puerta se abre y se cierra despacio. Tal vez han pasado unos treinta minutos, pero mi imaginación aún está enloquecida con lo que Jamie y él están haciendo. Treinta minutos es tiempo suficiente para muchas cosas si crees en ti mismo. Y si bien el aparcamiento de un monasterio benedictino no es el lugar más probable para cierta actividad, eso no nos hubiera detenido a Elijah y a mí en el pasado. Hubiéramos subido al asiento trasero del jeep como adolescentes y nos habríamos dejado llevar.

El agua corre en el cuarto de Elijah y luego lo escucho moverse, oigo la cremallera de su maleta, el crujido de su cama. Parece que no teclea esta noche, lo cual me entristece un poco. Dormirme con el sonido de sus teclas se ha vuelto una de mis nuevas cosas favoritas.

Pero después de unos minutos, hay silencio de su lado de la pared, y me quedo solo otra vez. Solo yo en mi cuarto demasiado cálido, completamente a solas, escuchando a través de la ventana abierta el rugido distante de los truenos a miles y miles de kilómetros de distancia. El sueño se niega a venir y no me rebajo por él usando trucos y juegos. Simplemente espero que llegue a mí,

como el idiota testarudo que soy, y eso significa que estoy despierto para oírlo.

Algo que no es un trueno, que no es el roce de los árboles afuera. Algo casi rítmico. Lento y constante.

El sonido es tan suave que no sé todavía lo que es hasta que escucho un gemido bajo, ínfimo, tan pequeño que parece que lo he imaginado.

Pero sé que no lo he hecho.

Me incorporo despacio, para no hacer ningún ruido, y luego escucho de nuevo con atención. Esperando oír el roce de la piel sobre la piel, las respiraciones breves e intensas que lo acompañan.

Elijah se está masturbando. Al otro lado del muro, se está masturbando y yo lo escucho.

Hace un rato ya que mi miembro ha estado hinchándose, pero llega al punto en el que toca la jaula y por instinto, me froto al ponerme de pie para aliviar la carne necesitada con la yema de mi pulgar mientras camino en silencio hacia la ventana. La ventana de Elijah está cerrada, lo cual es algo bueno a fin de cuentas porque, si no, cualquier otro monje insomne oiría lo mismo que yo escucho ahora.

Mi celda es la única que linda con la de él, así que soy el único que puede escuchar esto. Soy el único que puede escuchar a Elijah Iverson masturbarse y tener un orgasmo.

Acaricio la base de mi jaula con los dedos mientras escucho, preguntándome por qué Elijah necesita masturbarse. ¿Acaso Jamie lo excitó y luego lo dejó en ascuas? ¿Acordaron de forma mutua ser adultos y no tener relaciones en el aparcamiento de un monasterio católico? ¿O tuvieron sexo en el asiento trasero del jeep y fue tan

ardiente que Elijah ni siquiera puede dormir después sin eyacular de nuevo?

Otro gemido suave, y presiono la frente contra nuestro muro compartido, ahora acariciando mi miembro descaradamente. Mi pene empuja los confines de la jaula, y mis testículos intentan con desesperación tensarse contra mi cuerpo y *mierda*, había olvidado lo bien que sienta tocarme. Incluso con la jaula apretándome y volviéndome un poco miserable, sienta demasiado bien. Acariciarme y tocarme y apretarme.

No he hecho esto en cinco años. Estuve tentado, muy tentado, con frecuencia, pero nunca había cedido. Hasta esta noche. Hasta que tuve que escuchar la caricia silenciosa de la mano de Elijah sobre su pene. Hasta que escuché sus sonidos de placer amortiguados.

Quiero usar la llave de la jaula, la que está colgada del poste de mi cama cuando no la llevo en el cuello. Quiero liberarme y agarrar mi pene con toda la mano. Quiero un orgasmo como los que solía tener: pleno y libre de jaulas.

Pero no avanzo hacia la llave. Si me detengo, entonces habrá tiempo suficiente para que aparezca la duda, para que aparezca mi conciencia.

Los monjes no deben masturbarse. Punto.

Y aunque solo yo lo sabría… igualmente *yo* lo sabría. Sabría que fui débil, que cedí ante una gratificación que no ayuda a nadie, que ni siquiera me ayuda a mí. El punto del celibato es sublimar la energía sexual, transformarnos a nosotros mismos y, si alimentamos nuestra lujuria masturbándonos cada vez que queramos, entonces

esa transformación está incompleta. No quiero una transformación incompleta; he venido aquí a cambiar total y absolutamente.

Pero… pero me he portado muy bien. Me he portado muy bien durante mucho tiempo, y seguro que nadie podría resistirse a esto ahora mismo, nadie podría resistirse al sonido de Elijah tocándose, gruñendo por lo bajo y…

Ha pasado tanto tiempo desde que eyaculé despierto la última vez que prácticamente me sorprende. Mi estómago se tensa; mis muslos también y luego un gemido brota de mí en la cúspide del orgasmo y luego se interrumpe, bloqueado por la jaula metálica sobre mi piel. Mi pene intenta rebelarse contra la cárcel y no puede, y la eyaculación sale en pulsos lentos y húmedos, y no se acerca ni por asomo a un orgasmo libre porque aún estoy desesperadamente excitado.

Casi me siento peor que antes. Más caliente. Más desesperado.

Permanezco de pie con mi pene goteando, mis músculos temblando, mi pecho tenso. Al otro lado del muro, escucho una inhalación intensa que reconoceré hasta el día que muera. Elijah también acaba de eyacular.

¿En su mano? ¿En su estómago?

Cierro los ojos y lo imagino por un minuto. Un minuto antes que la vergüenza y la culpa lleguen, un minuto antes de que tenga que limpiarme, rezar y planear confesarme.

Un minuto en el que puedo fingir que lo único que nos separa es el aire nocturno húmedo, y que nos queda por delante el resto de la noche para pecar.



CAPÍTULO VEINTIDÓS

Del cuaderno de Elijah Iverson

El silencio incesante y la introspección continua tienen un efecto adverso en mí. Estoy volviéndome consciente de mí mismo. Empiezo a darme cuenta de que no vine aquí solo por la cerveza y el anticapitalismo.

No dejo de pensar en esa llave alrededor de su cuello. En lo que tal vez cubre su pene.

No puedo parar. No puedo parar.

~~No quiero parar~~

Esto es algo sobre mí que creo que nadie sabe: le he prestado demasiada atención a Aiden Bell desde sus dieciocho años. Creo que fue sucediendo con el tiempo, momentos en los que notaba que estaba más alto, que necesitaba afeitarse, que su voz era más grave, pero esos eran fragmentos de mis observaciones, nadando en un mar de recuerdos de él como lo que había sido sin duda alguna: el hermano menor de Sean. Hubo momentos, breves, en los que noté que él me miraba, cuando nos seguía, momentos que tal vez

cualquier mejor amigo de un hermano mayor hubiera considerado un enamoramiento adolescente.

Pero era imposible alejar a Aiden Bell de las chicas (incluso desde que tuvo edad suficiente para exhibir sus hoyuelos), así que creí que era mi imaginación. En ese entonces estaba aliviado, agradecido de saber que no habría ninguna consecuencia incómoda por tener que rechazar con amabilidad a ese bebé que acababa de dejar de serlo.

Cinco años. Cinco años entre nosotros, y además en ese momento yo ya estaba en la universidad, recuperando el tiempo perdido en el catolicismo teniendo todo el sexo enérgico posible.

Pero esta es la cuestión sobre los cinco años: los números permanecen igual, pero la ecuación cambia. Y, cuando fui una noche a casa de los Bell y vi a Aiden junto a la piscina, noté que la ecuación había cambiado sin que yo lo supiera. Porque en el año en que no lo había visto, en el que me había graduado de la universidad y él estaba a punto de empezarla, Aiden había cambiado lo suficiente y cinco años parecían inexistentes.

Recuerdo que no podía parar de observarlo a través de la puerta de cristal del patio mientras Sean hablaba sobre qué camisa usar y se ponía más gel en el cabello. No podía dejar de mirar el cuerpo de Aiden, su rostro, su movimiento constante, saltando, zambulléndose, nadando. Saliendo del agua con sus nuevos hombros anchos y su espalda delgada, pero musculosa.

Nadaba en ropa interior en vez de en traje de baño, y la tela se aferraba a todas partes, a la curva de su trasero, a la hinchazón de sus muslos, a su pene, y la cintura de la prenda caía lo suficiente y me dejaba ver el lugar donde la línea de vello oscuro bajaba por su estómago hasta encontrarse con el vello que estaba sobre su pene.

El agua corría sobre los nuevos músculos de sus brazos y sobre su mandíbula tallada. Acariciaba su garganta, pegaba su cabello oscuro a la frente y a su cuello. Se acumulaba en su ombligo plano antes de caer.

Y cómo se movía. Todo su cuerpo, toda su fuerza, completamente abocado a lo que hiciera. Zambullirse, hacer acrobacias, no para impresionar a nadie, porque no había nadie a quien impresionar, porque él no sabía que yo lo observaba. Lo hacía para sí mismo. Por la mera alegría y entusiasmo que le generaba.

Esa noche, me fui de casa de los Bell con un secreto. Un secreto con nombre. *Aiden*.

Aiden en mis pensamientos, Aiden colándose en mis fantasías y divagaciones y mis escenarios hipotéticos. Que te guste el hermano menor heterosexual de tu mejor amigo. Era casi una broma, como el argumento de una película pornográfica. Era una mala idea sin importar cómo la pensara.

Aún es una mala idea.

Aún es una mala idea.

Es una mala idea, y es monje y, mierda, me rompió el corazón y estoy comprometido y me casaré, así que ¿por qué estoy sentado en un monasterio, con la mente llena de miles de escenarios hipotéticos?

¿Y si la llave en su cuello es para lo que pienso que es? ¿Y si había estado a punto de besarme esa noche en el claustro? ¿Y si no?

Porque había prestado atención, ¿verdad? ¿Esas luciérnagas en el claustro? ¿El modo en que él las miraba?

Creí que era imposible conciliar a ese adolescente acróbata delgado, ese millonario imprudente, ese hombre adorable e irritante

que llevaba *toppings* en el bolsillo solo para mí, con este gigante silencioso que observa las luciérnagas bailar con adoración y paciencia.

Creí que era imposible, y ahora me acuerdo del joven Aiden Bell universitario saltando con una voltereta a la piscina solo por diversión, sin ningún otro propósito más que disfrutar el momento y ¿acaso ese universitario imprudente y este monje con rastros de canas ínfimos en la sien son tan diferentes?

O tal vez no se trata sobre lo parecidos o diferentes que sean estos dos Aiden. Tal vez se trata de algo más.

Tal vez, se trata de las luciérnagas.

¿Y si se trata de las luciérnagas?

~~Y si fuera a buscarlo ahora mismo y~~



CAPÍTULO VEINTITRÉS

Como esperaba, la vergüenza me recibe en el instante en que despierto. Pero lo que no espero es todo lo demás que la acompaña. Como volutas de humo desprendiéndose de un fuego, como el calor que brota de una llama, también hay soledad, testarudez y un anhelo que superaría al de un rey observando a una mujer bañándose en una terraza.

Y hay algo más, algo que no logro nombrar. Allí está, traslúcido e intocable mientras rezo las vigilias e intento la *lectio* y luego también rezo las laudes. Está allí mientras observo a escondidas a Elijah desayunar desde el extremo opuesto del refectorio. Dado que Elijah me cuenta después de comer que planea pasar el día escribiendo, quedo libre de mis tareas usuales.

Es como si estuviera viéndolo todo a través de un vitral, distorsionado, abombado y teñido de tonos vivos y brillantes como joyas.

La tormenta por fin llega con toda su fuerza, y el hermano Andrew me pide que recoja las últimas maderas que corté para que pueda

guardarlas antes de que se mojen. Agradezco la oportunidad de ir al bosque, de estar solo con el arroyo y mis pensamientos, pero no ayuda a menguar la sensación de que hay algo extraño, de que algo ha cambiado. Debe ser porque me masturbé anoche por primera vez en años, pero no puede ser solo eso. No siento el anclaje de la culpa familiar, ni siquiera la punzada del amor no correspondido, sino algo completamente distinto. Como si hubiera despertado en la vida de otra persona, pero no, porque aún me siento como yo mismo.

No sé. No sé, y creo que no puedo vivir con ello. Tengo que olvidar a Elijah. Tengo que dejar mi monasterio y encontrar un nuevo sitio.

Entonces me sentiré mejor, sé que así será.

La llovizna es irregular y es sencillo trabajar bajo su manto, pero veo el borde oscuro de las nubes tormentosas que se acercan. El hermano Andrew ya me dijo que no me preocupara por regresar a tiempo para el rezo de la tarde si la tormenta era intensa, y en parte espero que lo sea. En parte espero estar todo el día atascado aquí, así no tendré que estar con nadie mientras tengo pensamientos como vitrales.

En especial con Elijah.

Apilo la madera en la furgoneta y la cubro con una lona impermeable justo a tiempo. En cuanto termino de atarla, el cielo se abre y cae una cortina de agua digna de Noé. Me aseguro de que la lona esté bien amarrada para que el viento no la arranque y luego troto de regreso al eremitorio, inclinando la cabeza para proteger mis ojos de la lluvia.

Pero no estoy solo. Alzo la cabeza y veo a Elijah de pie en la puerta, con las manos sobre el marco y el rostro empapado de

lluvia.

Me detengo y lo miro desde unos metros de distancia, parpadeando para apartar el agua de mi vista mientras él me devuelve la mirada.

Por un instante, ninguno de los dos se mueve.

Y luego, él entra al eremitorio. Lo sigo, los dos lo mojamos todo, yo visto mi camiseta y mis vaqueros de trabajo y él una camisa abotonada ceñida y unos pantalones cortos de denim con dobladillo.

Está oscuro en el eremitorio; incluso cuando hay sol, no entra demasiada luz, y ahora el clima es lo opuesto a soleado. Me detengo apenas doy unos pasos dentro, acostumbrando mis ojos a las sombras mientras observo a Elijah caminar, rozando sus dedos con el pulgar, como hace cuando está nervioso.

Ahora mismo, él es lo único en mi mundo que siento real, lo único que puedo ver de verdad. Me tiene hipnotizado.

—He venido a buscarte —dice por fin. Su tono es extraño.

—¿Al eremitorio? —pregunto—. ¿O al monasterio?

—A ambos.

Me acerco más y luego me detengo. No sé qué estoy haciendo, ni siquiera qué quiero. Lo vi besar a su prometido en el aparcamiento anoche; lo escuché eyacular pensando en ese mismo prometido. Es un hombre que quiere a otro, y que claramente ya no me ama.

Su rostro aún está húmedo mientras me mira con las cejas fruncidas.

—Creo que solo quería comprender —dice, y suena como si suplicara algo, como si admitiera algo—. ¿Puedes culparme? ¿Alguien puede culparme?

—Querías comprender por qué me fui —digo por encima del repiqueteo de la lluvia.

—Creía que, si veía por qué me dejaste, si me quedaba aquí y descubría qué fue lo que en primer lugar te atrajo aquí, sería capaz de dejarte en paz en mi mente. Que sería capaz de olvidarte.

Mi corazón late y se tambalea, sintiéndose a la vez demasiado grande y demasiado pequeño para mi pecho.

—¿Dejarme en paz en tu mente? —susurro. Es demasiado tener esperanzas, es demasiado esperar que eso signifique algo bueno, algo cariñoso, cuando dice cosas como esa. Después de todo, soy Aiden, el Picante; no vale la pena inquietarse por mí, no vale la pena recordarme excepto por todas las veces en las que dificulté la vida a todos los demás.

Me mira como si estuviera haciéndome el tonto a propósito.

—Basta.

—No estoy haciendo nada.

—Lo haces. Basta.

La lluvia cae sin cesar, un repiqueteo incansable sobre el techo, y luego un trueno retumba en la habitación.

—¿Al menos encontraste lo que buscabas? —pregunto. No sé si él alguna vez entenderá por qué elegí huir a un monasterio si no sabe por qué hui para empezar, pero tengo curiosidad por oír lo que opina.

—No —dice. Y luego cierra los ojos—. Y sí.

—¿Qué quieres decir?

Abre los ojos. El verano en Kansas nunca es frío, pero parece frío en comparación con la frustración ardiente que habita ahora mismo su mirada ambarina.

—Al principio no lo entendía. Para nada. Es todo lo que solías odiar, Aiden, en serio, todo. Despertar temprano, hacer lo mismo cada día, nada de viajes, nada de diversión, nada de sexo. Rezar. —Empieza a caminar de lado a lado de nuevo—. No dejaba de pensar: «¿Cómo es posible que esto fuera mejor opción que yo?». ¿Cómo? ¿Fui tan mal novio? ¿Nuestra discusión esa noche fue tan grave que renunciaste por completo a vivir una vida real?

Mi camiseta mojada por la lluvia está fría y pegajosa, y la separo de mi piel mientras digo:

—Esta es una vida real, Elijah. Y la pelea que tuvimos antes de que viniera… —«No tuvo nada que ver con mi llegada aquí», estoy a punto de decir, pero Elijah continúa como si yo nunca hubiera hablado.

—Y estaba furioso. Y herido. Y luego furioso de nuevo porque me casaré este año y no debería importarme una mierda por qué mi exnovio se hizo monje. Y… —Frota de nuevo el pulgar contra los dedos—. Después de que discutiéramos aquí en el eremitorio, iba a ir a buscarte para decirte que me iría antes del monasterio, que no había nada aquí que entender. Que te habías privado de todo por nada. Pero cuando te encontré para decirte todo eso, estabas sentado en el claustro y luego…

Me mira con agonía.

—Las luciérnagas —digo—. Esa fue la noche de las luciérnagas.

—Creí que habías elegido a la Iglesia en vez de a mí, pero no es así, ¿verdad? —pregunta con la voz entrecortada—. Elegiste a Dios en vez de a mí y por algún motivo eso es peor que cualquiera de las otras cosas que pensé, porque no puedo competir con Dios, Aiden.

—Suelta una risa breve que suena como si lo hubieran golpeado—. No puedo competir con las luciérnagas del claustro.

Ahora mismo debería decir un millón de cosas. Debería decir que no importa, que elegí a Dios a pesar de Elijah, no para molestarlo. Debería decir que Elijah no necesita competir con nada o nadie de nuevo porque he hecho mis votos y él está comprometido, y esto ahora involucra a más personas y no solo a nosotros dos.

Debería decirle que lamento todo el dolor que le he causado y preguntarle cómo puedo asegurarme de no hacerlo sufrir más.

Pero no lo hago. No digo ninguna de esas cosas porque la lluvia se ha acumulado en la pequeña hendidura sobre su labio superior, formando una especie de cuenco, y de pronto nada más importa, nada de nada.

Doy un paso hacia él, con los ojos en su boca.

—Aiden —dice con voz ronca.

Veo un atisbo de ojos castaños dorados, sus manos nerviosas, y luego está sobre mí, y yo sobre él, nuestra ropa mojada presionada entre los dos y su boca caliente sobre la mía. Había olvidado qué era un beso, cómo se sentía, cómo era que alguien saboreara mi hambre y lamiera la urgencia de mis labios. El *shock* casi me pone de rodillas.

Sus labios son cálidos, firmes, apenas ceden ante el beso brusco que le doy mientas me besa con la misma brusquedad, con la misma ferocidad. Pero yo soy quien pide entrar, quien aprieta los labios contra los suyos y acaricio el borde de su boca con mi lengua hasta que me deja entrar.

Y luego… Oh. Y luego.

Su lengua es caliente, fuerte, resbaladiza, y, en cuanto la siento, todo el control me abandona. Estoy famélico por esa lengua sobre la mía, famélico por sentirla sobre mi cuello y mi ombligo y las partes secretas de mi cuerpo, y, de pronto, siento el miedo repentino y desesperado de que nunca habrá cercanía suficiente con él que satisfaga esta necesidad, que no hay beso lo bastante profundo que me arregle y que estaré destrozado, quemado y destruido por esta necesidad hasta que muera.

Lo obligo a retroceder mientras nos besamos, lo estoy empujando hacia atrás y luego él está contra la pared, deslizando las manos sobre mi camiseta mojada mientras las mías encuentran su rostro y lo sujetan para besarlo.

—Mierda —susurra sobre mi boca. Sus ojos no están cerrados y los míos tampoco, como si no pudiéramos dejar de mirarnos, como si tuviéramos que exprimir hasta el último segundo de placer de este momento robado e imprudente antes de recobrar la compostura.

Sus manos están inquietas sobre mí, como si me tocara por primera vez. Como si me tocara por última vez.

—Sí —respondo con voz ronca, cubriendo de nuevo su boca con la mía mientras presiono mi cadera contra la de él—. Mierda. —Durante mucho tiempo, mientras crecíamos, él fue el mayor, el de mayor porte, e incluso cuando estábamos juntos yo sentía que lo era. Pero, si bien aún es el mismo hombre de músculos esbeltos de antes, yo no soy el mismo. Y, mientras lo aprieto contra la pared, es más evidente que nunca que ahora soy mucho más robusto. Ahora mis muslos más grandes atrapan los suyos, mis hombros se ciernen sobre él mientras poso los antebrazos contra la pared y lo beso hasta dejarlo sin aliento.

Mi jaula reprime mi erección, pero el dolor es tan agradable y es tan sensible que sé que podría tener un orgasmo solo con frotarme contra él con el pantalón puesto, y eso incluso antes de que sus manos vaguen hacia abajo para explorar mi cadera, mi estómago, mi trasero.

—Nadie besa como tú —murmura Elijah, cerrando los ojos mientras muerdo su mandíbula y luego su cuello. Siento su pene en sus pantalones cortos, rígido para mí, quizás incluso húmedo en la punta por mí, y eso me vuelve feroz. Brutal. Succiono y lamo su garganta y luego él presiona una palma grande contra mi entrepierna.

—Aiden —susurra mientras beso su cuello. Su barba rala arde sobre mis labios. Cuando alzo la cabeza, veo que tiene las pupilas dilatadas hasta el margen de sus iris. Tiene la boca abierta, pero la mandíbula tensa—. Entonces estás ejerciendo la castidad.

—Sí —digo, temblando mientras sus dedos largos rodean mi bulto enjaulado—. Debo hacerlo.

—¿Por qué? —pregunta sin aliento.

—Pienso demasiado en ti.

No podemos dejar de mirarnos, paralizados, pero no realmente paralizados, con las bocas hinchadas, el pecho agitado y las caderas presionadas entre sí, pero no estamos besándonos y mis brazos aún están sobre la pared a cada lado de su cabeza. Su mano aún sujeta de modo posesivo mi pene.

—Piensas demasiado en mí —repite—. Has estado pensando en mí.

Por alguna razón, esto parece más peligroso que besarnos: es un pecado más pecaminoso que el contacto de nuestras bocas. Ya no

es solo la violación del celibato, sino una amenaza latente contra mi devoción hacia Dios. Contra lo que se supone que debería ser una ofrenda única y absoluta de mi corazón.

Esto es como admitir que, en primer lugar, mi corazón no me pertenecía para ofrecérselo a Dios.

Después de un momento largo, hablo.

—Sí —digo—. No solo después de que regresaras. Desde que vine aquí.

Alza y frunce las cejas, y parece desamparado, muy desamparado, mientras inclina la cabeza contra la pared y me ofrece de nuevo su garganta. Y también suena desamparado cuando gime después de que empiece a succionar su piel cálida. Lo siento desamparado, moviéndose, retorciéndose y jadeando, con su mano aún sobre mi jaula, y susurra:

—Tu llave. ¿Dónde está tu llave?

—En mi celda —balbuceo, apenas me importa, porque mis labios están sobre Elijah y sus manos sobre mí y ¿qué más importa?

—Pero…

—Shh —gruño, empujándolo más contra la pared y arrastrando mi boca sobre la suya—. Silencio.

—Mierda, eres muy autoritario ahora. Y muy grande. Mierda…

Un timbre atraviesa el aire, fuerte, metálico, artificial, y, después de oírlo, no hay nada más que truenos, lluvia y nuestras palabras guturales, el sonido es estridente. Retrocedo a medias, tambaleándome, mi piel cosquillea y estoy agitado, y él busca con torpeza su teléfono en su bolsillo trasero. Cuando por fin ve la pantalla, veo que la comprensión de lo que acabamos de hacer lo golpea.

Y luego me golpea a mí.

—Es Jamie —dice en un tono doloroso de oír—. Mierda.

Me mira y ¿qué puedo decir? ¿Excepto que me siento exactamente igual?

—Elijah —empiezo, pero él sacude la cabeza levantando la mano que aún sostiene el teléfono para detenerme.

—No —dice—. Por favor. No. —Y por segunda vez esta semana, se marcha por la puerta del eremitorio.

Y por segunda vez esta semana, no lo sigo.



CAPÍTULO VEINTICUATRO

A diferencia de Elijah, yo no tengo que vivir con el miedo a que descubran mi infidelidad o a tener que descifrar cómo contárselo a la persona que traicioné. Dios ya lo sabe.

Espero a que cese la peor parte de la tormenta y luego conduzco bajo el crepúsculo húmedo, limpiando la lluvia de mi rostro, e intentando ignorar el zumbido de pánico y vergüenza que invade todo mi cuerpo y mi mente.

Pero algo casi mayor que el pánico, que la culpa, que la lujuria aún latente, es un pensamiento que no deja de rodear mis tobillos y apretar mis órganos en el pecho.

Elijah me devolvió el beso.

Elijah permitió que lo empujara contra la pared y lo besara hasta que a ambos se nos debilitaron las rodillas.

Oigo las campanadas que anuncian las vísperas mientras descargo la madera en la leñera del hermano Andrew, la coloco como me enseñó para que se conserve bien, y luego me ducho y me pongo el

hábito, y noto que la puerta de la celda de Elijah está cerrada cuando abro la mía.

¿Está dentro? ¿Está en el rezo?

¿Está caminando por los senderos mientras habla con Jamie por teléfono?

Siento la piel más caliente que el agua de la ducha, como si estuviera hirviéndome vivo de adentro hacia afuera, y todo mi ser grita por algo: por liberación o castigo, no sé cuál de los dos. La cagué, sé que lo hice, pero ahora solo puedo pensar en cómo Elijah arqueaba su garganta de ese modo tan hermoso para mí. En la lluvia acariciando la muesca sobre su labio superior.

En lo que sentí al besarlo de nuevo después de todos estos años, y que él me devolviera el beso.

«Lo siento», logro susurrarle a Dios en mi cabeza. «Lo siento mucho».

Cuando ya estoy vestido y en el comedor para la cena, siento una culpa nueva, una nueva capa de infelicidad por encima de la causada por romper mi promesa, que he sentido desde que Elijah salió del eremitorio. Porque, si algo he aprendido viviendo en un monasterio, es que somos responsables los unos de los otros. Somos responsables de querernos y cuidarnos mutuamente. No del modo que haría que mi terapeuta hiciera una mueca, sino en el sentido de que a todos nos convocan a amar, ayudar y hacer que los demás se sientan bienvenidos.

Hoy no hice eso cuando posé los ojos en la boca de Elijah y avancé. No lo hice cuando lo besé, cuando lo empujé contra la pared, cuando besé su cuello. Llevé a alguien que amo a serle infiel a alguien que él ama y me siento una mierda.

Ayudé a Elijah a engañarlo, incluso lo obligué. A engañar a un profesor de escuela dominical que disfruta horneando. ¿Quién hace eso?

Un mal hombre lo hace.

Egoísta. Aún soy tan egoísta.

Elijah no está en la cena ni en las completas, y sé que tengo que disculparme con él, tengo que hacerme cargo de lo que hice, y… y…

Y no es solo el arrepentimiento lo que me lleva a su puerta después de rezar, lo sé. Lo sé porque, si bien siento mi estómago pesado y vacío a la vez, mi corazón da volteretas en mi pecho, olvida cómo latir como corresponde cada vez que recuerdo la boca de Elijah sobre la mía. Cada vez que recuerdo sus palabras entrecortadas y susurradas: «No puedo competir con las luciérnagas del claustro».

No puedo.

En presente.

Como si aún quisiera intentarlo.

Durante todo el camino hacia el dormitorio, me repito a mí mismo que no haré nada respecto a mi corazón saltarín, que no miraré su boca ni buscaré en sus ojos dorados respuestas a preguntas que no puedo hacer. Me disculparé, con sinceridad, y luego prometeré mantenerme lejos. Sí, eso es lo que haré. Me mantendré lejos de él durante el resto de su estancia aquí y luego él podrá prometerle a Jamie de buena fe que nada más sucederá y…

La puerta de Elijah está abierta.

Abierta del todo y, cuando me detengo en la entrada, es evidente que no está dentro. La puerta del baño está abierta y el baño vacío; el armario pequeño solo contiene perchas y una tabla de planchar.

Las toallas y las sábanas están dobladas y ordenadas al pie de la cama.

No hay equipaje, prendas, cargadores, exnovio. La celda está vacía.

Elijah se ha ido.



—Dijo que tenía que irse antes porque tenía asuntos que atender en casa —es lo que me dice el abad.

—Se marchó como si tuviera el trasero en llamas —dice el hermano Andrew.

Se fue sin despedirse, y supongo que me lo merezco, que merezco saber cómo se siente, pero estoy completamente perdido al día siguiente, y al otro. Voy de rezo en rezo, de comida en comida, de trabajo en trabajo, mis pensamientos están a la vez en todas partes y en ningún lado.

No pude disculparme con Elijah.

No pude verlo una última vez.

Me confieso con el padre Nathaniel, quien escucha con compasión y luego me dice lo que ya sé: tengo que decírselo al abad.

Y así es como termino caminando con el abad Jerome por el sendero en la base de la colina que tanto le encanta.

—Bueno —dice después de que le expliqué con incomodidad e interrupciones que besé a mi exnovio en el eremitorio—, valoro que hayas acudido a mí tan pronto después del hecho, y que no hayas intentado reprimirlo. Sé que te está afectando.

Miro hacia donde camina, con las manos juntas bajo su escapulario y expresión serena. Su cruz sobre el pectoral brilla bajo el sol.

—Decir que me afecta se queda corto. Lo que siento es más… grande.

—Sí, supuse que sería así. Pero espero que no sea debido al miedo. Espero que sepas que aquí estás a salvo.

Miro de nuevo la colina. Hoy el sol es cegador y tengo que forzar la vista para distinguir el sendero que serpentea y sube por la ladera de la colina.

—No me perturba haber besado a un hombre, padre abad. Me perturba haber besado a alguien cuando prometí no hacerlo. Y eso llevó a que él peque en contra de alguien más…

Egoísta. Como siempre lo he sido.

Y mierda, ¿y si siempre lo seré?

—Las promesas no deben ser cargas, hermano Patrick —dice con amabilidad el abad—. Existen para ordenar nuestras vidas y por qué estamos aquí. Quizás lo que está causando estos sentimientos más pesados no es la culpa por haber puesto a prueba los límites de tu voto de *conversatio morum*, sino la invitación de Dios a que te preguntes lo que realmente quieres antes de hacer tus votos solemnes. Que te preguntes si de verdad te sientes llamado a establecer tu vida aquí.

Conversatio morum. Fidelidad a la vida monástica. Lo que implica pobreza, rezos y, crucialmente, castidad. Junto con una promesa de estabilidad y obediencia, compone los votos simples que hice hace tres años.

—No necesito una invitación —digo, mientras el pánico sube por mi garganta.

Debo ser monje, no puedo no serlo. Es lo que salvó mi vida. Y si me detengo…

No dejo que mis pensamientos vayan más lejos. No puedo pensar en lo que pasaría conmigo y con mi bienestar estable y vacilante si no soy monje.

—Sé lo que quiero —añado lo más rápido posible—. Sé cuál es mi llamada. Debo ser monje. Solo me equivoqué, y no volverá a pasar. Me aseguraré de que así sea.

El abad deja de caminar y yo también. Su expresión es amable, pero sus ojos castaños cálidos ven tanto más de lo que yo no quiero que vea que apenas soporto mirarlo.

—Hermano Patrick —dice, presionando mi hombro con la mano—. No es vergonzoso revisar tu corazón. De hecho, por eso estamos aquí para empezar. Por eso nuestros ancestros fueron al desierto. Estamos aquí para aprender cómo serle fiel a Dios, incluso si la lealtad no es como creemos. Después de todo, piensa en tu hermano Tyler. ¿Acaso no aprendió él que su llamada estaba fuera del sacerdocio?

Así es, pero la idea no me tranquiliza para nada. De hecho, me genera más pánico porque Tyler demuestra que solo hay dos caminos, y que son excluyentes. O tienes una vida consagrada a Dios o una vida fuera en el mundo. Y, mientras los laicos pueden ser devotos a su modo, no viven enclaustrados, no dedican su vida a Dios, y eso es lo que yo necesito. Necesito vivir cada día no solo junto a Dios, sino también dentro de él.

—Mi corazón está decidido, padre abad. Sé cómo ser fiel y cómo Dios quiere que yo lo sea. Solo debo hacerlo mejor, eso es todo.

Tengo que mejorar, tengo que irme…

Sí. Eso es. Cuando me vaya, será más fácil ser un buen monje y un buen hombre. Encontraré un sitio más frío y rígido que el monasterio Sergius con sus rostros amigables y su arroyo alegre, y ese nuevo sitio quemará y erradicará todo el egoísmo que hay en mí.

El abad me observa un instante y veo que llega a la misma conclusión mientras asiente y empieza a caminar de nuevo.

—Creo que es hora de que empecemos a preparar tu viaje, ¿no crees?

—¿Aún me dejarán ir? —pregunto, mi voz se quiebra de alivio—. Creí que tal vez…

En mi visión periférica, veo que frunce sus cejas pobladas.

—¿Que te castigaría por un beso quitándote algo que es importante para ti? No. Eres un hombre en busca de Dios, no un adolescente que se llevó el coche de su padre sin permiso. Pero te permitiré ir con una condición.

—¿Cuál? —pregunto, listo para lo que sea. Cilicios, ayuno, cien rosarios diarios, lo que sea. Lo haré.

Asiente mirando el sol.

—Que aceptes la invitación de Dios. Usa tu tiempo lejos para preguntarte lo que realmente quieres.



CAPÍTULO VEINTICINCO

Tres semanas después

—¿Llevas suficientes calcetines? —pregunta el hermano Connor—. Tal vez necesites más.

—Estoy seguro de que habrá un modo de lavar los que tengo —digo, y me uno a él para mirar mi maleta prestada. Es el equipaje más aburrido en la historia de la humanidad: calcetines negros, ropa interior negra, hábitos negros y escapularios. Mi breviario, la copia de *Summa Theologiae* que Tyler me regaló el año pasado por Navidad. Productos de higiene personal. Medicación psiquiátrica. Pasaporte.

Todo está listo para que me vaya mañana. Y he estado listo tanto tiempo que empezaría a caminar hacia el aeropuerto ahora mismo si me permitieran hacerlo.

El abad dijo que podía ir solo si usaba el viaje para analizar si lo que quería era una vida monástica y le dije que lo haría… pero ya sé que no es necesario. Estoy entusiasmado por demostrarle que esta

es la vida que estoy destinado a llevar, que mi llamada es ser monje, con celibato y todo.

Un golpe en mi puerta anuncia al abad, que se une al hermano Connor y a mí en mi celda, ahora atestada después de que le abriéramos. Se detiene junto a la cama, donde observamos mi maleta.

—¿Crees que necesitarás más calcetines? —pregunta el abad, y el hermano Connor niega con la cabeza.

—No hará caso.

Resoplo, pero no me molesto en responder porque el hermano Connor y el abad intercambian una mirada que conozco bien. Es una mirada previa a una *Conversación*, en cursiva y con C mayúscula. El miedo, breve pero intenso, hunde un gancho en lo profundo de mi estómago.

—Te veré mañana temprano, hermano Patrick —dice el hermano Connor y me sonríe con cariño. Es una sonrisa que dice «te deseo mucha suerte», y el miedo se hunde aún más en mis partes vitales.

Miro al abad, que está sentado en la cama estrecha junto a mi maleta, con las manos sobre el estómago.

—Tengo una noticia —dice y sé, simplemente sé, que está a punto de decirme que el viaje se canceló. Que los monasterios en Europa han cambiado de opinión sobre mi visita, que no me quieren. Que, después de todo, no pisaré los acantilados de Santa Columba y que el sitio sagrado y agreste que he estado buscando permanecerá para siempre lejos de mi alcance.

«Puedo sobrevivir a cualquier cosa menos a esto», quiero decirle al abad. He sobrevivido al suicidio de mi hermana, a la muerte por

cáncer de mi madre. Incluso he sobrevivido a esa oscuridad resbaladiza como el aceite que deseaba tanto tragarme entero.

Sobreviví a dejar a Elijah, y sobreviví a incendiar toda mi vida como una ofrenda ardiente a Dios.

Pero no puedo sobrevivir a que me quiten esto. Me secaré como un río en el desierto. Me desintegraré como polvo en una sequía.

—El señor Iverson ha pedido acompañarte en tu viaje —dice el abad, y me alegra estar ya sentado, porque no sé si hubiera podido mantenerme en pie. Tanto por el alivio de que no hayan cancelado el viaje como por el *shock* absoluto que me genera la noticia.

—¿Elijah? —pregunto, incapaz de modular por lo atónito que sueno—. ¿En mi viaje?

—Sí —responde el abad, mirándome bajo sus formidables cejas—. Para investigar más para su artículo. Pidió permiso la semana pasada y le informé que necesitaría permiso de los abades de los monasterios que te recibirían antes de que pudiéramos considerar la posibilidad. Pero esta tarde he recibido respuesta y todos han aceptado con gusto recibirlo a él también.

Pidió permiso la semana pasada.

Después del beso, después de que Jamie lo llamara y después de que se hubiera ido antes del monasterio, quería venir a Europa conmigo.

Quiere venir a Europa conmigo.

Y, oh, el entusiasmo que vibra bajo mi piel al saberlo. No solo por la idea de verlo, sino porque él me ha buscado, aunque sea solo para investigar.

Pero al entusiasmo le sigue de inmediato el pánico. Una especie de culpa preventiva.

Quiero decirle al abad que es imposible. Que no puedo hacerlo, porque el recuerdo de las gotas de lluvia sobre el labio superior de Elijah aún me acecha.

Miro mi regazo.

—Dios no debería ponerme a prueba más allá de lo que puedo soportar —digo—. Y usted tampoco.

—¿Es más de lo que puedes soportar, hermano Patrick? —pregunta con calma el abad.

—No lo sé —balbuceo.

—Porque la decisión es tuya —dice el abad—. Si me dices que no quieres esto, que no puedes soportarlo, entonces le diré al señor Iverson que no puede ir.

Aún con la mirada baja, pienso en el eremitorio. Pienso en los truenos, en el roce de su barba incipiente sobre mis labios, en las manos deslizándose sobre mi piel como si nunca tuvieran suficiente que tocar.

Y luego pienso en el incienso, los salmos y Cristo sufriente mirándome desde la cruz. Pienso en las luciérnagas en el claustro.

«No —insiste una voz testaruda en mi interior—. Pasaste todo este tiempo aprendiendo a hacer una promesa y la cumplirás, maldita sea».

Sé que lo que debo hacer es llevar esta vida. Solo debo asegurarme de que el abad también lo sepa.

Y tal vez... Tal vez es una oportunidad. Una oportunidad envuelta en tentación, pero una oportunidad de todas formas. Quizás, si puedo viajar con Elijah sin que haya más, ejem, «incidentes», entonces puedo demostrarle al abad que he aceptado la invitación

de Dios a explorar lo que quiero, y lo habré logrado con el deseo de mi corazón terrenal cerca.

Seré capaz de demostrar que estoy listo para mis votos solemnes y para toda una vida con ellos.

—Puedo hacerlo —me oigo decir antes de siquiera terminar de darle forma al plan en mi mente. Miro al abad—. Es bienvenido a acompañarme. Por el bien de su artículo.

El abad Jerome me observa. No de un modo poco amable, pero de un modo penetrante que aún es un poco incómodo.

—Probablemente recuerdes que me entusiasmaba mucho este artículo —dice después de un minuto—. Pero ningún artículo es más importante para mí que tú. Te estimo mucho, hermano Patrick. Quiero que esto sea tu decisión.

—Gracias —digo. Mi decisión ya está tomada. Tal vez es el Aiden impulsivo avanzando una vez más, pero sé que esta es la manera de demostrarle a todos, incluso a mí mismo, que estoy hecho para ser monje—. Quiero que él venga. Y será bueno para mí.

Y lo será. Aunque signifique que necesite guardar mi jaula en la maleta para tener una garantía extra de que todo irá bien.

La recompensa será mucho más dulce por lo difícil que ha sido conseguirla.

Sabré con certeza absoluta que estoy haciendo lo correcto.



BÉLGICA



CAPÍTULO VEINTISÉIS

De la revista Mode

A estas alturas, tengo que tomar una decisión, y, al igual que muchas personas antes de mí que no podían dejar de pensar en hombros anchos y luciérnagas, elijo la absoluta imprudencia emocional. ¿Y si le pido a mi editor acompañar a mi exnovio monje a Europa para escribir también sobre las cervezas de la zona?

—De acuerdo —dice mi editor—. Solo una cosa: no me metas en problemas con el Papa.

«La paciencia eterna de los monjes: cerveza y oración en algunos de los monasterios más solitarios del mundo», Elijah Iverson



CAPÍTULO VEINTISIETE

No estoy haciendo lo correcto.

Creí que sí, pero ahora estoy sentado en un coche que serpentea entre las colinas boscosas de las Ardenas en Bélgica después del aeropuerto y ¿cómo es posible que esté haciendo lo correcto? Cada vez que me muevo en el asiento trasero del diminuto coche, mis rodillas rozan las de Elijah. Cada vez que hablamos, intercambios breves y correctos, el aire parece a punto de estallar por la descarga eléctrica.

Y él y yo solo hemos estado juntos durante la última hora, dado que volamos por separado, y nos encontramos fuera de la aduana para esperar el vehículo que nos llevaría al monasterio Semois. Habían pasado menos de tres semanas desde que lo vi por última vez, pero observarlo apoyado sobre una columna escribiendo en su teléfono aún amenaza con destruirme.

Nadie besa como tú.

Pero a él parece no afectarle verme, asiente con frialdad como saludo y luego me pregunta las cosas de viaje usuales, como si

fuéramos colegas o conocidos («¿cómo ha ido el vuelo?», «¿pudiste dormir?», «¿qué tal la comida? La mía fue sorprendentemente buena», etc., etc., etc.) hasta que el hermano pálido con gafas de Semois llegó con un Renault viejo a recogernos.

Y desde entonces, apenas hemos hablado, aunque hay un millón de millones de cosas que muero por preguntar. Si le ha contado a Jamie sobre nuestro beso y si Elijah está enfadado conmigo por haberlo besado y por qué quiso viajar conmigo. Quiero preguntarle si ha pensado en mí estas últimas semanas, si le daba miedo verme, si quería verme.

Si esto de verdad es por el artículo, o es por algo completamente diferente.

El hermano Xavier es amigable, pero, al igual que muchos trapenses, no tiende a conversar mucho, lo cual hace que la ausencia de charla entre Elijah y yo sea mucho más palpable. Estoy a punto de estallar por todo lo que no nos hemos dicho cuando por fin nos detenemos en un sendero rodeado de árboles y veo por primera vez Semois.

Ubicado en una extensión de tierra escondida en uno de los meandros del río Semois (un río calmo y poco profundo), el monasterio Semois es una mezcla de ruinas medievales y edificaciones modernas, hechas con la misma roca color manteca. Las colinas cubiertas de árboles se alzan a cada lado del río, y el campus mismo está atiborrado de robles robustos, hayas altas y otros árboles perennes con copas del color de una esmeralda oscura. Es como estar dentro de una ilustración de un bosque en un libro infantil de cuentos de hadas.

No nos llevan al dormitorio, sino a la casa de huéspedes, y el hermano Xavier explica que esa es la costumbre incluso para monjes visitantes. Nos cuenta que en su mayoría lo usan senderistas y ciclistas que recorren las Ardenas, y ocasionalmente visita alguien que emprende un retiro en serio. Ahora hay solo otro huésped, un ciclista alemán alto y delgado que nos saluda con un movimiento de cabeza de camino a la puerta, y nos entregan una fotocopia con el cronograma diario del monasterio y nos dicen que nuestro anfitrión volverá para acompañarnos a la cena.

Y luego nos dejan solos para desembalar el equipaje y descansar.

Elijah se estira temblando como un gato que despierta de una siesta mientras mira la acogedora habitación común. Los muros son de piedra y el suelo es de ladrillo viejo, y los muebles están hechos de madera gastada y cuero. Pero mis ojos están puestos en él y en el borde de su camisa mientras se estira, que revela una tira ínfima de su tenso estómago cuando lo hace.

—Sé que estoy envejeciendo porque me siento cansado después de un vuelo en el que he dormido todo el tiempo —comenta, hablándole más a la habitación que a mí.

—Tal cual —digo.

Me mira de reojo.

—Ha sido un poco distinto de los vuelos transatlánticos que solíamos hacer, ¿no?

Una risa breve brota de mí. La mayoría de nuestros vuelos largos los pasábamos intentando descifrar cómo podíamos tener sexo en el avión sin que las azafatas o cualquier homofóbico cerca lo notaran. Pero esos vuelos siempre eran rumbo a un sitio divertido con

alcohol, para tener sexo divertido y con alcohol. No a un monasterio lleno de monjes silenciosos y atentos.

Aunque hay suficiente alcohol aquí.

—Supongo que te veré en la cena —dice Elijah y luego se va por el pasillo rodando su maleta. Intento no notar el modo en que sus elegantes pantalones cortos se aferran a las curvas firmes de su trasero.

Cierro los ojos e inhalo profundamente.

Quiero ser monje el resto de mi vida.

Y él está comprometido.

Si la cago de nuevo, los dos seremos miserables y tendremos el corazón roto, así que mi tarea va más allá de asegurarme de que mi futuro potencial en un monasterio está claro.

No puedo cagarla.



La cena consta de sopa de queso, pan de sabor intenso y una cerveza que los monjes fabrican solo para su consumo y que es más intensa que el pan. La cena es silenciosa, algo diferente a casa, donde solemos leer en voz alta las escrituras o un libro sobre ellas mientras comemos.

Todo es diferente en comparación con mi vida antes de convertirme en monje, cuando mi sustento era a base de vodka y barras proteicas y cuando a veces iba a fiestas donde servían bandejas de *sushi* sobre modelos desnudas en vez de mesas.

Después de llevar en silencio nuestros platos a la cocina y ayudar a lavar, todos van en silencio a la cama. No me sorprende porque las vigilias (los primeros rezos del día) son a las tres de la mañana aquí. Y yo que pensaba que las seis de la mañana en el monasterio Sergius era un horario poco civilizado.

Así que, aunque el sol de julio aún es visible sobre las colinas boscosas, Elijah y yo volvemos a la casa de huéspedes para terminar la noche.

—¿Vendrás a las vigilias? —le pregunto. El hermano Xavier nos ha invitado a acudir a todos los rezos, incluso a los que no están normalmente abiertos al público.

Él me mira, el sol poniente captura los hilos ambarinos de sus ojos.

—Supongo que debería —dice despacio—. Por el bien del artículo.

Llegamos a la casa de huéspedes, donde no está el ciclista alemán, y me detengo en la sala común antes de ir a mi cuarto, deslizando una mano nerviosa sobre el borde de mi escapulario.

—He querido preguntarte algo… —digo y todo el cuerpo de Elijah se tensa menos sus ojos, que se posan con cautela en los míos.

Siento que todo el momento está temblando al filo de una espada. Si le pregunto lo que de verdad quiero preguntarle, si digo las cosas que realmente quiero decir, entonces algo sucederá. No sé qué, pero siento que sea lo que sea será horrible. Él se enfadará, desconfiará o sentirá lástima. Se apartará y mantendrá la distancia, o dará su versión de un rechazo amable teniendo en cuenta que el hombre rechazado es un monje.

Trago saliva.

—¿De verdad necesitabas más información para tu artículo de la que obtuviste en el monasterio Sergius?

Hay muchos interrogantes contenidos dentro de esa pregunta, pero están bien enterrados. La apuesta de un cobarde. Lo sé. Creo que él también lo sabe, aunque no parece relajarse.

—Sí —responde, su cuerpo aún está completamente quieto—. Espero encontrar lo que estoy buscando durante las próximas tres semanas.

—¿Y qué es? —pregunto. Todavía soy un absoluto cobarde. Espero que él diga algo, lo que sea, en vez de la distancia fría que ha colocado entre los dos. Incluso si es furia o algo más, quiero saber. *Quiero saber.*

—Respuestas —dice en voz baja—. Siempre respuestas.

Y estoy a punto de ser valiente, de preguntar si esas respuestas son solo sobre la vida monástica o si me conciernen, pero su teléfono vibra y él suspira mientras lo extrae para mirarlo. Lo que sea que ve solo acentúa su distancia: su rostro pierde aún más expresión, cierra más los ojos. Pero su mano tiembla un poco mientras intenta introducirlo de nuevo en el bolsillo de sus pantalones cortos, y el aparato cae al suelo, por suerte sobre una alfombra vieja gruesa en vez de sobre los ladrillos pulidos.

Me inclino para recogerlo al mismo tiempo que él y nuestras manos se rozan, meñique con meñique. Es cálido y maravilloso, pero también siento que acabo de sumergir la mano en un cuenco de oro derretido. La aparto rápidamente al mismo tiempo que escucho que él inhala con brusquedad.

Nuestros ojos se encuentran y bajo la mirada para ver el pulso latente en su cuello. Es rápido. Como si, ahora mismo, su corazón

estuviera tan desbocado como el mío.

—Lo siento —digo, y mi voz suena extraña y ronca. Mi mano aún flota en el aire y la dejo caer a un lado de mi cuerpo, pero aún estoy agazapado, así que choca contra el suelo. Me siento un idiota.

—No te preocupes —dice y luego guarda el teléfono en el bolsillo y se pone de pie, y yo hago lo mismo.

Nuestros ojos se encuentran de nuevo y casi parece que hubiera una grieta en la fachada de Elijah, una abertura en el muro de hielo que revela un fuego tormentoso dentro. Luego él mira por el pasillo las puertas de nuestras habitaciones.

—Debería ir a la cama para poder asistir a las vigilias mañana —dice.

—Sí —susurro.

Cuando llegamos a nuestras puertas, Elijah vacila, su mano flota sobre el picaporte, lista para abrir. Veo los tendones y los huesos en su mano, tensos y preparados, y noto la curvatura de sus dedos largos.

Dedos que se han retorcido dentro de mi cuerpo.

—Hermano Patrick —dice—. Aiden…

—¿Sí? —pregunto.

—Respecto a las respuestas, es porque, cada vez que me voy, tengo más preguntas.

Y luego añade:

—Y porque, cada vez que te dejo, en lo único en que pienso es en volver.



CAPÍTULO VEINTIOCHO

Esa noche es difícil dormir. Si bien los muros son mucho más gruesos que en el monasterio Sergius, bien podrían estar hechos del humo de una vela después de que Elijah dijera lo que dijo. Soy demasiado consciente de su presencia al otro lado de la pared, y al menos dos veces me incorporo en la cama, decidido a llamar a su puerta. A disculparme por lo que pasó en el eremitorio, y a prometer que nunca volverá a suceder, y también para preguntarle si podría decir más sobre cuánto me extraña cuando estamos separados.

Pero no hago nada de eso. Me recuesto y logro persuadirme para conciliar un sueño inquieto, que termina cuando oigo las campanadas anunciando las vigilias. Me limpio, reemplazo el aparato de castidad de plástico —que había usado ayer para el vuelo— por el metálico, y luego camino hasta la iglesia. Elijah llega unos minutos después que yo, y nos detenemos hombro con hombro en el púlpito.

Los rezos son en francés, algo que no había considerado cuando pensé en escoger un nuevo monasterio, y me sorprende mirar a

Elijah y verlo murmurar los rezos del breviario para visitantes en francés que nos dieron en la entrada del santuario.

Nota que lo miro y alza una ceja.

Señalo con la cabeza su breviario y luego su boca. «¿Hablas francés?» es la pregunta silenciosa.

Alza las comisuras. «*Oui*», responde sin emitir sonido y luego continúa rezando.

Un día típico en Semois significa que casi no hay tiempo para que Elijah y yo hablemos. Aprendo rápido que la vida trapense no es ninguna broma, y el primer día completo aquí, Elijah y yo parecemos alumnos de primer año en el instituto, corremos para no llegar tarde a las clases, aunque terminamos perdidos en el pasillo de ciencias.

Después de las vigilias, desayunamos y luego hay una *lectio* u otra lectura espiritual; después, las alabanzas y más *lectio*, y luego misa. Algo divertido que hacen los trapenses es permanecer despiertos hasta la madrugada (los momentos breves de la oración de las tres de la mañana, la de la sexta hora y ninguna en medio del día) lo cual significa que, cuando realmente estás compenetrado haciendo algo (trabajando, almorzando o incluso en la *lectio*), ya es de nuevo hora de levantarse a rezar.

Durante las horas de trabajo, el hermano Xavier nos muestra la cervecería inmensa, que produce y exporta seis tipos de cerveza, y nos presenta al maestro cervecero, el padre Stefan. Luego llegan la cena, las vísperas y las completas y de pronto el día termina, y ha pasado más despacio que cualquier otra cosa que haya vivido.

El intenso cronograma se equilibra con la agonía de estar tan cerca de Elijah, rozando su hombro en el laboratorio de fermentación u observando la flexión de su antebrazo mientras toma

notas, y sin poder hablar con él. En Semois, hablar es solo para la información esencial, y tiene lugar en áreas especiales designadas para hablar, como el café cuando está abierto, y el jardín principal en medio del predio del monasterio. Es distinto al silencio en casa, distinto a la quietud natural que invade el aire allí. Es un poco como haber vuelto a la escuela. Si hablas, alguien aparecerá y te hará callar.

Así que, más allá de preguntas esenciales sobre lúpulos, levadura y fermentación secundaria, entre Elijah y yo solo hay silencio. Lo cual significa que las palabras de la noche anterior resuenan más fuerte en mi mente.

El día siguiente es parecido, y el otro también. Nuestro ciclista alemán de la casa de huéspedes es reemplazado por un grupo de mujeres mayores que llenan la sala común y hablan entre susurros en valón.

Elijah y yo nunca estamos solos.

El quinto día, lavo la ropa, y mis hábitos negros enredados son muy distintos a los cestos llenos de hábitos blancos trapenses plegados con prolijidad, como si fuera el monje Desastre en un campus lleno de personas angeladas prístinas. Y ninguno de sus hábitos blancos está salpicado de cerveza, sopa de queso o nada.

¿¿¿Cómo es posible???

También lavo mis sábanas, dado que el dique (una metáfora muy precisa en este caso) estalló anoche, y desperté con semen seco a medias por doquier.

Cuando salgo del cuarto de lavado esa tarde, encuentro al hermano Xavier esperándome junto a la entrada de la casa de huéspedes.

—Debo disculparme —dice, inclinando un poco la cabeza—. Tu amigo me preguntó si podía dar un paseo por el bosque y ¡luego me di cuenta de que he estado acaparando su tiempo aquí! Sé que habéis venido a aprender sobre cerveza y conocer Semois, pero eso también incluye el terreno del monasterio. Porque, si decides venir a quedarte aquí, esos serán los lugares que visites en tu tiempo libre, ¿no?

Asiento, aunque he notado que el tiempo libre aquí es, bueno…

Limitado.

El hermano Xavier ríe.

—Así que mañana es su último día aquí. Deberíais explorar el bosque al otro lado del río y también las ruinas medievales. Si pasáis por la cocina, podemos daros un poco de comida y cerveza para que os llevéis.

Respondo con educación y reprimo la reticencia que siento ante esa idea. Vine aquí a decidir si la vida trapense es la adecuada para mí y, de algún modo, tomarme el día libre es como hacer trampa. Pero después de contárselo a Elijah cuando regresamos de las completas, cuando él me da la misma sonrisa lenta que solía darle a Sean antes de hacer una pirueta doble para saltar a la piscina, de pronto me doy cuenta de que mañana estaré todo el día a solas con Elijah. Nada de rezos, ni visitas guiadas, ni vuelos, ni tonterías (por más deliciosas que sean).

Solo nosotros.



Acordamos no asistir a la vigilia ni a la alabanza, así que, cuando abro los ojos, son casi las siete de la mañana: es lo más tarde que me he despertado en cinco años. Me estiro en la cama, bostezando, y luego acomodo mi jaula. Por suerte, las sábanas no están húmedas ni pegajosas esta mañana, aunque tengo una erección incesante que no se va ni siquiera después de mi ducha fría en el baño compartido.

«Por favor», le digo a Dios. «Haz que desaparezca».

Pero Dios no hace nada por mi hinchazón ni por el latido rápido de mi corazón mientras me visto y me preparo para pasar el día a solas con Elijah. Sé gracias a años en un monasterio que Dios no da respuestas rápidas; que no da respuestas fáciles. Tendré que escoger el celibato y la devoción a pesar de que sea muy difícil. De otro modo, no sería una elección, solo sería el camino fácil.

Pero el camino fácil no recibe suficiente buena prensa. Porque esto no es divertido.

Y, mierda, ¿Dios no podría haber hecho que Elijah no vistiera esa camiseta con esos pantalones cortos? ¿No podría quizás haber quemado su maleta con un rayo diminuto? ¿O haber creado una pequeña inundación en su cuarto? ¿Tan difícil hubiera sido hacer algo así?

Pero no, en cambio decide que vea unos muslos que pondrían celoso a un patinador profesional y una clavícula que grita LÁMEME.

Mantengo la mirada concentrada en su rostro, lo cual no ayuda. Ahora tiene los pómulos marcados y la mandíbula cuadrada cubierta de barba incipiente, y está mirándome con la misma ceja levantada que le generaba al Aiden de diecisiete años una sensación misteriosa en el pantalón.

—¿De verdad harás senderismo vestido con tu hábito? —pregunta Elijah, incrédulo, colgando la mochila del hombro. Las gafas de sol cuelgan del cuello de su camiseta, y bajan la tela lo suficiente para exponer un triángulo escaleno de pecho bronceado, y quiero morirme.

—Solo metí en la maleta un par de ropas de calle y son pantalones caquis y una camisa, porque el abad me obligó —digo, pero alzo mi hábito y le muestro una bota—. Pero estas sirven para el senderismo.

Él niega con la cabeza, pero luego sonríe.

—Aiden Bell no tiene el atuendo adecuado para la ocasión. ¿Quién lo hubiera imaginado?

—El hábito es el atuendo adecuado para cualquier ocasión —explico mientras salimos de la casa de huéspedes y vamos a la cocina—. Es resistente, permite movilidad y es fresco cuando hace calor.

—Ajá —responde Elijah—. Sin duda ese hábito negro que llega al suelo y tiene mangas largas es muy cómodo en pleno verano.

En la cocina, el hermano que trabaja en silencio nos entrega manzanas, queso y pan, y una nevera portátil llena de la cerveza rubia de cinco grados. Después de añadir un par de botellas reutilizables de agua y mostrarnos la parte menos profunda del río para vadearlo, partimos, caminando bajo los árboles y acompañados por el sonido de las campanadas que convocan a rezar.

Al principio no hablamos mucho. Vadear el río es bastante sencillo porque es poco profundo y muchas rocas soleadas irrumpen en la superficie, pero de todas formas requiere atención, en especial porque nuestro cargamento nos hace tambalear un poco, y luego el

sendero que sube a la colina es una prueba de fe y voluntad. Es empinado y cruel, y cuando llegamos a la cima una hora después, me falta el aire. Dejo la nevera portátil, me tambaleo hasta un roble grande que ofrece sombra y caigo de rodillas, jadeando como el caballo de Hidalgo.

(¿O Hidalgo era el caballo? Nunca vi la película).

Me fastidia que a Elijah no le falte el aire ni siquiera un poco. Me observa con diversión apenas disimulada y luego se acerca para depositar su mochila junto a la nevera portátil, mirándome de pie. Sus gafas de sol me reflejan en duplicado, monjes gemelos de rodillas con hombros temblorosos y las mejillas sonrojadas bajo la barba incipiente.

—Veo que estás hecho para la fuerza y no para la resistencia —comenta Elijah, empujándome despacio con su bota de senderismo.

—Las estríperes no decían eso —jadeo y Elijah suelta una risa tan fuerte, tan luminosa, tan feliz, que siento que el sonido recorre mi cuerpo como agua. Como agua divertida, como una piscina o las olas turquesas del océano. Su risa parece un destino de vacaciones en sí misma, y luego recuerdo que solía oírla con frecuencia. Que a pesar de que yo no era de fiar y era un idiota, siempre lograba hacer que sonriera. Siempre lo hacía reír.

Ruedo sobre mi trasero y seco mi frente con la manga. Nunca lo admitiría ante él, pero tal vez un hábito negro largo no es el mejor atuendo para hacer senderismo en verano. Siento que me cocino vivo.

—Necesitas una cerveza —dice Elijah, apiadándose de mí. Toma asiento a mi lado en la sombra, hurga en la nevera en busca de un par de botellas y el abridor, y luego me entrega una abierta. La

nevera portátil ha cumplido con su tarea y la cerveza aún está muy fría.

Los dos bebemos en silencio por un momento, dejamos que la brisa y la cerveza cítrica nos refresquen, y luego Elijah dice:

—A la mierda, comamos también —y desenvolvemos nuestro almuerzo.

Delante de nosotros está el sendero, y, más allá de la colina empinada que baja hacia el río, está la abadía de Semois. Pero, desde nuestra ubicación estratégica lejana, el río es invisible, al igual que el predio del monasterio. Solo vemos los dientes irregulares y rotos de las ruinas medievales y los techos oscuros de las construcciones modernas. Y luego colinas, y colinas y colinas.

—Esta es comida de *hobbit* —dice Elijah, mirando el pan, el queso, las manzanas y la cerveza.

—Solo nos faltan hongos.

—Igualmente, no los echo de menos —murmura Elijah; toma un trozo de manzana y lo coloca entre sus dientes antes de hurgar en su bolso en busca de su cuaderno y su bolígrafo. Lo abre y escribe algo mientras yo me preparo un emparedado diminuto de queso y manzana.

—¿Sabes qué? —digo después de beber un trago de cerveza—. Has entrevistado a cada monje que has visto, pero siento que las únicas preguntas que me has hecho a mí han sido puramente funcionales, sobre cómo funcionan las cosas en el monasterio y cosas así.

Me mira con una ceja en alto por encima de sus gafas brillantes.

—¿Qué debería preguntarte?

De pronto me siento incómodo, inseguro.

—No sé. Qué quiero lograr con ser un monje. Qué quiero de esta vida.

Es muy cercano a los temas que hemos estado evitando: por qué vine al monasterio Sergius, por qué lo dejé. Qué pienso sobre lo que ocurrió entre los dos en el eremitorio. Y me siento valiente y cobarde a la vez porque es bastante cercano para llevarlo a esos lugares, pero lo bastante lejano para que yo sea quien tenga que dar el paso.

—No importa —digo rápido y luego suelto una risa por si acaso—. De todos modos, no tendría respuestas muy inteligentes para esas preguntas. Al menos no el tipo de respuestas que un lector de *Mode* estaría interesado en leer.

—¿Crees que al lector de *Mode* no le interesaría la historia de un millonario *queer* que se convirtió en monje católico? —pregunta Elijah, con la ceja aún más alta.

—Pues…

Elijah sacude la cabeza y posa la espalda contra el tronco amplio del árbol, sosteniendo su cerveza y su cuaderno.

—He querido entrevistarte como corresponde, pero… —Suspira—. Supongo que es difícil separar las preguntas que quiero hacerte como tu exnovio de las preguntas que quiero hacer como escritor.

Antes de que pueda decidir cómo reaccionar, él endereza la espalda.

—De hecho, tengo una para hacerte.



CAPÍTULO VEINTINUEVE

—¿Cuál es la mayor diferencia entre tu trabajo anterior y tu trabajo actual? —pregunta mientras golpetea el bolígrafo sobre el papel—. ¿Entre ocuparte de porfolios de inversiones y ser monje?

—Siento que es una pregunta sin sentido —digo, inclinando la mirada hacia él.

Sus labios tiemblan.

—¿Por qué?

—Porque todo es diferente y esa diferencia es ridículamente obvia. Es decir, podrías entrar en un monasterio y empezar a señalar cosas al azar, y cada una de ellas sería diferente. Hábitos, incienso, velas, estatuas, vitrales. Dios.

—¿En comparación con qué? —insiste—. ¿Con una oficina acristalada con vistas a la ciudad y botellas de whisky?

Veo mi vieja oficina en mi mente. Antes había estado muy orgulloso de ella, de esa oficina que había sentido que me había ganado. No había sido hasta los últimos dos años allí que el orgullo había empezado a desaparecer, que la sensación de mérito había

mutado en otra. En conciencia quizás, si es que puede considerarse una sensación.

—Es más que eso —digo—. Más que las ventanas y los licores diversos. Hablamos de esto cuando estábamos juntos, pero empecé a notar que muy pocas mujeres trabajaban allí. Que muchos hombres blancos trabajaban allí. Era un club de hombres y funcionaba como tal.

Elijah asiente. Gran parte del análisis de lo que notaba y mencionaba había sido con él.

—Pero permaneciste ahí a pesar de eso —dice Elijah alzando la vista de su cuaderno—. No hizo que te fueras.

—Tal vez debería haberlo hecho —respondo—. No sé. También he decidido permanecer en esta iglesia y es igual de retorcido. Quizás incluso más.

Elijah alza el bolígrafo de la página, parece reflexivo.

—Mi familia cree que debes permanecer en algo para mejorarlo.

—¿Tú también lo crees?

—No lo sé. —Elijah baja la vista—. Ya no lo sé. Todas las respuestas parecían claras cuando era más joven: irse, alejarse, verlo arder. Había una respuesta correcta y una incorrecta para todo. Pero algo como irse o quedarse… me parece más complicado ahora que soy mayor, creo. Si sirve de algo, no te juzgaba por permanecer en la firma. En especial porque intentaste mejorar las cosas mientras estabas allí.

—Supongo —digo. Un par más y yo insistimos para que contrataran un consultor DEI, que cambiaran el proceso de contratación. Creo que el miedo a recibir mala prensa y una demanda potencial hizo que aquellos que estaban al mando en la

junta accedieran más por eso que por una conversión genuina por la causa. Había logrado algunos cambios pequeños concretos. Pero no fue suficiente.

—Hizo que fuera evidente lo poco que significaba el resto. Las llamadas a las tres de la mañana a Tokio o Londres. Las fluctuaciones del mercado, las asignaciones, los puntos de inflexión. Los trajes, las plumas, los aviones y todo lo demás. Era tan insignificante…

Miro las colinas que surgieron de la tierra hace más de trescientos millones de años. Incluso con la nueva edificación del monasterio entre ellas, hay algo muy antiguo en este sitio, muy viejo y a la vez aún muy esencial y vivo.

—Fue como si hubieran quitado el telón de un teatro —prosigo, mirando la botella en mis manos relajadas—. Y por fin pudiera ver toda la utilería, la escenografía y los disfraces por lo que eran: un juego gigante lleno de farsas. Y luego yo también comencé a actuar como si usara un disfraz y dijera frases hechas, fingiendo que sabía cómo eran la felicidad y el éxito verdadero. Como si fuera un niño que se había puesto el traje de su padre y pensaba que eso lo hacía importante. Era tan hueco, tan vacío, y…

Hago una pausa. Estoy acercándome demasiado al motivo real por el que fui al monasterio Sergius. Demasiado cerca de esa noche en la granja, cuando no había nada más que el destello del teléfono en la oscuridad para darme luz suficiente para llegar al amanecer.

Cambio de rumbo, levanto la vista de mi cerveza y señalo el monasterio debajo de nosotros.

—¿Sabes cuál es la mayor diferencia entre mi trabajo anterior y este? Allí abajo, todo significa algo. Todo tiene un motivo de ser y

una historia detrás que explica por qué es. Incluso las cosas más pequeñas, un fragmento de tela diminuto, un frasquito ínfimo, la bandeja en la que el sacerdote lava sus manos, tiene un significado. Todo significa algo. Sí, todo apunta a Dios, pero también a nosotros mismos. Crea lo sagrado para nosotros.

Elijah escribe algo mientras termino mi cerveza.

—Entonces, ¿está bien decir que lo que buscas lograr con este trabajo es diferente de lo que querías lograr con el anterior?

Resoplo sobre el cristal de la botella.

—No has olvidado Timber Wolf, ¿verdad?

Él ríe, con un sonido grave y corpóreo.

—Dios mío, lo había hecho.

En Kansas City, tenemos una montaña rusa de madera icónica llamada Timber Wolf. No es icónica porque sea una montaña rusa buena (se tambalea tanto que te saca los testículos de lugar), pero es una de esas cosas que amas por su desagrado eterno. También fue la primera montaña rusa a la que subí. Mi hermana mayor, Lizzy, me llevó a los nueve años, y la fotografía en ese juego terminó siendo la única foto que tuve con ella los dos solos tras su muerte. Aún la tengo en el álbum en mi celda en el monasterio Sergius.

De todos modos, en algún momento después de la universidad, decidí que la única meta en mi vida sería que soltaran mis cenizas, no cerca de la Timber Wolf, sino *en* la montaña rusa, a manos de alguien subido a ella. Por supuesto, el parque temático probablemente tiene alguna regla aburrida sobre restos humanos en la propiedad, así que es obvio que necesitaré ganar suficiente dinero para sobornarlos y que lo permitan. Por lo tanto, había estado guardando millones y millones de dólares en forma de donación,

para que, cuando muriera, tuvieran que rechazar una cantidad desquiciada de dinero si no querían que mis cenizas dieran un último paseo en la montaña rusa.

Por supuesto que todo ese dinero para la Timber Wolf fue entregado a causas mucho mejores cuando me fui al monasterio Sergius.

—No puedo creer que nunca te preocupara si la montaña rusa aún estaría en pie cuando murieras —dice Elijah, riendo, sacudiendo la cabeza mientras escribe en su cuaderno—. Todo el plan dependía de que una montaña rusa de madera aún existiera en sesenta años o algo así.

Me alegra que no pueda ver mi rostro. Tomo otra cerveza y la abro, para no tener que responder. Para no tener que decirle que el Aiden de antes nunca planeó vivir tanto.

—¿Qué hay de ti? —pregunto, posando mi botella en la tierra suave bajo el árbol y girando para mirarlo.

Él frunce las cejas sobre las gafas de sol.

—¿Qué hay de mí?

—También cambiaste de trabajos, ¿verdad? ¿Cuál es la mayor diferencia entre ellos?

—Si estuviera escribiendo un artículo sobre mi propio empleo, no estaría ahora mismo en un bosque belga —dice Elijah. No lo veo poner los ojos en blanco detrás de las gafas, pero sé que lo hace.

—Ajá. He leído *Mode* y *GQ* y *Esquire*, y todos los artículos siempre son muy metafóricos con el escritor rompiendo la cuarta pared o algo así. De hecho, tal vez es tu deber periodístico permitir que tus propias reflexiones lleguen al texto.

Lame sus dientes un instante, pero a modo reflexivo, no prejuicioso, y luego suspira.

—Está bien, está bien —dice—. Supongo que tienes razón respecto a romper la cuarta pared.

—Lo sé.

Mueve la cabeza para mirarme detrás de las gafas.

—No te pases, Bell.

Decido preguntarle lo que he querido preguntarle desde que vino al monasterio Sergius por primera vez.

—¿Por qué dejaste la organización de eventos? Eras fantástico en ese trabajo.

—De hecho, tiene un paralelismo con tu historia en cierto modo. Dame otra cerveza, ¿quieres? —dice y deja el cuaderno en el suelo y extiende las piernas. Sus pantalones cortos han subido un poco en sus muslos, lo que expone la zona sobre la rodilla donde empiezan sus cuádriceps. Músculos firmes e hinchados que suplican recibir besos y lametones.

—Gracias —dice cuando le entrego la botella abierta y bebe un sorbo—. Pues te fuiste —empieza y mi estómago se retuerce automáticamente, como si intentara autofagocitarse, pero él continúa antes de que pueda decir algo—. Y fue la primera ruptura que tuve que no fue romántica digamos. Antes de ti, en cada relación que terminó, cada vez que creí que me habían roto el corazón, incluso si no había habido una relación *per se*, venía acompañada de un período de duelo romántico. Se sentía romántico tener el corazón roto, lamer mis heridas, decidir si me revolcaría en el sufrimiento o tendría sexo vengativo o viviría al máximo o lo que

sea que fuera más catártico en ese entonces. Pero después de tu partida… no hubo nada romántico. Para nada.

El dolor, añejo y ahumado como un whisky isleño, encrespa su voz. Pero de nuevo continúa hablando antes de que yo pueda hablar.

—Todo parecía gris. Como si hubieran aplicado un filtro malo a todo en mi vida, y dejé de ver mi trabajo en términos de lo bueno que era en él o cuánto me pagaban, y empecé a verlo por lo que era: planificar eventos en su mayoría para gente blanca rica, y para el mismo grupo una y otra y otra vez. Eventos de recaudación de fondos, galas, recepciones, mierdas *performance*, mierdas post *performance*. Los mismos rostros, las mismas sonrisas autosuficientes y la misma charla banal. Y luego, en medio de todo, mi jefe tuvo una charla conmigo sobre mi presencia personal en redes sociales. —Elijah usa comillas, con botella y todo, alrededor de la palabra conversación.

—Me dijo que mis redes sociales eran demasiado políticas, demasiado controvertidas, especialmente en un año electoral. Le preocupaba que sonaran «ofensivas». Y que no reflejaban bien a la compañía.

—Qué mierda más horrible —digo—. ¿Ofensiva?

—Sí. Cuando comparto mi opinión sobre eventos actuales, no soy alguien informado o que está al corriente. Ser alguien informado es para los blancos, ser alguien ofensivo es para mí. —Suelta una exhalación larga después de frotarse la frente con la misma mano en la que sostiene la cerveza—. Y lo que en realidad le molestó no fueron «los eventos actuales». No le ofendieron mis tuits sobre el Brexit o los Papeles de Panamá. Nop. A ojos de mi jefa, era ofensivo hablar sobre cosas como violencia policial, supremacía blanca,

nacionalismo y derecho al voto y básicamente cualquier cosa que sugiriera en lo más mínimo que existía el racismo en cualquier formato. De algún modo, para ella, lo racista en realidad era hablar sobre racismo. Incluso si era solo en Twitter, desde mi cuenta personal y sin ningún tipo de asociación con la maldita empresa.

»¿Y sabes qué? Lo peor fue que no discutí nada cuando tuvimos la reunión. Cuando estuve ahí, cuando ella me miraba con preocupación, con su expresión de «esto se trata solo de la reputación de la empresa», solo asentí y accedí porque estaba demasiado impactado y ella era mi jefa y podía despedirme ahí mismo… y, más que nada, solo quería que la reunión terminara para poder escapar. Pero luego, cuando finalizó y estaba camino a casa, por fin pude procesar lo que había pasado en su totalidad, el texto y el subtexto por así decirlo. Envié mi dimisión al día siguiente.

—Entonces, por eso te fuiste —digo—. Lamento que tuvieras que tomar esa decisión. Pero me alegra mucho que lo hicieras y salieras de ahí.

—A mí también. Y creo que tuvo su lado positivo: mi renuncia fue la gota que colmó el vaso para el jefe de mi jefa, y la despidieron poco después de irme. Incluso me preguntaron si quería postularme para su puesto, pero me negué. Estaba listo para pasar página, ¿sabes? No solo para dejar atrás lo que había pasado, sino para salir de allí.

El viento sacude mi hábito y el cuaderno de Elijah, y él se extiende totalmente relajado para colocar el borde de mi hábito flotante bajo mi pantorrilla. Sus dedos rozan mi piel, y siento su tacto desde la pierna hasta el estómago.

—Mientras descifraba qué hacer —dice, apoyando la espalda contra el tronco de nuevo con total calma, como si no acabara de tocarme la pierna—, empecé a escribir más que nunca. No solo para las redes sociales y otras plataformas abiertas, sino para mí mismo también. Hacía artículos y ensayos y todas esas cosas que uno abandona cuando está demasiado ocupado.

—Y esa era tu especialización, ¿no? —digo, posando la mano en el sector de mi pantorrilla que aún cosquillea—. ¿Escritura creativa?

—Sí —dice, con el suspiro autocrítico de alguien que tiene un título en artes liberales—. Después de mi graduación, pasaba el rato con muchos escritores y ellos se reunían con artistas y luego me volví un fanático de las galerías y terminé trabajando en la organización de eventos. —Niega con la cabeza—. En ese entonces, solo era un empleo. Se suponía que sería un modo de pagar las cuentas hasta que mi escritura encontrara su lugar. Pero cuando te conocí, escribir se había convertido en el fantasma encogido de un sueño, apenas presente para asustarme cuando estaba aburrido.

—No recuerdo que hablaras mucho al respecto —comento, aunque añado—, pero me perdí mucho.

—No hablaba al respecto —dice—. Nunca pensé en hacerlo. Era como el sueño infantil de un niño que quiere ser bailarina o astronauta. Así de lejano lo sentía.

—Pero no fue más lejano cuando renunciaste.

Él niega de nuevo con la cabeza, esta vez, sonriendo.

—No. En cierto modo, debo agradecértelo. Después de irte, tenía tanto sobre lo que quería escribir, tanto sobre lo que necesitaba escribir, que de pronto, era lo único que importaba. Empecé a montar un porfolio con muestras y a enviarlo a lugares. *Mode* fue mi

primera opción, y al principio me contrataron como autónomo, hasta que se abrió un puesto permanente. Y así llegué a donde estoy hoy.

—Por supuesto que te contrataron —digo—. Eres la persona más inteligente que conozco.

Me mira, sus gafas espejadas esconden sus ojos. Su garganta se mueve cuando traga.

—No siempre lo sentí así —dice.

Bajo la vista hacia mi cerveza. No estoy seguro de a qué se refiere, pero probablemente a nada bueno. Carraspea y continúa.

—En *Mode*, me asignan temas que me importan mucho. Sí, a veces tengo que escribir listas o artículos de relleno, pero también he podido escribir sobre protestas y legislaciones que necesitan recibir más atención. Les encanta que esté activo en redes sociales, y muchos de sus escritores lo están, lo cual significa que no soy el único. Puedo usar mi voz con frecuencia. Y con intención.

—Es tu vocación —digo—. Solo que está fuera en el mundo y no en un claustro medieval.

—Es una vocación, ¿no? —Muerde su labio un minuto, con la mirada dirigida al techo del monasterio en el valle debajo de nosotros—. Y lo es. Lo es. La diferencia entre mis trabajos es la misma que encontraste: pasé de hacer un trabajo que no significaba nada a uno que importa, al menos la mayoría del tiempo. Y me encanta, y quiero seguir haciéndolo. Pero…

Alza la cerveza a los labios, pero no bebe; posa la botella de nuevo en su regazo.

—Pero a veces creo que me cansa. Me cansa siempre tener una respuesta ante lo que sea que esté pasando, o siempre tener que pensar en ello y rápido y luego plasmar esos pensamientos en algo

incisivo y profundo en cuestión de horas. A veces quiero pensar despacio. A veces quiero el espacio para equivocarme sobre algo. A veces solo quiero silencio y la ausencia de… no sé. Productividad, creo. Quiero tener pensamientos sin rumbo y conversaciones y palabras que no lleven a nada, que no siempre terminen demostrando nada. Y a veces despierto y miro mi teléfono y casi que me enfada que no se haya estropeado durante la noche. Entro en mi oficina, veo mi ordenador y me enfada que no haya tenido un problema eléctrico y se haya incendiado. Ya han pasado casi cuatro años, y estoy agotado. Quiero seguir escribiendo lo que escribo porque importa, vaya, importa mucho, pero tampoco sé cuánto tiempo más puedo seguir así sin necesitar en algún momento comprar un tanque de aislamiento sensorial para mi oficina. Mierda —dice abruptamente y vacía la cerveza y luego coloca la botella en la nevera portátil junto con su primera botella—. No era mi intención lanzarte todo esto. Vine a entrevistarte a ti y a los monjes sobre la cerveza. No a hablar sobre mí.

—Me alegra que lo hayas hecho —digo, y también coloco mis botellas en la nevera y luego empiezo a guardar las sobras del pícnic.

Con todo empaquetado, los dos nos ponemos de pie y, en un acuerdo silencioso, empezamos a bajar de nuevo por la colina, a volver al monasterio donde dejaremos los restos del almuerzo y luego pasearemos por las ruinas.

—Aún creo que la vida monástica es un modo privilegiado de vivir —comenta después de un momento, sus palabras casi se pierden en el viento—. Pero supongo que ahora puedo admitir que estoy celoso de ella.

Abro la boca para decir que ser monje no es algo exclusivo, en realidad no lo es. El período medieval estuvo lleno de personas que cruzaron las fronteras entre lo sagrado y lo secular, que actuaron fuera de las designaciones oficiales de la Iglesia sobre lo que hacía a alguien monástico y lo que no.

Pero, mientras las palabras se forman en mi boca, algo más cobra forma en mi pecho. Un nudo tenso que está relacionado con esa misma idea, amarrado a ella, y de pronto siento que, si hablo al respecto, el nudo se tensará más y ahorcará algo vital en mi interior.

Así que cierro la boca, y solo con la brisa, nuestros pasos y el canto casi silencioso de un azor en un árbol del valle, bajamos hacia el monasterio.



CAPÍTULO TREINTA

—¡Ajá! —exclama Elijah sobre el mapa dibujado a mano—. ¡Es por aquí!

En un par de horas, nos hemos librado de los restos de nuestro pícnic y también hemos paseado por las ruinas entrelazadas con el moderno monasterio Semois. Ruinas que aprendimos que no pertenecen realmente al primer monasterio Semois, sino al segundo.

Elijah avanza y lo sigo, serpenteando entre los árboles.

—¿Crees en la historia del primer monasterio? —pregunta Elijah, que por fin baja la mano que sostiene el mapa y mira alrededor.

—¿Quieres decir que si creo que Dios envió a un pájaro parlante a ayudar a una condesa italiana perdida a encontrar una cueva donde esconderse para no tener que casarse? ¿Y que luego ella creó el monasterio a modo de agradecimiento?

—¿No es tu trabajo creer en milagros?

—Creo en milagros —digo, pensando en esa noche en la granja y el mensaje que había iluminado mi teléfono—. Pero también creo en la buena estrategia publicitaria medieval.

—Es cierto que posee todas las características tradicionales de un milagro medieval —responde Elijah—. Animal parlante, virgen aristocrática…

—… un arroyo mágico —añado. En la historia que el hermano Xavier nos había contado, Dios había estado tan satisfecho con el anuncio de la condesa de que construiría un monasterio que lo había hecho saber creando un arroyo lleno de agua limpia y pura. El agua es tan buena, que, de hecho, el monasterio actual todavía la usa en su proceso de fabricación de cerveza.

—El arroyo mágico es esencial —dice Elijah ausente mientras se detiene y mira de nuevo el mapa.

—¿Sabías que existe un subgénero entero de la hagiografía dedicado a estudiar arroyos mágicos y cabezas decapitadas?

Esto capta su atención.

—¿Qué?

—Santos decapitados —aclaro.

Me mira fijo detrás de sus gafas de sol.

—¿Se supone que eso lo hace menos raro? ¿Como si solo fuera raro si se trata de decapitados paganos que hacen magia bebiendo agua?

Me encojo de hombros.

Elijah se quita las gafas y mira el bosque sombrío y fresco que nos rodea. Algún haz de luz ocasional resalta el ámbar y el cobre en sus ojos.

—Estamos perdidos.

—No puede ser. Dijeron que estaba a menos de un kilómetro. Déjame ver el mapa.

Con un suspiro profundo, Elijah sostiene el papel para que yo lo mire, pero no lo suelta. Nuestros hombros se rozan mientras deslizo los dedos sobre las anotaciones y los senderos retorcidos que el hermano Xavier dibujó a mano.

Dado que no han hecho una evaluación estructural de las ruinas, el monasterio aconseja a la mayoría de los turistas y visitantes que eviten acercarse a ellas, pero el hermano Xavier nos ha invitado a explorarlas siempre y cuando tengamos cuidado cerca de los muros inestables y del pozo antiguo. Eso también significa que el sendero no está muy transitado y es fácil perderlo de vista.

—Creo que debemos volver a la roca y girar a la izquierda.

—Lo mismo pasó con *El valle inundado* —gruñe Elijah—. ¿Lo recuerdas?

—¿Esa instalación artística junto al río? —pregunto mientras comenzamos de nuevo a caminar.

—Nos perdimos. Nos picaron los mosquitos. Vimos un ciervo muerto. Y cuando por fin llegamos a la instalación, ya se había acabado todo el vino.

—Pero igualmente lo pasé bien —digo, al recordar esa noche. Elijah resopla.

—Sí, porque después te hice una mamada en el coche.

—Como dije. ¡Lo pasé bien!

Vemos la roca y la rodeamos. La huella desdibujada de un sendero aparece entre los árboles, y lo tomamos. A lo lejos, creo ver un atisbo de piedra gris entre las hojas verdes que se balancean en la brisa.

—Te arrastré a muchos eventos de arte raros, ¿no? —comenta.

—Sí —respondo—. ¿Cuál era ese en que había un cortometraje de gente clavándole imperdibles a un melocotón o algo así?

—¡*Desprendiendo el núcleo #7*! —dice Elijah riendo—. ¡Era una observación sobre el efecto desestabilizador de los nuevos medios!

—Era un asco —digo con melancolía—. Al final, ese melocotón quedó hecho trizas.

—Sí, pero ¿a cuántos eventos corporativos aburridos te llevé? —pregunta Elijah—. Exacto, a ninguno.

—No, solo los organizabas para tu trabajo estable y me hacías escuchar tus quejas sobre los errores que hizo la imprenta en las tarjetas o cosas así.

Ahora, Elijah ríe tanto que se frota el rostro, y desearía poder verlo reír para siempre. Desearía poder quedarnos así, recordando cosas graciosas, las buenas épocas. Como si nuestro año juntos hubiera sido sexo, arte local terrible, vacaciones y juegos pícaros que consumían nuestras horas con gemidos y sudor, y que no hubiera nada difícil en el amor que nos tenemos, nada doloroso.

—Pero nos divertíamos en esos eventos laborales —dice. Y luego, como si fuera capaz de leer mi mente, añade, relajado—. ¿Recuerdas a lo que jugábamos en ellos?

¿Y si…?

—Bueno. Jugábamos en todas partes —digo, y mi voz baja, suena un poco más grave de lo que debería.

—Es cierto —responde y su voz también desciende, es casi un susurro. Como si no quisiéramos que nos escuchen, aunque estamos a un kilómetro del monasterio y ese monasterio está a miles de kilómetros del resto del mundo.

Estamos completamente solos, y, aun así, susurramos.

—¿A veces piensas en ellos? —pregunto, y no debería hacerlo, no debería indagar. Es peligroso para mí, es peligroso para él.

No deberíamos hablar sobre esto.

Por un instante, pienso que Elijah no va a responder. Mira a un lado, y mientras entramos al claro lleno de arcos un poco rotos y claustros pequeños ahora sofocados por el musgo y los helechos, no dice ni una palabra.

Qué bien. Es algo bueno. Inteligente.

Saludable, incluso.

Y ni siquiera debería haber dicho las palabras en voz alta, porque «¿a veces piensas en ellos?» es lo mismo que decir «pienso en ellos todo el tiempo», y él no necesita saberlo, no es justo que se lo comunique cuando está comprometido y yo aún estoy casado con Cristo.

Pero estamos en medio del claro, y los árboles se mueven, y hay un tintineo en el pozo cubierto de moho y él susurra:

—Siempre pienso en ellos.

Me doy la vuelta para mirarlo de frente, y está más cerca de lo que pensé. Lo bastante cerca como para que pueda ver la hendidura pequeña en su mentón bajo la barba incipiente. Lo bastante cerca como para que pueda ver los hilos ambarinos y dorados más claros de sus ojos, para que pueda ver que tiene las pupilas dilatadas en el mismo tono del bosque antiguo.

Es, simplemente, hermoso.

—Yo también —es mi respuesta aún más baja.

Su labio inferior entra en su boca muy rápido, hunde los dientes en él un instante.

—¿Qué hubieras…? —Carraspea—. Si hubiéramos estado aquí en ese entonces. O si todavía estuviéramos…

—¿Estuviéramos…?

—Si todavía estuviéramos juntos —dice rápido—, y estuviéramos en estas ruinas, ¿qué tipo de juego crees que haríamos?

Mi miembro enjaulado palpita con fuerza mientras mi pulso ruge en mis venas. Es como si acabara de colocar sus dedos en mi boca. Como si acabara de ponerse de rodillas.

Una sola pregunta de su parte y quedo a su merced.

Trago. Mi mente ya está llena de cada cosa sensual que he soñado hacer con él, de cada fantasía que he tenido desde que adopté el hábito.

—Déjame… Déjame pensar en un juego que haríamos —digo. Mi voz es ronca y susurrada, porque, si no lo digo de inmediato, ahora mismo cuando está mirándome así, entonces recordaré todos los motivos por los que no debería decir nada, todos los motivos por los que debería frenar esto.

Pero una cosa es parar cuando crees que eres el único que lo desea, cuando piensas que eres el único consumido por el calor del deseo en tus muslos y la vibración bajo la piel. Otra muy distinta es parar cuando el hombre frente a ti está mordiéndose el labio y mirándote con esa ceja en alto a la vez. La ceja que dice… *¿Y bien?*

—Fingiría ser un monje —digo.

—¿Sí? —su voz suena a grava pura cuando habla.

—Sí —susurro—. Y habrían pasado años y años desde la última vez que pude tener sexo. Estaría desesperado.

—¿Cómo de desesperado? —pregunta. Su pecho sube y baja, pero tiene los brazos y las manos quietas, como si no soportara hacer

ningún movimiento que pudiera romper el hechizo.

Pero creo que ahora estoy más allá de los encantamientos. Me refiero a profecías y parábolas que susurran un juego en el que he pensado demasiadas veces.

—Tan desesperado que ya no lo soportaría. No después de verte. Eres tan hermoso y creo que te preguntaría…

—¿Qué? —exclama Elijah.

—Si puedo besarte. Si me permitirías recordar cómo era recibir un beso. Si me permitirías tocarte, abrazarte y luego darte un orgasmo.

Ahora, los ojos ambarinos de Elijah son casi negros, un anillo dorado alrededor de un círculo ónix.

—Y si me lo pidieras, y yo aceptara, ¿qué pasaría después?

—Entonces empezaría por el final —respondo temblando—. Me pondría de rodillas, por la necesidad de saborearte. Y luego, después de que me usaras, pediría besos. Que me beses hasta que suenen las campanas llamando a orar.

Elijah da un breve paso hacia adelante y luego se detiene. Él también parece tembloroso, como si contenerse aún requiriera de toda su voluntad. Ambos estamos atrapados en la misma telaraña, unidos por la misma seda.

¿Y si…?

Me pongo de rodillas. Despacio, y con toda la práctica que he tenido en el monasterio durante casi cinco años. No aparto mis ojos de los suyos, ni cuando mis rodillas tocan el suelo, ni cuando da el último paso hacia mí. Porque en cualquier momento se alejará, retrocederá, mencionará a Jamie y mis votos y todos los otros motivos por los que no podemos jugar a esto. Por los que jamás podremos volver a jugar juntos.

Pero no hace nada de eso. En cambio, extiende la mano, muy muy despacio, y sujeta mi rostro, sus dedos atraviesan mi cabello y presiona la palma sobre mi mandíbula.

Creo que va a decir algo; separa los labios como si fuera a hablar. Y nunca he sentido tanto miedo y tanta excitación a la vez, unidos en el mismo momento…

Aprieta los labios, deja sin decir lo que sea que iba a decir, y la decepción me aplasta.

Hasta que veo que baja la otra mano a la cremallera de sus pantalones cortos.

Con sus ojos aún en mi rostro, abre la cremallera y el botón. En la periferia visual, lo veo bajar la cintura de su ropa interior, lo veo sujetar su miembro. Me mira desde arriba, y con un pulgar que acaricia con dulzura mi sien, presiona la punta de su pene contra mis labios.

Ya está erecto, y, cuando abro la boca y lo acaricio con mi lengua, saboreo la sal pegajosa del líquido preseminal. Ha estado excitado desde hace rato.

Darme cuenta es algo eléctrico y maravilloso, y quiero sal y electricidad para siempre, quiero que esto dure años y años, para que, la próxima vez que dos estadounidenses paseen por el bosque, no encuentren solo ruinas medievales, sino también a nosotros, aún jugando a nuestro juego.

Guía mi cabeza de modo que mi boca presione su raíz cálida y gruesa, y también lo beso y lo lamo, beso y lamo lo que puedo alrededor de su pene, los testículos tensos, y el plano firme de su estómago, y luego me permite bajar más, besar los músculos rígidos

sobre sus muslos, los mismos muslos que había anhelado mientras comíamos.

Cuando me enderezo de nuevo, él parece un poco salvaje, como si hubiera estado provocándolo a propósito, y frunce tanto las cejas que aparece una línea profunda entre ellas.

Abro la boca, con la lengua fuera, como si estuviera listo para recibir la comunión, y él gime, tocándose de nuevo, y se mueve en mi boca con un movimiento lento, pero inexorable. Pero, cuando lo retira por completo, veo que aún tiene las cejas fruncidas, que su expresión es tan angustiada como salvaje.

El recuerdo de Elijah y Jamie de la mano en el jardín cervecero recorre mi lujuria como agua fría. Elijah y Jamie besándose contra el jeep de Jamie.

Presiono las manos contra el frente de sus muslos.

—¿Puedes? —le pregunto. Es la primera palabra que hemos dicho en voz alta desde que le describí a qué quería jugar, e incluso en un susurro, suena muy, muy, muy alta.

Él exhala despacio, suaviza un poco el ceño.

—Puedo —dice con suavidad.

El alivio, la curiosidad y ¿la esperanza? me recorren como un escalofrío, pero lo haré después, inspeccionaré esos sentimientos luego. Ahora inclino la cabeza de nuevo hacia el miembro que sobresale con orgullo de su cuerpo. Pero, antes de saborearlo otra vez, él sujeta mi mentón con los dedos.

—¿Tú puedes? —pregunta.

No tengo más opción que mirarlo y quizás este es el momento exacto en que terminará el juego, porque no puedo mentir. No puedo responder que sí, porque los dos sabemos que no es un juego

en realidad, que mis hábitos no son un disfraz y que no soy un monje de mentira.

Así que respondo del único modo posible.

—Lo haré —digo, como un ángel caído en el poema de Milton, y abro la boca de nuevo para él.

Esta vez, no me detiene. Con la mandíbula tensa, se quita la camiseta para poder ver mejor mientras empiezo a hacerle una mamada con vigor, con la mayor profundidad posible; me encanta sentirlo sobre mi lengua, me encanta la piel aterciopelada y suave que recubre lo que parece acero sólido. Me encanta la cabeza prominente que se hincha cada vez que rodeo con mi lengua su borde, me encantan los temblores que hace mientras avanzo, y lamo y succiono. Sentir que Elijah responde es lo más sexi del mundo y hace que mi pene empuje la jaula, que mis muslos se tensen y mi corazón lata tan rápido que me mareo.

Había olvidado esto, los detalles que lo convierten en sexo y no en el acto mecánico en que lo ha convertido mi memoria. Es mucho más que un pene en mi boca: es el calor de su miembro sobre mis labios y el modo en que su estómago se tensa y sus ojos se cierran. Es el jadeo suave de su aliento y el modo en que retuerce la mano en mi cabello, a veces con dulzura y agradecimiento y otras con exigencia y crueldad. Es el flujo indefinible del placer, el excitarse haciendo algo excitante con otro, la sensación embriagadora de poder y amor, de saber que estás haciendo que otro se sienta tan bien que es insoportable.

Quizás fue un acto de piedad haberlo olvidado, porque, si lo hubiera recordado, me habría atormentado más allá que cualquier aparato de penitencia.

Sus jadeos se convierten en gemidos, y dejo que mi mano lo recorra, que se aferre, se deslice y lo arañe despacio, y luego abro la garganta y lo llevo hasta el fondo, por completo. Lo trago hasta que mi garganta duele y mis labios lo contengan en su totalidad y huelo el aroma a jabón en su piel.

—Mierda —gime Elijah, la mano en mi cabello está inquieta y tira de él, lo suelta y vuelve a tirar—. Mierda.

Todo a nuestro alrededor es distinto, desde mi hábito a las ruinas bajo el sol ardiente del verano belga, pero su voz así, su sabor en mi lengua…

Tan familiar como cualquier otra cosa. Tan familiar como respirar.

Estoy a punto de eyacular en mi hábito, con jaula y todo. Y con nada, con casi nada más que el sonido de su excitación y la sensación de su mano en mi cabello, y ¿cómo se supone que debo reservar mi cuerpo para Dios cuando esto es tan necesario, tan inevitable?

¿Tan correcto?

Mi abdomen se contrae, y gruño sobre su pene mientras empiezo a liberar el orgasmo enjaulado húmedo e insatisfecho. Y luego, llega el temblor latente de su orgasmo, seguido de mi necesidad por reflejo de tragar mientras empieza a bajar por mi garganta. Y el modo en que mis labios y lengua se mueven sobre él, como una plegaria, es como un canto.

Un salmo secreto y silencioso hecho solo para nosotros dos.

Él susurra mi nombre secular, y me encanta, me encanta oírlo en sus labios. Y, además, hoy quizás he sido más Aiden que hermano Patrick. He hecho bromas subidas de tono, dicho groserías y jugado un juego sexual con Elijah en cuanto he tenido la oportunidad.

Quizás he estado engañándome a mí mismo todos estos años cuando creí que había cambiado, cuando pensé que por fin había aprendido a cumplir una promesa.

Quizá intentar ser un hombre santo siempre fue un experimento condenado a fracasar.

Pero, cuando repite mi nombre, hay tanta felicidad recorriendo mi cuerpo, tanto entusiasmo y alivio, que la culpa no encuentra mucho espacio. Porque esto vale la pena a cualquier precio. Cualquiera.

Sostiene mi cabeza mientras eyacula en mi boca, un tacto preciso que hace que mi pene intente empujar sus ataduras de nuevo, y luego se toma un minuto largo, temblando un poco mientras lo limpio despacio con mi lengua.

Me mira desde arriba, con los labios separados, los ojos descolocados, y luego dos puños sujetan el frente de mi hábito y me levanta hacia su boca. Me aprieta para un beso aplastante, el tipo de beso que casi duele, pero debe ser así, debe doler, porque cualquier cosa menos feroz sería una mentira deshonesta.

Su lengua folla mi boca como si estuviera hecha para que él la penetrara, y me encanta, gimo al sentir que se saborea a sí mismo mientras me saborea a mí también, y le devuelvo el beso, mi mano encuentra su nuca y la otra su culo, hasta que apretamos nuestros cuerpos tanto uno contra el otro que mi hábito rodea sus piernas.

—Tienes la jaula puesta de nuevo —gime en medio del beso, deslizando una mano entre los dos para sujetarme.

—Sí —logro decir, inhalando mientras me toca. Todo aún está pegajoso y ardiente, y lo único que quiero es empujarlo contra el moho y besarlo hasta que ambos muramos de viejos.

—Por favor, dime que tienes la llave —dice—. Por favor, por favor…

—Está en la casa de huéspedes —respondo, bajando los labios a su mandíbula.

—Aiden —gruñe—. Se supone que debes tenerla encima todo el tiempo. —Retrocede un poco y me mira con la ceja en alto que creo que él considera severa, aunque tiene los labios hinchados y los ojos entrecerrados.

—¿Estás dándome un sermón sobre cómo practicar la castidad de manera segura? —Río mientras presiono el rostro contra su cuello.

—¡Sí! Dado que fui el encargado de tu llave…

—Solo durante un mes, e incluso en ese entonces apenas usaba la jaula porque estabas demasiado excitado…

—¡Es mi deber recordarte que seas cuidadoso! ¿Y si nos hubiéramos caído por la colina y un helicóptero te hubiera trasladado a un hospital belga y luego hubieran llamado a los bomberos para quitarte esa cosa del pene?

Río tanto que no puedo seguir besando su cuello, y retrocedo un poco para sonreírle con picardía.

—¿Bomberos? Suena ardiente.

—Dios mío, claro que no.

—Sabes que sí.

—Alguien debe ser responsable de tu cuidado, Aiden —dice Elijah, exasperado—. Mierda, tú nunca lo eres.

Y así, de pronto, siento el gel frío de la realidad deslizándose sobre mi piel.

Sí.

Sí, soy irresponsable, ¿no? Hacerle una mamada a mi exnovio con mi hábito y mi escapulario puestos, en un espacio abierto donde cualquiera podría vernos.

—Deberíamos irnos para no perdernos la cena —digo, y retrocedo y me pongo bien la ropa. Hay unas manchas en mis rodillas, pero también hay tierra suficiente para que pueda decir que estoy así debido al paseo.

—Aiden —susurra Elijah—. No quise decir que…

—No, no, tienes razón. —Me obligo a sonreír—. Probablemente los últimos treinta minutos demuestran con precisión cuánta razón tienes. ¿Estás listo?

Me mira como si quisiera decir que no, como si quisiera decir otra cosa. Pero, después de un minuto, solo asiente con la mandíbula apretada.

—Sí —dice—. Sí. Volvamos.



CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Elijah y yo no hablamos hasta la hora de dormir, e, incluso entonces, apenas intercambiamos unas palabras educadas para decirnos buenas noches al encontrarnos en el pasillo y turnarnos para la ducha. Él parece querer decir algo más, pero en ese instante, un estallido de valones llega desde la sala común y nos recuerda que no estamos solos.

Lo saludo con un asentimiento y voy a mi cuarto.

Rezo de rodillas unos minutos, mi plegaria nocturna usual, mi cerebro no deja de pensar en lo que he hecho en el claro. El receso estridente del celibato. Y cuando intento pensar en qué decirle a Dios, en una disculpa genuina que pueda pronunciar, mi lengua permanece quieta. Me siento miserable por lo que hice, pero sé que lo haría de nuevo. Y otra vez. Tantas veces como pudiera.

Y no sé cuál es el rezo correcto para eso.

De todos modos, mi mente continúa distrayéndose. Piensa en Elijah. En Jamie. La curiosidad me consume, y tengo muchas ganas de saber si han terminado la relación, pero la curiosidad y el

entusiasmo que siento ante esa idea me hacen sentir malo y cruel. Solo debería desearle felicidad a Elijah, y, además, ¡ni siquiera debería importarme!

Asqueado de mí mismo, me incorporo. Dado que ya me he burlado de la castidad, decido dormir sin la jaula puesta. Apago la luz y entro en la cama. Mañana tenemos que conducir temprano a Luxemburgo y luego haremos un viaje épico en tren rumbo a Carcasona, donde nos recibirá un monje de la siguiente parada de nuestro viaje, el monasterio Notre Dame des Fontaines. O Nuestra Señora de las Fuentes para quienes no saben francés como yo.

Ya he hecho la maleta y estoy listo, pero ya extraño Semois. O, mejor dicho, extraño lo que sucedió aquí entre Elijah y yo, porque, sin duda, después de hoy nos comportaremos bien. Sabemos que cometimos un error. Bueno, yo uno peor que él, y claro que no lo haré de nuevo. Ni siquiera aunque mi culpa esté mezclada con tanto deseo que no parece en absoluto culpa, sino algo completamente distinto.

Como una red de oro pesada que cubre mis hombros; un vino tan intenso y mordaz que ni la hostia de la comunión puede mitigar su sabor.

Mi pene recién liberado no está habituado a tanta sensibilidad, y me resulta difícil encontrar una posición en la cama que no lo estimule, que no lleve a mi mente a los recuerdos en los que tengo mi cuerpo presionado sobre el de otra persona. Recuerdos de sexo, rápido, despacio y todos los estadios intermedios.

No estoy ni cerca de dormir cuando oigo mi picaporte, pero quizás estoy soñando. Quizás por fin he llegado al exceso de la privación, y he roto algo esencial entre la realidad y mi cerebro lujurioso, y ahora

sueño despierto con que Elijah abre mi puerta a medianoche. Que entra a mi cuarto y cierra despacio la puerta.

Que se acerca a mi cama descalzo, sin nada más puesto que unos pantalones de lino sueltos en la parte baja de su cadera.

No habla, pero, cuando desliza una mano firme y posesiva sobre mi bíceps y mi hombro, sé que es real. Esto es real. Y quiero… Quiero. Después de años de negación, de poliéster y de extrañar tanto el contacto humano que podría echarme a llorar, *quiero*. Un deseo egoísta, carnal. No para mejorar una comunidad o mi alma inmortal o el cableado de mi cerebro.

Solo… quiero.

Me incorporo y sujeto sus brazos, y él me lo permite. Permite que lo recueste de espaldas, que lo monte y lama su boca hasta que separa los labios y me entrega su lengua.

No decimos nada. Después de todo, no estamos solos en la casa de huéspedes e incluso susurrar tiene sus riesgos. No puedo imaginarme una de esas ancianas adorables delatándome, pero tengo que forzar mi imaginación para ajustarla no solo al peligro para mi vocación, sino para mí mismo, o más importante aún, para Elijah.

Pero estamos callados, muy callados, a pesar de que por dentro no me siento para nada silencioso. Me siento estridente por cuánto deseo esto, cuánto lo necesito, como si mi deseo fuera una campana que resuena una y otra vez, sonidos agudos mezclados con vibraciones graves que hacen temblar los huesos.

Beso a Elijah con cada día de negación y cada hora de castidad que he vivido desde que lo dejé. Y luego, me bajo los pantalones de

pijama, sujeto su mano y la guío hasta mi erección, que cuelga pesada e hinchada entre los dos.

Sus dedos firmes me rodean, y es la primera vez en mucho tiempo que siento esto. El tirón de una mano en mi piel desnuda, el apretón y la caricia solo por placer, solo por tener sexo, y esto… Mierda, también lo había olvidado. Lo placentero que es.

Su mano es grande y firme, y sus caricias son breves, pero lentas, para que sienta cada centímetro de su apretón sobre mí. Poso mi frente en la de él, y soy capaz de mirar hacia mi pecho y estómago y verlo masturbándome. Y luego, su mano desaparece para recorrer mis testículos, para tocarlos de modo provocativo hasta que un gruñido me recorre y coloco su mano donde pertenece.

Esta vez, cubro sus dedos con los míos, y juntos, nos movemos hasta que, vergonzosamente en muy poco tiempo, mis caderas se mueven hacia delante y mis músculos están temblando tanto que debo estar sacudiendo la cama. El placer me quema como un incendio en madera que se desborda por mi miembro, seguido de otro, y otro y otro.

La sensación es desconcertante, increíble, espantosa, deliciosa. Letal. Apenas logro soportarla, apenas puedo respirar. Es demasiado para que un solo cuerpo lo resista, y me desplomo sobre Elijah, permitiendo que sostenga mi peso mientras inhalo el aroma de salvia y jabón en su piel.

Sus manos rodean mi cadera y se deslizan sobre mi trasero; me da una palmada y lo separa, de modo que el aire besa mi piel íntima. Si esto fuera cinco años atrás, si estuviéramos en cualquier otra parte, estaría haciéndole lo mismo a él, introduciendo la mano

en esos caros pantalones de lino y encontrando lugares que eran solo para mí.

Lo obligaría a decirme a qué quiere jugar. ¿Al monje necesitado que por fin perdió el control y debe aceptar lo que su visitante ofrece? ¿O tal vez al juego en el que el monje está obligado por siglos de tradición a ofrecerle a su huésped todo tipo de hospitalidad?

O quizás podríamos jugar a que lo compenso por haberlo abandonado hace tantos años. Lo compenso por ello dándole lo que sea que quiera.

Pero no estamos en cualquier lado. Estamos en una casa de huéspedes trapense con un grupo de ancianas chismosas; estamos dentro de un edificio de piedra lleno de monjes que sin duda le contarían a mi abad que estaba con un hombre en mi cuarto si lo descubren.

Me permito inhalar una última vez contra su cuello, y luego me separo, le doy un beso suave antes de ponerme de pie y dirigirme hacia la percha de la que cuelgan mis toallas. Cuando vuelvo con él, con toalla en mano, me mira con ojos brillantes, indescifrable como siempre. Pero sus movimientos cuando acepta la toalla para limpiar su estómago no son rápidos o nerviosos. Parece, más que nada, pensativo.

Limpio mi piel y lo observo mientras se incorpora y anuda el hilo de sus pantalones. Su erección se extiende hasta la cadera, pero, cuando me acerco, él niega con la cabeza.

—Buenas noches, Aiden —susurra, y luego sale de mi cuarto con pasos silenciosos y un clic casi imperceptible en la puerta.

Miro un instante la puerta, sin saber qué sentir ante lo que acaba de suceder. La química de mi sangre me dice que estoy satisfecho y contento, pero mi pecho aún está lleno de las mismas cosas que antes: arrepentimiento y nada de arrepentimiento, un deseo de pertenecerle a Dios y el dolor de pertenecerle todavía a Elijah.

No es un dilema para la oscuridad, pero, en mi experiencia, eso nunca detuvo los dilemas dolorosos. Bajo el sol y el cielo azul, la ansiedad y las miserias parecen pequeñas. Nada más que charcos en el sendero, con bordes que ya están secándose, con superficies que reflejan solo el cielo despejado. Pero, en medio de la noche… es su momento favorito para visitar. Cuando pueden expandirse contra el techo mientras intentas dormir, cuando pueden flotar sobre ti con dientes afilados y dedos largos y codiciosos.

Y, cuando por fin el sueño me invade, tengo la incómoda sensación de que mordí una manzana que hoy no puedo dejar de saborear. Que volver a ser el hermano Patrick de ayer tal vez será imposible.

«No», pienso con determinación. «Aprendí una vez a vivir sin esto».

Puedo volver a hacerlo.



FRANCIA



CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Del cuaderno de Elijah Iverson

No sé qué estoy haciendo. ¿Qué estoy haciendo?

Se suponía que aprovecharía este viaje en tren para ponerme al día con mis correos electrónicos y organizar mis anotaciones.

Pero, más que trabajar, estoy mirando la pantalla de mi portátil, y, más que mirar la pantalla, estoy observando a Aiden por el rabillo del ojo. Está durmiendo con los brazos cruzados sobre la mesa entre los dos, con la cabeza posada en los brazos y sus pestañas largas y oscuras rozan sus mejillas. De no ser por el hábito de monje y los hilos plateados errantes en su cabello, podría pasar por un estudiante universitario que roba una siesta entre clases. Podría ser de nuevo solo el hermanito de Sean, con sus largas extremidades extendidas por doquier mientras duerme en el sofá del sótano.

Durante los últimos dos meses, he dado la vuelta a toda mi vida y todo por culpa de este monje gigante de ojos verdes, y ni siquiera sé si comprendo el motivo. Él me dejó, sin despedirse, sin explicaciones, con una llamada breve esa noche para decirme que se

ocuparía de unos asuntos antes de unirse a un monasterio y que me dejaba la granja para que yo decidiera si quería conservarla o venderla.

Me dejó cuando más lo amaba, cuando había estado a punto de declararle mi amor del modo más romántico que se me había ocurrido.

No soy romántico por naturaleza; ese siempre fue Aiden. Extravagancia espontánea y, luego, disculpas infantiles cuando se lo había agradecido.

Así que había querido devolverle el favor; había querido demostrarle a él (y quizás a mí mismo) que no era un silo de distancia y regaños. Yo también había querido ser vulnerable, valiente y poético para él. ¿Acaso ser vulnerable no es la mitad del entusiasmo de estar enamorado?

De todos modos, a pesar de todo el sexo que teníamos, todo lo que viajábamos y de pasar cada minuto juntos, no nos habíamos dicho «te amo» y yo había sabido que era culpa mía. Porque veía el «te amo» en sus ojos cada vez que me miraba, lo escuchaba escabulléndose entre sus palabras al hablar.

Él me lo hubiera dicho la primera noche si se lo hubiera permitido.

Pero yo necesitaba estar seguro. Soy así: debo saber, debo estar seguro.

(O, al menos, así era antes. Porque ahora no tengo ni idea de qué estoy haciendo, no tengo ninguna certeza, y he dejado a un buen hombre y volado al otro lado del mundo por la incertidumbre absoluta en forma de monje).

La cuestión fue que por fin había estado listo para decir esas dos palabras. A pesar de que hubo momentos en los que Aiden brillaba

demasiado o se apagaba por completo, como un teléfono sin batería. Momentos en los que me ignoraba, momentos en los que no asistía a un evento o a una cena en la que era mi acompañante y luego volvía a casa y lo encontraba recostado en la oscuridad como si hubiera decidido pasar el rato solo en vez de hacer lo que dijo que haría.

Y también había momentos demasiado brillantes, en los que era demasiado ruidoso, demasiado imprudente, o estaba demasiado borracho.

Nada de esto sucedía con tanta frecuencia, pero ocurría lo suficiente para hacer que amar a Aiden fuera como subir a una de esas montañas rusas que tanto le encantaban. Amarlo me hacía sentir entusiasmado, mareado y con náuseas. Hubiera sobrevivido una vuelta, con mareos, y también con náuseas y sin aliento, pero luego hubiera querido subir otra vez.

Y estaba listo para eso, para todo lo que implicaría decir «te amo», así que había planeado una cena cocinada por mí. Me había vestido elegante, había comprado flores. Diría esas palabras mágicas y él me daría una de sus miradas típicas de Aiden, con ojos ardientes y mejillas sonrojadas, y luego pasaría la noche con él siendo codicioso y pícaro debajo de mí. Y después pasaríamos el resto de nuestras vidas juntos, y yo sabría que todo había comenzado con esa noche, con mi «te amo».

Pero él no vino. Llegó horas tarde a la cena en su propia maldita casa, y, cuando por fin cruzó la puerta, no había tenido justificación real para su ausencia. Simplemente lo había olvidado.

Quizás hubiera dolido menos si yo no me hubiera esforzado tanto por ser abierto, por ser la clase de novio que hacía más que

arrastrarlo a eventos de arte locales e intentar hacerle leer algo que no fuera una novela de *Star Wars*. Quizás hubiera dolido menos si no hubiera decidido decir esas palabras que necesitaban ser un acontecimiento, y tan solo las hubiera susurrado en la oscuridad mientras él me masturbaba, como una persona normal.

Pero no importó. Me había dolido. Y tuvimos una gran discusión, la clase de pelea que puede terminar una relación, aunque en ese momento ni se me había ocurrido terminar las cosas. ¿Por qué lo habría hecho? Lo amaba. No me cabía duda de que me iría a dormir enfadado y me despertaría aún enfadado, pero quizás menos que antes, y luego lo resolveríamos.

Y luego desperté en una granja vacía. Sin furgoneta, sin novio, sin explicaciones.

Y, cuando por fin recibí una explicación, fue lo último en el mundo que esperaba oír.

Un monje.

¿Quién esperaría eso? Mierda, y mucho menos de alguien como Aiden Bell, el modelo que exudaba dinero y sexo. Quizás aún hay una parte de mí que no puede creerlo, a pesar de que he visto la transformación de Aiden con mis propios ojos. Pero ¿cómo es posible que sea verdad?

¿Y por qué estoy aquí?

¿Y qué estoy haciendo con él? Este hombre que ha hecho votos, que es célibe, a quien al parecer no puedo dejar de tentar… o tal vez él me tienta a mí.

No lo sé.

No lo sé.



CAPÍTULO TREINTA Y TRES

En alguna parte después de Sens, nuestro vagón queda casi vacío, así que solo estamos Elijah y yo sentados uno frente a otro en la mesa, y una joven dormida profundamente al fondo del vagón.

Habíamos tenido una mañana bastante relajada, si bien nos levantamos temprano. Los hermanos ya estaban despiertos para las vigilias cuando llegó nuestra hora de partir, así que todos nos habían estrechado la mano con calidez mientras nos subíamos al Renault con el hermano Xavier al volante. Él incluso había hablado un poco, muy poco, mientras conducía, preguntando si habíamos disfrutado de la estancia y la cerveza.

Yo había bromeado con que encauzaríamos su arroyo hasta Kansas, y él había reído, y luego nos había contado un poco sobre el monasterio francés que visitaríamos y la cerveza honey que fabricaban allí. Al parecer, la habían nombrado una de las mejores cervezas del mundo, pero se negaban a hacer más de la que necesitaban para pagar por sus necesidades. Así que, con una

provisión limitada, la demanda de cerveza era, en una palabra, una locura.

Los monjes solo la vendían en la puerta del monasterio, nunca en licorerías o bares cercanos, y los compradores se limitaban a un paquete de cervezas cada vez. Los pedidos solo se abrían una vez cada seis semanas y los encargos debían hacerse por teléfono, como si viviéramos en el pasado o algo así.

¡Por teléfono!

Había habido entusiastas de la cerveza soportando retiros espirituales solo para beberla; dos veces en los últimos cinco años, habían robado de la fábrica de envasado cerveza, no equipos. Era la cerveza más única del mundo, y una en la lista de cosas que probar antes de morir de miles de personas.

El hermano Xavier confesó que estaba celoso, dado que él nunca había tenido oportunidad de beber una cerveza de Notre Dame des Fontaines. Le prometimos contrabandear una botella para él si podíamos, y nos lo agradeció con sinceridad, estrechando nuestras manos cuando bajamos del Renault y tomamos nuestras pertenencias.

Fue una despedida agradable para lo que había sido una estancia agradable, pero, al abordar el tren y encontrar sitio para nuestras maletas, Elijah, perceptivo, había dicho:

—Semois no es sitio para ti, ¿verdad?

Y yo había respondido asintiendo a regañadientes.

Semois había sido encantador: la cerveza era buena, y la fe más que evidente en todos los hermanos. Pero era imposible negar que el sedán gris de precio moderado de los monasterios. Una abadía demasiado decente y con buen funcionamiento como para

rechazarla, pero no la clase de sitio que entusiasma el corazón. Y, si no iba a enamorarme de ningún lugar, bien podría quedarme en el monasterio Sergius con la gente que ya quería, mi gran colina y mi arroyo.

De todos modos, desde Luxemburgo fuimos a París, dormimos todo el viaje, y luego cambiamos de tren y nos dirigimos al sur.

Y ahora es pleno día, y veo campos de cultivo y colinas lejanas y arboledas oscuras de bosquecitos a lo lejos. Elijah ha estado escribiendo en su portátil la mayor parte del tiempo mientras que yo he estado pegado a la ventana como un niño, y por fin pregunto:

—¿Estás trabajando en tu artículo?

Termina de escribir algo y niega con la cabeza.

—Ahora estoy respondiendo correos. Había propuesto un artículo sobre cómo el trabajo de los académicos TERF ayuda a alimentar una ola de legislaciones antitrans, y mi editor aceptó, pero también me asignó un artículo sobre la nueva colección de Dior y otro sobre si el Martini ha muerto o no, así que intento planificar qué necesito hacer para poder escribir todo a tiempo. Y también para descifrar si debería beber de nuevo un martini antes de decidir que ha muerto en una publicación nacional.

—El martini es un clásico —digo.

—El vermut es asqueroso —responde sin mirarme, y tiene un punto de razón.

Vuelvo a mirar por la ventana y él continúa escribiendo.



Una hora después, cierra de forma abrupta su portátil y me mira.

—¿Por qué la Iglesia? —pregunta sin previo aviso. Noto en la intensidad de su voz que esto ha estado molestándole hace un tiempo… Quizás los últimos años—. Entiendo que quieres cambiar toda tu vida, alejarte de todo, encontrarte a ti mismo, como sea. Pero ¿por qué de esta forma? Nunca te ha importado una mierda la iglesia o ir a misa o nada del estilo, y luego, *bam*: monje. Ni siquiera intentaste primero ser vegano.

No respondo de inmediato, froto la barba incipiente en mi mandíbula mientras busco una respuesta que no se acerque demasiado a la verdad absoluta de esa noche, aunque empiezo a preguntarme si no es inevitable que se la cuente. Espero que no. No quiero lanzarle todo eso a sus pies y que parezca que intento escapar de su furia justificada por el modo en que me fui.

Y, además, incluso después de años de terapia, no sé si puedo poner en palabras los sucesos de esa noche. Eso es lo más cruel de la depresión: está al límite del habla, al límite de lo que las palabras pueden formar y describir.

—Me enviaron un versículo de la Biblia —digo por fin, bajando la mano y mirándolo—. Esa noche. Un número que no conocía. Aún no sé quién me lo envió. Solo sé que llegó cuando más necesitaba leerlo.

Cuando la oscuridad había engullido las estrellas mientras miraba por la ventana. Cuando se vertía a mis pies y entre mis dedos. Y, luego, había aparecido un destello de luz azulada.

Alzo mis ojos hacia las colinas.

—Recibiste un versículo de la Biblia —repite Elijah—. De un número misterioso. Y eso hizo que decidieras ser monje.

—Había sido una noche difícil —respondo con honestidad.

Golpetea los dedos sobre su portátil, esa boca normalmente indescifrable se curva y se convierte en un ceño fruncido.

—Lo recuerdo —dice, a secas.

—¿Sí? —pregunto y luego llega el recuerdo de él vestido de traje, un ramo de flores en la basura—. Ah —añado en voz baja—. La pelea.

Había sido consumida por el resto de esa noche en mi mente, dado que había sido solo la rendija en la puerta que había permitido el ingreso de los demonios que me habían perseguido durante años. Había sido horrible, sí, pero el resto de la noche había sido mucho peor.

Elijah mueve la mandíbula a un lado.

—Sí, Aiden. La pelea.

—Si sirve de algo, lo siento. Aún lo siento mucho. De verdad.

—Seguro que sí —dice.

Había querido sorprenderme esa noche. Cena, flores, una declaración de amor. Pero, típico de mí, había llegado tarde y un poco ebrio de una cena en la que celebramos un nuevo trato laboral.

No era inusual en mí, llegaba tarde muchas veces o me perdía eventos. Aparecía hecho un desastre o convertía la situación en otro desastre al llegar. A veces era por motivos fáciles de entender, como una reunión que se alargó, o por haberme quedado dormido después de un vuelo internacional. Y a veces era por razones menos comprensibles, razones que ni siquiera hubiera podido mencionar de haberlo intentado.

A veces intentaba de verdad recordar algo, pero me perdía en otra cosa (trabajo, diversión, lo que fuera) y no me daba cuenta que

habían pasado horas y horas. A veces era porque llegaba a casa después de una larga jornada laboral y sabía que necesitaba cambiarme para encontrarme con Elijah en un evento o en una fiesta, pero me recostaba en la cama y era literalmente incapaz de moverme. Y no había olvidado que el evento era importante para mi novio, ni siquiera era porque no quisiera ir, porque en general tenía ganas. Era más bien como si mi motor se hubiera apagado de pronto y no quedara nada que me reanimara, ni calor ni energía ni vida en absoluto. Como si me hundiera en cemento líquido, en una sustancia donde siquiera el menor movimiento requiriera un esfuerzo sobrehumano.

Pero ¿cómo se lo explicas a un novio decepcionado sin que suene como «elegí mirar la pared en vez de asistir al evento que me dijiste explícitamente que era importante para ti?»?

No lo haces. No puedes.

Lo sé porque lo intenté.

Ahora extiendo la mano y toco la muñeca de Elijah… La primera vez que nos tocamos desde anoche. Muevo los dedos por su antebrazo, esperando que él me mire a los ojos.

Cuando lo hace, lo que sea que ve en ellos hace que baje un poco los hombros. Y luego, despacio, tan lento que creo que cambiará de opinión en cualquier instante, mueve el brazo de modo que su palma queda hacia arriba y sus dedos también sujetan mi antebrazo. No es como tomarnos de la mano; parece más bien como si estuviéramos anclándonos mutuamente aquí, en este sitio, en este momento.

Suelta una exhalación larga y, después de un minuto, susurra:

—Pensé que por eso te fuiste.

—¿Por la pelea?

Asiente y el horror me invade. Sacudo la cabeza de lado a lado.

—No —digo con énfasis—. Elijah, no. Me fui porque yo estaba hecho mierda, y dejarte parecía el único modo de sanar y dejar de lastimar a los demás. De haber sabido que pensabas que…

Pero ¿cómo podría haberlo sabido? Me fui sin decir una palabra y volví solo para dejar la llave de la granja en su mano. E, incluso entonces, aún estaba demasiado perdido en los incendios de mi propia mente para hablar con él, para darle una explicación adecuada. La única meta que había tenido era desaparecer del mundo lo más rápido posible.

—No —repito, mirándolo a los ojos—. Elijah, no me fui por la pelea.

Hay una línea de nuevo entre sus cejas y el gesto curva los bordes afilados de su boca, como si no me creyera del todo, y me doy cuenta que tendré que contarle la verdad en algún momento. Tal vez ni siquiera en algún momento… Tal vez pronto.

Tal vez ahora.

Pero, antes de que pueda pensar en cómo empezar, en qué decir, el tren se detiene y la mujer dormida se despierta para bajar. Suelto a Elijah a regañadientes y él a mí, y ella se pone de pie y aparece la plataforma de la estación bastante llena de gente.

Mientras alejo los dedos de su tatuaje, me doy cuenta de que estoy en la posición correcta para ver el collage como corresponde. La parrilla que ahora reconozco como las calles de nuestro vecindario. El árbol que ahora veo es el que estaba en su patio con una escalera diminuta que llevaba a una casita en el árbol acurrucada en sus ramas. Y las palabras en tinta, en una fuente pequeña, al estilo de una máquina de escribir, bajo el *collage*. Están

en latín, y ahora sé suficiente de esa lengua muerta como para entenderlas.

Quid si.

Mi corazón da un vuelco una vez, dentro de mi pecho.

Significa: ¿Y si…?

Lo miro, él me devuelve la mirada, y no sé en qué está pensando. Para nada.

¿Y si…?

Lo había escrito en su cuerpo… ¿Por qué? ¿Como un recuerdo? ¿Como un recordatorio? Abro la boca para preguntar, pero luego otras personas empiezan a subir al tren y él aparta su brazo de la mesa y carraspea.

De todas formas, quiero indagar, o quiero decir la verdad de esa noche, o al menos quiero tocarlo de nuevo, pero el tren está lleno otra vez, y lo que hubiera hecho sin pensarlo tanto en París es una ecuación distinta ahora en las profundidades del campo desconocido.

No es hasta que miro por la ventana mientras el tren se mueve de nuevo cuando recuerdo el otro límite que no permite que lo toque en público.

Hoy visto mi hábito de monje completo, escapulario, cuerda, todo.



CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Notre Dame des Fontaines aparece como un broche pequeño en los pliegues de una bufanda. Hay colinas empinadas por doquier, rocas y árboles, y luego nos sumergimos en una cinta gruesa de lavandas. Campos y campos de lavandas en la base llana del valle, su aroma invade de inmediato el interior del coche.

Y, acurrucado entre todo ese verde y violeta, está el monasterio, un grupo pequeño de edificaciones hecho de rocas del mismo color miel de las colinas. Entre las colinas cubiertas de árboles, el mar de lavanda, y el cielo azul, el entorno del monasterio es una postal viviente, y el monasterio mismo, de más de novecientos años, es admirable y encantador.

Mientras el vehículo avanza por el sendero rodeado de cipreses rumbo al predio, siento que la atmósfera pesada del tren empieza a desaparecer. Cuando miro a Elijah, él ya está observándome detrás de sus gafas de sol, con la boca inclinada en una sonrisa a medias.

Y, entre la media sonrisa de Elijah y el aroma intenso a lavanda y hierbas silvestres agrupadas a los laterales del sendero, ya estoy

enamorado de este sitio.

Lo cual es extraño, porque mi corazón aceleró su pulso con Santa Columba, y era el sitio que tenía todo lo que sabía que necesitaba, no este lugar apartado, provincial y feliz.

«Aún no has visitado Santa Columba», me recuerdo. «Te encantará aún más cuando estés allí».

Nuestro conductor es el hermano Luc, un monje joven con piel bronceada y una barba bien corta, y es mucho más conversador que el hermano Xavier en Semois. Nos cuenta la historia del lugar y de la abadía mientras nos detenemos en el aparcamiento de grava. Nos ayuda a bajar nuestras maletas y luego nos lleva a la pequeña casa de huéspedes, un edificio bajo de piedra lleno de ventanas redondas pequeñas y puertas estrechas de madera.

—Por ahora, solo tenemos otro huésped —dice—, porque pronto empezará la temporada de cosecha de lavanda, y el monasterio es bastante distinto durante la cosecha, porque estamos muy ocupados. No es ideal para visitantes. Pero vosotros no sois visitas habituales y el otro huésped es un monje visitante, así que el *abbé* Bernard cree que no os molestará que estemos muy ocupados. —El acento francés del hermano Luc convierte cada palabra en una melodía suave, muy diferente del francés más rígido y rápido de Luxemburgo o París. De algún modo, parece combinar con el paisaje, como si incluso las palabras aquí fueran soleadas y felices, y estuvieran listas para sonreír.

—No nos molesta para nada —respondo mientras abre una puerta cerrada en el extremo de la casa de huéspedes y entramos al pasillo fresco y sombreado—. Y estaré feliz de ayudaros con lo que necesitéis cuando llegue la cosecha.

—Tal vez aceptaremos la oferta, porque siempre hay mucho por hacer —dice el hermano Luc. Y luego añade—: ¿Qué opinas sobre las abejas?

—¿Las abejas? —repite Elijah con cautela.

—Las abejas —confirma Luc con alegría mientras caminamos—. Polinizan la lavanda y luego cosechamos su miel y la vendemos. También la usamos en la cerveza. *Ah voici!* Esta habitación ya está lista, y la que está al final del pasillo también.

Entro en el claustro que indica y no puedo evitar sonreír. Está amueblado escasamente como uno esperaría de una celda trapense, con una cama de madera angosta, un escritorio pequeño y un crucifijo en la pared, pero, de algún modo, es igual que el resto del monasterio Notre Dame des Fontaines. La luz brillante entra, todo está limpio y fresco y es increíble lo agradable que es.

Elijah entra su maleta en su cuarto y, cuando vuelve, el hermano Luc nos entrega un mapa del monasterio hecho a mano y nos indica la ubicación del refectorio, la cervecería, el colmenar y otros edificios externos.

—Ahora mismo, el resto de los hermanos están en reunión —explica el hermano Luc—, así que no podréis saludarlos hasta después de cenar. Debo advertiros que, durante la cosecha, pasamos solos las horas canónicas y nos detenemos a rezar donde estemos para volver a trabajar lo antes posible. Así que me temo que nos visitáis en un momento en el que nuestro ritmo cotidiano es menos… —Busca la palabra correcta en inglés—. Tradicional.

—Somos hombres muy modernos —responde Elijah con encanto —. ¿Hay algo que queráis que hagamos antes de la cena? ¿O después?

—Sois completamente libres —dice el hermano Luc—. Al igual que todos nuestros visitantes. Imagino que el hermano Patrick querrá rezar en laudes y vísperas con nosotros, pero no son obligatorias para los huéspedes. De hecho, el *abbé* Bernard me dijo que os informara que él desea que os sintáis como… Oh, ¿cuál es la palabra? ¿Observadores? Alguien muy nuevo, antes de ser postulante. Y aquí no esperamos que nuestros observadores asistan de modo estricto; están invitados a pasar el día reflexionando si están hechos para este sitio. O más bien, si este sitio está hecho para ellos.

El hermano Luc mira su reloj y luego nos deslumbra con otra sonrisa amplia.

—Hay mucha cerveza en el refectorio si queréis refrescaros con una. Sois libres de recorrer los terrenos, y nos veremos en unas horas para la cena.

El hermano Luc se aleja con las manos juntas y su escapulario negro sobre su hábito blanco trapense, y luego Elijah y yo quedamos solos.

«¿Quieres explorar?», me pregunta al mismo tiempo que yo digo: «¿Quieres una cerveza?».



Hacemos ambas cosas y, con botellas de cerveza sin etiquetas en mano, paseamos por los campos de lavanda. Las abejas zumban por doquier, regordetas y peludas, y una brisa suave mece los capullos de las flores mientras caminamos por las filas insoportablemente

rectas. A lo lejos, veo monjes caminando alrededor de la granja de piedra que parece más antigua que el país del que vengo, y en la cima de las colinas, veo el tejado de una capilla medieval construida sobre uno de los arroyos por los que es famosa Notre Dame des Fontaines, según el hermano Luc.

Elijah sigue mi mirada hacia la colina y se detiene a mi lado. Sus dedos sobre el cuello de la cerveza rozan los míos, y, aunque estamos bajo el sol de junio, tan cerca del mar Mediterráneo, tiemblo.

—¿Decapitaron a algún santo ahí arriba por esos arroyos? —pregunta Elijah, señalando con el mentón la colina—. ¿O tal vez un pez cantor guio a un ermitaño sediento hasta el agua o algo por el estilo?

—No seas ridículo —digo—. La Virgen María apareció en esa colina para llorar por un niño enfermo. El arroyo apareció cuando sus lágrimas tocaron el suelo, y el niño después se curó gracias al agua que fluía en él.

—No sé por qué no lo adiviné —dice Elijah y bebe un sorbo.

—Subamos —sugiero de pronto—. No parece una subida demasiado difícil, y todavía tenemos mucho tiempo antes de la cena.

—Está bien —concuerda Elijah, y así nos encontramos en la cima de la colina veinte minutos más tarde, jadeando, sudando y también oliendo todo el tomillo y el romero que pisamos mientras íbamos cuesta arriba.

Pero es innegable que valió la pena. Custodiada por un dosel de pinos, robles blancos y un par de hayas rebeldes, la capilla tiene vistas al valle púrpura y las colinas escarpadas, ahogadas por árboles que recorren el paisaje hasta llegar al mar.

Y cuando entramos en la capilla, nos recibe un golpe de aire muy fresco. Construyeron un pozo alrededor del arroyo sagrado y ahora corre con dulzura en una esquina de la capilla, lo que hace que el espacio esté templado y húmedo a pesar del calor abrasador del verano.

Hay un altar de piedra que parece no haberse usado en al menos cien años, pero los bancos de madera son sólidos y no tienen rastros de podredumbre, y, sobre el alféizar de una ventana, hay (¿qué si no?) una cajita para donaciones.

—¿Crees que hacen misas aquí arriba? —pregunta Elijah.

Observo cómo desliza un dedo largo sobre el borde del altar.

—No —respondo sin pensar—. Hace tiempo que no es un lugar consagrado. El monasterio dice que hoy en día es solo un lugar de contemplación para los visitantes.

Elijah se gira y me mira, atrapa su labio inferior entre los dientes mientras sus ojos bajan por mi pecho y mis hombros y luego suben de nuevo hasta mi rostro.

—¿Crees que estamos solos aquí? —pregunta en voz baja.

Trago con dificultad.

—Sí.

Me muevo primero, pero él es igual de rápido, y de pronto nos enredamos, mis manos están en su camiseta sedosa, las suyas en mi escapulario y luego en mi hábito, y nuestras bocas se encuentran, curiosas y calientes. Y por esta razón no pude rezar como corresponde anoche, por este motivo la excitación ha estado vibrando bajo mi piel todo el día.

Porque, de alguna manera, sabía que esto pasaría.

Sabía que no estábamos listos para parar.

Elijah suspira con algo similar al alivio en cuanto lamo su boca, como si hubiera estado esperando mi beso toda la vida, y luego tira de mí y nos tambaleamos de lado hasta que él toma asiento en un banco y me obliga a descender para que lo monte.

—Te voy a aplastar —susurro entre besos, pero sus manos ya están subiendo mi hábito por los muslos.

—Me gusta —susurra sobre mí—. Me gusta que me aplastes. —Ahora tiene las manos sobre la piel expuesta de mis muslos, y sube hasta mi ropa interior. Desliza los dedos entre la tela tensa y mi piel, y luego baja la prenda arañándome con suavidad, lo que me genera escalofríos en todas partes bajo mi ropa.

—Tienes de nuevo la jaula puesta —dice, mientras sus dedos por fin acarician el anillo metálico que rodea la base de mi miembro.

Gruño ante el contacto. Mi pene se está esforzando mucho por hincharse, engrosarse, y es insoportable lo sensible que es la parte expuesta sobre el resto de la jaula. Después empieza a tocar mis testículos, dedos pícaros, caricias y apretones, hasta que interrumpo nuestro beso y jadeo sobre su cuello.

—El juego de las ruinas —dice, mientras su mano experta juega con destreza bajo mi hábito—. No dejo de pensar en él. En ese pobre monje tan desesperado por follar que le suplicaría a un extraño que le hiciera una mamada.

—¿Sí?

—No dejo de pensar en qué más haría. Cuánto debe… sufrir… —Elijah mueve más los dedos a propósito, explorando, y luego siento el roce suave sobre mi ano. La sensación cosquillea sobre la piel delicada mucho después de que su mano se aleje, se expanda y hunda más profundo en mí, hasta mi estómago. Se retuerce en la

base de mi columna, y debo apretar el respaldo del banco para evitar aplastarlo por completo mientras me estremezco.

Porque sí, sufro. A pesar de la eyaculación de anoche, y las que ocurrieron a medias mientras respetaba la castidad, soy miserable. Como si todos los años de celibato por fin me afectaran de pronto, hinchándome y llenándome. Mi pene busca un escape de la jaula; mis testículos pesan, laten con algo que es mezcla de placer y dolor.

Necesidad.

Encuentro de nuevo su boca y jadeo en el beso mientras acaricia mi entrada. Nada más que caricias, nada más que provocaciones. Y, a pesar de la seguridad de su tacto, también hay cierta vacilación. Casi como si fuera la primera vez que hacemos esto. Como si estuviéramos besándonos de verdad, deseando mucho más, pero limitándonos a los besos y el tacto porque no sabemos cuán lejos nos dejará llegar la otra persona.

—¿Puedes detenerlo? —susurro, mis labios flotan sobre los de él mientras hablo—. ¿Mi sufrimiento?

Su otra mano encuentra mi cadera y la sujeta con fuerza para mantenerme allí para que sus dedos me toquen.

—Sí —jadea.

—Quiero que me folles hasta que desaparezca —le digo, presionando mi frente contra la suya—. Quiero que me folles hasta quedar vacío, hasta quedarme seco.

Esa había sido la idea detrás de mis jaulas hace mucho tiempo. Las habíamos comprado como juguetes, pensando que él me mantendría encerrado durante días y días, hasta que no soportara la necesidad de eyacular y luego me follaría hasta quitarme la semilla negada. Resulta que ambos éramos demasiado impacientes para

pasar tanto tiempo prologando la gratificación, así que nunca terminamos ese juego. Mis dos jaulas permanecieron en una caja hasta que hice las maletas para irme al monasterio Sergius, cuando me las llevé por capricho, intuyendo que la abstinencia de sexo requeriría una ayuda extra. Una ayuda que incluía candado.

—Mierda, sí —gruñe Elijah, y ahora nos besamos con violencia, él me arrastra sobre su regazo, donde siento su erección hinchada debajo de mí. Nuestras lenguas follan del modo en que nuestros cuerpos quieren hacerlo, y luego me rindo y dejo de intentar mantener mi peso lejos de él.

Me acomodo sobre sus muslos y dejo que mis manos recorran los músculos de sus brazos y hombros y el contorno esculpido de su garganta y su pecho. Hago lo que una vez pasé un año haciendo, lo que pasé toda mi veintena deseando haber tenido el coraje para hacer, y acaricio su rostro perfecto con los dedos, siguiendo sus pómulos hasta la curva de la nariz. Encuentro esas cejas que exponen cada uno de sus pensamientos, la mandíbula que se tensa con tanta frecuencia cerca de mí, las comisuras de la boca que siempre estaba desesperado por lograr que sonriera.

Y sus manos me tocan por doquier, codiciosas, un poco desesperadas, y no sé si es por los años entre nosotros, o porque el hábito de monje ahora está sobre mis muslos, o porque este es un instante tan, tan robado y no sabemos si tendremos otro, pero nos tocamos como si después tuviéramos que dibujarnos de memoria.

Como si la memoria fuera lo único que tendremos.

—Me encanta sentarme en tu regazo —confieso después de un largo instante de puros besos. Su mano ha encontrado de nuevo mi agujero, y aún me provoca, aún me genera cosquilleos.

—¿Sí? —susurra, besándome hasta mordisquear mi mandíbula cubierta de barba incipiente.

—Desearía haberlo hecho hace años —murmuro—. Todas esas veces que te quedabas a dormir con Sean. Desearía haber subido a tu regazo y obligarte a besarme.

Hay una tensión nueva en su cuerpo cuando hablo, pero, cuando retrocedo para ver el ardor en sus ojos, sé que es una tensión buena. Una tensión hambrienta.

—Yo también desearía que lo hubieras hecho —dice, moviendo ambas manos a mi cadera para sostenerme sobre su regazo. Parece que ambos notamos que es una postura para follar, que estamos muy cerca de hacerlo, muy cerca después de tanto tiempo. Tiene los labios separados mientras mira mis muslos sobre él, sus manos sujetándome bajo el hábito—. Recuerdo haber ido a buscar a Sean cuando cumplí veintitrés, ¿lo recuerdas? En aquel entonces tenías dieciocho y creo que había pasado casi un año desde la última vez que te había visto, quizá más. Y estabas junto a la piscina, solo con tu ropa interior puesta porque no ibas a molestarte en ponerte el traje de baño. —Exhala un suspiro tembloroso—. Fue la primera vez que te vi y me di cuenta de que ya no eras un niño, y que te deseaba. Te deseaba tan de pronto y tanto que nada más importaba, ni mi amistad con Sean, ni el abismo entre nuestras familias después de la muerte de Lizzy. Quería ir hasta la piscina y empujarte contra una tumbona y besarte hasta que accedieras a hacer lo que yo quería.

Lo miro, atónito.

—No tenía ni idea. ¿Te gusté tan pronto? Creí… Creí que no fue hasta la gala, años después…

Él niega con la cabeza, con la boca torcida de arrepentimiento.

—Te vi ese día y nada fue igual para mí. Nada.

—Entonces, ¿por qué no dijiste algo?

Suelta un suspiro largo, afloja un poco las manos sobre mi cadera, pero ahora sus pulgares dibujan círculos posesivos sobre mi piel.

—Porque, por muy excitado que estuviera, todas esas cosas aún importaban. Mi amistad con Sean importaba. La mierda entre nuestras familias importaba. Importaba que en aquel entonces tuvieras dieciocho años, y me parecía que veintitrés era una edad perversa para desear a un estudiante universitario de primer año. Y —añade con una ceja en alto—, en mi defensa, estabas con todas las chicas de tu edad en un radio de cinco distritos. Creí que eras heterosexual.

Suelto una risa ahogada.

—Yo también. —Incluso después de la universidad, cuando me había dado cuenta de que quería acostarme con todo el mundo, aún era demasiado fácil comparar cualquier hombre que había conocido con Elijah. Nadie era tan inteligente o sofisticado como él. Nadie era tan considerado o tan gracioso e irónico, o nadie tenía tanta claridad sobre quién era o en qué creía.

Nadie era él, punto.

—A veces siento culpa por no haber hecho nada antes. Por no haber hecho las cosas del modo adecuado —digo.

—¿Hay un modo adecuado? —pregunta. Ya no estamos besándonos o siquiera toqueteándonos, pero él aún tiene las manos sobre mi cadera y yo aún tengo las mías sobre sus hombros. Es como la versión ardiente de un baile lento. Es maravilloso.

—No lo sé —digo—. Supongo que siento que debería haber sido Aiden Bell, el bisexual, más rápido. Solo a mis treinta pude decírselo a mi padre y a mis hermanos, e incluso entonces sentí que era algo torpe.

Nunca olvidaré la expresión en el rostro de Sean esa noche, después de que él hubiera encontrado a Elijah en mi granja. Había quedado atónito, y dolido. Dolido por no haberlo sabido, dolido porque no se lo había dicho. Había tenido que informarle que no se trataba de él y sus sentimientos, que era sobre mí, y sobre Elijah en cierto modo. Que lo importante era que yo estuviera listo. Yo. Nadie más.

Pero, luego, mamá murió.

Murió sin saber nada sobre la persona más importante de mi vida, murió sin saber una parte muy, muy importante de mí, y después de eso…

No sé. Supongo que estar listo pareció algo diferente. Le conté al resto de mis hermanos y a mi padre, y empecé a llevar a Elijah a eventos laborales y cosas así. La familia había sido fácil, el trabajo un poco más difícil.

Pero había valido la pena enfrentar cualquier dificultad por Elijah.

Pienso un instante y luego añado:

—También debería haber sido más valiente. Valiente como tú.

Elijah baja la vista. No en dirección a mis mulos, sino a mi cinturón, donde cuelga un pequeño rosario de madera.

—No pareció valiente, ¿sabes? —dice después de un momento—. Ni apresurado. Había sabido que era gay desde el instituto, pero esperé hasta la universidad para decírselo a mis padres. No dejaba de pensar que en algún momento encontraría las palabras correctas,

el momento perfecto para decirlas. Que despertaría un día, y habría un ángel de Dios en mi cuarto diciéndome que ese era el día y que no tuviera miedo porque el Espíritu Santo me enseñaría las palabras correctas que decir. —Entonces, hace un ruidito, una risita. No es amarga ni cínica. Es casi cariñosa, como si deseara poder viajar en el tiempo veinte años atrás para darle un abrazo a esa versión de sí mismo—. Al final, no tuve opción. Conoces a mis padres. ¿Un juez y la médica jefa de nuestro hospital más importante? Están por toda nuestra ciudad. Se enterarían que salía con alguien en cuanto sucediera, y sabía que sería mucho peor si lo descubrían de ese modo en vez de oírlo de mi boca.

Retira una mano que estaba bajo mi hábito y sujeta el pequeño crucifijo del rosario entre los dedos.

—Aprendí entonces que hay muchas opciones entre el mejor escenario posible y el peor. Que podían escuchar lo que decía y que podían responderme muchas cosas, y que igual podría haber mucho más sin decir. Así que a veces deseo haber esperado más. No a que el ángel apareciera en mi cuarto, pero quizás unos meses más, cuando hubiera estado más seguro sobre cómo sería mi vida adulta, y después de haber pasado más tiempo con amigos *queer* y haber oído más de sus historias. Quizá si hubiera esperado unos meses más, hubiera sido más fácil para mí.

Posa con suavidad el crucifijo sobre la tela del hábito, y alza la vista para encontrar mis ojos.

—No hay un modo adecuado, Aiden. Ni siquiera huir para convertirse en monje es el camino equivocado.

—Tal vez solo deseo no haber desperdiciado todo ese tiempo —respondo en voz baja—. Pensar que podríamos haber tenido más

tiempo juntos.

No responde, pero muerde su labio y tiene los ojos llenos de cosas que no puedo descifrar.

Y ahora mismo me siento tan lleno, tan lleno de emociones, y se supone que no debería estar sobre el regazo de mi exnovio con sus manos sobre mí y mi boca hinchada por su barba, pero tampoco puedo estar en otro sitio, y ese es un problema para después, es una confesión para después, todo lo demás puede esperar. Porque ahora mismo, él es mi columna de llamas en el desierto, mi luz, mi urgencia.

El reloj de Elijah suena; lo mira y cierra los ojos.

—Necesitamos irnos para no llegar tarde a la cena —dice, con reticencia en la voz, y sí, incluso hay reticencia en sus manos, dado que debo insistir para que me suelte.

No me atrevo a garantizarle que nos besaremos de nuevo o a decirle que me muero de ganas de participar en el juego del monje de antes. Decir en voz alta los pecados contra el celibato de algún modo me parece peor que cometerlos.

Así que, en cambio, me pongo bien el hábito y encuentro nuestras cervezas y, cuando termino, él está esperándome en la puerta de la capilla, enmarcado por los colores del atardecer. Una vez más, parece un santo en un vitral, y quizás es una blasfemia ver que su belleza genere que mi alma suelte una plegaria. Una plegaria de amor puro, de gratitud absoluta hacia Dios por la existencia de Elijah. Por su presencia, su belleza y su perfección, tal como Dios lo ha hecho.

Como un manzano entre los árboles del bosque es mi amado entre los jóvenes.

Su boca es la dulzura; su encanto es absoluto.
Este es mi amado, este es mi amigo.



CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

La cena es simple, pero deliciosa: una danza de pan, aceite y hierbas, y una sopa de mariscos cremosa llamada *bourride*, todo mejorado por la cerveza honey que fabrican aquí en el monasterio. (Es tan deliciosa como dijo el hermano Xavier: fresca, floral y con la dulzura justa). Y, si bien se come en silencio en teoría, el silencio relajado del comedor es liviano.

En Semois había cierta pesadumbre en la quietud que la hacía parecer alerta, casi algo vivo, pero aquí el silencio es suave como una brisa, acompañado de sonrisas y los sonidos inevitables de felicidad ante la comida que todos hacemos mientras cenamos. Sonidos que se convierten en *ahhhs* y aplausos entusiastas cuando dos hermanos emergen de la cocina con sartenes de hierro con algo llamado *flaugnarde*, un tipo de pastel hecho con masa dulce y fruta fresca cosechada en la arboleda frutal del monasterio.

Termino la porción de Elijah cuando no puede comer más, para su diversión.

Y después, como otra brisa suave, el silencio desaparece y lo reemplaza la conversación. Ayudamos a retirar los platos de las mesas largas de madera sobre los caballetes, y luego el *abbé* Bernard nos invita al claustro para beber más cerveza y presentarnos como corresponde.

El claustro está rodeado de senderos techados, todos hechos de piedra; son los originales del monasterio construido en el siglo XII. Entre cada arco hay un saliente bajo, pero profundo, perfecto para sentarse, y los monjes encuentran rápido sitios que parecen ser sus favoritos personales, y se sientan con las piernas cruzadas o recogidas, conversando mientras esperan que el hermano Luc vuelva con la cerveza. Una fuente fluye en el centro, como si también quisiera conversar con nosotros.

Aquí solo hay treinta monjes, algo es un poco sorprendente por cuánto producen. La lavanda misma genera varios productos diferentes (jabones, aceite esencial y *eau de toilette*) y también está la miel, que la venden sola o convertida en dulces y turrones. Y, por supuesto, está la fabricación de la cerveza más peculiar del mundo, la cerveza por la que la gente robaría literalmente a los monjes.

—¿Cómo logran hacer todo eso con tan poca gente? —le pregunto al abad mientras acepto la botella que me entrega el hermano Luc —. ¿Y sin que el trabajo lo consuma todo?

El *abbé* Bernard piensa un momento. Es un hombre bajo, afeitado, con piel morena y arrugas alrededor de los ojos de tanto reír. Noto que suele sonreír con frecuencia, en especial cuando observa a su pequeña familia de monjes, que en su mayoría tienen mi edad o apenas un poco más, una juventud sorprendente para un monasterio.

—Es un desafío —dice el abad con acento francés marcado—. Nos ordenan ser autosuficientes; sin embargo, nuestro verdadero propósito es conocer a Cristo a través de la contemplación y la oración. San Benito dice en la Regla que no quiere algo demasiado severo o riguroso para la vida monástica, pero que, para poder ganarnos el pan en el monasterio, debemos trabajar mucho. Pero ¿cómo hacerlo sin perder de vista el motivo por el que estamos aquí? —Niega con la cabeza, como si fuera algo que se pregunta con frecuencia.

Pienso en lo que el hermano Luc nos había dicho a Elijah y a mí antes, respecto a las horas canónicas.

—Pero también son flexibles. Por ejemplo, al detenerse a rezar donde estén en los campos de lavanda. Sin duda es un buen punto medio entre las partes de ora y labora de nuestro credo, ¿no cree?

—Eso espero —responde, y aún sonríe, pero hay cierta distancia reflexiva en su mirada mientras observa el claustro lleno de monjes —. Pero requiere discernimiento decidir qué adaptaciones mantienen nuestras oraciones como centro de nuestra vida y cuáles nos acercan a convertirnos en algo que no somos. Discernimiento que me temo que queda opacado por preocupaciones mundanas.

—Pero las adaptaciones son algo bueno, ¿no? —pregunta Elijah, posando su hombro contra la ancha columna de piedra al borde del claustro—. Si los monasterios no se adaptaran, todavía estarían vendiendo lana y haciendo cerveza en barriles de madera. Y, si la Iglesia no se adaptara, las mujeres aún estarían con el cabello cubierto en la iglesia mientras escuchan la misa en latín.

El abad asiente, pero sus ojos están fijos en los monjes relajados que beben cerveza.

—Casi en cualquier otro ambiente, *ceder* es una palabra muy buena. Y, la verdad, hay mucho que me gustaría que Roma estuviera dispuesta a cambiar sobre sí misma hoy día. Mi inglés no es tan bueno como para poder marcar la diferencia sutil entre palabras como *ceder* y *adaptación* sin pasarlas al francés, pero creo que los cambios que abrirán los brazos de la Iglesia son muy diferentes a los cambios que abren nuestro tiempo con Dios a preocupaciones como el dinero y los planes de mejora de capital.

»Dicho de otro modo: ¿en qué nos beneficiaría reparar el campanario o invertir en un nuevo tanque de fermentación si el verdadero coste es nuestra comunión con Dios? Porque es muy fácil permitir que la comunión se erosione, poco a poco. Un rezo por aquí, un período de *lectio* divina por allá, todo para avanzar un poco más en el trabajo, todo para terminar una última tarea. Pero creo que las tareas deben dejar tiempo para nuestras almas. No al revés. Incluso cuando las tareas están muy ligadas a tu alma. —El *abbé* Bernard amplía su sonrisa un poco mientras gira para mirar a Elijah —. Eres periodista, *n'est-ce pas?* Creo que tú también entiendes esto.

Elijah asiente, y, aunque en apariencia es solo sofisticación educada, noto que el abad le ha hecho considerar algo. Quizás algo sobre mí, porque posa los ojos en mi rostro cuando responde.

—Empiezo a entenderlo.

—Ahora —dice el abad, enderezando la espalda y aplaudiendo como un anfitrión de una fiesta que ha notado que se han olvidado algo—. El abad Jerome me dijo que has venido a escribir un artículo. Ya ves lo malos que somos guardando silencio como buenos

trapenses. ¡Deberías entrevistar a mis hermanos, así sus palabras aún servirán de algo en esta vida!

Elijah, que ha estado llevando su cuaderno de cuero pequeño encima, bebe el resto de su cerveza y asiente.

—Sí, sí, sin duda. Gracias.

Extiendo la mano hacia su botella vacía (un hábito que me quedó del año en que fui su acompañante en cada evento artístico y pretencioso de la ciudad) y el abad parece notarlo, posa los ojos donde los dedos de Elijah se rozan con los míos cuando me entrega la botella y luego empieza a buscar monjes con quienes hablar.

Un rayo de pánico desafiante recorre mi sistema nervioso y mi cerebro y vuelve a mis nervios, y debo recordarme que no hice nada demasiado revelador. Solo nos pasamos una botella, nuestros dedos se rozaron por accidente, nada más. Y había revisado mi mandíbula y mi cuello después de la capilla, y estoy seguro de que nadie más había estado arriba con nosotros…

Pero el abad solo sonríe más y señala con el mentón un carrito.

—Si quieres, puedes dejarla ahí. La haremos desinfectar y luego la reutilizaremos.

Hago lo que dice, y está esperándome donde lo dejé cuando vuelvo. No hay nada en su expresión que me haga pensar que está juzgando el modo en que Elijah y yo nos habíamos tocado, y reprimo la necesidad de decir algo al respecto. Algo como «Somos familia» o «Nos conocemos desde que nací» o «Me preocupaba que él no fuera a reciclar la botella», aunque lo último sería cien por cien mentira (Elijah siempre recicla, incluso las cosas muy molestas de reciclar como el plástico de burbujas del correo y los cartuchos de la impresora) y solo pensar en decir las otras dos me parece una

mierda, incluso aunque sean técnicamente ciertas. Parecen demasiado cercanas a negar a Elijah, y, aunque no estamos juntos y nunca podremos estar juntos de nuevo, no logro decirlo.

—El hermano Luc me dijo que te has ofrecido a ayudar con la cosecha mañana —dice el abad, y me relajo un poco. Tal vez ni siquiera pensó que había algo demasiado familiar o habitual en ese intercambio de botellas. Tal vez estoy pensándolo demasiado.

—Sí —respondo, esforzándome mucho por no mirar a Elijah, aunque lo escucho hablar en un francés impecable con un monje sentado al borde de la fuente. Al menos, asumo que es francés impecable. Más allá de este viaje, mi experiencia con el francés estuvo limitada a Lumière de *La Bella y la Bestia* y el tipo raro de las secuelas de *Matrix*.

—Qué bien —dice el abad—. Sé que has venido a explorar como es la vida en este monasterio y cómo es vivir aquí, y creo que la cosecha es un microcosmos que refleja nuestra vida. Trabajo arduo, pero que, a su vez, busca una relación íntima con Dios.

—Eso mismo quiero —respondo, aunque, cuando digo las palabras, mi mente no evoca imágenes de velas titilantes y vitrales. En cambio, pienso en la mano de Elijah bajo mi hábito. Pienso en besarlo en las ruinas de Semois, en besarlo tanto que duele. Exhalo rápido, intentando despejar la mente—. Es lo que más quiero.

—Eso mismo dijo el abad Jerome. Que buscabas una vida más austera que la que tenías en el monasterio Sergius. Debo advertirte que, si bien conservamos los rezos y los silencios, aquí hay demasiada alegría de Dios para el ascetismo verdadero. Para la austeridad pura que muchos buscan.

Lo había supuesto cuando había visto los folletos con información sobre los monasterios que visitaría, ¿no? Que solo Santa Columba podría despertarme por completo, que debía ser un sitio lúgubre y rocoso donde perdería lo último de mí.

Pero ¿y si estaba equivocado? ¿Y si estoy hecho para la lavanda, los olivos y el sol?

Pienso en la capilla y en las manos de Elijah en sitios prohibidos de mi cuerpo.

¿Y si no estoy hecho para esto?



Elijah no viene a mi cuarto esa noche y yo no voy al suyo, aunque es lo único en lo que pienso, lo único que imagino y sueño. El hermano Luc nos cuenta que el otro huésped, un sacerdote estadounidense, ha estado yendo y viniendo toda la semana, que a veces duerme bajo las estrellas, como le gusta hacer al hermano Connor.

—Un místico —nos había confiado el hermano Luc mientras nos mostraba los baños comunales y dónde estaban nuestras toallas—. Sabéis a lo que me refiero. Ven ángeles, escuchan a Dios. *Il est dans la lune*. Supongo que volverá al monasterio cuando tenga hambre, aunque no me sorprendería que sobreviviera a base de langostas y miel silvestre como *saint*-Jean-Baptiste.

Pero, a pesar de mi sueño interrumpido, la mañana llega rápido, y, con ella, las vigilias y el desayuno. Elijah acude a ambas, parece tan sereno como siempre, y no como si hubiéramos pasado la tarde de ayer besándonos y hablando sobre tener sexo. Como si uno de

nuestros juegos hipotéticos no estuviera flotando en el aire como una tormenta de verano.

Hoy tendremos tiempo de hablar más tarde, pienso. Aunque sé que mis muslos ya están tensos de anticipación y no porque esté pensando en hablar. Sino porque quiero más. Quiero besos, caricias y sexo.

Sexo.

Lo quiero. Lo quiero al mismo tiempo que rezo, al mismo tiempo que encuentro mi breviario y sigo al hermano Luc y a un monje galo robusto llamado Dom Francis hasta los campos de lavanda. Lo quiero mientras me explican el proceso de la cosecha, un método manual, dado que el puente que conecta con el valle es demasiado angosto para la máquina cosechadora.

Y, sin duda, lo quiero mientras miro los campos y observo a los monjes empezar a descargar atados de malla verde de una furgoneta.

—¿Has visto a Elijah? —le pregunto al hermano Luc—. No pude preguntarle en el desayuno si nos acompañaría.

Dom Francis, que entiende el inglés, pero no lo habla, le dice algo en francés al hermano Luc, que asiente mientras escucha.

—Dice que tu amigo fue a Cavaillon con el hermano Jean para buscar unas ollas de cobre que hemos enviado a reparar.

—Oh —es mi respuesta, que suena más triste de lo que es mi intención. Pero la decepción que me atraviesa tiene una fuerza primitiva. No es que planeara besarlo en el campo de lavanda, pero, después de una semana juntos todo el tiempo, estar sin él ya es doloroso, como si nos hubieran descosido para separarnos, y es una

sensación mala, muy mala, porque así debería sentirme respecto a Dios. Así es como me siento respecto a Dios.

Pero, si estoy cosido a Dios, entonces no puedo estar cosido a nadie más. Esa es la regla, esa ha sido la base de la vida monástica occidental durante dos mil años.

Entregarle tu vida solo a Dios y a nadie más. Entregarle tu vida a Dios y no contar los minutos que faltan hasta que puedas escabullirte de nuevo con el periodista atractivo.

Y, mientras ayudo al hermano Luc y Dom Francis a desplegar la red por las hileras largas de tierra libre entre las plantas de lavanda, debo preguntarme si existe un modo de hacer ambas cosas, si alguien ha descubierto un modo de hacer ambas. De vivir la vida en oración y silencio con el corazón latiendo dentro del pecho de otro al mismo tiempo.

—*Vous allez avoir chaud* —me dice Dom Francis, y logro recurrir al francés del bachillerato en mi cerebro para entender que me está diciendo que tendré calor con mi hábito benedictino negro mientras trabajo bajo el sol.

De hecho, ahora que me fijo, soy el único con hábito. Todos los demás visten lo mismo que usamos en el monasterio Sergius para trabajos como este: una camiseta vieja y vaqueros.

—Puedes quitarte el hábito —me dice el hermano Luc—. El monasterio no está abierto al público durante la cosecha.

Hago una mueca.

—Solo tengo ropa interior debajo.

Ambos monjes me miran como diciendo: «¿Y qué?».

—No llevo pantalones ni camiseta bajo el hábito —explico.

Dom Francis parece no entender nada, pero el hermano Luc sí.

—Olvido que eres estadounidense —dice—. Estarás bien en ropa interior.

—O estaré bien con mi hábito —murmuro, pensando en lo cortos que son mis bóxer. Al menos la jaula es lo bastante discreta y no me preocupa que sea evidente su presencia, pero ¿sabéis qué no es nada discreto? El gran tatuaje de una paloma con un Cheeto picante en el pico.

Dom Francis niega con la cabeza, sonriendo, y me entrega otro rollo de red mientras balbucea algo en francés.

—Dice que te cocinarás como un pato en su propia grasa si eres tan testarudo. Incluso Bernard de Clairvaux admitiría la derrota en el calor de julio.

Tomo la red y empiezo a extenderla, con cuidado de colocar los bordes bajo las lavandas para que capture las flores cosechadas.

—Lo tendré en cuenta.

—*L'humilité est une vertu* —susurra Dom Francis—, *surtout l'humilité pour le soleil*.



Seis horas hace que el hábito se fue, está doblado en una pila junto a la furgoneta eléctrica pequeña que los monjes usan para llevar la lavanda a la destilería. Solo tengo puesta la ropa interior, estoy cubierto de sudor y lleno de pétalos de lavanda, y me siento más feliz de lo que he estado en mucho tiempo. Sí, me duelen la espalda y los hombros por podar las flores de lavanda con la cortadora eléctrica, y sí, hace tanto calor que no dejo de sudar el protector

solar que Dom Francis me dio antes (junto con una sucesión de bromas intraducibles sobre mi tatuaje). Pero la brisa intensa recorre el valle con bastante frecuencia y nos refresca, y el aroma de lavanda recién cortada está por doquier y a mi alrededor los hermanos en sus propias hileras de flores cantan, conversan y ríen.

Las campanas han sonado tres veces, y las tres veces todos nos hemos detenido donde estábamos para rezar. Susurramos salmos y cantamos himnos, y, aunque estábamos todos separados, también estábamos unidos. Hay algo respecto a rezar así que parece más natural que lo que hacían en Semois, donde apenas podías empezar algo antes de que fuera hora de marchar de vuelta a la iglesia. Aquí, las tareas están diseñadas para darle espacio al alma; tal como deseaba el *abbé* Bernard, aquí, el alma es prioridad. Pero, en Notre Dame des Fontaines, el alma puede ser prioridad en cualquier parte. Aquí el alma canta en un valle cubierto de lavanda tan fuerte como lo haría en una habitación diseñada para cantar, y me pregunto: ¿es posible que aquí conozca a Dios de un modo diferente que en cualquier otra parte? ¿Lo que siento entre Dios y yo ahora mismo mientras canto los salmos en la lavanda es una sensación que solo puedo experimentar en este lugar? Si hiciera exactamente lo mismo en el monasterio Sergius o Semois, ¿sería igual?

¿Sucedería lo mismo en Santa Columba, el monasterio que mi corazón había escogido?

Pero, mientras corto más flores y ayudo a los otros monjes a cargar pilas de ellas en la furgoneta, pienso por primera vez que quizás me equivoqué, que tal vez Santa Columba no es para mí después de todo. Quizás esté hecho para un sitio como este, donde

las tareas le dan espacio al alma y las capillas están llenas de besos…

Basta. Eso no es para nada una característica de Notre Dame des Fontaines. Ese no sería mi futuro si me quedara aquí. Y, además, no puedo permitirme pensar de ese modo. No puedo permitirme pensar para nada. Porque pensar en ello significa que tendré que reconocerlo y nombrarlo, nombrar todas las maneras en que mi castidad se destruye en mis manos, al igual que mi obediencia, al igual que mi honestidad. Al igual que mi devoción hacia Dios.

Así que, por lo tanto, mi futuro es dar votos solemnes y vivir ascéticamente para siempre en un acantilado sobre un mar frío.

Suelto un paquete de lavanda en la parte posterior de la furgoneta y luego me doy la vuelta y veo a Elijah de pie, con gafas de sol, luciendo como si acabara de salir de una sesión de fotos de una revista parisina con su camiseta a rayas blanca y negra, los vaqueros oscuros y las deportivas blancas y bajas. Tiene la tira de su bolso de cuero en diagonal sobre el pecho, lo cual resalta los músculos firmes debajo.

Está de pie, mirándome detrás de sus gafas, y no veo nada de su expresión, solo noto que aprieta los labios y que esa ceja solitaria sube por encima del marco de las gafas. Como si estuviera viendo algo ridículo, y soy ridículo, así que le dedico una sonrisa gigante.

—Entonces, ¿en qué parte de la escala de Aiden Bell estaría esto? —pregunto.

—¿Quieres decir qué puesto tendría estar casi desnudo y cubierto de pétalos en comparación con saltar a una fuente con una corbata en tu cabeza?

Vaya, nadar en una fuente en este momento suena muy agradable.

—Sí.

Él niega con la cabeza, apretando las comisuras, como si no pudiera decidir si sonreír o sentir lástima por mí.

—No lo sé. Em, ¿vas a ponerte de nuevo el hábito?

Mi sonrisa flaquea. Y luego desaparece. Porque las veces que hemos estado juntos la última semana han sido a oscuras (o yo he estado completamente vestido) y esta es la primera vez que me ha visto en cinco años, la primera vez que ha visto mi cuerpo desde que cambió. Ahora, el vello oscuro cubre mi pecho y mi estómago, un estómago que ya no es plano y musculoso, sino sólido y convexo.

Quizás no sentiría pudor si no fuera tan distinto de mi cuerpo anterior. Mi cuerpo hecho de vodka y batidos de proteínas. Y ahora mismo, con Elijah mirándome así, con su pregunta flotando en el aire, como si intentara salvarme y evitar que pase vergüenza, me siento un cavernícola. Gigante, torpe y peludo, tan lejano del hombre que era, y busco mi hábito antes de siquiera digerir el sentimiento. De todos modos, no debería importarme, porque no importa. La magnitud de lo poco que importa no puede medirse en millas o kilómetros, sino en promesas del alma y juramentos del corazón. No se mide en distancia y decisiones, sino en luciérnagas en el claustro.

Pero, aunque no importa, importa, y mi rostro arde un poco mientras me pongo el hábito sobre la cabeza y subo la cremallera hasta mi garganta.

—Bien —me dice el hermano Luc al acercarse con otro monje cuyo nombre no recuerdo—. Estáis listos para volver.

—¿Volver para qué? —pregunta Elijah.

—¡Para la siesta, claro! —dice el hermano Luc con una sonrisa—. La mejor parte del día.

—Antes que nada, necesito ducharme —respondo mientras los dos monjes suben a la furgoneta—. Estoy asqueroso y cubierto de pétalos.

—Si no queréis dormir —dice el hermano Luc—, podríais visitar la gruta detrás de la capilla. Muchos peregrinos la visitan. Dicen que el altar es donde la Virgen derramó las primeras lágrimas por el niño enfermo.

—*C'était d'abord un sanctuaire païen, mais on ne le dit pas aux visiteurs* —comenta el otro monje y Elijah ríe.

—Primero fue un altar pagano, pero no se lo decimos a los visitantes —me traduce Elijah.

—Y tal vez encontraréis a nuestro monje estadounidense perdido allí, ¿eh? —dice el hermano Luc antes de encender el motor—. Decidle que baje a comer algo que no sean langostas.

Sacuden la mano a modo de saludo, se marchan en el vehículo, y yo miro a Elijah.

—¿Vamos a la gruta después de mi ducha? —sugiero.

—Por fin, creí que nunca lo dirías.



CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

La gruta es antigua, bonita y también muy espeluznante. Es la entrada de una cueva pequeña, llena de agua por un arroyo interno, y custodiada por estatuas de la Virgen hechas de roca gastada y otros santos más, que nos miran con ojos ciegos mientras nos acercamos.

No sé tanto como mi hermano Tyler sobre paganos e historia, pero, incluso con mi conocimiento limitado, el lugar tiene una energía muy pagana para mí. El agua fluye a los pies de la Virgen; los árboles retorcidos se ven interrumpidos por piedra caliza escarpada y grupos de flores amarillas.

Elijah se quita las gafas de sol y las cuelga del cuello de su camiseta antes de hundir los dedos en el agua. Sus vaqueros se tensan sobre sus muslos y su trasero, y tengo el recuerdo vívido de la sensación de mi cuerpo aplastando el suyo contra la pared del eremitorio, y lo deseo. Lo deseo de nuevo. Él y yo, en contacto, y luego él levanta la cabeza y me mira, y sé que ve el deseo en mi rostro.

Separa los labios, y se pone de pie despacio, y tal vez no le importa tanto el cambio en mi nuevo cuerpo, porque avanza hacia mí con ojos oscuros y hambrientos.

Y luego, su teléfono suena.

Mi primer pensamiento es: «¿En serio? ¿Hay señal aquí arriba en la colina acuática pagana?».

El segundo es: «¿Quién nos llamaría ahora?». En casa es demasiado temprano.

—¿Es Sean? —pregunto—. ¿O Zenny? ¿Estarán despiertos por los bebés? Responde y haz que nos muestren a los niños por FaceTime…

Elijah niega con la cabeza despacio mientras sostiene el teléfono como si fuera una granada.

—No es Sean ni Zenny —dice—. Es Jamie.

—Ah —digo. Y luego, comprendo mejor—. Ah.

Con los ojos en la pantalla, Elijah emite un suspiro largo y tembloroso. Y luego, silencia la llamada.

—Elijah —digo, sin saber qué quiero decirle, pero sabiendo que necesito decir algo. Más allá de decirme que podía hacerle una mamada en las ruinas de Semois, no ha dicho ni una palabra sobre él y Jamie, o sobre el compromiso, y de pronto, me pregunto por qué, por qué no lo ha mencionado, y quizás es porque me he equivocado en mis suposiciones y él y Jamie todavía están juntos…

Elijah me mira y lo que sea que ve hace que exhale de nuevo.

—Rompimos nuestro compromiso —dice después de un instante —. Si es eso lo que te preguntas.

Solo parpadeo. Es lo que he esperado que ocurra, y me odié a mí mismo por ello, por todo tipo de razones, e incluso en medio de mi

alivio y mi culpa confusa que nació con ese alivio, también siento duda, porque un compromiso roto no significa necesariamente una relación terminada, o un amor destruido. Tal vez aún está con Jamie, incluso si no van a casarse. Quizás aún lo ama.

Y no tengo derecho a que me importe, pero, maldita sea, me importa.

Elijah entrelaza los dedos detrás de la nuca, se aleja de la gruta y luego vuelve sobre sus pasos, su bolso golpea su muslo cuando lo hace.

—Yo terminé el compromiso —aclara Elijah—. Volví a casa después de la visita al monasterio Sergius y le conté lo que había pasado y él quería… Estaba listo para…

Deja de caminar de un lado a otro y deja caer las manos a ambos lados del cuerpo.

—Estaba listo para perdonarme —dice, inexpresivo—. Él creía que fue un lapsus entendible. Un error inocente. Como si hubiera algo comprensible en engañar a tu prometido. Como si hubiera algo inocente en cómo nos besamos ese día.

La disculpa que necesito decir, lo que debería haber dicho ese día y cada día desde entonces, empuja mis labios y sale.

—Elijah, lo siento mucho —digo. El viento amenaza con llevarse mis palabras antes de que las escuche, y avanzo, me acerco lo suficiente para tocarlo—. Lamento tanto, pero tanto lo que sucedió ese día. Lo que sucedió con Jamie.

—Lo sé —dice.

Y por fin digo en voz alta el miedo que he sentido desde que él me dio permiso en Semois.

—Pero no puedes elegirme a mí —susurro—. No puedes elegirme. Porque yo no puedo elegirte.

Sus ojos brillan bajo el sol, sombras líquidas rodeadas de oro muy oscuro.

—Lo sé —repite.

Pero, entonces, sus manos sujetan mi hábito y mi escapulario, me acercan, me llevan a su boca, que es cálida y furiosa sobre la mía, y luego nos besamos, buscándonos mutuamente, y Elijah repite «lo sé» en un susurro sin aliento sobre mis labios y luego digo las palabras mágicas. Las que él había tatuado en latín en su brazo.

—¿Y si…?

Se aparta, con la boca húmeda y las pupilas dilatadas.

—Sí —dice, ni siquiera espera a que termine la frase—. Sí.

Sujeta mi muñeca y me lleva a alguna parte (me doy cuenta que nos dirigimos a la capilla al pasar de nuevo por el bosque) y ahora los dos nos apresuramos, prácticamente trotamos, hasta que empujamos la puerta de madera de la capilla vacía y estamos de nuevo uno sobre el otro, sus manos tiran con impaciencia de mi hábito mientras intento abrir el botón de sus vaqueros.

—Estás desesperado —susurra Elijah, apretándome cada vez más bajo la sombra fresca de la capilla—. Harías cualquier cosa por hacerlo.

Sí, sí, este es el juego, este es el escenario hipotético. Soy un monje que sufre, muere, suplica. Él es el extraño lo bastante pervertido para aprovecharse de ello. Es el único juego en el que quiero participar durante el resto de mi vida, en el que hundo las manos en su pantalón y él deja caer su bolsa al suelo para poder lanzarme de nuevo contra el altar de piedra.

—Haré lo que sea —suplico, formando mi rostro contra su mandíbula, contra su cuello. Huele a salvia y jabón y a Elijah, y su barba incipiente inflama mis labios y mejillas. Huele como espero que huela Dios. Limpio, botánico y real.

Encuentro su erección detrás de la cremallera, y emite un gruñido entrecortado que hace que apriete los dedos de mis pies.

—Lo que sea —susurro contra su cuello, mi respiración sale con brusquedad por la lujuria, porque él es tan grande y caliente en mi mano, tan vivo, tan necesario—. Haré lo que sea.

—Oh, mierda, sé que lo harás —responde. Con cierta frialdad, tal como lo haría un desconocido, pero también quizás como lo haría un exnovio, porque por supuesto que esto no es en absoluto un juego, es la verdad cruda y sin endulzar. Pasé años negándome por el fervor de un converso, por la necesidad de expiar mis pecados, y ahora aquí estoy, con mi pene apretado contra la jaula y el cuerpo entero temblando con esa miseria dulce y enfermiza que es la lujuria insatisfecha. Me humilla por completo la sensación, y no me importa, no me importa estar suplicando, estar renunciando, no ser más que carne deseando carne, un corazón mortal deseando otro corazón mortal, y estar entregando ahora mismo algo más vital que mi cuerpo.

Los votos que hice, las promesas que hice, la vida que juré llevar… ahora han desaparecido, se han ido en el viento seco pagano que susurra fuera de la capilla. Han estado dispersándose desde Semois, desde aquel día en el eremitorio.

Quizás incluso desde el día en que vi a Elijah sentado en el claustro, esperando para decirme que se casaría.

Elijah toma mi mandíbula con su mano y me da un beso profundo, curioso, la clase de beso donde su lengua folla sin piedad la mía, y luego, con la misma brusquedad, me da la vuelta y me recuesta sobre el altar.

—Inclínate —jadea, subiendo mi hábito hasta la cadera antes de bajar mi ropa interior hasta debajo del glúteo. Desliza una palma cariñosa sobre uno de ellos y luego baja la prenda por mis piernas y por un pie para poder separarlas—. Esta mierda —dice, suena enfadado cuando sus dedos encuentran mi jaula y la carne hinchada dentro. Pero presiona su miembro desnudo contra mi trasero mientras lo dice, así que sé que al menos está tan excitado como furioso, quizás más excitado que nada.

—Puedo eyacular con esto puesto —jadeo, cerrando los ojos y sintiendo su erección moverse sobre mí, temblando por la necesidad de apretarme contra él—. Puedes hacerme eyacular con esto puesto.

—¿Eso es lo que necesitas, hermano Patrick? —susurra—. ¿Alguien que ordeñe ese pene hasta que ya no tengas que tener erecciones durante los rezos?

—Sí —digo, miserable, mi cabeza cuelga entre los hombros, mi respiración entrecortada entra y sale. Ahora mi pene gotea, el líquido preseminal transparente que sabría a sal si alguno de los dos pudiera saborearlo, como la sal de la Tierra misma.

—Tendrás que ser cuidadoso —dice en voz baja en mi oído—. Tal vez lo necesitarás de nuevo. Y de nuevo. Quizás lo necesitarás todos los días. Tal vez no podrás ser capaz de sobrevivir a una sola noche sin que te follen hasta quitarte la lujuria.

—Es demasiado tarde para ser cuidadoso —balbuceo entre inhalaciones, y lo digo en serio, en todos los sentidos. Es demasiado

tarde, demasiado tarde, demasiado tarde. Solo existe esto, solo el presente, solo sus dedos deslizándose por mi centro para hallar el sitio donde está mi abertura. Son bruscos, insistentes, como los de un desconocido imprudente (o como los de un exnovio enfadado).

—Tienes toda la razón —dice, con voz tan brusca como su tacto—. Quédate quieto.

Obedezco, estoy demasiado tembloroso y excitado para preocuparme por estar inclinado sobre un altar medieval con mi hábito subido a la cintura. Demasiado inflamado para preocuparme por lo ridículo que debo parecer con mis botas aún puestas, con mis pies separados y las manos sobre la piedra ante mí. Nada importa, nada de nada; es demasiado tarde, es demasiado tarde. Maldita sea, gracias a Dios es demasiado tarde para que algo más importe.

Reaparece con una mano posesiva y firme en mi trasero y luego con dedos resbaladizos. Resbaladizos y frescos.

Lubricante.

Lo miro por encima del hombro. Tiene un condón empaquetado entre los dientes y los ojos entrecerrados cuando me devuelve la mirada.

—¿Cómo sabías…?

—¿Por qué piensas que fui al pueblo? —susurra con el condón en la boca, sus dedos encuentran mi centro de nuevo—. No fue para ayudar con las ollas.

Saber que él planeó todo esto, que fue a la gruta con su bolsa, preparado para follarme, hace que todo sea más maravilloso e insoportable.

—Entonces, todo el día…

—Sí —dice, abre el paquete con los dientes y luego coloca el condón sobre su pene, que sobresale de la cremallera de sus vaqueros—. Todo el día.

Un dedo entra, y tiemblo tanto que siento que me derrumbaré en una pila de átomos al pie del altar, y luego escucho el clic de una botella y todo se vuelve más resbaladizo, más fresco. Mi cuerpo se tensa sobre él, pero a la vez lo recibe con gusto, recibe la invasión maravillosa que una vez fue familiar y que ahora parece nueva otra vez.

Presiono el rostro contra la piedra fría, jadeando mientras introduce un segundo dedo. Y luego, ambos dedos se mueven, acarician algo profundo, vital, y gimo en el altar.

La voz de Elijah es baja y triunfal cuando habla.

—Sabía que lo necesitabas. Lo supe en cuanto te vi. Por suerte para ti, no me negaría a un monje. Es lo menos que puedo hacer por un hombre de Dios, ¿no crees?

Asiento sobre el altar, haciendo un ruido de aceptación desvergonzada mientras toca su pene y presiona la cabeza resbaladiza y cubierta de látex contra mí. Es inmenso, vasto, más grande que la gracia y que el pecado, y, mientras empieza a entrar en mí, olvido cómo pensar. Olvido cómo respirar. Lo único que recuerdo es a él, la necesidad pesada de tenerlo a él entrando despacio. Empalándome. Penetrándome. Clavándome a una cruz que construí yo mismo hace cinco años con soledad, desesperación y esperanza.

Me siento extendido y, por un solo instante, hay más dolor que placer, pero este dolor también es placentero. Un látigo, un cilicio en el brazo, una cuerda debajo de la rodilla, estar arrodillado durante

horas en el suelo pétreo solo acompañado por la hostia: es lo mismo. Es la muerte del yo, la santificación, la salvación y el bautismo, y él es quien me lo da.

—Por favor —digo, gimiendo—. Necesito…

—Sé lo que necesitas —responde, y luego de retirarse con lentitud, entra de nuevo, hasta el fondo, hasta que su cadera toca la curvatura de mi parte posterior. Permanecemos quietos un momento, y luego él posa una mano entre mis escápulas y me sostiene abajo—. Quédate quieto y te ayudaré. Verás qué bien puedo ayudarte.

Cierro los ojos.

—Por favor —susurro—. Déjame sentirte.

Lo hace, con más roces lentos y otra llovizna de lubricante, moviendo las manos hasta mi trasero para separar los glúteos.

—Mírate —dice con voz ronca—. Mira lo bien que me recibes.

Asiento sobre la piedra, la electricidad me recorre, sube y baja por mi columna. Cada vez que se mueve, su miembro toca mi próstata y pronto mis escalofríos se convierten en estremecimientos y los estremecimientos se han vuelto temblores incontrolables por todo mi cuerpo. Mi vientre se tambalea. Mis muslos se sacuden.

—Sí —susurra Elijah, sus manos aún me sostienen en la misma posición—. Eso es. ¿No es mejor? ¿No estás feliz de haberme pedido ayuda?

Ahora ya no puedo hablar. Me presiono contra él, y luego desliza una mano bajo mi garganta y me endereza de modo que casi estoy incorporado. Encuentra mi mandíbula y gira mi cabeza para un beso breve en un ángulo limitante, y es más un encuentro de labios y el intercambio de aliento que un beso de verdad, pero es suficiente

porque es él, es Elijah, y estamos haciendo uno de nuestros juegos, e incluso si esto no sucede de nuevo, está pasando ahora, y tendré este recuerdo para siempre. Su pecho contra mi espalda y su mano en mi garganta y el placer subiendo por mis muslos y mi entrepierna hasta que amenaza con partirme a la mitad.

—Elijah —gruño—. Elijah.

Y luego la sensación se apodera de mí. Como éxtasis, como si me clavaran lanzas de amor angelicales, como si me atravesaran espadas de luz. En este instante, comprendo tanto… creo que podría entenderlo todo, cada misterio de la creación, incluso por qué Dios hizo que el amor por él y el sexo fueran tan parecidos. Cuando la primera ola baja por mi vientre, abro los ojos y veo las colinas blancas y verdes al otro lado del valle a través de la puerta abierta de la capilla. Huelo a lavanda y veo el viento jugando con las hojas y siento los dedos débiles del sol extendiéndose hacia el altar. Y fijo la mirada en esas colinas mientras el alivio llega, toma mi cuerpo y se lo ofrece a Elijah, a Dios, a mí mismo. Mientras la diferencia entre los tres se vuelve ínfima, y estamos todos unidos en este momento, un espíritu, un cuerpo, juntos, juntos, juntos. El mal exorcizado con la sal de nuestro sudor, la alegría consagrada con el semen.

Juntos y encarnados y aquí. Vivos.

Alzo mis ojos hacia las colinas.

Soy un recipiente vacío después de este orgasmo, un cáliz que solo contiene el recuerdo del vino, y Elijah me permite desplomarme sobre el altar mientras se acerca para acariciarme. Encuentra el sitio resbaladizo donde el semen gotea.

—Sí —susurra, su caricia cambia. Se vuelve más intensa, determinada y lujuriosa—. Lo sabía. Sabía que necesitabas esto. Y

seguirás necesitándolo, ¿cierto? Puede ser nuestro secreto lo que necesitas que te haga. Nadie más necesita saber cuánto sufres bajo ese hábito piadoso que usas.

—Sí —logro decir entre sus estocadas vigorosas—. Lo necesitaré. Por favor, no te detengas. Por favor, no pares…

Detrás de mí, se tensa, y oigo un grito ahogado. Y luego posa la mano al borde del altar y empieza a penetrarme con el condón lleno con movimientos breves que siento en mi interior.

Tarda bastante, como si ni siquiera su cuerpo quisiera que esto terminara, y, cuando por fin se queda quieto, no parece querer salir de mí.

Y yo tampoco quiero que lo haga.

Pero la biología lo ordena, y se desliza fuera de mi cuerpo después de un instante, lo más lento posible.

—Quédate aquí —exige y luego lo escucho hurgar en su bolsa. Cuando vuelve, me gira y luego me insta a sentarme en el altar aún con el hábito sobre mi cintura.

Por alguna razón, esto es lo que me hace vacilar, a pesar de que sé que este altar ya no está santificado, y a pesar de que acabo de aferrarme a él para que mi exnovio me montara hasta el Día del Juicio Final. Pero, por algún motivo, siento que está mal posar mi trasero en el altar.

Sin embargo, cuando veo lo que cuelga de los dedos largos de Elijah, mi objeción desaparece.

Es la llave de mi jaula.

—La cogiste de mi cuarto —susurro.

Elijah me mira con ojos llenos de una mezcla de calor, irritación y lujuria.

—Solo he pensado en este juego todo el maldito día, todo el tiempo que estuve en Cavaillon inventando excusas para escabullirme y comprar *les préservatifs.* Y luego vuelvo al monasterio y te encuentro prácticamente desnudo y sonriéndome como solías hacerlo, como si estuvieras desafiándome, y, Jesús, cómo extrañaba que me desafiaran. Y sabía que, si pasabas un minuto más con esta jaula puesta, me volvería loco, así que busqué tu llave mientras te duchabas.

Separo las piernas y él toma el candado pequeño de la jaula entre los dedos e introduce la llave.

—Pensé que, cuando me viste esta tarde… —Me detengo. Parece estúpido decirlo en voz alta.

—¿Qué pensaste? —pregunta Elijah, con los ojos en mi jaula mientras gira la llave y el candado se abre—. Dime.

—Pensé que tal vez ya no te gustaba —confieso—. Porque mi cuerpo ha cambiado mucho.

Él endereza la espalda, con expresión incrédula.

—¿Qué?

—Ya sabes —digo, sintiendo que mi rostro y mi pecho arden—. Porque ahora soy diferente. Más peludo. Y mi estómago…

Sujeta mi mano y la coloca en su pene, que ahora no tiene preservativo puesto, pero no lo ha apartado. Ya está erecto de nuevo.

—El cuerpo de monje robusto me gusta. Mucho. Y… —Se acerca y presiona sus labios contra mi mandíbula, mi oreja—. Te deseo tanto así que a veces ni siquiera puedo mirarte, porque, si lo hago, no podré pensar con claridad hasta escaparme a algún sitio para masturbarme.

Retrocede y libera mi carne sensible del aparato de castidad, y luego, con una punzada de dolor y la hinchazón primitiva de placer, mi pene se agranda entre mis muslos, se alarga entre los dos.

—Quiero más escenarios hipotéticos —digo.

Él mira mi miembro y luego mi rostro. Con una ceja en alto, no sé si es en acuerdo o desacuerdo hasta que habla.

—Yo también —dice al fin.

—Pero no… No puedo darte…

—Lo sé, Aiden.

Se pone de rodillas, con los ojos clavados en los míos, y luego abre sus labios perfectos e inclina la cabeza. Su boca me engulle, caliente, sedosa y suave, y solo requiere una succión. Una succión y estallo de nuevo, por completo esta vez, mis manos encuentran su rostro para sostenerlo mientras las contracciones intensas y deliciosas hacen temblar mis muslos y mi pene y lanzo un chorro de liberación total en su lengua, lo que me deja aturdido. Él aún me mira, con los labios sobre mi pene, y esto es perfecto, es tan perfecto.

En algún momento, tendré que confesarme, tendré que detenerme y encontrar de nuevo el camino hacia el celibato, pero ¿no fue idea del abad Jerome que usara este viaje para preguntarme qué quería de verdad? ¿Qué quería Dios? ¿No era una invitación a reflexionar si estaba hecho para los votos solemnes y para pasar el resto de mi vida en un monasterio? Y sé que lo estoy, sé que debo ser monje y pasar el resto de mi vida a solas con Dios… pero sin duda no hará daño aceptar la invitación y aprovecharla al máximo, ¿no? ¿Solo durante este viaje? ¿Solo durante las próximas semanas? Cuando lo piensas bien, ¿qué son un par de semanas en una vida de

devoción? ¿Qué son unas pocas horas robadas cuando el resto del día es oración y trabajo?

¿Qué son un par de escenarios hipotéticos cuando el resto de mi vida está escrito en piedra?



CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Mientras nos limpiamos despacio y guardamos nuestras cosas (los dos arrastrando los pies, reticentes a salir de nuestra capilla sexual), enfrento la otra barrera entre los dos.

Jamie. El compromiso roto.

—No tienes que hablar sobre esto si no quieres —digo con cautela, recogiendo parte del envoltorio del preservativo del suelo para guardarlo en la bolsa—. Pero no pasa un solo día en el que no lamente lo que sucedió en el eremitorio, lo que te hice hacer…

—No me obligaste a hacer nada —afirma—. Sentiste cómo estaba ese día. Te deseaba así y más. Y no actúes como si no hubieras tenido tanto que perder como yo.

—Pero si… Si no te hubiera besado, entonces quizás Jamie y tú aún estaríais…

—No, Aiden —dice—. No estaríamos juntos.

Nos miramos uno a cada lado del altar. En la esquina de la capilla, el pozo borbotea, imperturbable ante las penas y las miserias de los hombres.

Elijah suspira y desliza despacio una mano sobre su rostro.

—No estaríamos juntos —repite, por fin—. No lo estaríamos porque él me importa demasiado para fingir una vida en la que no estuviera todavía enamorado de ti.

Todavía enamorado de ti.

Las palabras me cubren como una ola, me aplastan como aguas profundas. No puedo respirar, mi pecho colapsa, y yo también lo amo, lo he amado todos estos años, y él *todavía está enamorado de mí…*

—Elijah —susurro, avanzando, y él alza una mano para detenerme.

—No —dice, con las cejas en alto, y ahora parece dolido, como si estuviera sufriendo mucho—. Por favor, no. Ya lo sé. Ya sé todo lo que vas a decir, así que no debes decir nada. Eres monje. Seguirás siendo monje. Lo que sea que esté pasando ahora terminará cuando volvamos a casa.

Inhalo para hablar, pero luego me detengo. Porque no es lo que iba a decir… pero tampoco está equivocado. No está equivocado respecto a la parte de ser monje.

Y el final.

—Yo también te amo —es lo que digo. De todos modos, es lo que planeaba decir, pero ahora es imposible pasar por alto lo que no se ha dicho. Es imposible pasar por alto que es un «te amo, pero…».

Sin duda él lo nota, porque su boca dibuja una sonrisa triste.

—¿Sí?

—Debes haberlo sabido —digo—. No soy buen actor. Debes haberlo sabido en cuanto me viste de nuevo. Debes haberte dado cuenta de que jamás dejé de amarte.

Él niega con la cabeza.

—Te fuiste, Aiden. ¿Por qué pensaría que aún me amabas?

La información que tendré que darle sobre esa noche, sobre todo, incluso las partes que parecen imposibles de poner en palabras, aletea en mi interior como un pájaro inquieto. Pero él me salva de mí mismo al hablar, y obtengo una prórroga.

Por ahora.

—Creí que había dejado de amarte —dice con sinceridad—. Puse todas mis energías en intentarlo. Y creí que, dado que empecé a amar a alguien más, lo había logrado, que había enterrado esa parte de mí que ama a los millonarios imprudentes y sin remedio. Y luego te vi entrar en ese claustro, y me di cuenta de que todo el esfuerzo que había hecho para dejar de amarte había sido en vano. Y tal vez siempre hubiera sido en vano, pero lo era en especial porque eras diferente. Habías cambiado, y yo era tan vulnerable a esta nueva versión tuya como lo había sido a la anterior. —Desliza de nuevo la mano sobre su rostro—. Tal vez más, si soy sincero.

—No necesitaba verte de nuevo para saber que todavía te amaba —susurro—. Elijah, todo este tiempo… —No termino la frase. No puedo. Es demasiado obvio e importante para contenerlo en un par de palabras.

Me mira a los ojos, y los suyos son suaves y sinceros.

—Entonces tal vez esto debía suceder —dice—. Quizás siempre estuvimos destinados a terminar aquí, juntos. Quizás Dios quería eso para nosotros.

—Pero Dios también quiere que seas feliz y tengas lo que necesitas —respondo, avanzando por completo hasta el altar para poder colocar mi mano junto a la de él. Mi pulgar roza su meñique, y

es tan cálido en comparación con la piedra fría del altar que suspiro —. Siento que te he robado algo.

Él sacude la cabeza ante mis palabras.

—Eso es lo que intento decirte. No me has robado nada. Después de nuestro beso en el eremitorio…

Frota despacio su meñique contra mi pulgar, con los ojos en nuestras manos.

—He construido una vida para mí mismo donde todo tiene un sentido y un significado, donde cada minuto está lleno de tareas, y todas esas tareas tienen un motivo. No hay viajes en carretera espontáneos para ver una manada de bisontes que encontraste en internet. No hay pícnic a las dos de la mañana bajo las estrellas. No hay días libres aleatorios para poder pasar el día viendo películas de superhéroes en orden cronológico. Y había pensado… Había pensado: «Está bien». Todas esas cosas son extravagantes y tontas y eso es lo que me encantaba de ellas, y dado que eras monje, creí que habían transformado toda tu extravagancia en austeridad, y, por lo tanto, lo que amaba de ti también habría desaparecido. Pero me equivoqué. —Me mira—. Eres tan encantador y silencioso como risueño. Y tan serio y hermoso como tonto. Y así eres más potente, más poderoso, más estimulante, y quizás es porque las tonterías y la contemplación son prácticamente lo mismo. Quizás es porque, sin importar lo que estés haciendo, me recuerdas que estoy aquí, vivo, y que hay más en la vida que solo trabajar. Que a veces podemos dormir hasta tarde, jugar, rezar o no tener nada que demostrar.

Rodeo el altar, incapaz de soportar más la separación entre los dos.

—Me has hecho querer mejorar porque eres inteligente y tranquilo, y, cuando estoy contigo, quiero devorar la vida a mordiscos gigantes, quiero alimentarte de vida hasta que estés lleno. Nunca ha habido nadie como tú, y lo único que siempre he querido es dártelo todo.

Y saber que yo no podría hacerlo, darme cuenta visceralmente de que lo decepcionaría una y otra vez, había sido gran parte de lo que me había roto esa noche.

Elijah permite que sostenga su mandíbula en mis manos, y cierra los ojos, las pestañas gruesas descansan sobre la cima de sus pómulos.

—Prefiero tenerte tres semanas en Europa que pasar el resto de mi vida deseando haberte besado una última vez —susurra.

Sí. Sí.

—Te amo —le digo. El entusiasmo de ser capaz de pronunciar las palabras es casi suficiente para mitigar el dolor que nos espera al final de este viaje.

Abre los ojos y besa mi palma.

—Yo también te amo —responde con vigor, pero veo el nudo entre sus cejas mientras habla, siento la tensión en su mandíbula.

Qué curioso que un «te amo» podría ser suficiente para cualquier otra pareja del mundo. El inicio de un felices para siempre.

Pero, para nosotros, es vinagre y no vino: arde, es amargo, y solo genera más sed por algo que nunca, jamás, podremos tener.



Me preocupa que quizás todo esto se vea en nuestro rostro cuando nos sentamos a cenar. Los «te amo», el sexo. En especial el sexo. Sin duda debe haber algo distinto en mí, en mi expresión, en mi voz. Sin duda el modo en que Elijah y yo nos movemos cuando estamos juntos, con cuidado de no mirarnos tanto, de no hablar demasiado, debe delatarnos.

Me siento distinto, y no ayuda para nada que mi miembro esté libre bajo mi hábito, y que, incluso dentro de mi ropa interior, la estimulación que llega por la presión y la fricción constante de la tela es mayor de la que he experimentado en este viaje. Y, cuando me muevo, en cierto modo siento el dolor donde Elijah me penetró, y mi cuerpo amenaza con despertar de nuevo.

Me siento como cuando empezamos a tener sexo, y era lo único que deseaba hacer. Le suplicaba que se tomara días libres del trabajo, lo mantenía despierto toda la noche, como si pudiera compensar todo el tiempo que habíamos pasado sin tener sexo si me esforzaba lo suficiente.

Ahora me siento igual. Y, cuando noto que me mira en el refectorio con una mirada veloz, pero que contiene fuego, pienso que tal vez se siente igual que yo. Un plan cobra forma en mi mente.

Cuando volvemos a la casa de huéspedes después de las completas (el sacerdote misterioso aún no ha vuelto del viaje que sea que esté emprendiendo) cierro la puerta y miro a Elijah en el pasillo de piedra.

—¿Y si…? —digo y, de inmediato, entrecierra los ojos.

—Sí.

—Te quedas a dormir —susurro—. Con Sean.

Entrecierra aún más los ojos. No es un juego nuevo; es uno de nuestros favoritos. El juego del mejor amigo del hermano mayor.

—Y él está dormido y tú duermes en el cuarto de huéspedes, pero yo no puedo dormir. Y entro a tu habitación sin llamar.

Traga con dificultad.

—Sí —dice, su voz suena seca—. Me gusta ese juego.

Y una hora después, está cada uno en su propia celda, limpio, fingiendo conciliar el sueño, yo espero hasta que ya no puedo soportarlo, y luego salgo de la cama y abro la puerta de madera que lleva al pasillo.

En cierto modo, a pesar de la piedra medieval y las celdas vacías, siento que estoy escabulléndome por mi hogar de la infancia mientras todos duermen. Solo tengo puesta la ropa interior, y, si me descubren, tendré que fingir que iba camino al baño o algo así. Y, si bien dudo mucho que sea un problema que me vean, dado que parece poco probable que los monjes del lugar den vueltas por la casa de huéspedes durante las valiosas horas de sueño entre las completas y las vigilias, es una posibilidad para la que igual me preparo mientras avanzo por el pasillo hacia la celda de Elijah, de puntillas para hacer el menor ruido posible.

Bien podría estar pasando junto al cuarto de Sean y Tyler para llegar a la habitación de invitados; bien podría estar insultando mi propia respiración por hacer mucho ruido mientras encuentro el picaporte de su puerta y lo muevo despacio.

Está sin llave.

La luz tenue del pasillo entra en su habitación cuando abro la puerta en silencio y entro. Elijah está recostado en la cama, con una pierna musculosa en alto y un brazo sobre el rostro. Solo tiene

puesta la ropa interior, y hace bastante calor, así que ha pateado la sábana y ahora cuelga sobre su cintura, revelando la extensión marcada de su abdomen y su pecho.

Respira demasiado rápido para estar dormido, ni siquiera cercano a conciliar el sueño, pero igualmente pretendo que lo está mientras cierro la puerta y avanzo. Y luego, subo a un lado de su cama, mi propia respiración se acelera, como si de verdad fuera una adolescente escabulléndose en el cuarto de un enamorado mayor. Como si de verdad no hubiera logrado dormir porque sabía que él estaba muy cerca.

Bajo la luz de la luna que entra a través de la ventana alta, observo su pecho subir y bajar, las curvas leves ascendentes y descendentes en su estómago. Poso los ojos en su ombligo y en la línea de vello delgada que sigue bajo la sábana.

Hemos jugado a esto de muchas maneras diferentes, más sutiles, más lentas, pero, si solo tenemos las próximas dos semanas, no quiero ser sutil o lento. Lo quiero todo, quiero que sea lo más apasionado que hayamos hecho. Quiero que valga la pena el pecado por esos recuerdos.

En silencio, me pongo de rodillas y despacio, muy despacio, levanto la sábana posada en su mitad inferior. Solo un poco. Lo suficiente para ver la protuberancia inconfundible bajo las sombras.

Tomo una inhalación larga al verla, mi propio cuerpo ya se hincha a modo de respuesta, mi corazón se acelera. Dios, cuántas veces había pensado en ese cuerpo cuando tenía esa edad, cuánto había deseado verlo. Sus muslos, su estómago. Su pene. Mis pensamientos y fantasías nunca habían llegado más allá de la observación: si lo hubiera visto, no sé lo que hubiera hecho. Ni

siquiera sabía lo suficiente como para saber qué posibilidades existían.

Pero me pregunto qué habría pasado esa vez que él vino a dormir a casa cuando yo estaba en primer año de universidad, qué habría pasado si me hubiera metido en su cuarto después de que él y Sean hubieran vuelto del bar y por fin hubiera saciado mi curiosidad.

Levanto más la sábana, quiero ver más, y en ese instante noto que él me está mirando por debajo del brazo, con ojos brillantes en la luz tenue.

—¿Qué estás haciendo, Aiden? —susurra.

Suelto rápido la sábana, finjo buscar una excusa.

—Pues, em. No podía dormir.

Elijah se estira, su vientre y sus muslos se flexionan y tiemblan, y luego coloca el brazo bajo la cabeza para poder mirarme mejor.

—Es difícil dormir cuando hace tanto calor —dice—. ¿No?

—Sí —susurro—. Lo es.

Desliza la otra mano sobre su estómago, de arriba abajo. Caricias lentas, relajadas. Observo el movimiento de su mano mientras me mira.

—¿Sabes qué? —dice después de un momento—. Hay algo que me ayuda a dormir cuando no logro conciliar el sueño. ¿Sabes qué es? —Ahora, su mano permanece abajo, rozando el borde de la sábana.

Mi pene amenaza con liberarse y salir de mi ropa interior, se extiende hacia mi cadera y envía pulsos ardientes de necesidad por el centro de mi cuerpo.

—Creo que sí —balbuceo—. Lo hago mucho.

Elijah ríe, sus dedos ágiles toman con facilidad la sábana y la bajan poco a poco, de modo agonizante.

—Yo también lo hacía mucho cuando estaba en la universidad. Hacía que la vida en el dormitorio fuera un poco menos incómoda.

Bien podría tener dieciocho años de nuevo mientras lo observo bajar el resto de la sábana con el pulgar y luego presionar la base de su palma sobre su erección por encima de la ropa interior. No me siento un hombre en su treintena, un hombre que ha hecho cosas mucho más picantes que observar masturbarse a la persona que le gusta; me siento joven y nuevo otra vez, de pie al borde de algo demasiado excitante que no logro entender o nombrar por completo.

—También podrías enseñármelo —dice, demasiado relajado—. Cómo eres cuando lo haces. Me gustaría verlo.

Inhalo y luego bajo mi ropa interior antes de erguirme sobre mis rodillas para que pueda verme mejor.

—Oh, Aiden —dice—. Está muy bien. Está más que bien.

Mi órgano salta ante sus palabras, y él lame su labio inferior mientras me toco con un par de caricias torpes por la lujuria. Despacio, demasiado para mi gusto, él baja su ropa interior y revela su miembro grueso y apenas curvo. Una vena hinchada serpentea por debajo; la cabeza está tan grande que la piel en la zona está estirada y brillante. Ya veo una perla pequeña de semen en la punta.

Mi boca se seca mientras lo observo colocar sus dedos largos alrededor de su miembro y luego mover la mano de arriba abajo. La cadencia lenta de su mano sobre sí mismo está enmarcada por su vientre y su pecho desnudos, resaltada por el modo en que entrecierra los ojos mientras mira el movimiento de mi mano en mi cuerpo.

—¿Ya has hecho esto con alguien? —pregunta. Hemos jugado a esto de mil maneras diferentes, donde he respondido «no» o «sí» o «sí, pero nunca así, sí, pero nunca con otro hombre». Esta noche, le doy su respuesta favorita, la que suele direccionar el juego hacia el rumbo más picante posible.

—No —digo—. Eres el primero.

La lujuria arde en sus ojos, y noto por el modo en que deja de tocarse que está demasiado cerca del orgasmo y quiere que esto dure. Empieza a deslizar la mano sobre su estómago de nuevo.

—¿Estás en la universidad y nunca te has masturbado con nadie? —susurra—. No sé si estoy educándote o corrompiéndote.

—Soy bastante corrupto —protesto, mi mano aún trabaja—. Solo que aún no he tenido la oportunidad de practicar mucho.

Él alza una ceja sensual.

—¿Y cómo de corrupto eres? ¿Necesito preocuparme de que el hermanito de Sean no se meta en problemas?

Respondo exactamente como lo hubiera hecho el Aiden de dieciocho años.

—Depende del problema.

—Tal vez debería preocuparme de que tú me corrompas a mí —suspira, estirándose de nuevo, su pene rebota sobre su estómago cuando lo hace—. Después de todo, tú eres quien ha venido aquí mientras dormía.

—Sé que no debería haberlo hecho —susurro—. Pero quería verte. Pienso en verte todo el tiempo.

Me observa, aún con ese brazo detrás de la cabeza.

—¿Quieres tocarme?

Mi mano se detiene sobre mi erección.

—¿Me dejarás hacerlo?

—Sí. Lo que Sean no sepa, no puede hacerle daño.

Toma mi mano y luego la guía hacia su miembro latente y caliente. Es mi mano izquierda, así que no tengo que fingir que lo sujeto con torpeza por el bien del juego.

—Lo siento —susurro—. Nunca he hecho esto antes.

—Está bien —dice—. Aprenderás. —Pero su tono falsamente amable y relajado se ve traicionado por la flexión en sus muslos, por sus pies retorcidos contra las sábanas mientras lo toco. Tiene los pezones erectos, y hay más brillo transparente en la punta que nunca—. Ah, Aiden —susurra mientras lo sujeto con más firmeza y lo toco más rápido—. Sienta tan bien. Mierda, tan bien.

Ahora, el orgasmo que sube por mi entrepierna es más tenso, está más cerca, y siento que mi ritmo se vuelve torpe e impredecible.

—Creo que voy a… —balbuceo.

—Hazlo sobre mí —dice—. ¿Te gustaría hacerlo sobre mí?

Lo miro fijo.

—¿Lo dices en serio?

Sonríe, luce pícaro como nunca.

—Sube y descúbrelo.

La angosta cama no está hecha para dos personas, y sin duda no está hecha para que un monje gigante como un leñador monte a alguien, pero de alguna manera lo logro, coloco una rodilla a cada lado de su cadera y poso una mano en la pared mientras cojo mi pene y empiezo a tocarme de nuevo. Elijah me observa con interés sincero, sus manos suben y bajan por mis muslos cubiertos de vello mientras me toco frente a él.

—Tendré que venir con más frecuencia a dormir —susurra, con los ojos en mi erección—. Mierda, Aiden. Eso es. Muéstrame cómo te corres. Quiero verlo. Muéstrame, muéstrame…

Mis testículos se tensan, mi estómago también, y con un gruñido, el orgasmo brota de mí con gruesos hilos de alivio sobre su propia erección y su vientre.

Se tensa mientras observa, aprieta la mandíbula y abre la boca, sus ojos están por doquier, como si no quisiera perderse ni un segundo, ni mi rostro, ni mi cuerpo, ni mi eyaculación pintada sobre él. Y no es hasta que termino del todo que él gruñe y encuentra mi mano, la coloca de nuevo sobre su pene, que ahora está pegajoso por mi semen.

—Termina lo que empezaste —dice, y obedezco, lo toco y lo acaricio, y mi cadera intenta en vano acompañar mi mano, pero mi peso mantiene a Elijah en su sitio y todo su cuerpo está tenso, húmedo, esforzándose, y, con una inhalación abrupta y los ojos en los míos bajo la luna, eyacula en mi mano, en mis dedos y en todas partes hasta que los dos estamos cubiertos del otro, hasta que todo es alivio tembloroso y resbaladizo.

Él se incorpora y yo inclino la cabeza hacia abajo para permitirle colocar sus dedos en mi nuca y darme un beso largo y curioso. Sus labios son muy cálidos y firmes, y odio que no sean míos para besarlos siempre, odio que vivamos de tiempo prestado.

Odio que tengan que prestarnos ese tiempo, pero así es, sé que es así.

No puedo vivir sin rezos y días ordenados y claustros silenciosos. Lo sé porque ya lo intenté una vez.

Terminé en el suelo de mi granja.

—Solo un minuto —susurro en el beso y luego bajo de la cama. Después de una visita veloz al baño, vuelvo con toallas húmedas para limpiarnos. Y, cuando terminamos, me siento al borde de la cama y cojo su mano en mi regazo.

—Desearía poder quedarme aquí contigo —digo, deslizando los dedos sobre su palma.

Emite un ronroneo bajo y luego se acomoda para posar todo su brazo en mis piernas, para que pueda también deslizar mis dedos sobre él. Siempre le gustaron las caricias después del sexo.

—Cabríamos en la cama —dice, suena somnoliento.

—No lo creo. Tendrías que dormir sobre mí.

—No me quejo.

Continúo acariciando su brazo, sin saber cuál es el protocolo para un monje que incluye un revolcón en su cronograma.

—Mañana por la tarde, después de que termine de ayudar con la cosecha de lavanda…

—Sí —dice—. Sí.



CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

—Explícame el celibato —dice Elijah.

Estamos en una expedición en busca de la última fuente de agua que inspiró la ubicación y el nombre del monasterio, y, aunque me duelen los músculos por otro largo día ayudando con la lavanda, y mi estómago gruñe y mi pene sin jaula me pide atención, no recuerdo haber sido tan feliz en… Bueno, en mucho tiempo. He estado satisfecho en el monasterio Sergius, he estado en paz, y he sentido una alegría que me llega hasta los huesos, pero ¿la felicidad sencilla del trabajo arduo, un día soleado y un tipo atractivo?

Ha pasado tanto tiempo que me parece una sensación nueva. Un sentimiento nuevo que se ha inventado justo en estas colinas rocosas, bajo el sol abrasador del Mediterráneo.

—Bueno —digo mientras pasamos por una grieta angosta de piedra que se supone que lleva al agua—, cuando un hombre y Dios se aman demasiado…

—Ja —dice Elijah con ironía—. Ja, ja.

—No hay mucho que explicar —respondo—. Es exactamente lo que parece. Cuando te vuelves monje o parte de un monasterio, te entregas a Dios. Por completo, incluyendo tu cuerpo y tu deseo carnal.

—Pero ¿por qué? —pregunta Elijah, y se detiene para mirarme—. ¿Por qué debes renunciar al sexo para dedicarle tu vida a Dios?

—La Iglesia dice que…

—Puedo buscar en Google lo que dice la Iglesia —responde Elijah con impaciencia—. Quiero saber por qué tú accediste a hacerlo. Por qué lo hiciste hasta que vinimos aquí. Qué valor encontraste en el celibato.

Esto hace que me detenga. No porque no haya pensado al respecto, sino porque nunca había tenido a alguien no monástico con quien hablar sobre el tema. La única persona con la que podría conversar al respecto es mi hermano mayor Tyler, pero, dado que él vive en la Costa Este, en general solo hablamos por teléfono, y hablar sobre el celibato mientras estoy en el teléfono del monasterio en la sala común es literalmente lo último que querría hacer.

Y, por cierto, Tyler Bell no es un modelo a seguir para el celibato bien ejecutado.

Me tomo un minuto, le doy vueltas a las palabras de Elijah en mi cabeza.

—Creo que, cuando se hace bien —digo—, es un modo de estar presente para otras personas en un sentido muy completo. He oído a algunos decir que es como sublimar la energía sexual en energía emocional y social, y a otros decir que incita a mejores vínculos al garantizar que el sexo nunca puede ser un factor. Pero, para mí, se trata más que nada de la atención. Pasé toda mi vida adulta en

busca de sexo, adorando el sexo, teniéndolo cada vez que podía, así que, por primera vez, estaba colocando toda mi energía en las partes de la vida que no trataban de sexo. No era tanto lo que mi cuerpo hacía, sino dónde tenía la mente. No era negar mi cuerpo, sino habitarlo por completo, participar de lleno con mi cuerpo para que todo mi ser estuviera centrado en amar a Dios y a sus creaciones.

Le sonrío a Elijah con tristeza mientras empezamos a caminar de nuevo.

—Por supuesto que esa es la teoría. En la práctica, gran parte de mi mente, de mi corazón, aún estaban contigo. Sentía todo el tiempo que estabas en mi interior… No solo mi deseo por ti, sino también mi amor por ti. Y si bien a veces sentía que había logrado llevar el celibato sexual bastante bien, nunca sentí que había logrado un celibato real. Un celibato emocional.

No habla y salimos de las rocas a un barranco empinado hecho de roca blanca y lleno de piscinas naturales de color turquesa. Encontramos el borde de una de esas piscinas y dejamos nuestras pertenencias en la orilla sobre las agujas de pino secas: la bolsa de Elijah, una manta y una nevera portátil con la cerveza que el hermano Luc nos había dado cuando supo que iríamos a la fuente de agua más lejana del monasterio.

Y no es hasta que estamos sentados en la manta y que Elijah nos ha dado una cerveza a cada uno que él dice:

—No debería gustarme tanto.

—¿El qué?

—Saber que yo fui la razón por la que el celibato era difícil para ti. —Sonrío. Él prosigue—: Creo que entiendo lo que dices, pero… está

bien. ¿Por qué para dedicarse a Dios hay que excluir el sexo? Si nos convocan a amar a Dios con todo nuestro cuerpo, entonces ¿por qué no podemos también amar a Dios sexualmente?

Sonrío aún más.

—Eso suena bastante pervertido.

Me mira con impaciencia.

—Hablo en serio, Aiden. Y no podemos separar esto del hecho real que la Iglesia católica se preocupa por el celibato de algunas personas más que de otras. Las personas *queer* solo se justifican teológicamente si son célibes. La Iglesia literalmente canoniza mujeres por ser vírgenes, y solo por esa razón. Una cosa es que un alosexual elija el celibato, pero siento que solo consideras motivos que tratan sobre la elección personal y no tienes en cuenta el control institucional.

—Tal vez —digo—. Pero ¿eso hace que una elección sea menos válida?

—Depende de lo bien informada que sea la elección. Y siento que estás evadiendo la pregunta.

—Tal vez un poco. —Lanzo un puñado de agujas de pino a la piscina natural cercana—. Pero solo porque la respuesta es muy complicada, y porque es la clase de respuesta que cambia día a día, a veces incluso hora a hora. Sí, la Iglesia está obsesionada con el control sexual y sí, está dirigido sobre todo a las personas *queer* y a las mujeres. Creo que hay gente *queer* y mujeres católicas que sienten lo mismo que tus padres respecto a permanecer en la Iglesia después de la muerte de Lizzy, que es mejor quedarse y que se escuche tu voz, y que, si debes seguir las reglas para que se escuche tu voz, entonces que así sea.

—Suena como si no estuvieras de acuerdo con eso.

—Bueno, a veces lo estoy. Pero el celibato es distinto según la vida que lleves, ¿no? Porque, para el sacerdocio o una vida religiosa como hermano o hermana, el celibato es una obligación para todos. Una vida devota es el único lugar en la Iglesia donde a todos se les pide renunciar a lo mismo, a diferencia de los católicos laicos, donde solo a los creyentes *queer* se les exige el celibato y donde la política sexual está dirigida exclusivamente a las mujeres en general. Sentía que, como parte de la vida monástica, me pedían que renunciara a lo mismo que mis hermanos y hermanas heterosexuales.

—Pero igual no es lo mismo —argumenta Elijah—. Lo que funcionalmente parece igual puede ser muy diferente según el contexto, y el contexto del celibato *queer* en el catolicismo siempre se tratará de control.

—Concuerdo hasta cierto punto —respondo—. Pero solo hasta cierto punto porque creo que la Iglesia tiene que ser más grande que Roma, más grande que sus dogmas y doctrinas. La Iglesia es mía. Dios es mío. ¿Y si todos empezáramos a creerlo? ¿Y si todos empezáramos a actuar como tal? ¿Como si la Iglesia nos perteneciera? No como algo de los sacerdotes o los pastores, sino como algo nuestro.

—Suena maravilloso, pero también suena como una forma de manipularte a ti mismo para permanecer dentro de un sistema roto.

—Elijah —digo; apoyo mi cerveza y lo miro.

—¿Sí?

—No estás equivocado. Pero, si vamos a discutir lo que hace la Iglesia católica para controlar a sus fieles en comparación con cuál es la elección de dichos fieles, estaremos aquí debatiendo hasta que

nos salgan canas en el vello púbico y me gustaría hacerte ciertas cosas antes de que eso ocurra.

Él sacude la cabeza, pero ríe.

—¿Cosas como qué?

Giro para mirarlo por completo.

—¿Y si jugamos de nuevo al juego del monje?

La risa se convierte en otra cosa en su boca.

En algo hambriento.

—¿Sí?

—Sí —digo—. Pero esta vez de modo diferente.

Ahora, sus ojos son abrasadores. Lame de nuevo sus labios.

—De modo diferente.

—Acabo de encontrarte aquí —digo—. Estoy asegurándome de que estés cómodo en el monasterio.

—Y te respondo que lo estoy —susurra—. Te pregunto si es común que un monje esté pendiente de cada huésped así.

—Es bastante común —digo—. En general te dejaría disfrutar tu tarde en paz, pero quería asegurarme de que no te sintieras solo.

—Ahora no me siento solo —dice Elijah, con voz grave y ronca—. Pero supongo que tú debes sentirte así. Aquí. Solo acompañado por Dios.

Poso la mano en la manta, junto a la suya, las puntas de nuestros dedos se rozan de un modo que podría ser accidental.

—Me he sentido solo —admito, una de esas cosas que es verdad dentro y fuera del juego—. Aunque dicen que Dios se nos presenta en forma de extraños.

—¿Eso dicen? —responde Elijah. Mueve de manera ínfima la mano sobre la manta, y ahora nuestros dedos se tocan—. Qué curioso.

Pensaba que Dios debía estar usando a sus fieles para hablarme mientras estoy aquí. Que tal vez Dios se presentaría ante mí en forma de monje.

—Tal vez podemos ser Dios para el otro —digo y me acerco—. Solo por un rato.

Cuando sus labios encuentran los míos, son cálidos y ligeramente dulces por la cerveza con miel, y él se queda quieto mientras recorro su boca, como si hubieran pasado años y no horas desde nuestro último beso. Como si de verdad fuera un monje solitario buscando a Dios en el cuerpo de un extraño.

Me permite que lo recueste en la manta, que lo mantenga en su sitio con las manos en sus muñecas mientras busco como un cazador lugares que besar sobre su garganta, su mandíbula y su rostro. Mientras busco huecos nuevos con aroma a salvia y recovecos cubiertos de sudor.

Recuerdo que así fue gran parte de nuestro año juntos, mientras lamo un punto en su garganta y él se tensa con hermosura debajo de mí. Él permitiéndome trepar sobre su cuerpo y descubrirlo. Él enseñándome, permitiéndome aprender. Quizás es curioso que un amante también sea un profesor, en especial dado que yo tenía treinta y un años entonces y estaba bastante seguro de que no me quedaba nada por aprender, pero también había sido excitante. Sensual.

Abre las piernas mientras succiono su cuello, y me inserto con facilidad entre ellas, mantengo su cadera sobre la manta con la mía. Mi erección libre aparece mientras presiono su cuerpo contra el mío, mientras encuentro su erección y la froto mientras nos besamos.

—Sí —susurro—. Eso es, eso es. Dios, ha pasado tanto tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Años y años —digo, presionando el rostro sobre su cuello e inhalando su aroma. Ni siquiera siento que estoy fingiendo por el bien del juego; bien podría ser verdad—. Siento que ha sido toda mi vida.

Me doy cuenta de que tengo casi todo mi peso depositado sobre él e intento acomodarme para no sujetarlo como si fuera un villano sexual.

—Espera —dice rápido, jadeando—. Espera. Puedes… No tienes que moverte.

Lo miro, inspeccionando su rostro. Cuando habíamos estado juntos, había sido fácil dejarle tomar las riendas, porque él era mayor que yo y tenía experiencia, y yo en general era fácil de tratar y estaba lo bastante excitado para seguirle la corriente con lo que fuera que me llevara a tener sexo.

Lo cual no significa que nuestros juegos no incluyeran todo tipo de fantasías y juegos de poder, sino que en muchos sentidos me había subyugado a él, había buscado su liderazgo físico y emocional. Había tenido tanto miedo de arruinar las cosas con él, de arruinarlo todo, que nunca me había preguntado si él había querido entregar el poder con mayor frecuencia… o con mayor énfasis.

Lo pienso un instante y luego pregunto:

—¿Te gusta como estamos ahora?

—¿Quieres decir si me gusta cuando actúas como el monje malo ardiente? —pregunta, y suena divertido y excitado a la vez, lo cual no es algo menor—. Sí, Aiden.

Bueno. No me quejo.

—Chasquea los dedos si es demasiado —le digo y bajo de nuevo a besar su cuello. Él asiente mientras ejerzo una succión larga e insistente en su clavícula.

—Lo haré —responde y ya estoy perdido en nuestro juego, ya estoy permitiendo que mis besos sean menos agradecidos y más egoístas. Presiono más fuerte la cadera contra él mientras reclamo de nuevo su boca, y él responde casi de inmediato, arqueándose contra mí, jadeando.

—Eres tan hermoso. Eres tan hermoso para mí, solo para mí —le digo, mientras encuentro el botón de sus pantalones cortos, la cremallera debajo. Quiero verlo, sentirlo, quiero que todo su ser esté disponible para mí, y gruño de satisfacción cuando encuentro el calor latente dentro de la prenda—. Sin ropa interior —comento en voz baja, mis dedos exploran la piel tensa y sedosa de su erección—. Es casi como si hubieras venido esperando esto.

—Tal vez lo he hecho. Tal vez te he visto mirándome durante los rezos —dice Elijah, moviendo la cadera sobre mi tacto—. Tal vez he esperado que…

Me pongo de rodillas y subo el hábito lo suficiente para quedar expuesto, uso mi mano izquierda para tocarme mientras busco el bolso y lo acerco. Los preservativos y el lubricante están arriba de todo.

—Parece que has hecho más que tener esperanzas —digo, tomando un preservativo con una mano.

—Dios ayuda a quienes se ayudan a sí mismos —susurra Elijah, su garganta sube y baja.

—O tal vez me está ayudando a mí ahora. ¿Sabes cuánto tiempo he pasado sin una buena revolcada? —pregunto, mi voz ahora es

más parecida a un gruñido—. Y ahora estás aquí, dispuesto para mí con tu pene y tu boca tan bonitos. Es suficiente para quebrar a un hombre.

Elijah sacude la cabeza despacio sobre la manta.

—A lo mejor quiero ver cómo te quiebras.

Abro el paquete. Hace mucho tiempo podía hacerlo con una mano en la oscuridad mientras conducía mi viejo Lexus en el tráfico después de un partido en el estadio, pero me falta práctica. Tardo un minuto en ver de qué lado se desenrolla y en prepararlo. Pero a Elijah no parece importarle; tiene los ojos entrecerrados y abrasadores mientras me observa, y su cadera se mueve sin parar entre mis rodillas mientras deslizo el látex sobre mi erección, preparándome para penetrarlo.

Pronto estoy listo, el látex transparente hace que mi pene brille bajo el sol, y ni siquiera me importa que debo parecer ridículo en mi hábito y escapulario con el pene colgando, ni siquiera me importa que el hábito de un monje sea lo menos sensual de todo, porque estoy quebrándome, ya estoy roto. Si no estuviera ya enamorado de este hombre, si no hubiera ya traicionado mis votos, de todas formas estaría buscando el lubricante en el bolso. Igualmente estaría pidiéndole con voz ronca que se diera la vuelta para mí.

Con un sonido que suena indefenso y sorprendido a la vez, Elijah lo hace, se pone sobre el estómago mientras aún estoy montado sobre él, y coloca la cabeza entre mis brazos, con el rostro sobre la manta.

Rodar sobre su estómago ha subido su moderna camiseta hasta sus omóplatos y ya tiene los pantalones cortos bajos, sobre sus muslos. Por un instante, simplemente saboreo la vista. La extensión

sepia de su espalda, cubierta de músculos esbeltos y biselada por la extensión fuerte de su columna, y la redondez firme de su trasero, que tiene la curvatura perfecta de Fibonacci.

Ahora, deslizo las manos sobre esas curvas, sintiendo cómo su piel se eriza bajo mi tacto, incluso con el sol ardiente de la Provenza en el cielo. Separo los glúteos musculosos de Elijah y observo el lugar suave y aterciopelado que estoy a punto de follar.

—Esto es perfecto —digo, tocando el borde de su entrada, presionando—. Es perfecto y ya no puedo esperar más. Me lo darás, ¿no? Me lo darás porque esperabas que hiciera esto, ¿verdad? Esperabas que el monje robusto y silencioso te dominara y te hiciera sentir cuánto lo ha necesitado.

—Sí —balbucea sobre la manta, alzando la cadera contra mi mano —. Dios, sí.

Tomo la botella de lubricante y la abro, vierto una cantidad generosa en mis dedos y pinto su agujero con el líquido.

—Me has enloquecido todo el tiempo que has estado aquí —digo e introduzco un dedo. Él gime—. Esa boca preciosa. Ese trasero perfecto. ¿Crees que no me doy cuenta? ¿Que soy un superhombre? ¿Que estoy hecho de piedra? ¿Que no te he visto mirándome, mirando mis manos como si quisieras tenerlas encima? ¿Que no te he visto mirar mi hábito como si quisieras saber qué hay debajo?

Por dentro, está ardiendo y es una combinación de tensión y suavidad enloquecedora. Miro sus manos continuamente, mantengo el oído atento en caso de que chasquee los dedos, pero la mayoría de mi atención está puesta en lo que estoy haciendo. En donde estoy vertiendo más lubricante antes de introducir un segundo dedo

y presionar hasta encontrar el punto hinchado de lujuria en su interior y empezar a acariciarlo.

Mientras lo hago, está impaciente, mueve la cadera contra la manta como un adolescente que folla su propia cama porque está demasiado excitado, y los ruidos empiezan a brotar de su boca. Sonidos suplicantes, urgentes, más dulces que cualquier salmo o canto.

—Sí —digo, mi erección duele dentro del látex mientras lo observo masturbarse contra mis dedos resbaladizos—. Eso pensé. Lo necesitas tanto como yo. Quizás de veras Dios te envió a mí. Quizás ahora mismo estoy actuando como un monje. Ayudando a un pobre extraño necesitado.

Él gime algo sobre la manta, algo apenas inteligible. Contiene mi nombre religioso y está seguido de otra sacudida desvergonzada de cadera, así que creo que aún le gusta jugar al monje dominante, lo cual, Dios, a mí también me gusta.

Aparto mi mano con el sonido de protestas suplicantes y cubro mi erección con más lubricante antes de posarla en la abertura que acababa de tocar. Aparto un glúteo y uso mi otra mano para provocarlo tocando el borde con la punta.

Los escalofríos recubren su piel y siento que tiembla debajo de mí mientras lo penetro, mientras atravieso la barrera más tensa y angosta y llego al paraíso que está al otro lado.

—Desearía que pudieras verte ahora mismo —le digo—. Lo hermoso que eres mientras te penetro.

Obtengo un balbuceo incoherente como respuesta, pero no hay chasquido y el gemido es balbuceante en el buen sentido, así que entro más profundo, temblando mientras me aprieta más y más y

luego recibo la caricia de su erección sedosa y caliente. Han pasado años desde la última vez que sentí la presión del cuerpo de un amante sobre mí, y, sin embargo, actúo de todas formas por mero instinto; sujeto, empujo y follo.

Y, luego, entro por completo, lo bastante profundo para sentir mi cadera presionada contra su parte trasera. Acaricio su columna con los dedos y luego me inclino para posar mi antebrazo en su espalda y lo rodeo por completo.

—Dios, sientas tan bien —susurro en su oído, dándole una penetración experimental antes de gruñir por la sensación maravillosa. Es más ardiente que una caldera, más abrasador que los fuegos del infierno. El tipo de calor con el que sueñas a solas en la cama por la noche. El tipo de calor por el que pagarías cualquier precio.

—Pareces… grande —balbucea.

Me retiro y entro de nuevo mientras acaricio su costado, su cadera.

—Quizás es porque estás muy tenso. Jesucristo. Es como follar un puño. —Lanzo la cadera hacia adelante con un gemido y luego sujeto su muñeca y empujo su mano sobre su pene.

—No esperaba… que le importara… —dice, suena ebrio mientras su brazo empieza a moverse—… a un monje grande y malo como tú.

—¿Creías que te usaría y listo? —gimo mientras empiezo a penetrarlo más rápido, un poco más fuerte—. ¿Pensaste que solo quería un agujero caliente para pasar la tarde? Tal vez me gusta verte eyacular debajo de mí. Tal vez quiero que estés exhausto por eyacular y poder follarte una y otra vez mientras permaneces recostado y agotado en la manta. Quizás quiero que estés en misa

cada día pensando en los orgasmos que tienes cuando estoy sobre ti.

Balbucea una grosería en la manta, rueda la cabeza sobre su antebrazo mientras lo sostengo y lo penetro. Lo hago sin piedad, mis exhalaciones son intensas, mis músculos están rígidos y latentes, mi hábito está por doquier, lo que hace que todo sea más obsceno. El monje que ha enloquecido, que se ha quebrado ante el primer hombre que se le ofrece. El monje que, después de años de negación, simplemente necesitaba hacerlo.

—Aiden —dice con voz entrecortada Elijah, moviendo más rápido su brazo—. Aiden, voy a… —Voltea el rostro hacia mí mientras se tensa y luego, con una inhalación repentina, se estremece tanto que debo seguir montándolo para permanecer dentro.

Y, más que el calor satinado alrededor de mi miembro, más que su trasero maravilloso moviéndose contra mí mientras llega al clímax sobre la manta, lo que me afecta más es su rostro. El roce de sus pestañas y su mandíbula tallada y la separación tan indefensa de sus labios ante la arremetida de su placer.

Hace que quiera follarlo diecisiete veces al día solo para ver esa expresión en su rostro con la mayor frecuencia posible.

El orgasmo me atraviesa con violencia, me quiebra en dos en un corte limpio mientras lo penetro, persiguiendo sin cesar hasta el último latido, hasta la última gota, grabando hasta el fragmento más pequeño en la memoria. La extensión de su cuerpo sobre mi miembro hinchado, el calor, el beso suave y resbaladizo. El sudor que cubre su espalda mientras se desploma agotado hacia adelante, el sudor que cubre ahora mi propio rostro. El sonido del roce de mis muslos al moverse sobre la fina tela de sus pantalones cortos, mi

hábito arrugado y el escapulario fuera de lugar, el agua que corre cerca.

La belleza del sol sobre su rostro y las sombras ocultas en los huecos perfectos de su oreja y el sonido crudo de su voz que me rompe el corazón al murmurar mi nombre. Mi nombre real.

Eyaculo, sin parar, lo amo y lo odio, porque cada pulso que llena el preservativo implica que el final está más cerca. El final de este momento perfecto que parece más sagrado que orar y más profundo que la contemplación.

Y luego, por fin, quedo vacío dentro de él.

Me retiro, nos limpio a ambos bastante rápido y él aún está somnoliento y aturdido cuando termino. Después me recuesto y lo abrazo y lo beso hasta que ambos nos excitamos de nuevo y buscamos la bolsa.

—Quizás no soy el mejor para explicarte nada sobre el celibato —digo mientras él cubre mi pene con un nuevo preservativo, y se ríe incluso después de subir a mí y hundirse en mi interior, camino a casa.



CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Del cuaderno de Elijah Iverson

La verdad, sin importar cuánto tarda en llegar, siempre es lo mejor.

Me recuerdo esto dado que acabo de terminar la llamada con Jamie, y las consecuencias de mi honestidad son muy, muy difíciles de soportar ahora mismo, aunque la llamada fue sobre asuntos mundanos como organizar cuándo sacaré mis pertenencias de su casa en Westside.

Amaba a Jamie. Quizás aún lo amo. Pero no podía casarme con él, y no debería haber aceptado cuando me lo propuso. Incluso entonces creo que lo sabía, pero no quería admitirlo, porque admitirlo también implicaba admitir el motivo.

Admitir que cinco años no han destruido mis sentimientos por un hombre que me dejó sin decir adiós.

Sigo preguntándome qué quiero. Qué quiero de esto, sabiendo que terminará, y que me dolerá más que la primera vez que terminó, pero, en cierto modo, la pregunta ha dejado de importar. El aire huele a lavanda y romero, y hay cantidad ilimitada de la cerveza

más rara del mundo, y, mientras escribo bajo la sombra de un roble viejo, puedo ver a Aiden sin camisa entre las hileras de lavanda cosechando las flores con otros monjes.

Creo que podría observarlo para siempre, simplemente observarlo ser monje. El trabajo, la oración, los cantos, el silencio.

Tal vez no lo entiendo, tal vez nunca lo entenderé, pero, cuando lo observo, siento que no es necesario que lo haga. Siento que solo estar con él es suficiente. ~~Sin importar que sea por un tiempo breve.~~



CAPÍTULO CUARENTA

Descubro en la Provenza con aroma a lavanda el motivo por el que la Iglesia se esfuerza tanto por mantener a los monásticos lejos del sexo, y no es porque el sexo contamine la oración o porque sea lo opuesto a la oración.

Es porque el sexo y la oración encajan tan bien juntos que separarlos es como un pecado. Son como el pan y el vino, el oro y el incienso; están hechos el uno para el otro, ambos son liturgias de cuerpo y alma.

Cada mañana, despierto, me visto y voy a la vigilia. Allí canto hasta despertar. A veces, Elijah está presente; un par de mañanas no viene porque se ha quedado despierto escribiendo toda la noche. Y luego, vuelvo a mi cuarto y hago la *lectio*, saboreo el *Cantar de los Cantares* y permito que las palabras floten en mi mente como vino. Y luego la alabanza y los campos de lavanda, donde sudo y río con otros hermanos, donde me detengo a rezar, sintiendo las palabras de Dios en mi lengua mientras el viento las susurra a mi alrededor.

Y después, bajo la excusa de la exploración turística, Elijah y yo desaparecemos en las colinas y nos veneramos mutuamente hasta quedar devastados deliciosamente como ciudades paganas bajo la ira de Dios. Y después viene el recorrido de la cervecería y más rezos y escrituras hasta que llega la noche y, con ella, un sueño profundo y pacífico que jamás había conocido.

No hay obstáculos en mis pensamientos mientras van del recuerdo de la boca de Elijah a la palabra de Dios. No hay velo entre la aparición del recuerdo y el surgimiento de gratitud que siento mientras Dom Francis coloca la hostia en mi lengua. Me siento lleno y profunda y completamente vivo. Humano. Encarnado por completo.

Con él y con Dios juntos.

Y, sin embargo…

Y, sin embargo…

Debo esconder mi alegría; debo fingir que mis sonrisas y mi serenidad se deben a la devoción ferviente por la oración y nada más. Debemos tener mucho cuidado cuando vamos a las colinas y cuando nos escabullimos uno en el cuarto del otro.

Y el mismo sol que brilla sobre mí y me encuentra más repleto y vivo que nunca también es el que indica el paso del tiempo con cada amanecer. Pronto nos iremos rumbo a Santa Columba, y, después de pasar una semana ahí, regresaremos a casa.

Pronto este viaje terminará.

Pronto esto terminará.



Nos queda un día en Notre Dame cuando el teléfono de Elijah suena en su bolso.

Está durmiendo profundamente sobre una manta cerca de la gruta resguardada del sol, haciendo la siesta propia de alguien que tuvo buen sexo. Me dispongo a silenciar el teléfono para que no lo despierte, y entonces veo que mi hermano Sean es quien llama.

No he tocado un iPhone en casi cinco años, pero logro responder y después me doy cuenta de que es una videollamada desde el ordenador, lo cual es maravilloso porque veo…

—¡Un bebé! —exclamo, deseando poder meterme en la pantalla y mordisquear las mejillas gigantes del bebé y hacerle cosquillas en su pancita redondeada. El bebé parpadea con sus pestañas largas de bebé y luego introduce un puño regordete en su boca y empieza a masticarlo con esmero.

El hombre que sostiene al bebé me mira con ojos entrecerrados.

—No eres Elijah —dice mi hermano.

—¿Y qué? Ese es mi sobrino —respondo mientras le hago una mueca graciosa al bebé. El niño me mira inmutable, aún masticando su puño.

—También es el sobrino de Elijah —dice Sean con impaciencia—. ¿Puedo hablar con mi mejor amigo y el mejor tío de mis hijos, por favor?

—Yo soy el mejor tío y, además, Elijah está durmiendo —digo, haciéndole otra mueca al bebé. Joseph Antony Bell, apodado Josie, deja de mordisquear un momento… y luego decide que todavía no vale la pena sonreírme.

—¿Durmiendo? —pregunta Sean—. Creí que iba a mirarte rezar todo el día para un artículo o algo así. Y no puedes ser el mejor tío

porque, por si no lo has notado, eres monje.

—Ya veremos lo que dirá Josie cuando tenga edad suficiente para apreciar mi deliciosa cerveza de monje. ¿Y por qué no quieres hablar conmigo? ¿Con tu propio hermanito bebé?

Sean suelta un gran suspiro.

—Pues supongo que hablaré contigo. Está bien. Pero, para que conste, Ryan es el hermano bebé.

Eso es cierto. Ryan *es* el bebé. Justo acaba de graduarse (con suerte) después de una carrera universitaria que hace que mi vida premonástica parezca santa en comparación.

—¿Cómo está Ryan? —pregunto.

—Feo y asqueroso —dice Sean, con el agotamiento típico del hermano mayor—. Fui a buscarlo para almorzar la semana pasada y está viviendo como vivías tú antes de unirte al monasterio.

Lo recuerdo.

—¿Gana millones de dólares y planea tener un funeral épico en la Timber Wolf?

—No. Como si mezclar Gatorade con sustancias fuera un grupo alimenticio. Sin ofender.

—No me ofendo. Quizás también debería unirse a un monasterio.

Sean resopla.

—¿Por qué todos mis hermanos se unen a la Iglesia? ¿Soy un terrateniente medieval? ¿Mi familia debe unirse a la Iglesia porque no puedo mantenerlos y el rey no está participando de ninguna guerra?

—No somos los únicos. Tu esposa también estuvo a punto de unirse a la Iglesia —comento. La hermana menor de Elijah había

estado a punto de dar sus votos como miembro de una orden religiosa cuando Sean se cruzó en su camino.

O quizás ella se cruzó en el camino de Sean. Aún no estoy seguro de cómo fue la cosa.

—Sí, bueno. —Sean besa la mejilla y los rizos suaves y oscuros de Josie—. Agradezco cada día que ella cambiara de opinión.

Está en el despacho de su casa, y detrás de él hay un muro con fotografías: él y Zenny con sus cuatro bebés en una mezcla de fotos espontáneas y esas imágenes de sesión profesional que siempre se hacen en el campo por algún motivo.

Hace tiempo, mi hermano mayor había estado pecando por toda nuestra ciudad con ahínco y haciéndolo con tanta sofisticación que lo único que yo quería era ser como él: un arrogante encantador que tomaba todo lo bueno de la vida mientras hubiera cosas buenas que tomar. Y, ahora, está sentado balanceando a un bebé en su rodilla durante lo que solían ser las horas sacrosantas de un día laboral gratificante, rodeado por fotos del amor de su vida y la familia gigante que han creado juntos.

—Tú también cambiaste de opinión, ¿sabes? —digo en voz baja ,y en ese instante su segunda hija mayor, Mary Amanirenas, aparece y deja un cuenco de plástico vacío sobre el escritorio de Sean con una mirada significativa. Solo tiene tres años, pero, tal como la reina por la que fue nombrada, suele estar lista para decapitar a alguien simbólicamente.

—Se acabaron las galletitas, papi —le dice Amani a Sean con tono severo.

—Un segundo, angelito —dice Sean, y acomoda al bebé sobre el regazo para abrir un cajón del escritorio.

—¿Tienes galletitas en tu escritorio? —pregunto.

Me lanza una mirada crítica.

—¿Alguna vez has intentado cuidar a cuatro niños a la vez mientras tienes una llamada de trabajo, Aiden? Lo desafío a hacerlo sin tener galletitas en el escritorio, señor. —Mantiene con destreza a Josie sobre una rodilla mientras rellena el cuenco con una mano, y luego le da un beso a Amani entre sus coletas esponjosas.

Amani acepta el beso con la gran dignidad de una infanta, toma el cuenco y me mira.

—Hola, tío hermano —dice, porque una vez escuchó a alguien llamarme hermano Patrick, así que ahora seré para siempre tío hermano.

—Hola, Amani. ¿Dónde están Caro y Martina? —Son respectivamente su hermana mayor y su hermana menor.

—Durmiendo la siesta —responde.

—¿Y tú por qué no estás durmiendo también?

Me lanza una mirada que me recuerda a Elijah, con una ceja bebé en alto.

—No me gustan las siestas —dice como si fuera algo evidente, y se lleva fuera de cuadro su cuenco con galletitas.

—¿Josie no debería dormir la siesta también? —pregunto mientras escucho de fondo el sonido de *Barrio Sésamo* saliendo de una *tablet*.

—Primero, ¿alguna vez has intentado que cuatro personas duerman la siesta al mismo tiempo?

—Sucede todos los días en el monasterio —le digo, pero me ignora.

—Segundo, le están saliendo los dientes. Si no está mamando o en brazos, se enfada. ¿No es así? —le pregunta al bebé, y besa de

nuevo sus rizos—. ¿No te enfadas cuando no te tengo en brazos?

Josie detiene la masticación de su puño cubierto de saliva para darle una gran sonrisa sin dientes a su papá.

—Aww, ¿por qué a mí no me sonríe?

—Ya hablamos de esto. No eres el mejor tío. Pero —añade con una exhalación dramática— supongo que de todas formas podría preguntarte cómo va el viaje.

Miro el claro en la gruta antigua y los árboles grandes y el hombre desnudo estirado en una manta con la cabeza sobre los brazos y una rodilla en alto.

—Genial —digo con sinceridad.

—¿Y de veras estás considerando mudarte a Europa? —pregunta Sean, desconfiado—. ¿Para convertirte en un monje europeo o algo así?

—Estoy considerando cambiar de orden y sí, estoy visitando algunos monasterios de esa orden aquí en Europa.

Me mira un instante, y le devuelvo la mirada. Los hermanos Bell vienen en dos variedades: rubios con ojos azules, como Sean, o morenos con ojos verdes, como yo. Pero todos salimos de la misma fábrica Bell, así que a veces mirar a Sean es como ver una versión rubia mayor de mí mismo, en especial cuando ambos nos miramos con la expresión que dice: «¿Es broma?».

—Sabes que, como terrateniente medieval que espera preservar la herencia de Josie, apoyo que seas monje. Pero ¿es necesario que seas monje tan lejos? Apenas te veo cuando eres monje en Kansas. ¿Y ahora piensas irte a un monasterio en Liechtenstein?

—Ja. El que me interesa está en Irlanda, por si te lo preguntas.

—Irlanda —dice Sean, haciendo rebotar a Josie un poco—. Nuestra familia viene de Irlanda. No sé si lo sabías.

—Por algún motivo es algo que no he pasado por alto después de dos décadas de verte junto a papá emborrachándoos en el festival irlandés local mientras escuchabais una banda tributo ruidosa que toca gaitas.

—Ah, como si fueras demasiado bueno para el Festival Irlandés. Como si fueras demasiado bueno para los Red Hot Chilli Gaitas. Que, por cierto, son escoceses, así que ni siquiera sé qué quieres probar.

—Además puedes venir a visitarme —digo—. Deja de embarazar a tu esposa medio minuto y ven a ver mis acantilados irlandeses con vistas al mar.

—Elijah me mandó fotos de ese sitio —dice Sean, mirando algo en su escritorio. Me doy cuenta que son un par de monitores de bebé. Satisfecho con lo que ve, que asumo son dos niñas durmiendo, me mira de nuevo—. Parecía muy deprimente.

—¡No es deprimente! —protesto—. Es muy poético.

—Poético es sinónimo de deprimente y lo sabes. Incluso los poetas lo saben. ¿Y qué hay del sitio donde estás ahora? ¿Hay olivos detrás de ti? ¿No estás muy cerca del mar en una zona por la que la gente paga mucho dinero para visitar de vacaciones? ¿Qué tiene de malo este sitio que prefieres ir a un monasterio deprimente en vez de quedarte aquí?

Miro de nuevo el claro; mi boca esboza una sonrisa cariñosa mientras observo a Elijah dormir bajo el sol. Con él sobre su estómago y la pierna en alto, se forma una sombra entre sus piernas que invita a la exploración, pero también hay algo dulce en su rostro. No hay recelo, no hay duda, no hay nada que descifrar. Solo

es el rostro de un hombre que odia que lo despierten con cosquillas y que adora en secreto las películas de superhéroes, aunque finge que solo le gustan los documentales *indies* tristes y que siempre, siempre, sigue al perro callejero y lo lleva a un refugio.

Él encaja aquí, bajo el sol brillante y con el viento que huele a hierbas molidas, y luego pienso en el monasterio que está en el valle. En la lavanda, los monjes conversadores en el claustro, la cerveza dulce y cómo es rezar con los besos de Elijah aún haciéndole cosquillas a mis labios.

—Nada —murmuro—. Este sitio no tiene nada de malo.

Sean me mira como si quisiera preguntarme algo más, pero decide no hacerlo.

—Estás bien —dice, con reticencia evidente—. Pareces más feliz que la última vez que te vi.

Me había visitado en el monasterio Sergius después del nacimiento de Josie.

—Eso fue en febrero. Nadie es feliz en febrero —digo.

—No. —Sacude la cabeza de lado a lado—. Es algo diferente. Como que eres de nuevo más parecido a como eras antes.

Esto dispara una alarma en mí. No quiero ser como antes. Pero también creo que tiene razón: soy más parecido al viejo Aiden Bell que nunca. Estoy portándome mal, diciendo una cantidad obscena de groserías, pasando tiempo que debería usar para pensar en mi futuro acostándome con mi exnovio, y tal vez eso significa que…

No.

Solo acepto la invitación de Dios, eso es todo. Estoy usando este viaje para descifrar lo que realmente quiero, lo cual, por supuesto,

será permanecer con Dios en uno de sus monasterios, entregarle mi futuro. Obviamente.

—Como sea —dice Sean—, a Tyler le alegrará saber que estás bien. Preguntaba por ti.

—¿Él está bien?

—Está bien —responde Sean, con tono aburrido—. Bla, bla, él y Poppy están muy enamorados, bla, bla, quiere asegurarse de que tú eres feliz con la vocación que elegiste y habla de ti cada vez que nos comunicamos. Lo de siempre. Muéstrame un poco más de ese lugar francés bonito en el que estás. Quiero llevar a Zenny a un sitio especial, pero también iremos con los bebés, claro. Ella no soportaría dejarlos mucho tiempo.

Aprieta un poco más a Josie mientras lo dice, y sospecho que no solo Zenny sería infeliz viajando sin sus hijos.

—Bueno —digo, aliviado por no tener que responder nada al oír que indica que Tyler se preocupa por mí. A pesar de que hubiera sido la opción más natural hablar con él sobre lo que está pasándome con Elijah, tengo la leve sospecha de que me hará preguntas difíciles y esperará recibir respuestas difíciles, y no quiero eso. Nadie quiere un sermón de su propio hermano.

Preferiría hablar con el hermano que solo me mostrará bebés regordetes y me dará actualizaciones sarcásticas sobre el resto de la familia.

—Bueno —repito, y me pongo de pie mirando con el ceño fruncido la pantalla del iPhone—. Puedo girar la cámara, ¿no? Quiero mostrarte esta gruta….

Logro encontrar el botón que gira la cámara, con cuidado de mover el teléfono para que Sean no vea a su mejor amigo desnudo

durmiendo detrás de mí, pero el aparato tarda demasiado en girar y toco de nuevo el botón, y luego la cámara me enfoca a mí mientras tengo el teléfono alto en el aire.

Me doy cuenta demasiado tarde de que no estoy mostrándole la gruta a Sean, sino que le doy un cuadro perfecto del culo del mejor tío.

Mierda, mierda, mierda.

Giro de nuevo la cámara, pero otra vez, es demasiado tarde. Sean tiene la boca abierta en una O gigante.

—¡Eso es un culo! —sisea. Supongo que no quiere que Amani escuche—. ¡Aiden! ¿Por qué hay un culo detrás de ti?

—Pues… —Odio mentir, pero debo mentir, ¿no?

Pero Sean me conoce demasiado bien, y antes de que pueda decir algo, él ya ha adivinado la verdad.

—¡Aiden Bell! —susurra, enfadado—. ¡Dime que no estás enrollándote con mi mejor amigo en tu viaje en el que quieres convertirte en un monje irlandés!

—Espera —respondo en el mismo tono, ofendido—. ¿No se supone que deberías estar de mi lado? ¿Que deberías defenderme a mí como mi hermano mayor y no a tu mejor amigo?

—Bueno, ¡quizás lo haría si mi hermanito no le hubiera ya roto el corazón a mi mejor amigo!

Lo fulmino con la mirada.

Él hace lo mismo.

—No le romperé el corazón —susurro, enfadado—. Los dos sabemos que esto solo es… un intervalo.

—¡Eres monje! ¡No tienes permitido ningún intervalo!

—Bueno, ¡tú eres un idiota! ¡No tienes permitido opinar!

Cubre los oídos de Josie.

—¡Hay niños presentes! ¡No me llames idiota frente a mis bebés, imbécil!

Nos fulminamos con la mirada de nuevo.

Finalmente, Sean extrae su as bajo la manga.

—Se lo diré a Tyler —dice. Con cierta arrogancia.

Siento que me pongo pálido.

—No, no lo hagas. Sean.

Ahora que mamá ya no está, este es el fin. Es la denuncia final.

Sacude la cabeza de lado a lado con tristeza.

—Se lo diré. Le diré que la has cagado a lo grande. Y luego, él te llamará, te gritará y quizás entonces dejarás a mi pobre amigo en paz en tu búsqueda de «intervalos».

—No estoy… —Mi voz ha subido de volumen y me obligo a susurrar de nuevo para no despertar a Elijah—. No estoy recolectando intervalos como si fuera una cosecha, ¿vale? Me he portado bien. He estado viviendo exactamente como se supone que debo hacerlo. Y, luego, Elijah me acompañó en este viaje y había unas ruinas medievales y solo pasó.

—¿Entonces terminará por arte de magia cuando vuelvas a casa y te alejes de las ruinas medievales? ¿Eso es lo que escucho? —pregunta Sean.

—Sí, por supuesto. Él no estará en el monasterio Sergius, y yo probablemente me mude a Europa, así que dejará de pasar.

Sean me mira con desdén.

—Te juro que si le rompes de nuevo el corazón te anclaré a un fondeadero con un ladrillo para que nunca vuelvas a acercarte a él.

—Me sorprende que sepas qué es un fondeadero.

—Me sorprende que creas que está bien espiritualmente o lo que sea, que la distancia sea el único motivo por el que podrás detenerte. Sabes que a mí los pecados me importan una mierda, pero Elijah sí me importa, y creo… —Otro suspiro gigante—… Creo que tú también me importas.

—Gracias, supongo.

—Y cuando te uniste al monasterio, pensé que era mentira, de verdad. Creí que era solo una versión más extrema de esa vez que dijiste que me ayudarías a mover un sofá y luego te fuiste a Belice.

—Bueno, Jessica me envió una invitación a un festival y era esa semana…

—Pero —Sean continúa como si no hubiera hablado— no fue mentira. Te quedaste. Permaneciste ahí incluso cuando era difícil y te hacían usar un hábito barato y despertar antes del alba. Trabajaste mucho y rezaste mucho, y, por primera vez en toda tu vida, cerraste la boca y dejaste hablar a los demás. Por primera vez, te vi dedicándote a algo, te vi perderte en algo que no se trataba de dinero, sexo o diversión. Te vi hacerle una promesa a Dios y te vi cumplirla.

Ahora, su expresión es mucho, mucho peor que cuando muestra furia o arrogancia.

Es amable.

—Esta vida significa algo para ti —dice—. Y, si estoy aprendiendo algo yendo a la iglesia, es que debemos cumplir nuestras promesas cuando es difícil hacerlo. En especial cuando es difícil hacerlo.

No respondo por un momento. No sé si puedo hacerlo por el nudo de vergüenza en mi garganta. Porque últimamente no he cumplido con muchas de mis promesas.

—¿Estás aprendiendo en la iglesia? —digo, débil—. ¿Quién eres y qué has hecho con Sean Bell?

—Sí, bueno —dice Sean—. El padre Jordan enfrenta una tarea difícil, pero de todas formas lo intenta, lo cual es muy amable de su parte en mi opinión.

Solo vi al padre Jordan una o dos veces al pasar (él casó a Sean y Zenny y ha oficiado todos los bautizos de sus bebés), pero su iglesia es una de las más jóvenes y prósperas de la ciudad, y tal vez, si hay alguien que puede reformar a un pecador como Sean, es él.

—Aiden —dice Sean, sus ojos azules aún son tan amables que me incomoda—. Solo quiero que tengas lo que tú quieras. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí —digo con pesar—. Lo sé.

Escucho el sonido que anuncia otra llamada entrante, y luego Sean hace una mueca.

—Es Ryan. Seguro que se ha despertado de nuevo entre un montón de animadoras y pipas caseras de manzana. Debo asegurarme de que esté bien.

—Sí. Deberías —respondo—. Le diré al mejor tío que llamaste.

—Hazlo. También dile que ya prometí anclarte a un fondeadero con un ladrillo si lo lastimas.

—Sí, sí. —Saludo con la mano a Josie, que por fin me sonríe alrededor del puño, y luego terminamos la llamada; siento mi estómago pesado e inquieto cuando cortamos la comunicación.

Guardo el teléfono en la bolsa y me siento junto a Elijah, que ahora ronca encantadoramente, algo que ni siquiera sabía que era posible, y pienso en lo que dijo Sean. Me alegra, por más tonto que suene, que sea tan protector con Elijah, porque yo también lo soy, y

lo último que quiero es lastimarlo de nuevo. Y me alegra que Sean quiera que yo tenga lo que desee.

Pero lo que realmente quiero es seguir flotando cada vez más en lo que siento estos días. Lo quiero todo, besos y rezos, sexo y contemplación: quiero a Elijah y a Dios. Quiero el derecho al hambre y al anhelo, pero también quiero ser monje, encontrar esos momentos lúcidos de alegría que solo aparecen en el crujido del fuego generado por la repetición día tras día. Por la negación, el esfuerzo y el rechazo de todo lo que no sea una vida santa.

¿Por qué no puedo tener ambos? ¿Tenerlo todo?

¿Por qué debo escoger?



CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

—Ahh, qué bien que hoy haremos una reunión en el claustro para celebrar vuestra última noche con nosotros —dice el hermano Luc—, ¡porque ha vuelto nuestro místico pródigo!

Me giro hacia el monje francés después de secar mi plato y colocarlo en la pila sobre el armario.

—¿En serio? —He sentido curiosidad por el monje perdido durante la semana, me he preguntado si de veras es como san Juan Bautista, alguien que vive como ermitaño y se parece a Robin Williams en *Jumanji* después de haber estado encerrado en el juego durante veinte años.

—Sí, claro. ¿Cuánta cerveza deberíamos llevar? —Luego, el monje me sonríe—. Es una pregunta trampa, como dicen los estadounidenses. ¡Llevaremos toda la que haya!

Quince minutos después, llegamos con el viejo carro de madera al claustro y repartimos las botellas. La atmósfera es alegre, la cosecha marcha bien y mañana es día de descanso. Río mientras los monjes intentan imitar el truco de Elijah para abrir una botella con otra

botella y fracasan estrepitosamente y la cerveza cae por doquier y entonces la oigo. Una voz como una melodía, hecha de palabras cantadas antiguas.

—¿Me darías una?

Me giro y veo al monje estadounidense perdido de pie frente a mí, y no es ni Juan el Bautista ni Robin Williams.

Es alguien que conozco. Alguien con quien he hablado.

El sacerdote de la iglesia de Sean y Zenny, el padre Jordan.

Parpadeo.

—Hola, hermano Patrick —dice. El sol del atardecer tiñe su piel pálida de oro, al igual que sus rizos morenos, y resplandece en la profundidad de sus ojos muy, muy oscuros. Lejos de parecer alguien que se ha alimentado de langostas y miel, viste una camisa negra almidonada y un cuello clerical blanco puro. Su mandíbula cuadrada está afeitada, y sus zapatos negros brillan sobre las piedras medievales. Parece que acaba de salir de un desfile de moda en el que los modelos son curas.

—Todos creíamos que hacía *cosplay* de san Antonio Abad en las colinas o algo así —digo, en voz baja.

—Pues no —dice el padre Jordan—, estaba en Aviñón reunido con un grupo de líderes del MIS.

—¿MIS? —pregunta Elijah al acercarse, y le entrega al sacerdote la cerveza que yo había estado demasiado sorprendido para buscar —. Un placer verle, padre.

Miro a Elijah.

—¿Lo conoces?

Elijah alza una ceja.

—Yo también voy a todos los bautizos, Aiden. ¿Qué es MIS?

—El Movimiento Independiente Sacramental —dice el padre Jordan—. Iglesias que han roto lazos con Roma o Constantinopla, o incluso Canterbury, y que buscan preservar las liturgias tradicionales mientras siguen su conciencia respecto a la teología.

—Lo siento —digo—, pero ¿ignoramos el hecho de que está aquí al mismo tiempo que nosotros? ¿Aquí? ¿En este monasterio diminuto en este valle diminuto que es tan aburrido que ni siquiera los romanos se molestaron en conquistarlo?

—A mí no me parece aburrido —dice Elijah, en un tono que suena a que está disculpándose por mí.

—¿Cuáles eran las probabilidades? —le pregunto al padre Jordan —. ¡Toparnos aquí con un estadounidense ya es una locura, pero ¡que sea uno de nuestra ciudad! ¡Y que sea usted!

—Es una coincidencia increíble —concuerda el sacerdote.

Siento que nadie está reaccionando como debería.

—¡Acabo de hablar con Sean sobre usted! ¡Y ahora está aquí! ¡Ha estado aquí todo este tiempo!

—¿Tenéis un abridor? —le pregunta el padre Jordan a Elijah.

—No, pero sé un truco. —Elijah se dispone a hacerlo, pero el padre Jordan ya está alzando la botella a su boca esculpida y la abre con los dientes. Y luego mueve la tapa en su lengua y la suelta con destreza en su palma expectante.

—Creo que eso es malo para su esmalte dental —dice Elijah después de un minuto.

—Pero ¿por qué está aquí? —le pregunto al padre Jordan mientras bebe un sorbo de cerveza y luego mira el claustro lleno de monjes bronceados alegres—. Si el MIS era en Aviñón…

—He estado leyendo desde hace un tiempo los escritos del *abbé* Bernard respecto a la vida monástica, y, cuando decidí tomarme un año sabático, pensé en quedarme aquí. La reunión del MIS fue solo una coincidencia afortunada.

—Parece que las coincidencias le ocurren con frecuencia —digo, con desconfianza.

—Mm —es su respuesta neutra.

—¿Ha sido un buen año sabático? —pregunta Elijah con educación, para cambiar el rumbo de la charla—. El monasterio es precioso.

—Lo es —concuerda el padre Jordan—. Y creo que ha sido un muy buen sabático. Vine aquí en busca de claridad, así que, por supuesto, solo he encontrado más preguntas. Lo cual es alentador.

Siento que frunzo el ceño.

—¿Sí?

Pareciera que debería ser lo opuesto. Fui al monasterio Sergius porque sentía que me ahogaba en preguntas y solo quería claridad. Solo quería una respuesta sencilla que atravesara mi vida como un viento gélido y arrasara con toda la indecisión.

El padre Jordan me sonríe. Con ese rostro hermoso espeluznante, la expresión diminuta es impactante.

—Creo que el pensamiento estático y sin ambigüedad es la madre de muchos pecados —explica—. Olvidamos que Cristo era heterodoxo y radical. No era alguien que apostara por lo seguro respecto a sus ideas, sus pasiones o su presencia, y exigía todo de sus seguidores, pero para nada que tuvieran la certeza de poder distinguir todo el bien y el mal del mundo. Así que, cuando busco cómo avanzar, persiguiendo con inocencia la certeza, he descubierto

que Dios me lleva donde Dios quiere que esté. Que es en medio de preguntas que parecen imposibles de responder. Y creo que es aquí, en el fuego y la fricción de cosas que me han dicho que no deben estar juntas, que me han enseñado que no se pueden hacer, donde yacen las respuestas verdaderas.

—¿Qué buscaba cuando vino aquí? —pregunto.

—Si no le molesta compartirlo —añade con educación mi periodista protocolar.

—Nunca me molestó compartir —responde el padre Jordan, y creo que da esa impresión. Que, solo con preguntarle, él abrirá su pecho para mostrarte su corazón latente, sus pulmones rojos como rubíes. Como si no hubiera una diferencia significativa entre compartir lo que le parecieron sus huevos del desayuno y la pregunta más íntima y complicada que le hace a su dios.

—Hace tiempo —dice el padre Jordan—, había tantas maneras de ser santo como personas, y el espacio entre lo secular y lo monástico, entre lo laico y el clero, estaba lleno de todo tipo de huecos y recovecos extraños. Podías tener visiones, tener sueños, podías ser un monje desde las cuatro paredes de tu propia casa o podías andar descalzo por el campo pidiendo limosna. Pero hemos perdido mucho de eso con el paso de los siglos. El sendero hacia Dios se ha vuelto binario: o encuentras a Dios como monje o como parte del clero, o encuentras a Dios como un católico laico. Hay muy pocas opciones preciosas en medio. La oblación se acerca, pero aún es solo un hilo cuando antes había un tapiz completo. —Frunce un poco el ceño hacia las piedras sobre las que está parado—. Esta dicotomía rígida de lo santo y lo profano, de los que hicieron votos y los que no… nos esteriliza. No todos encajan en esas categorías, casi

nadie encaja por completo en ellas, y luego estamos quienes experimentamos a Dios de un modo tan diferente al que está aprobado y prescrito que siquiera la idea de pensar en categorías es… —Parece buscar la palabra correcta—. Limitante.

Y hay algo en el modo en que dice la última parte que me hace pensar que ya no habla en abstracto. Que habla sobre sí mismo.

—Entonces, ¿ese tapiz que quiere recuperar está relacionado de algún modo con la reunión con el Movimiento Independiente Sacramental? —pregunta Elijah—. ¿Piensa abandonar la Iglesia católica?

El padre Jordan nos mira a los dos, sus ojos oscuros parecen pozos que llevan a su alma, y es un alma hermosa e incómoda de contemplar por igual. He pasado los últimos años intentando vivir como un santo. Pero creo que ahora mismo estoy de pie frente a uno.

—Es una de las muchas preguntas a mis pies —dice por fin el sacerdote.

Ahora, siento una presión extraña en mi pecho. Una presión que no debería estar ahí.

Antes había un tapiz completo.

¿Acaso significa que el padre Jordan quiere encontrar un nuevo modo de que las personas lleven una vida santa? ¿Modos que no son del todo monásticos, pero que tampoco son completamente no monásticos?

¿Es posible lograrlo?

—¡Elijah! —exclama un monje de la abadía cerca de la fuente—. *Venez ici et ouvrez notre bière!* —Disculpándose con la mirada conmigo y con el padre Jordan, Elijah parte al claustro acompañado

de una fanfarria de monjes y acepta el desafío de mostrarles de nuevo su truco para abrir botellas.

—Debería mostrarles lo que hace con los dientes —le digo al padre Jordan y, una vez más, su boca carnosa da indicios de una sonrisa.

—Es un truco que me vuelve popular en las bodas —dice. Clava la mirada en Elijah y los demás, y luego me mira—. Es una bendición tener como compañero de viaje a tan buen amigo —comenta.

Encuentro su mirada, pero no logro descifrar qué pensamientos esconde allí.

—Sí —respondo con cautela—. Es una gran bendición.

—Creería necesario recibir semejante bendición en profundidad —dice el padre Jordan, con tono tan indescifrable como su mirada—. Incluso aunque sea incómodo.

Estoy tan nervioso que ni siquiera quiero hacer una broma con respecto a recibir en profundidad.

—Creería que tiene razón —digo, sin saber cómo cambiar el rumbo de la conversación, pero con la certeza de que necesito hacerlo—. Es un buen amigo.

Odio las palabras en cuanto las digo. Obviamente, no puedo permitir que el padre Jordan sepa lo que está pasando, y, sin embargo, esconderlo también es raro. Escurridizo y erróneo. Esconder (ni siquiera puedo llamarlo relación porque es algo muy temporal) nuestro vínculo porque soy monje parece demasiado cercano a esconderlo por otros motivos. Y recorrí un largo camino para vivir abiertamente mi sexualidad como para desestimar lo que siento al esconderlo ahora mismo. A la incomodidad en mi pecho no

le importa si es producto del hábito o de algo más. Esconderse es como esconderse, punto.

Pero curiosamente, el padre Jordan parece percibirlo.

—Sé lo que Elijah es para ti —dice con sencillez. No respondo, y no me obliga a hacerlo. Solo señala con la cabeza al hombre que amo, que está en medio de una maraña de personas comprensiblemente encantadas con él, y añade en voz baja—: Y no se gana nada con guardar secretos.

—Fácil para usted decirlo —balbuceo sobre mi cerveza.

Una expresión distante atraviesa su rostro.

—Quizás no es tan fácil como crees. —Pero, antes de que pueda responderle, vuelve al carro y posa su botella vacía a medias en el estante reservado para botellas usadas—. Pero no me refiero a no compartir secretos con tu abad o siquiera con tu familia, aunque también son importantes. Me refiero a no compartir secretos con quien amas. Elijah.

—¿Con él? Pero no le oculto secretos a él.

El padre Jordan no dice más; en cambio, mira su reloj.

—Tengo que llamar a mi obispo antes de la oración —dice—. Debo irme. Pero espero volverte a ver en Kansas City. Creo que tal vez tendremos mucho de qué hablar.

—Espere —digo—. Padre, por favor. ¿Qué secretos? ¿Por qué diría eso? ¿Podemos…?

Pero él ya está caminando por el sendero techado que lleva a la casa de huéspedes, ya no nos escucha; su paso es elegante y decidido, como el de un hombre que acaba de cumplir con lo que se le pidió.

Mierda.

¿Qué quería decir con secretos? ¿Y cómo sabe sobre Elijah y yo? Pienso de nuevo en sus palabras, intentando descifrar qué puede saber como para decir esas cosas. Intentando determinar si Tyler bromeaba o no cuando me dijo hace años que creía que su amigo del seminario podía hablar con los ángeles.

Me refiero a no compartir secretos con quien amas. Elijah.

No es hasta esa noche, mientras intento dormir y miro la oscuridad reunida en el alfeizar de mi ventana, que lo comprendo. Despacio y de forma gradual.

De algún modo, el padre Jordan sabía (o adivinó) lo único que aún no le he contado a Elijah.

La historia completa sobre la noche en que decidí convertirme en monje.



CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Lo maravilloso de hospedarse en un monasterio trapense es que, sin importar lo temprano que te marches, los monjes suelen estar despiertos para despedirte, y lo que es aún más maravilloso de los trapenses es que el Gran Silencio matutino es completamente sagrado, así que no hay despedidas efusivas. Solo estrechamos manos, nos abrazamos y nos dan varias botellas de cerveza para el camino, y luego el hermano Luc nos conduce hasta la estación de tren en Cavaillon, donde empezaremos nuestro viaje hacia Londres y luego a Dublín, donde alquilaremos un coche para conducir hasta la costa oeste y Santa Columba.

El amanecer es alegre y huele dulce, pero estoy demasiado preocupado por las palabras del padre Jordan y no puedo disfrutar del último atisbo de las colinas y el valle cubierto de lavanda fresca recién cosechada. Solo cuando salimos del valle me doy cuenta de lo que he hecho, y me retuerzo en el asiento trasero para mirar, pero es demasiado tarde. El sitio donde Elijah y yo pasamos las tardes en un frenesí de ensueño, dulce y lujurioso, ya está atrás. El sitio donde

la oración y el sexo aromatizaban el aire en la misma medida, donde no era una traición amar a Dios y Elijah, está cada vez más y más lejos, y ahora nos dirigimos hacia la última parada. A Irlanda.



En alguna parte cerca de Lyon, vierto mi café sobre mi escapulario y mi hábito, y, dado que me había comprado un batido de café dulce y grande en vez de un café de adultos, no hay duda de que muy pronto seré un monje pegajoso, y no en el sentido divertido. Encuentro mi maleta y me cambio la ropa en el baño movedizo y pequeño del tren, mis hombros chocan contra los muros y hacen ruido, y luego salgo con la única muda de ropa que traje.

Elijah alza las cejas.

—¿Pantalones caqui y una camisa? ¿Por mí? Corazón, cálmate.

—Muy gracioso —digo—. Es la ropa que estaba arriba en la maleta y el baño era demasiado pequeño para abrirla bien y encontrar un hábito limpio. —Coloco mi bolso entre la mesa y el asiento y me acomodo frente a Elijah.

Él mira por la ventana, sus cejas aún están hundidas en la frente, y me pregunto si está intentando ver las aldeas escondidas en las colinas, pero luego me doy cuenta de que está mirando nuestro reflejo en la ventana. El reflejo donde estamos sentados juntos y yo no visto un hábito de monje y podemos ser solo dos hombres. Podemos ser cualquiera.

—¿Y si…? —digo, mirándolo en el reflejo, y una sonrisa lenta y entusiasmada aparece en su rostro.

—Sí —dice—. ¿Y si…?



Es casi de noche cuando llegamos a Londres, pero los atardeceres ingleses tienen piernas largas en verano, así que la luz todavía besa la cima de los edificios cuando Elijah y yo entramos cogidos de la mano en el Tate Modern. Les mostramos a los empleados las entradas que compramos durante el viaje en tren, y luego entramos en el estómago de la bestia prohibida del arte moderno. Hay una aglomeración de jóvenes cerca de la entrada, todos vestidos de un modo cuidado al extremo, propio de quienes intentan expresar a gritos con su ropa y accesorios quiénes son. Dos de ellos, dos hombres jóvenes, están besándose contra la pared mientras el grupo decide el próximo paso a seguir.

Siento nostalgia por esos días, cuando lo único que importaba era encontrar el próximo sitio al que llegar, la próxima bebida que consumir, la próxima boca que besar. Pero también me recuerda que estoy aquí ahora, con el hombre que amo en una gran ciudad extranjera y no estoy vistiendo como monje y tenemos una cita. Algo increíble e imposible: una cita.

Entrelazo los dedos con los de Elijah y los aprieto.

—Entonces —dice mientras entramos al vestíbulo central del museo—. ¿Qué quieres ver mientras estemos aquí? ¿Dalí? ¿Rothko? ¿Warhol?

—No me importa —digo con sinceridad, mirándolo—. Solo quiero estar contigo.

Bajo la luz extraña y lúgubre de la Sala de las Turbinas, Elijah me mira con sus ojos oscuros y brillantes por el reflejo de la luz artificial del espacio. Hay algo casi doloroso en el ángulo de sus cejas, en el nudo tallado entre ellas, y por mero instinto, froto con mi pulgar.

—No estés triste —susurro, mi corazón se retuerce—. Me esforzaré mucho por fingir que me agrada Rothko, te lo prometo.

Permite que frote el espacio entre sus cejas allí mismo, en medio del museo. Es tan parecido a cómo solíamos ser antes de que yo me convirtiera en monje, cuando la ciudad era nuestra, cuando íbamos a cada exposición e inauguración y lectura porque Elijah quería hacerlo y porque era demasiado atractivo para que yo me negara a pesar de no entender nada de arte que no sea un cuenco con frutas.

—No estoy triste —dice Elijah por fin, mirándome debajo de mi mano—. ¿Cómo podría estarlo cuando dices mierdas como esa?

Satisfecho porque la línea entre sus cejas ha desaparecido, dejo caer la mano y encuentro de nuevo la suya. La llevo a mi boca y beso sus nudillos. Con suavidad.

Bajo la luz del salón, cada recoveco de su rostro perfecto está bocetado en luces y sombras. Luz sobre el perfil de su nariz y su mandíbula cuadrada, luz sobre sus mejillas, tocando los picos afilados de su boca. Sombras en el hoyuelo tenue de su mentón cubierto de barba incipiente, y bajo sus pestañas.

Se estremece cuando beso sus nudillos, y luego dice antes de que termine:

—Creo que este es mi juego favorito.

Le sonrío, pero tal vez ahora es mi turno de parecer triste, porque este juego es uno de los más simples que hemos jugado, es el más cercano a no parecer un juego en absoluto.

¿Y si estuviéramos juntos?

Como amantes, novios, compañeros, esposos… No lo especificamos y me alegra, porque el modo en que Elijah se encargó de conseguir las *Oyster cards* mientras yo sostenía su café helado y su bolsa era como si estuviéramos casados, y, sin embargo, ¿el modo en que se pavoneó un poco después de que yo fulminara con la mirada y prácticamente le gruñera al guía del museo del otro lado de la puerta que sin duda coqueteaba con él? Eso fue como si fuéramos novios recientes.

Casi parece que podemos saborear todo nuestro pasado y nuestro futuro aquí, en una noche. Lo nuevo y lo viejo, el entusiasmo del coqueteo y la pasión profunda de un corazón que ha latido sobre el mío durante meses.

Somos esposos mientras sostengo sus cosas y él toma fotos con su teléfono; somos amantes nuevos cuando busco con torpeza respuestas correctas a pinturas y esculturas para que él piense que soy sofisticado e intelectual; y cuando pasamos por una sala de exposiciones vacía con un muro convenientemente oculto y lo empujo contra un rincón y hundo mi lengua en su boca, somos solo Aiden y Elijah.

De hecho, lo beso el resto de la noche. En el bar de la terraza del museo, en el bar de otra terraza que Elijah encuentra cerca del Globe, contra la baranda del Millennium Bridge mientras el Támesis fluye silencioso debajo de nosotros. En cada oportunidad que tengo, presiono mi boca sobre la suya y lo saboreo, y él me lo permite, desliza sus manos sobre la tela barata de mis pantalones y me mantiene cerca mientras mordisqueo con dulzura su boca, mientras

beso su labio superior y luego el inferior, y después busco despacio descifrar cada secreto entre los dos.

Nos estamos besando en el puente cuando pienso de forma abrumadora: «Esto es lo que podríamos haber tenido». Si yo no me hubiera ido, si hubiera encontrado otra forma de enfrentarme a mis demonios. Si me hubiera quedado. En esa línea temporal alternativa, tal vez estamos besándonos en este mismo puente, escuchando esta misma ciudad indiferente a nuestro alrededor. Tal vez estamos aquí aún como novios o incluso como esposos, y yo le pertenezco a Elijah y él me puede besar y usarme para sostener su café frío cuando desee. En cualquier momento. Todo el tiempo. Siempre.

Tengo los pies rodeando los de Elijah, mis manos están posadas en la baranda, una a cada lado de su cuerpo, y, cuando retrocedo un poco para recobrar el aliento y comprobar que estamos a salvo, estoy lo bastante cerca para sentir que él también jadea. Para ver las pupilas de sus ojos oscuros como el whisky expandidas de lujuria, para ver cómo observa mi rostro como si quisiera memorizar cada pestaña.

Se ve hermoso así, con el amplio río detrás, la luna iluminando sus facciones cinceladas, con todas las cosas inteligentes que dijo en el museo aún flotando en mi mente y todo lo gracioso que dijo en el bar también. Es el tipo de hombre al que le entregas todo tu corazón, el tipo de hombre que ruegas conocer, el tipo de hombre con el que compras una casa y adoptas un perro, y el tipo de hombre con el que te casas.

Y yo lo dejé.

Y, de pronto, no quiero que las palabras del padre Jordan sigan siendo verdad, no quiero que haya secretos entre los dos. Quiero

explicarle por qué me fui, qué pasó en realidad esa noche para que entienda que nunca, jamás, fue culpa de él, que todo fue culpa mía, y que no vi otro modo de permanecer vivo y dejar de lastimarlo al mismo tiempo.

Quiero que lo sepa, incluso aunque me odie luego, porque no quiero que haya nada sobre mí que no sepa. Quiero que me conozca tan bien como me conoce Dios, que conozca mis altibajos, que me encuentre en los confines más lejanos del mar.

Quiero pertenecerle por completo, incluso aunque sea solo por una noche junto al Támesis.

Me acerco para besarlo de nuevo, para encontrar valentía en sus labios, para que su boca me infunda fuerza.

—Me besas como si ya estuvieras despidiéndote —murmura, y alzo un poco la cabeza para mirarlo.

Necesito hablar con él. Quiero decirle, quiero darle esta última ofrenda bajo la luna.

—Elijah —digo—, no sé cómo empezar, pero debe percibir la diferencia en mi voz, debe ver algo en mi rostro, porque sacude la cabeza con firmeza de lado a lado y presiona un dedo largo sobre mi boca.

—No —responde y creo que su intención es sonar firme, pero hay algo en el modo en que pronuncia el final de la palabra, como si no pudiera decirlo con la rapidez suficiente—. No. No esta noche.

—Ni siquiera sabes qué iba a…

—Por favor —suplica, y su otra mano aprieta más fuerte mi camisa. Me rompe un poco el corazón—. Lo que sea puede esperar. Puede esperar hasta que estemos fríos y lúgubres mañana, incluso

puede esperar hasta que volvamos a casa. Pero esta noche solo quiero nuestro juego. Esta noche, solo quiero… Quiero…

Su voz se quiebra de nuevo, y no tengo fuerzas para obligarlo a terminar la frase.

—Ey, está bien —digo, y me acerco para darle besos suaves de consuelo en su rostro—. Está bien. No lo diré. Esta noche solo será nuestro juego. Lo prometo, lo prometo. —Y continúo cubriendo sus mejillas, su boca y su mandíbula de besos; beso las esquinas de sus ojos y las hendiduras suaves de sus sienes; lo beso hasta que su cadera se inquieta y busca la mía y lo único que podemos hacer es regresar al hotel, donde me pongo de rodillas y empiezo a hacerle una mamada en cuanto entramos a su cuarto.

Lo único que podemos hacer es besarnos, quitarnos la ropa, y tener sexo más de una vez, una y otra vez, sobre la cama, en la ducha y contra la ventana grande con vistas a la calle. Lo único que podemos hacer es abrazarnos mientras nos dormimos juntos por primera vez en cinco años, y, cuando siento las lágrimas lentas de Elijah sobre mi pecho desnudo, lo único que puedo hacer es abrazarlo más fuerte. Porque lo amo y jugaría a este juego para siempre si pudiera; pero no puedo, no puedo. Construí una vida alrededor de ser monje, construí mi mente alrededor de serlo. No puedo renunciar a lo que me salvó.

Ni siquiera por el juego más dulce que he conocido.

¿Verdad?



CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Del cuaderno de Elijah Iverson

El sacerdote franciscano Richard Rohr dice que hay dos tipos de tiempo, al menos según los antiguos griegos. Está Cronos, o el tiempo ordenado y cronológico, y Kairós.

Kairós es subjetivo, cualitativo. Rohr lo llama el tiempo profundo. Dice que es plenitud. Los momentos en los que los puntos de nuestras vidas se conectan.

He vivido en el tiempo profundo estas últimas dos semanas, en monasterios medievales donde los monjes cantan rezos de miles de años y donde Aiden me mira como si yo fuera un himno humano. Durante un puñado de días, he estado suspendido con él, y quizás incluso con Dios, dentro de esa plenitud, todos mis puntos conectados, flotando, brillando.

Mi correo no importa, los plazos no importan. Incluso las notificaciones incesantes de mi teléfono desaparecen con la oscilación del wifi de mierda del monasterio. El ping-pong de los mensajes directos, los correos electrónicos, las alertas de noticias y

más alertas de noticias (los latidos de mi día) simplemente se detuvieron. Y cuando la conexión a internet funcionó y mi teléfono por fin volvió a su vida ajetreada, ese rectángulo de vidrio insistente parecía tan ordinario y barato como una máquina tragaperras en mi mano.

Entonces, ¿qué importaba en esa plenitud?

Sus dedos entrelazados con los míos.

El viento en nuestro rostro, el eco de voces sobre la piedra.

La cerveza dulce en mi lengua y el silencio, silencio, silencio dentro.

Hoy me duelen los ojos, y desearía poder adjudicárselo al aire seco del avión mientras vamos a Dublín, pero en cambio es porque pasé la noche llorando sobre el pecho de mi exnovio monje. Dejamos Kairós atrás a cambio del Cronos muy real y muy frenético de Londres, y fue embriagador y confuso estar en el mundo real con Aiden Bell. Pero.

Pero.

«Solo quiero estar contigo», dijo en el museo de Arte Moderno, pero estamos de nuevo en el tiempo real, en el tiempo cronológico. El tiempo medido en horas y minutos, tiempo que ha pasado tan rápido que antes de que lo notara, ya había terminado.



Fuera del museo, habíamos visto a dos jóvenes besándose contra una pared y recuerdo pensar: «¿A dónde se fue nuestro tiempo?». No el tiempo de este viaje, sino el tiempo de los dos juntos, quizás

incluso el tiempo anterior a los dos. No me siento diferente de esos jóvenes por dentro, no despierto pensando «actúa como los cuarenta años que tienes», pero soy diferente, ¿no? Cada beso, cada brazo sobre una cintura, cada roce de meñiques, miro a nuestro alrededor. Incluso en Londres, incluso en el museo lo hice.

Es un hábito, un hábito necesario. Mirar rápido y darme la vuelta. Mirar, mirar, estamos a salvo.

¿Es algo generacional? ¿O es la edad?

¿La experiencia?

¿Esos dos hombres harán lo mismo en veinte años?

Espero que no. Espero que tengan el Kairós de un beso en una noche de verano sin el tiempo real, sin la realidad amarga deslizando sus garras sobre sus pieles.



No deseo ser joven de nuevo; no es inocencia lo que anhelo, y no son los meses y los años que ellos tienen por delante.

No, son esos momentos de plenitud lo que quiero, siempre esos momentos.

Y esos momentos con Aiden están sucediendo más rápido de lo que puedo retenerlos. Porque, como ha dicho en Semois, su vocación está allí, en ese mundo de Kairós y Dios, y mi vocación está aquí.

Sería fácil decir que solo estoy de paso en su vida, pero la verdad es que este hombre paciente, quisquilloso y vulnerable solo está de paso en la mía.



IRLANDA



CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Lo primero que Elijah hace cuando salimos de la terminal en el aeropuerto de Dublín es soltar un suspiro gigante.

Luego, toma las gafas de sol que había sacado de su bolso y las guarda de nuevo. Y luego, busca un jersey que había metido ahí durante el vuelo. Miro el cielo gris y luego el hormigón gris y liso. El viento frío y húmedo sopla frente a la terminal. Es difícil pensar en un sitio más diferente que el valle soleado con aroma a hierbas donde hemos pasado la última semana.

—¿Vamos? —suspira Elijah y salimos a la llovizna gris y empezamos a ir al lugar de alquiler de vehículos.

Treinta minutos después, ya estamos en camino. Viajar con el dinero de un monasterio significa que los fondos son muy limitados, y nos llevamos el coche más barato que tienen, que es uno manual muy diminuto.

Conduzco yo, porque Elijah no sabe conducir un coche manual, lo cual significa que ahora estoy sentado con las rodillas contra el volante y el hábito subido hasta los muslos porque la tela se atasca

en mi bota cuando intento usar el embrague mientras intento descifrar cómo hacer los cambios con la mano izquierda y un Elijah muy estresado intenta ver la ruta a seguir.

Se vuelve más fácil cuando salimos de Dublín y tomamos primero la M4 y luego la M6, que nos llevarán a través del centro de la isla hasta la costa oeste, donde nos esperan los acantilados poético-deprimentes. El cielo no es menos gris, pero pronto aparecen bonitos campos a los lados del camino, llenos de arboledas, y luego vemos vacas y algunos tractores ocasionalmente. Si no fuera por el césped verde vibrante y los muros de piedra bajos, podríamos estar en Kansas.

—Bueno —dice Elijah, en alguna parte después de Athlone. Ambos ya nos hemos relajado un poco ahora que le he enseñado a mi mano izquierda cómo hacer los cambios y estamos en una autopista en la que no puedo equivocarme de carril porque hay un riel divisorio. Él extrae su cuaderno y lo posa en el tablero mientras busca su bolígrafo y su iPad—. Tengo una lista de preguntas para el artículo. ¿Puedo hacerlas mientras conducimos?

—Cuando quieras —digo.

La mayoría son preguntas superficiales: cuál es la diferencia entre un cinturón de cuero y uno de tela; dónde se quedan los monjes demasiado viejos o enfermos para vivir en el monasterio; cómo se escogen los abades y si hay algún proceso de Recursos Humanos de la Iglesia en caso de un abad malo.

Descubro que algunas son un poco más complicadas cuando nos sentamos en un aparcamiento con hamburguesas en el regazo y él me pregunta sobre el sacerdocio.

—¿Por qué algunos monjes son sacerdotes y otros no? —pregunta, comiendo una patata frita. Hay un grano de sal pegado en su labio inferior, y quiero estirarme en el coche y lamerlo—. ¿Es una elección? ¿Lo decide el abad? ¿Hay un comité de monjes?

—Es una elección personal —digo, apartando a regañadientes los ojos de su boca—. Cuando te unes a una comunidad monástica, primero eres monje y cualquier otra llamada es algo secundario. Antes había una especie de sistema de clases. Los monjes que serían sacerdotes se llamaban frailes y eran más educados, sus vidas giraban en torno a la liturgia y la contemplación, etcétera. Y luego estaban los monjes llamados hermanos, que en general eran menos cultos y cuyos días giraban en torno a las necesidades materiales del monasterio. El trabajo, la labor manual y esas cosas. Creo que ahora está cambiando, al menos en el monasterio Sergius, porque no hay división de trabajo según si eres fraile o hermano, y sin duda no hay ninguna conversación rara y clasista sobre cómo la predisposición natural de los hermanos para limpiar baños libera tiempo para que las almas más sensibles y cultas puedan dedicarse a la contemplación. —Pienso un instante, masticando una patata—. Bueno, he oído conversaciones del estilo, creo, pero más que nada entre los viejos. Y en las personas aleatorias que quieren ser cartujos.

Elijah me mira.

—¿Y no sentiste esa llamada? ¿Querías ser un hermano?

Todo mi cuerpo se tensa por el rechazo que me genera pensar en ser sacerdote.

—Sé que tal vez es sorprendente, dado que Tyler se dedicó al sacerdocio, pero nunca ha sido algo que yo deseara. Los sacerdotes

religiosos, es decir, los sacerdotes en una orden monástica, no tienen la misma amplitud de cuidados pastorales que los sacerdotes seculares o diocesanos, pero igualmente se supone que deben guiar a sus comunidades monásticas. Necesitan ser pastores de un rebaño, incluso si ese rebaño está hecho de ovejas monásticas y muchos pastores. Necesitan escuchar confesiones y administrar sacramentos.

—¿Y no querías hacer eso? —Elijah me sonríe con tristeza—. Creía que todo niño católico crecía con el deseo de convertir el vino en sangre.

—Creo que incluso de niño sabía que no era para mí. No era lo suficientemente bueno para ello. —Suelto una risa—. Y, sin duda, ahora tampoco lo soy.

La voz de Elijah es curiosa.

—¿Y por eso elegiste no ordenarte? ¿Porque piensas que no eres lo bastante bueno como para convertir el vino en sangre?

Miro por el parabrisas, intentando encontrar un modo de poner en palabras lo que siento.

—No en el sentido del sistema de clases monástico internalizado, porque no sabía siquiera que existía una jerarquía hasta que no fui al monasterio Sergius, pero sí, creo que fue por eso. Y no necesariamente por tener que administrar los sacramentos, sino también el rol de pastor. Es decir, ¿quién soy para escuchar los pecados de otros? ¿Quién soy para imponer penintencias, dar consejo o… o… frases sabias?

Elijah detiene una patata frita camino a su boca.

—¿Frases sabias?

—Ya sabes —digo, haciendo un gesto vago—. Cuando alguien viejo y sabio te dice la frase perfecta que con el tiempo resuelve todo. Una frase sabia.

—Ah.

—Como sea, ¡no estoy cualificado para eso! Fui una persona catastrófica hasta que me convertí en monje, y aún apenas sé cuál es el camino moral correcto.

—No eras una persona catastrófica —dice con dulzura. Lo miro, y él me devuelve la mirada. Y, aunque estamos en el aparcamiento de una estación de servicio con envoltorios de comida rápida por doquier, bien podríamos estar en una cena iluminada con la luz de unas velas por cómo me está mirando.

—Amaba la persona que eras —prosigue—. Y creo que ahora quizás te amo incluso más, lo cual antes me hubiera parecido imposible, pero aquí estamos.

—Elijah —digo, pero él niega con la cabeza mirándome y sigue hablando.

—Por si necesitas escucharlo de nuevo, no eras catastrófico. Eras humano. Tal vez eras impulsivo y poco fiable, pero creo que eso te califica más para decir frases sabias que alguien que ha sido prudente y responsable toda la vida. Y, aunque creo que deberías hacer lo que quieras con tu vida, ya sea ser un hermano, un sacerdote u otra cosa, quiero que sepas que pensar en merecer algo que quieres siempre será un requisito incompleto. Es mucho más probable que recuerdes los motivos por los que no deberías tener algo que quieres que los motivos por los que sí, y es mucho más probable que permitas que la vergüenza te guíe en lugar de la alegría. Tal vez podemos discutir qué es bueno y saludable para ti y

quienes te rodean, pero ¿ser merecedor? A mí me suena a una tontería católica y, créeme que, si alguien lo sabe, soy yo.

Toco su rodilla.

—¿Elijah?

—¿Sí?

—Has dicho una frase sabia.

Me lanza una patata frita.



Irlanda no parece grande, pero lleva más tiempo del que uno creería llegar a sitios en el interior, lo cual descubro cuando llegamos a Galway y vamos rumbo al norte para seguir la costa.

De pronto, el mar aparece, una extensión oscura que avanza hacia el horizonte gris, y en todas partes hay acantilados esmeralda y rocas negras diminutas, ensenadas ocultas cubiertas de arena clara. La lluvia regresa en formato de bruma, cubre con su velo el mundo e incluso el mar cercano, y luego solo vemos el camino (estrecho como una tira de papel crepé) y los muros de piedra que unen los parches de la isla en un tapiz verde, marrón y gris.

La lluvia cae con más intensidad, hace que todo parezca borroso a través del parabrisas, y reduzco la velocidad a paso de hombre, preocupado por no caernos por un acantilado.

—Con que esta es la madre tierra de los Bell —dice Elijah, revisando las direcciones en su teléfono por milésima vez para asegurarse de que vamos camino al monasterio y no al medio del océano. Detengo el vehículo cuando una oveja aparece en la ruta,

hace una pila inmensa de excremento y luego se aleja por el campo abierto—. Encantador —dice Elijah.

—Probablemente ese sea el emblema del escudo familiar —respondo—. Una oveja cagando en la lluvia.

Me gano una risa mientras esquivo con el coche el excremento y continuamos, serpenteando por colinas y valles verdes brillantes rodeados de muros de piedra blanca y con algunas ovejas más. A veces, a lo lejos, vemos atisbos de sombras en el mar. Islas pequeñas.

En un momento, lo miro, y siento como si alguien hubiera colocado un diapasón en la aurícula de mi corazón y lo hubiera hecho sonar. Deseo, desesperadamente, tener un teléfono propio, para poder tomar una foto y conservar esta imagen de él para siempre.

Tiene las piernas largas plegadas como las mías para encajar en el coche, pero, mientras que yo parezco alguien que hubiera intentado engañar a Hulk para entrar en un *kart*, él parece como si estuviera en un vídeo musical *indie*. Pies descalzos, pantalones ajustados, bolsa de cuero. Una rodilla en alto mientras mira por la ventana, la parte superior de su bolígrafo entre los dientes mientras mira cómo la tierra revela su presencia, poco a poco, con sus piedras verdosas.

Me devuelve la mirada y el diapasón suena de nuevo, vibra en todas partes por mi pecho, mis huesos, las fibras de mis músculos y mi fascia como si fueran un arpa eólica bajo el viento. Con el mundo reducido al gris y al verde a nuestro alrededor, el bronce oscuro de sus ojos me llama.

En el segundo previo a clavar la vista de nuevo en el camino, veo que flexiona la mano sobre la rodilla y pienso en lo que sentí al

sujetar su mano anoche en el museo, en su boca sobre la mía en el puente, en el camino de lágrimas cálidas sobre mi pecho mientras lloraba.

Pienso en el hecho de que hoy, lunes, llegaremos a Santa Columba, y que luego nos iremos a primera hora de la mañana el sábado rumbo a Dublín, donde tomaremos vuelos separados a casa.

Pienso en todo lo que no le he contado.

Pienso en cuánto lo amo y cuánto amo ser monje y no es justo que no pueda ser un jardín para mi dios y para Elijah al mismo tiempo.

Miro de nuevo la ruta mientras abro la boca para decir algo de todo esto, lo que sea, pero, justo cuando empiezo a pronunciar su nombre, su teléfono irrumpe en el sonido de la lluvia con voz animada.

—En cuatrocientos metros, gire a la izquierda en la intersección. —Y, aunque el teléfono lo dice, lo vemos. Un grupo de colinas austeras con unas edificaciones medievales de piedra anidando con orgullo en su base. El mar se revuelve abajo, e, incluso a través de la lluvia, distingo la espuma y las olas en el agua.

Mientras nos detenemos en el sendero estrecho del monasterio, una campana suena abajo. La llamada a orar que siento en mi corazón con el mismo entusiasmo con que sentí el diapasón.



CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

No es que el monasterio parezca salido de un libro de cuentos infantiles, puras rocas grises húmedas gastadas por los siglos de viento y sal. No es el cementerio embrujado lleno de caminos sinuosos y rocas torcidas.

No es siquiera el mar, que se lanza contra el borde roto del mundo con furia incesante, o el viento, que en realidad nunca se detiene, solo se reduce a rasguños y susurros.

No es nada de esto lo que hace que me enamore de Santa Columba; o, mejor dicho, no es solo esto. En cambio, es la certeza absoluta e innegable de que es un lugar donde poner a prueba el corazón. Es un sitio despojado de todo, menos de Dios.

Dicen que los monjes irlandeses son diferentes, especiales, que fue en estas colinas verdes deslumbrantes donde el cristianismo sobrevivió todo el desagrado de la Edad Media. Que fueron los monjes irlandeses los que salvaron la historia, el conocimiento, el arte y la fe para esta parte del mundo.

Estoy seguro de que la historia real tiene muchos más matices, pero ahora mismo lo creería. Creería cada palabra solo con ver este lugar, mientras un monje delgado como un alambre con rostro pálido y curtido y la barba del color del fuego nos muestra el sitio y escuchamos las campanas que acompañan la canción del viento…

Sí, lo creería. Si uno encuentra a Dios en un lugar como este, jamás lo volvería a perder.



Aunque la lluvia nunca desaparece, el día se extiende lo suficiente para que el padre Finbarr (a quien en secreto he empezado a llamar padre Barbafuego) nos muestre a Elijah y a mí las partes principales del monasterio.

Santa Columba tiene una estructura muy tradicional que probablemente no ha cambiado mucho desde la época de Brian Boru. Es un cuadrado, un lado es la iglesia que va de oeste a este, el otro lado incluye el dormitorio y el ex *scriptorium*, otro es el refectorio y la fábrica de cerveza. El último lado es la biblioteca, la sala de té y una tienda de regalos, estos dos últimos abren solo un par de horas al día y ahora, cuando los visitamos, están cerrados. Al sur hay un edificio bajo de piedra que contiene su cervecería pequeña, pero popular, una cabaña que funciona como eremitorio, el aparcamiento, y senderos para que los visitantes recorran los acantilados o paseen por las playas cubiertas que hay debajo.

El padre Finbarr habla muy poco, incluso comparado con los otros trapenses con los que nos hemos hospedado. Su tono es educado,

incluso cálido, pero solo provee las explicaciones más superficiales mientras caminamos de un lugar a otro, inclinando la cabeza mientras avanzamos bajo la llovizna, sin preocuparse por el modo en que se empañan sus gafas cuando regresamos dentro.

Nos explica que la única comida compartida por los hermanos es el almuerzo, y que las otras se hacen en soledad cuando un hermano lo quiera. El silencio es más estricto que en Notre Dame o incluso que en Semois, y en general las únicas conversaciones que no involucran directamente el trabajo o la oración tienen lugar en las reuniones semanales donde se habla de asuntos del monasterio. Tienen permitido hablar con los visitantes según sea necesario, pero el padre Finbarr dice que la mayoría de los visitantes parece amalgamarse con la atmósfera de silencio cuando vienen y no requieren demasiada conversación.

Mañana nos mostrarán la cervecería y me permitirán hablar con el maestro cervecero, que es un católico laico con nombre irlandés, y hago la nota mental de pedir ayuda con su pronunciación al padre Finbarr. Y, a diferencia de Semois o Notre Dame, no hay garantías de que rezar sea opcional cuando nos entregan el cronograma de rezo. Nuestro anfitrión no dice que es obligatorio cumplirlo, y tampoco me da la impresión de que nos reprendería si faltamos. Pero hay algo en el modo en que sus ojos celestes se posan en los míos cuando me pregunta si es cierto que estoy considerando convertirme en trapense que me hace pensar que él notaría mi ausencia si no fuera.

Parece asumir que estoy aquí porque quiero estar aquí. Que estoy buscando exactamente lo que Santa Columba tiene para ofrecer, la experiencia elemental de pertenecer a Dios del modo único en que

lo hace un monje trapense, y que, durante mi estancia, me zambulliré profundamente en ella.

Tiene razón.

Es lo que busco, es el motivo de mi visita, y me zambulliré todo lo que pueda. Es solo que también quiero empaparme de algo más. De alguien más. Porque solo me quedan cinco días con él antes de regresar al mundo real y a nuestras vidas reales, y siento que esos cinco días soy como una princesa Disney atrapada en el reloj de arena gigante de un villano. Como si el tiempo que pasa fuera algo físico, que me entierra vivo poco a poco.

Esa sensación se acentúa cuando recogemos nuestro equipaje donde lo dejamos en la entrada de las visitas, cerca de la tienda de regalos, y nos llevan a nuestros cuartos. El monasterio es demasiado pequeño para tener una casa de huéspedes, así que nos hospedamos en el dormitorio con los monjes.

Nuestras habitaciones están separadas por varias celdas que sospecho están activamente habitadas por hermanos, y, si bien el suelo de piedra podría disimular el sonido de los pasos suaves por la noche, las puertas son de madera tan vieja y ruidosa que sospecho que son anteriores a la invención del teléfono.

Los ojos de Elijah encuentran los míos un instante antes de llevar su maleta a su habitación, y sé que está pensando lo mismo que yo. Será imposible encontrarnos por la noche sin que el padre Barbafuego y los otros monjes lo sepan.

Me siento un adolescente mientras depositamos nuestras cosas y luego seguimos al padre Finbarr al refectorio para cenar algo rápido antes de rezar, porque me encuentro intentando triangular huecos en el cronograma y ubicaciones de nuestro recorrido donde creo que

Elijah y yo podremos pasar unos minutos a solas, pero es mucho más difícil aquí de lo que fue en los otros dos monasterios. Tal vez puedo decirle al padre Finbarr que me gustaría explorar un poco el terreno, quizás habrá un día con clima lo bastante ameno para hacerlo, o tal vez podamos esperar en lugares distintos después de la oración hasta que todos se hayan ido a la cama…

No, pienso que es peor que la adolescencia mientras Elijah y yo nos servimos pan suave, guiso caliente y cerveza negra producida en Santa Columba. Parece un engaño, una infidelidad. No como la persecución adolescente excitante, sino como la necesidad imprudente de los infieles.

Pero ¿cuál es mi alternativa? ¿No encontrar un momento en toda la semana para estar con Elijah? ¿En nuestra última semana juntos?

Imposible.

Hallaré la manera y, mientras nos sentamos a comer y la lluvia golpea el vidrio delgado de las ventanas, me digo explícitamente lo que he sabido desde Semois, quizás incluso desde el eremitorio.

Prefiero el dolor del arrepentimiento a la angustia de qué hubiera pasado. La angustia de pasar el resto de mi vida pensando que debería haber usado hasta la última hora de estos últimos días con Elijah.

El refectorio sin duda fue construido en la época en que cada segundo hijo se unía a la Iglesia, porque el cuarto y sus mesas largas con caballetes fácilmente acogían a cien personas. Dado que ahora Santa Columba tiene solo veinte monjes, las sillas están espaciadas entre sí, lo suficiente como para que sea imposible conversar, incluso si tuviéramos la valentía suficiente de romper con el tabú de la charla. Comemos en silencio, y luego es hora de rezar,

un momento hermoso y emocionante en inglés, lo cual es un regalo después de dos semanas en medio de rezos en francés.

Y, luego, es hora de dormir, donde no habrá oportunidad de escabullirse y, mientras concilio el sueño, rezo, murmurando en mi mente las palabras que me trajeron aquí, a la tierra natal de los Bell, al mar, al viento y a las ovejas.

Alzo mis ojos hacia las colinas…



El día siguiente es igual. La oración es temprano, la *lectio* divina es estrictamente en tu propia celda o en la biblioteca, y la disposición cuadrada del monasterio dificulta esconder hacia donde uno se dirige. Además, en medio de tanto silencio, es imposible llevar a Elijah a un rincón y exigirle que planee un atraco sexual conmigo.

Después de desayunar huevos y rebanadas gruesas de pan tostado, Elijah y yo seguimos al padre Barbafuego hasta el maestro cervecero, un hombre agradable de mejillas rojas llamado Oisín, y en el tiempo que nos lleva ir hasta la iglesia para rezar las horas menores y volver, nos hacen una visita guiada por la cervecería y nos permiten probar su cerveza, que es muy buena.

—Aquí solo fabricamos dos variedades —explica Oisín mientras abre una botella junto a la olla de bronce—. Cerveza rubia y cerveza negra, tal como se ha hecho aquí durante siglos.

Elijah y yo aceptamos un vaso pequeño para catar la rubia, y bebo un sorbo mientras Oisín explica la posición única de Santa Columba. La cerveza es muy popular entre la gente local y, de hecho, la

mayoría de las ventas del monasterio provienen de *pubs* y bares cercanos, pero cada vez gana más popularidad entre los entusiastas de la cerveza, y hay mucho interés internacional.

—Pero es difícil expandirse —explica Oisín mientras abre una botella de cerveza negra para nosotros. Es la misma que probamos en la cena, pero ninguno de los dos rechaza el vaso, porque es deliciosa. Con sus notas de fruta seca y chocolate, sabe parecido a la Navidad—. La rutina diaria de los trapenses no favorece la producción a gran escala, y los monjes aquí envejecen más rápido de lo que se inscriben hombres más jóvenes. No sé si Santa Columba existirá dentro de treinta años, y el abad piensa lo mismo. Lo cual hace que sea difícil invertir en equipamiento para fabricar más cerveza.

—Pero, sin duda, igual valdría la pena en el corto plazo, ¿no? —pregunto. Mi cerebro financiero se pone en funcionamiento mientras miro la hilera breve de ollas y fermentadores—. Hay espacio físico suficiente para duplicar la producción, y, si la demanda es como describes, entonces imagino que hay suficientes ingresos como para contratar a dos o más católicos laicos como productores de cerveza. No estarían limitados por el cronograma de rezos, pero igualmente los monjes podrían supervisarlos y asegurarse de que la cerveza continúe siendo un producto trapense certificado.

Oisín inclina su vaso hacia mí.

—Acaba de leerme la mente, hermano Patrick, y he compartido esas ideas con el abad muchas veces, pero creo que a él le preocupa invertir mucho en el futuro cuando el presente ya es incierto. Pienso que, si hubiera un monje joven como usted aquí para ayudar, para

impulsar al monasterio hacia el futuro, quizás él cambiaría de opinión.



Elijah y yo regresamos a la cama sin habernos besado o siquiera sin haber conversado en persona, y, cuando despierto el miércoles con el pene hinchado y un dolor en el pecho, sé que no soportaré un día más. No me importa si tenemos sexo o no (bueno, está bien, me importa un poco), pero solo necesito estar a solas con él. Sostener su mano y besarlo.

Después del desayuno, sigo al padre Finbarr hasta la biblioteca, donde trabaja como bibliotecario del monasterio, más que nada enviando libros prestados a través de un sistema interno entre bibliotecas y recibiendo los que devuelven.

—Si no tiene planes para mí esta mañana, me preguntaba si sería posible explorar un poco. ¿Tal vez pasear por el cementerio o por los senderos junto a los acantilados?

El padre Finbarr parpadea detrás de sus gafas, como si nunca se le hubiera ocurrido que me gustaría ver el exterior, pero luego me dedica la primera sonrisa que le he visto esbozar.

—Oh, sí, deberías hacerlo. La gloria de Dios está presente en toda su creación, pero en especial aquí, en Santa Columba. De hecho, nuestro postulante más reciente se inscribió aquí precisamente por la ubicación. Pero…

Estoy preparado para esto. Alzo mi breviario.

—Rezaré por mi cuenta, claro, llegado el caso.

—¡Maravilloso! —dice, como si nunca hubiera escuchado semejante ingenuidad, y luego, con otra sonrisa, se gira hacia la pila de libros devueltos—. Entonces, ¿te veremos en el almuerzo?

Intentando esconder mi entusiasmo, accedo y prometo volver para almorzar. Después voy en busca de Elijah.

Solo he robado un par de horas para nosotros, pero nos pertenecen, y planeo aprovecharlas muy bien.



CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

—¿Y el escapulario? —pregunta Elijah. Está sentado contra el tronco de uno de los pocos árboles del monasterio, y el único que parece un árbol real y no un arbusto retorcido por el viento más antiguo que Dios. Hoy está soleado (bueno, hay un poco de sol), y hace bastante calor, por lo que nos hemos quitado el calzado para sentir el suave césped del cementerio bajo los pies.

El tejo bajo el que estamos sentados está detrás de una colina empinada dentro del cementerio, y es tan empinada que hay escalones antiguos cubiertos de líquenes tallados en la tierra misma para poder circular. Aquí, el cementerio es irregular, pero termina en una cerca de piedra baja. En la cerca, aún están los postes de una puerta que ya no existe.

Dado que la mejor vista es desde los acantilados, he apostado a que tendremos cierta privacidad y no veremos visitantes, y ha sido una apuesta inteligente. No hemos visto ni un alma desde que bajamos aquí, y, dado que estamos en el lado más alejado del árbol y también detrás de la colina, nadie nos verá a menos que,

literalmente, baje por los escalones de piedra y rodee el tronco sobre el que estamos posados.

Estamos en nuestro propio mundo, y ya he saltado sobre Elijah una vez, ni siquiera he esperado a que tomara asiento antes de ponerme de rodillas y abrirle el pantalón para llevar su miembro a mi boca. Y ahora está sentado con los ojos entrecerrados y una sonrisa, todavía tiene el pantalón desabrochado, los pies descalzos y los largos dedos sueltos sobre su cuaderno.

—¿De verdad quieres preguntarme ahora mismo por los detalles de mi hábito? —digo mientras acaricio el nudo suave de su tobillo debajo del borde de sus pantalones.

Suelta una risa breve, grave y deliciosa.

—¿No debería al menos fingir que trabajo mientras estamos aquí?

Me inclino para besar su tobillo.

—Como quieras —susurro sobre su piel—. ¿Qué quieres saber?

—¿Son como los de color marrón que nos dieron de niños?

—Parecidos —digo, deslizando los dedos bajo su pantalón y acariciando su pantorrilla—. El escapulario monacal es el primero; empezó como una especie de delantal de trabajo para hermanos y hermanas y luego se volvió parte del hábito. Con el tiempo, oblatos y terciarios empezaron a llevar versiones más pequeñas del escapulario para indicar su devoción a las órdenes a las que se habían unido, y luego esos escapularios se convirtieron en los escapularios devocionales que usan hoy quienes no pertenecen a una orden monástica.

Se estremece mientras deslizo despacio mis uñas por su pierna y luego recorro el mismo camino con mi boca.

—¿No había algo peculiar respecto a usar escapularios devocionales? —pregunta—. ¿No era que, si morías con uno puesto, no irías al infierno o algo así?

—Llevar un escapulario devocional es un acto de fe —digo, mientras me pongo de rodillas y toco al hombre frente a mí. Una erección insatisfecha forma una tienda obscena al frente de mi propio escapulario—. El acto mismo es una alabanza, una devoción, y ese acto continuo santifica a quien lleva el escapulario. Pero esa es una promesa específica del escapulario marrón, y no es necesariamente el caso del delantal monacal. El mío es más bien un recordatorio de mi obediencia, ante mi orden y ante Dios. —Le sonrío a Elijah—. Pero me gusta robar un poco de la teología del escapulario devocional. Me gusta imaginar que hay un modo de sentir mi devoción frente a mí y a mis espaldas. —Tomo su mano, la que sostiene el bolígrafo, y la presiono contra mi pecho—. Sentirla a ambos lados de mi corazón.

Aquí, el océano es más silencioso, más parecido a un susurro que a un rugido, así que escucho el cambio en su respiración mientras mi corazón late contra la palma de su mano. Y, luego, él se acerca y de algún modo terminamos enredados en el suelo, él sobre mí, arrancándome el hábito, y yo debajo, intentando besarlo y rodear su cintura con mis piernas.

Él encuentra la necesidad rígida y anhelante bajo mi escapulario, y, con el sabor de sus labios en los míos y el susurro de las olas a lo lejos, nos demostramos mutuamente nuestro propio tipo de devoción hasta que las campanas suenan colina abajo.



Me incorporo y rezo la Tercia con mi breviario mientras Elijah dice que escribe en su cuaderno, pero, en cambio, más que nada me observa con el brazo detrás de la cabeza y la boca curvada en una sonrisa cariñosa.

Debería distraerme, y quizás lo hace, pero también es maravilloso, como rezar junto a un vitral colorido y brillante o entre las volutas del incienso. Hace que rezar sea más profundo, dulce e incluso más antiguo de alguna manera, como si rezara algo más allá de las palabras de los salmos, como si rezara la esencia del ser humano para empezar.

Y, cuando termino, el momento es más que perfecto, como salido de un sueño, el césped es suave, el sol y los ojos de Elijah también, y sé que debo contarle lo de esa noche. De otro modo, no creo que sea capaz de soportar la perfección de ese recuerdo sabiendo que existía esa última verdad escondida entre los dos.

Dejo mi breviario en el césped y me giro para mirar en la misma dirección que Elijah, hacia la puerta sin puerta y el arroyo al otro lado. Más allá del arroyo hay una colina cubierta de césped verde y flores amarillas y rocas grises, y no podría ser más distinta a la colina de mi monasterio Sergius, pero igualmente me llama.

Quizás encontraré a Dios en cada colina que vea durante el resto de mi vida.

—Esa noche —digo después de un momento, preguntándome por dónde empezar—. Esa noche fue peor de lo que he expresado. Más allá de la pelea, el mensaje y lo demás.

Miro a Elijah, y una nueva tensión aparece en él. Adopta una posición erguida, tiene las piernas cruzadas y la espalda entera contra la raíz gruesa del tilo.

Lo interpreto como una señal para continuar, para contar toda la historia, y lo hago.

Respiro profundo y empiezo desde el comienzo.



CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

La criatura

La primera vez que la conocí no fue en un cementerio o en un funeral. No fue viendo una película o un vídeo estúpido en los comienzos de internet ni escuchando a mis compañeros de clase hacer bromas terribles.

Ni siquiera estaba solo.

Estaba en mi cocina, hurgando en la nevera por milésima vez ese día, buscando qué comer, y, al descubrir restos de lasaña de la noche anterior, decidí consumir todo lo que quedaba en la bandeja. Ni siquiera me molesté en quitar las sobras de ahí; solo cogí un tenedor y me quedé de pie junto a la encimera mirando por la ventana hacia el patio, comiendo lasaña fría ausente, como un perro que mastica un hueso.

Y entonces oí las voces provenientes de la sala de estar.

Había pasado un año de la muerte de Lizzy, y habíamos ido al cementerio más temprano ese día junto a mi tío Colin y mi tía Trish, y habíamos dejado flores en la tumba de Lizzy, y los adultos y Tyler

habían llorado. Sean había fulminado con la mirada la cruz en la lápida como si pudiera hacerle un gesto grosero a Jesús si se esforzaba lo suficiente y Ryan también estaba triste, pero él tenía ocho o nueve años en aquel entonces, así que cinco minutos de tristeza sepulcral era lo máximo que pudo soportar antes de empezar a moverse.

Yo había querido poner mala cara y ser genial como Sean, pero el tío Colin me había dado a escondidas varios sorbos de Consuelo Sureño de su petaca antes de venir, y, más que nada, sentía que flotaba y estaba lejos de todo a mi alrededor, como si fuera un espectador al que arrastraron al escenario mientras los actores reales realizaban la obra a mi alrededor. En ese momento pareció algo bueno.

El Consuelo Sureño había perdido efecto cuando estaba comiendo la lasaña, así que estaba sobrio cuando escuché la voz de la tía Trish desde la sala de estar decir:

—Por supuesto, es muy común que cuando las personas llegan a ese pensamiento, crean que el mundo será mejor sin ellas.

Recuerdo que el tenedor con lasaña se detuvo antes de llegar a mi boca, que las palabras se grababan en mi mente, con arañazos profundos.

Antes de ese instante, había pensado que todos los suicidios eran como el de Lizzy, y el de Lizzy me parecía sencillo de entender a mis ojos, un adolescente que más que nada discutía con ella por el mando a distancia y por los restos de Toaster Strudel en el frigorífico, alguien que nunca había accedido al mundo interior de Lizzy de ninguna manera. Lizzy estaba triste y, por lo tanto, se suicidó, y eso era todo.

Así que cuando el consejero estudiantil, preocupado, me llevó a su diminuto despacho y preguntó si me sentía triste, si sabía que podía hablar con otros sobre mi tristeza, y me dio un panfleto sobre las señales de alarma en el suicidio adolescente que sin duda estaba hecho para padres y no para adolescentes, no tuve mucho que decir. Sí, estaba triste porque Lizzy estaba muerta, pero más que nada estaba enfadado con el sacerdote y con lo que le había hecho. No, yo no tenía ninguna señal de alarma. Sí, sabía que podía hablar con mis padres y con el consejero si alguna vez experimentaba esa tristeza.

Mejor sin ellas.

Bajé la vista a los restos de lasaña que comía directamente de la fuente, y pensé en la broma de mierda sobre mi propia madre que había hecho la noche anterior para hacer reír a un grupo de amigos. Pensé en los rumores que había diseminado sobre un compañero de atletismo; pensé en los dos últimos ensayos de literatura que no había escrito, sino que le había pagado a un chico en la sala de estudios para que los hiciera por mí. Pensé en todas las horas de servicio que había inventado en el registro de horas de servicio de mi instituto, todas las mentiras que había dicho, todas las peleas que había empezado y luego terminado.

Pensé en esa sensación, que a veces tenía, de estar lleno de gusanos, lleno de insectos retorciéndose y de mugre. Pensé en la otra sensación que a veces tenía, la no sensación, que solo desaparecía cuando bebía, peleaba o tonteaba.

Mejor sin ellas.

Dejé el tenedor mientras algo se materializaba en mi mente. Caminó de lado a lado un momento y luego tomó asiento.

Era como el humo de un fuego iniciado con aceite: sedoso, venenoso y espeso; tenía mi rostro; hablaba con mi voz.

—Hola —dijo la criatura—. Te he estado esperando.



Al principio, fue como un secreto, el tipo de secreto que te hacía más sabio y más interesante que las personas a tu alrededor. Terminé el bachillerato, y empecé la universidad así, creyendo que entendía canciones en la radio y poemas en clase mejor que cualquiera de esos chicos relajados y alegres, creyendo que solo yo cargaba con esa marca, como un Caín romántico, que debía andar con ella en mi frente para aquellos que supieran cómo mirar.

Sin embargo, en el transcurso de la universidad, empezó a ser menos un secreto y más… un testigo. Un testigo de las peores cosas que hice, los peores pensamientos que tuve, y luego empezó a susurrarme lo que había visto. Me recordaba en horarios extraños, durante viajes largos en coche o largas lecciones en la universidad, todo lo malo que había hecho. Hacía cortes en mí y luego lamía lo que fuera que brotara de ellos.

Y cuando me gradué de la universidad, ya no era nada profundo o romántico. En cambio, era mi única amiga de verdad.

Mis otros amigos pensaban que yo les gustaba, pero les agradaba una mentira: un chico brillante y risueño que siempre estaba en busca de la próxima fiesta, el próximo trago, la próxima línea de cocaína. Eran amistosos, halagadores; no tenían idea de quién era yo en realidad, porque no me conocían como *la criatura* me conocía,

y nunca serían honestos conmigo como lo era ella. Ella siempre me decía la verdad; me decía lo vacío que estaba, lo inútil que era, cómo desperdiciaba aire, tiempo y comida. Y, cada vez que intentaba escapar de ella y del no sentir que traía (con drogas, alcohol, sexo), siempre estaba esperándome al final, inexorable e inevitable.

Existía la muerte, los impuestos y *ella*, siempre ella.

Y era una criatura muy, pero que muy paciente. A veces desaparecía durante meses, quedaba solo un recuerdo de sí misma, y yo pensaba: «Se fue». Le dije que se marchara y lo hizo, como un demonio en una horda de cerdos, y ahora yo era libre para siempre.

Pero siempre volvía, y, cuando regresaba, me daba cuenta de que nunca se había ido, porque había continuado atestiguando todo lo que había hecho en su ausencia, y empezaría de nuevo con su letanía siniestra. Las personas que había herido o molestado, las conversaciones que había arruinado o monopolizado injustamente, los daños severos y leves que coseché siendo Aiden Bell, el eterno desastre.

Mejor sin ellas…, me recordaba, con tono seductor.

Cuando mi madre murió, un año antes de esa noche, la criatura me dijo todo tipo de cosas, cosas horribles, irrepetibles. Pero lo que me decía con más frecuencia era que nadie me extrañaría como las personas extrañaban a mi madre. Mis hermanos estaban destrozados, mi padre estaba destrozado, todo el gran círculo de amigos de mi madre y sus compañeros de trabajo estaban destrozados por la muerte de Carolyn Bell, pero ¿y si yo moría…?

Y echaba de menos a mi madre. También había echado de menos a Lizzy, pero extrañaba a mi madre como adulto, con el corazón de un adulto, y, aunque siempre había soportado los susurros de la

criatura por mi cuenta, cuando ella murió, de pronto me sentí abandonado y solo de un modo que jamás había experimentado. Como si una parte secreta de mí siempre hubiera creído que si la criatura gritaba demasiado, que si yo corría demasiado peligro de hacer lo que la criatura quería que hiciera, siempre podía acudir a mi madre y ella lo arreglaría todo. Haría que no me sintiera solo, haría desaparecer a la criatura. Quizás todos pensamos lo mismo sobre nuestras madres, que ellas harán desaparecer a los monstruos bajo la cama. Pero Carolyn Bell se llevó esa sensación de seguridad cuando murió y me quedé solo de verdad en las garras de la criatura.

Elijah era la luz, por supuesto. La dulzura, el sexo, el consuelo. Un regalo que no merecía. Creo que, sin él, esa noche hubiera llegado más rápido, aunque también la criatura hubiera usado a Elijah como arma.

¿Qué haces con ese hombre tan bueno? ¿Lo avergüenzas en eventos, en las cenas con sus padres? Sabes que solo te toleran porque quieren a Sean, ¿no? Sabes que él te dejará, ¿verdad? ¿Por qué se quedaría contigo? ¿Por qué debería quedarse?

Cualquier cosa buena o correcta que hacía nunca era suficiente para compensar la balanza hundida de mi egoísmo, y, cuanto más poder tenía la criatura para paralizarme, más egoísta me sentía, como si las parálisis fueran por mi culpa. Esas veces que no podía mover el cuerpo para salir de casa… la criatura me preguntaba con tono de preocupación profunda si sabía cuánto estaba decepcionando a mi novio. ¿Cuánto estaba empeorando su vida con cada decepción’

Mejor sin…

Durante quince años, había sido la mascota de la criatura, su acompañante infeliz. Quizás fue sorprendente que yo hubiera soportado tanto tiempo como lo hice, y eso es todo gracias a mi familia y a Elijah. Pero, después de años y años de la criatura, estaba cansado. Ahora concordaba con ella, con lo que fuera que dijera. ¿Por qué no iba a hacerlo si hablaba con mi voz y tenía mi rostro?

Y luego, esa noche, cuando volví a casa y encontré la cena en la basura y a Elijah sentado en la sala, la criatura ni siquiera tuvo que hablar. Mientras Elijah y yo discutíamos, me di cuenta de cuánto lo había herido mi descuido, cuánto más dolor le había causado esta vez en comparación con las anteriores, y, cuando él se apartó mientras nos cambiábamos para ir a dormir y susurró: «Hablaremos por la mañana», ya sabía lo que la criatura diría.

No me merecía hablar sobre la pelea por la mañana. No me merecía perdón alguno, porque volvería a necesitarlo una y otra y otra vez, y ¿quién tiene energía para perdonar a alguien tantas veces? ¿Quién puede darle a alguien tantas oportunidades de empezar de nuevo? E, incluso si alguien pudiera hacerlo, ¿por qué rayos debería?

No seguí a Elijah a la cama. Tal vez debería haberlo hecho. Porque, quizás si me hubiera metido en la cama, Elijah hubiera suspirado y hubiera rodado para permitir que su pie tocara el mío debajo de las sábanas. Quizás hubiera permitido que presionara mi rostro contra su brazo. Quizás hubiéramos tenido sexo y la no-sensación que la criatura siempre traía hubiera desaparecido un rato.

Pero nada de eso ocurrió. Bajé la escalera, primero me senté en el sofá y miré a la pared, y luego terminé en el suelo, mirando la noche

sin luna a través de la ventana de la granja.

La criatura se unió a mí en el suelo, me felicitó por mi autoconciencia, por mi honestidad inmutable.

—¿Hacemos la letanía juntos? —me preguntó.

—Sí —respondí y permití que ella empezara, un carrete interminable de razones por las que debería hacerle caso a sus sugerencias amables. A ella solo le importaban las personas que yo quería, al igual que a mí. Solo deseaba hacer que el mundo fuera un lugar mejor. ¿Acaso yo no deseaba lo mismo?

Después de quince años, estaba familiarizado con sus grandes éxitos, sus horrores favoritos que extraía de mis recuerdos y usaba para atormentarme, sus tentaciones, sus prejuicios y su malicia suave e insinuante. Tal vez no hubo nada lo bastante distinto esa noche para que fuera *la* noche, pero, a fin de cuentas, esa fue precisamente la razón por la cual se convirtió en la noche en que sucedió.

Porque había sobrevivido a tantos años con ella en mi mente, y, cuando miré por la ventana, vi todos los años que aún me faltaban por sobrevivir, y de pronto, fue demasiado agotador contemplarlo.

Nunca pararía, nunca terminaría. Esta siempre sería mi vida, y ¿por qué siquiera estaba resistiendo? ¿Por el derecho de seguir decepcionando a los demás? ¿Por la capacidad de alimentarme de su energía y paciencia hasta dejarlos drenados?

En la película de 1998 de Brendan Fraser, *La momia* (que es la mejor película de acción basada en momias de la historia), hay una ciudad sagrada llamada Hamunaptra, y en esa ciudad hay un templo, y en ese templo es donde el equipo heterogéneo por fin derrota a la momia, quien a esas alturas es atractivo y calvo. (Que

sea atractivo no es importante para la historia, pero me pareció que deberíais saberlo). Después de que la momia reciba una herida letal, se tambalea hasta una especie de barril de piedra lleno de almas de muertos. El agua es espesa, negra y ondulante, y, cuando la momia se hunde en sus profundidades, la oscuridad sube por sus piernas, su torso y luego su rostro, y recuerdo que, incluso de niño cuando lo vi, pensé que la oscuridad podía hacer eso, podía aferrarse a tu piel y cubrir tu cuerpo. Podía alcanzarte, buscar y marchitar todo lo que tocaba. Nunca permanecería donde debía estar. No cuando sabía tu nombre y estaba esperándote.

Así que observé mientras la oscuridad entraba por mi ventana y se expandía hacia mis pies extendidos, comprendiendo cómo debía haberse sentido esa momia atractiva, sabiendo que la muerte se acercaba, que la muerte había llegado. Quizás la momia tenía miedo, pero, curiosamente, yo no. No sentí nada en absoluto.

—Te ayudaré —dijo con tono amable—. Solo escúchame, y te ayudaré.

—Está bien —respondí. Escucharía. Me ayudaría. Le escribiría una nota a Elijah para explicarle que no fue culpa suya y luego me aseguraría de que todas las luces del piso de arriba estuvieran apagadas porque él odiaba que dejara la luz encendida y desperdiciara electricidad, incluso cuando solo era la luz del baño para no golpearme un dedo del pie en mitad de la noche.

Era la hora.

Sentí una certeza que nunca había experimentado. Era la hora. Ya había fingido lo suficiente, y, cuanto menos había funcionado fingir, más me había esforzado por hacerlo, y ya había llegado la hora.

Pero, entonces, algo sucedió cuando estaba a punto de incorporarme. Algo que tardé un poco en comprender. Mi teléfono, en el suelo, a mi lado, se iluminó con una notificación que anunciaba un mensaje de texto.

A las tres y media de la mañana.

En la oscuridad, parecía una luz ardiente, un foco de cine, un sol azulado amaneciendo justo ahí, entre las sombras. Y, cuando tomé el teléfono por mero hábito y abrí el mensaje, brilló tanto como el interior del Arca de la Alianza.

Era de un número que no tenía en mis contactos y que ni siquiera reconocía, un número con el que jamás había intercambiado mensajes. Solo había una línea, sin contexto ni nada más.

Alzo mis ojos hacia las colinas.

¿Por qué sonaba familiar? ¿Y quién me enviaría un mensaje a las tres de la mañana con algo tan críptico? Desde que había empezado a salir con Elijah, me había alejado del grupo amante de las fiestas salvajes… E incluso si uno de esos idiotas me hubiera enviado un mensaje tan tarde, sin duda habría sido un vídeo en el que estaban borrachos y cantando en medio de la calle. No un… ¿Era un verso? Me sonaba familiar. Como un poema que habíamos leído en la escuela, o…

Abrí el navegador de mi teléfono y escribí las palabras, lo que me llevó directo al salmo 121.

Alzo mis ojos a las colinas.
¿De dónde vendrá mi socorro?
Mi socorro viene del Señor,
que creó el Cielo y la Tierra…

No permitirá que tu paso no sea firme;
quien te guarda no dormirá…
El Señor cuidará de tus idas y venidas desde hoy y para siempre.

Las palabras penetraron en mí; no, me quemaron. Como fuego. Como luz.

Alzo mis ojos hacia las colinas…

Abrí de nuevo el mensaje y respondí: «¿Quién eres?».

Pero no hubo respuesta. De hecho, no la ha habido en cinco años. Hasta hoy, aún no sé quién me envió el primer verso de un salmo a las tres y media de la mañana.

Hasta hoy, aún no sé quién me salvó la vida.

Alzo los ojos hacia las colinas…

Esas palabras me llenaron de algo que no era oscuridad, que no era la ausencia de sentir. Experimenté… consuelo. Como si todavía fuera posible saciar la necesidad que había tenido de que mi madre ahuyentara los monstruos bajo la cama, como si aún hubiera alguien que pudiera hacer eso por mí, y ese alguien era este dios que nunca dormía, este dios a quien le importaban mis idas y venidas. Este dios que me conservaría, aunque no me lo mereciera. Él podía conservar mi vida, él conservaría mi vida, y pronto no fue suficiente ver las palabras en la pantalla, necesitaba verlas en papel. Fui a la biblioteca junto a la chimenea, que tenía más que nada videojuegos y todas las ediciones del *Libro Guinness de los Récords*, y encontré la pequeña Biblia de cuero que mis abuelos me habían regalado en mi confirmación.

Y ahí estaba, impreso, claro como el día: este dios nunca dormiría, me ayudaría. Si alzaba mis ojos hacia las colinas, incluso en la hora

más oscura de la noche, él estaría ahí.

Tal vez…

Tal vez la criatura, con su voz sedosa y humeante, estaba equivocada. Quizás lo había estado por mucho tiempo.

Y eso fue suficiente para que no hiciera lo que había estado a punto de hacer. No hubo certeza, lógica, ni siquiera un sentimiento feliz que compensara la seducción pesada de la criatura; sino que fue la revelación repentina de que mis pensamientos, mi vacío y sus susurros no eran toda la historia.

Había algo más. En mí. En la vida.

Más tarde, mientras superaba esos primeros días de mi noviciado, escuchaba el final de esa lectura de los Corintios que a la gente le encanta usar en bodas, y escuchaba lo que me había sucedido esa noche.

Porque en parte conocemos… mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará.

Entonces conoceré como fui conocido.

Creía que lo entendía todo a la perfección. Que yo era todo lo que la criatura me susurraba que era, y que no existía otra verdad que importara. Pero había estado equivocado; había tanto más que importaba, tanto más que no había visto o conocido, y esa noche solo apenas podía soportar la vastedad de todo, solo percibía que había un infinito de algo que no era la nada, y que, si quería, podía también ser mi infinito. Esa eternidad era compartida por todos nosotros, estaba entrelazada entre todos nosotros, y había muchas puertas y entradas, y yo había encontrado solo una de ellas.

No me molestaba. Esta era mi puerta; me había llamado; así que era la puerta que quería por ese mismo motivo. Encontré mi portátil,

tomé asiento en la mesa de la cocina, busqué en Google «iglesia católica en los alrededores» pensando que era una buena manera de empezar, y luego solté un «ja» cuando Google me dio demasiados resultados como para hacer una selección adecuada. Decidí que la más cercana sería en la que debía cliquear, pero entonces la vi.

Una iglesia de piedra frente a una colina alta, el sol saliendo sobre la cima.

Monasterio Sergius, decía el resultado junto a la imagen. Estaba apenas a una hora de viaje.

Cliqué en el enlace, que mostró una foto de monjes con hábitos negros y las cabezas inclinadas en oración. Pero también estaban sonriendo con vasos de cerveza… caminando de a dos o tres bajo la sombra de la colina con las manos detrás de la espalda… sentados en el claustro mientras la colina asomaba por encima de los techos y los edificios a su alrededor.

Parecían tan serenos, tan equilibrados, con la clase de estabilidad que da testimonio de esperanza, amor y seguridad. Parecía como si conocieran a este dios que no dormía y que los cuidaba, y yo también quería conocer a ese dios… Lo que más quería era conocerlo.

Necesitaba conocerlo.

Y, tal vez, quizás esta era la respuesta a todo, porque aún podía resolver muchos problemas. El modo en que lastimaba a Elijah sin parar, el modo en que ganaba dinero y luego lo usaba para mierda absurda sin sentido, el modo en que era más que nada un imbécil rico y egoísta que no le daba nada a nadie y no compartía.

Los hombres en esas imágenes renunciaron a todo. Y parecían felices de haberlo hecho.

Podría ser yo.

Cerré el ordenador y fui en busca de mis zapatos. Y luego, subí a ver a Elijah durmiendo en la cama.

Aún no se había mudado formalmente, pero, después de un año juntos, sus posesiones habían crecido en la granja, así que su mesita de noche estaba llena de crucigramas sin terminar, el libro de Cortázar marcado que estaba leyendo, otro libro que parecía incluso más difícil de leer debajo de ese, una máscara de ojos y una botella de crema de manos sin perfume. Y, de algún modo, supe que esta sería la última vez que vería su desorden *nerd* y adorable. Sería la última vez que vería su rostro así, relajado y dormido, con sus largas pestañas sobre las mejillas, los labios apenas separados y las cejas quietas, inexpresivas.

Deposité un último beso en sus labios dormidos, y no despertó. Lo cual interpreté como una señal.

—Adiós —susurré y luego salí de la granja mientras el sol aparecía por el horizonte, y vencía por fin la noche e iluminaba un mundo que esperaba que aún me aceptara.

Un mundo de asfalto oscuro, pastos verdes y campos ordenados, y a lo lejos, las colinas verdes de Flint Hills, donde empezaría mi futuro.



CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Cuando termino, Elijah tiene la cabeza entre las manos. Toco su hombro y levanta la vista, perturbado.

—¿Por qué no me lo dijiste? —susurra.

Busco las palabras adecuadas para explicar algo que es, en esencia, inexplicable.

—No era capaz en ese entonces de expresarlo verbalmente, de darle un orden lógico. No te lo conté porque no podía contártelo.

Elijah me mira.

—Pero ahora puedes.

—He necesitado mucha terapia para llegar a este punto —explico —. Y medicación también.

—¿Y ser monje? —pregunta con cautela.

—Sí —digo, mirando entre las lápidas el arroyo y luego las colinas. Estamos en un lugar donde siglos de hombres santos han sido enterrados, un testimonio de rocas torcidas y cruces celtas redondeadas, un testimonio de vidas enteras vividas en esta extensión de tierra—. El trabajo de mi día era un espejo del trabajo

mental en mis primeros años como monje. Nuevas rutinas, nueva higiene del sueño, pasar tiempo en la naturaleza, la contemplación… Creo que eso generó una dinámica positiva entre los dos. Se alimentaban mutuamente. Y la fe…

Me detengo, no sé cómo decir esto sin dejar en claro que Dios se manifiesta tanto en los antidepresivos y la terapia como lo hace en las oraciones y los himnos.

—Ha sido el despertar de mi espíritu —digo al final—. Y, sin mi espíritu, no creo que mi vida hubiera sido lo que es ahora. Una vida aquí. Con presencia absoluta.

—Pero, entonces, ¿por qué cambiar de orden? —pregunta Elijah—. ¿Por qué venir aquí en busca de algo más cuando el monasterio Sergius ya ha hecho tanto por ti?

—Porque esta vida ha hecho mucho por mí —digo, girándome para mirarlo—. Le debo tanto a Dios y a mis hermanos por los últimos cinco años, y, sin embargo, no puedo terminar con la única tarea que se me pide, que es convertir mi corazón en un corazón entregado a Dios y a mi comunidad, y solo a esas dos cosas.

Encuentro su mano y la presiono sobre mi escapulario, en mi pecho, tal como lo hice antes.

—La verdad es que llevo dos de estos puestos, Elijah. Uno por Dios, y otro que nadie más puede ver. Por ti.

Nos miramos un momento, mi corazón late contra la palma de su mano, sus hombros se mueven por la respiración acelerada. No sé qué debería decir a continuación. Ni siquiera sé qué querría que él respondiera, solo sé que quiero que él sepa lo real que es esto. Lo inconveniente, maravilloso y poderosamente real que es.

Una alarma diminuta suena en su reloj antes de que uno de los dos pueda hablar y, con un insulto susurrado, él lo mira y lo silencia.

—Necesitamos volver para almorzar —dice.

—Está bien —respondo, y, con reticencia, permito que su mano se aleje de mi pecho.

Nos calzamos, acomodamos nuestra ropa y nos aseguramos de que no tenga manchas evidentes de césped y tierra. Y luego, antes de subir la escalera hacia el cementerio superior y el camino de vuelta hacia el monasterio, sujeto su suéter delgado con mis puños y acerco a Elijah a mi boca.

Sabe apenas a café, pero más que nada a sí mismo, y el interior de su boca es sedoso y cálido, y sus labios están apenas frescos por la brisa. Y este beso es perfecto, y él es perfecto, y diría doce rosarios diarios, fregaría el suelo de cada santuario, talaría toda la leña existente para mantenerlo aquí contra mí.

Pero las campanas que anuncian la sexta empiezan a sonar, y no tengo opción.

Interrumpimos el beso, los dos nos miramos con las cosas que no tenemos tiempo de decirnos, y luego nos apresuramos a volver al monasterio.

—Mañana —digo mientras avanzamos por el cementerio en dirección a la iglesia, donde cantaremos la sexta y luego iremos al refectorio a almorzar— creo que podemos escaparnos de nuevo. Temprano.

—Está bien —dice, y, aunque asiente con bastante firmeza, sus pasos vacilan un poco, como si quisiera mover los pies y no pudiera hacerlo. Pero no hay tiempo de preguntar, porque ya estamos a punto de llegar a la iglesia.

Mañana.

Tendremos mañana.



El resto del día es hermoso, adentro y afuera. El sol juguetón asoma entre las nubes, emerge y, al desaparecer, forma sombras bonitas de verano sobre las habitaciones del monasterio.

Ayudo al padre Finbarr en la biblioteca la mayor parte de la tarde, y luego paso tiempo con un monje llamado padre Louis en la cervecería. Santa Columba tiene toneles aún más viejos que el monasterio Sergius o Semois, y, para remover el grano utilizado, hay que usar palas a mano. El padre Louis mira mis anchos hombros con una alegría nada disimulada mientras me entrega la pala, y, cuando suena la novena, estoy empapado en sudor y huelo como la cervecería. Me ducho, me pongo un hábito limpio después de rezar, y luego paso un rato en la *lectio* divina; aún me es difícil recitar el *Cantar de los Cantares*.

Grábame como un sello sobre tu corazón…

El amor es inquebrantable como la muerte…

Observo el mundo brillante y veraniego a través de la ventana de mi celda. Tiene vistas a las colinas, y pienso en las diez mil cosas en particular que debieron suceder en un orden muy específico para que yo esté aquí, ahora mismo, como un monje que viaja con el hombre del que aún está enamorado.

Pienso en el abad Jerome y su idea de la invitación de Dios; pienso en todo lo que he ganado en esta vida como monje y luego

todo lo que perdería permaneciendo en ella. Le pregunto a Dios: «¿Esto es realmente lo que quieres para mí? ¿Una vida aquí?».

Desearía que Él hablara, que las colinas se abrieran y revelaran un fuego divino, pero solo hay silencio y sol irlandés, y luego es hora de las vísperas, y mis preguntas siguen sin respuesta.

Entre las oraciones y una cena en silencio, pero deliciosa, me pregunto: ¿cómo es posible que después de esta semana nunca más besaré a Elijah? ¿Que nunca sentiré de nuevo sus labios sobre los míos o el modo en que respira cuando encuentro su mano con la mía y entrelazo nuestros dedos?

¿Que nunca caminaré de nuevo con él por un museo o sostendré su café mientras busca algo? ¿Que nunca volveré a verlo escribir en su cuaderno o lo escucharé teclear en su portátil mientras suspira como un estudiante de primer año en una clase universitaria aburrida?

¿Que cada noche mi cuerpo deseará no solo tener sexo con él sino ese contacto que es más mundano, pero a su vez más íntimo que el sexo? ¿El modo en que él rueda y ronronea mientras acaricio su espalda o cómo me permite usar su cuerpo como almohada o el modo en que solía despertar y darme cuenta de que me había abrazado toda la noche mientras dormíamos?

Después de la Provenza, estaba tan seguro de que el aspecto finito de nuestro interludio permanecería finito. Que dolería, quizás incluso de modo insoportable, pero que no habría dudas en mi mente, no habría indecisión en mi alma cuando llegara la hora de tomar aviones separados de regreso a Kansas City. Por supuesto que yo seguiría siendo monje y continuaría en la vida que me había permitido reconstruirme. Por supuesto que Elijah volvería a su propia

vida y con el tiempo seguiría adelante. Ni siquiera era tolerable pensar en dudar.

¿Era cierto?

Excepto que esta noche solo pienso en eso; las dudas invaden mis pensamientos mientras cantamos las completas juntos en la iglesia antigua. Elijah ha venido, está sentado en los bancos, y no puedo evitar observarlo mientras canta, exonerándose bastante bien en el canto llano; sus dedos largos mantienen abierto el breviario gastado y tiene las cejas fruncidas por la concentración.

De pronto, me pregunto: ¿qué pasaría si me fuera? ¿Si volara a casa, fuera a la oficina del abad Jerome y dijera *Lo siento, pero creo que debo estar con él*?

¿Lamento que haya invertido tanto dinero y esfuerzo en un viaje para ayudarme a encontrar mi futuro y que ese futuro nunca haya sido monástico?

Sería difícil, lo sé. Sería incluso vergonzoso, cuando he pasado tantos años intentando no sentir vergüenza nunca más. Parecería impulsivo: sería impulsivo.

Pero no puedo ignorar lo que me dice mi intuición. No puedo ignorar la verdad en lo profundo de mis entrañas que dice que, si cinco años de quitar hierbajos y usar fuego para erradicarlos del jardín de mi corazón no pudieron erradicar a Elijah, entonces nada más lo hará. Me iré a la tumba amándolo. Y sé que él también me ama.

Entonces, ¿por qué estoy negándome a lo nuestro?

Puedo renunciar a esta vida, ¿verdad? Los cantos, la naturaleza, la *lectio* sexual. El vínculo que solo aparece a través de la negación

compartida, el trabajo arduo en equipo, las mañanas somnolientas compartidas con bostezos inmensos cuando el abad no nos ve.

Podría renunciar a todo eso por él, ¿verdad? Porque la recompensa es… bueno, es él.

Y a su vez puedo permanecer devoto a Dios como católico laico. La gente lo hace, ¿no? Podría hacerlo. Tyler lo hizo.

Estamos tan al norte que el sol ya está aclarando el cielo nocturno cuando despierto para la vigilia. Y, al igual que el sol afuera, me siento más ligero, más claro. Iluminado.

Dejaré la Iglesia.

Elijo a Elijah.

Quizás fue porque por fin conté mi historia ayer, o tal vez ha sido la acumulación lenta de las últimas dos semanas y media, pero, de pronto, me siento libre de la necesidad de atar mi futuro a este camino. Quizás necesité que la Iglesia desenredara mi vida y mi mente, quizás necesité estos últimos cinco años para convertirme en la clase de hombre lo bastante saludable y maduro para tener una relación a largo plazo. La clase de hombre digno del amor de Elijah. No sé.

Pero no puedo quedarme.

No cuando el precio es perderlo.



CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

Nos tomamos otra mañana para estar solos bajo la excusa de caminar por los senderos de los acantilados.

Solo cuando pasamos varias ondulaciones del sendero veo las ruinas pequeñas de las imágenes de Santa Columba. Creo que es una vieja cabaña de pesca, con muros de piedra y sin techo. Le digo a Elijah que iré a verla y él me acompaña, inclinando la cabeza a través de la puerta intacta para detenerse a mi lado dentro de ella.

—Y pensar que esto valdría al menos un millón de libras en Londres —dice, mirando la chimenea dentro de la que crece la hierba. Pero no hay basura en medio de ella, lo cual como exadolescente (y adulto) problemático me hace pensar que la cabaña está demasiado lejos para que la usen como espacio de fiesta o encuentros amorosos. El césped que ha crecido sobre lo que antes era suelo de tierra es suave y llega hasta sobrepasar mis tobillos, lo que me hace pensar que no suelen pisarlo o pastarlo con frecuencia.

Perfecto.

Mientras Elijah le da al sitio una mirada con su ceja característica en alto, quito su bolsa de su hombro y la dejo en un rincón.

—¿Qué estás…? —Se gira para mirarme y tomo su rostro entre las manos. Quiero mirarlo cuando se lo diga. Quiero ver la felicidad y el alivio bailando en sus ojos cuando lo haga.

Su expresión cambia al ver la mía, un destello de interés aparece en sus ojos mientras lame su labio inferior.

—¿Es uno de esos juegos? —pregunta con voz ronca.

—Obvio —digo, rozando su boca con la mía y haciéndolo retroceder despacio contra la pared. Sin techo, hay luz suficiente para que vea sus pupilas dilatarse mientras lo empujo contra la piedra con mi cadera, con fuerza suficiente para que sienta mi necesidad incluso a través de la tela de mi hábito.

—Mierda —susurra; parpadea mientras me froto contra él, y subo una mano sobre su camisa para rozar su pezón con mi uña—. ¿A qué jugamos esta vez?

El entusiasmo me invade, un rayo de adrenalina entrelazado con goce. Encuentro sus manos con las mías y las coloco entre los dos.

—¿Y si…? —digo, mirándolo a los ojos—. ¿Y si… lo dejara? —Inhalo profundo—. ¿Y si lo dejara por ti?

Elijah separa los labios. Parpadea dos veces.

—¿Dejar de ser monje?

No puedo evitar la sonrisa que florece en mi rostro.

—Sí.

—¿Estamos jugando? —pregunta, frunciendo la ceja y sonrío aún más, negando con la cabeza.

—Nada de juegos —digo con entusiasmo—. Volaremos a casa, luego se le diré al abad Jerome y después… podré ser tuyo, Elijah.

No más hábitos, no más escapadas entre rezos. Seré completamente tuyo.

Me mira, sus ojos afilados y curiosos recorren mi rostro.

—Hablas en serio —dice despacio—. Lo dices de verdad.

—Ayer me di cuenta de que no puedo vivir otro día sin ti —respondo, apretando sus manos—. Lo intenté. Todo este tiempo lo he intentado y me ha hecho mucho bien, creo, porque esa versión de Aiden no estaba lista para ser un compañero real para nadie. Pero quiero intentarlo de nuevo. Y, más que nada, solo quiero amarte. Sin inhibiciones, sin culpa. Sin un corazón dividido.

—¿Y Dios? —pregunta—. ¿No seguirás con el corazón dividido por él?

Me acerco y beso la mejilla de Elijah.

—Hay muchos católicos laicos devotos. Seré uno de ellos. Iré a la iglesia del padre Jordan o algo así.

—Dijiste que encontrar a Dios fue el despertar de tu espíritu —dice Elijah—. Y te he visto estas últimas semanas, Aiden. Los rezos, el trabajo, las mañanas tempranas. Amas esto.

—Te amo a ti —digo, acariciando su mejilla con la nariz antes de retroceder un poco y sonreírle—. ¿No lo ves? Ahora, podemos estar juntos… —Siento que mi sonrisa desaparece cuando un pequeño *gremlin* lleno de dudas aferra mi estómago—. ¿A menos que no quieras? ¿A menos que no me ames de ese modo? —añado.

Elijah toca mi rostro, el suyo contiene una ternura imposible, tiene las cejas en alto y fruncidas a la vez.

—Sí te amo de ese modo. Y te amo así. Aiden… —Suelta un suspiro largo, y luego una risa que suena más dolorosa que feliz—. Aiden, te amo como seas.

Mi corazón acelera su pulso; mi estómago da un vuelco. Cada tipo de hormona de la felicidad recorre mi cuerpo, y quiero tatuarme sus palabras en mi pecho.

Te amo como seas.

—Yo también te amo como seas —susurro—. Pasar estas últimas semanas contigo en los sitios que creí que quería más que nada me demostró lo que realmente quiero. Es una gran bendición que vinieras conmigo, porque si no lo hubieras hecho… —Es mi turno de soltar una risa breve, aunque no es dolorosa como fue la suya. ¿Por qué lo sería? Estoy cerca de mi Nueva Jerusalén, tan cerca de mi amado que puedo tocarlo—. Si no lo hubieras hecho… Si hubiera venido solo y solo hubiera tenido el mar, el cementerio y la cerveza para guiar mis decisiones, entonces tal vez hubiera decidido venir a vivir aquí después de todo.

Siento la inhalación larga que hace después de lo que digo. Asumo que es porque ahora está muy aliviado, porque le abruma lo romántico que soy. Pero quiero asegurarme, porque, por más entusiasmo que tengo, por más certeza que tengo, he aprendido los últimos cinco años que escuchar es lo más importante que una persona puede hacer.

—¿Estás…? ¿Estás de acuerdo con esto? —pregunto, y alzo su mano hasta mi boca y beso sus nudillos.

—Te amo como seas —repite, y luego de pronto, mi rostro es el que está en sus manos, soy yo quien gira y está apretado contra la pared. Me besa tan profundamente, con tanta devoción, que lo siento en mi estómago y en la entrepierna. Bien podría estar marcando un camino con la lengua desde mi ombligo; bien podría

estar deslizando la lengua por mi pene; bien podría tener dos dedos dentro de mí, acariciando lugares que jamás han visto la luz del sol.

Mi cadera rueda sin pensar contra la de él, y él no parece querer negarnos nada, hoy no, porque en vez de levantar mi hábito como solemos hacer, retrocede y con cuidado, con respeto, levanta mi escapulario sobre mi cabeza. Lo pliega, lo deposita en el césped y luego le sigue mi cinturón de cuero, que abre despacio para liberarlo. Lo enrolla en su ancha palma antes de dejarlo en un círculo prolijo sobre el escapulario.

Por fin es el turno de mi hábito, abre la cremallera desde la garganta al esternón, sus ojos siguen el movimiento mientras lo hace. La porción de pecho cubierto de vello que aparece acelera su respiración, pero no se apresura. No se apresura cuando me quita el hábito por encima de la cabeza o cuando lo pliega; no se apresura cuando se pone de rodillas para desabrochar mis botas y quitarme los calcetines; no se apresura cuando baja poco a poco mi ropa interior por mi cadera hasta mis muslos y luego la retira por completo.

Pronto, estoy completamente desnudo, expuesto. Aunque el día está nublado, hace bastante calor, así que no es una sensación desagradable, y los muros de la cabaña abandonada mantienen el viento a raya. Aunque tal vez no importe. Ya tengo la piel erizada, tengo los pezones tensos bajo su mirada.

Desliza una mano temblorosa desde mi cadera hasta mi vientre sólido hasta mi pecho, y allí presiona la mano sobre el músculo escondido detrás de mis costillas. El músculo que late desbocado por él.

—¿Ves? —susurro—. Todavía llevo puesto el segundo escapulario. Todavía lo visto a donde sea que vaya.

Inhala y tiembla y luego me pone de rodillas frente a él y abre la cremallera de sus pantalones. Sujeta mi nuca con una mano mientras libera su pene con la otra y guía su órgano hinchado a mi boca.

—Es tan bueno —susurra mientras sello mis labios alrededor de él —. ¿Cómo puede seguir siendo tan bueno? ¿Tan bueno como la primera vez que me hiciste una mamada?

Hago un sonido al recordar. Nuestra primera noche: la gala. Miradas robadas en el vestíbulo del evento, en el bosque de millonarios ebrios y donantes que hacían contactos. Me había sorprendido lo sensual que lucía Elijah en esmoquin, con una copa de champán entre los dedos mientras recorría el espacio, asegurándose de que todo saliera según lo planeado. Y, de pronto, años de lujuria y adoración lejana se cristalizaron en forma de espada.

Y esa espada lo atravesó todo.

«Estás increíble esta noche. ¿Qué harás luego?».

«Aiden, ¿estás coqueteando conmigo?».

Había tenido unos minutos libres; un sitio en el lugar donde podíamos «ponernos al día», y yo aún no sé cómo sabíamos los dos que no iríamos al auditorio de ópera vacío para ponernos al día, pero así fue, lo sabíamos. En cuanto la puerta se cerró, estábamos besándonos, y luego él había llevado sus dedos a mi boca. Sus ojos se habían oscurecido mientras me observaba lamerlos.

«No debería estar haciendo esto con el hermanito de mi mejor amigo…».

«Es solo diversión», le había asegurado.

«¿Como un juego?».

Yo había abierto el botón de la chaqueta de su esmoquin. «Bueno, me gustan los juegos. ¿A ti no?».

«Me gustan. Tengo una idea para uno, de hecho», había dicho él, deslizando su mano sobre la camisa que cubría mi pecho. «¿Y si soy el mejor amigo de tu hermano mayor y una noche nos encontramos en una gala y luego decidimos darnos placer mutuamente?».

Había sentido ya cuánto placer experimentaba él. Y, aunque nunca lo había hecho, estaba lo bastante excitado para ser valiente porque la fortuna favorece a los valientes y esas cosas, y me había puesto de rodillas ante él.

«Me gusta como suena ese juego», había susurrado yo, justo antes de buscar el botón de sus pantalones.

Y tiene razón, incluso ahora, años después, con tantos juegos compartidos, aún es maravilloso. Saborearlo, sentir el contorno rígido con mi lengua mientras succiono, aún parece algo nuevo; pero es mejor que nuevo, porque también es como volver a casa.

Elijah se quita la camiseta, expone acres y acres de músculos esbeltos, y luego me sostiene sobre su pene mientras baja sus vaqueros y su ropa interior. Solo cuando se quita los zapatos con los talones me suelta, y, cuando está descalzo, se inclina para lamer el interior de mi boca, para enredar sus manos en mi cabello y deslizar los dedos por mi barba corta.

Con la misma reverencia despiadada que ha tenido desde que empezó a desnudarme, Elijah me recuesta sobre el césped fresco, toma su bolsa y la deja cerca mientras se arrodilla entre mis muslos.

Mi pene duele más que nada, caliente en el aire y llorando con líquido preseminal sobre mi estómago desnudo, y él lo acaricia con cariño mientras sube y baja por mi cuerpo con su mirada abrasadora.

—Quiero recordar para siempre cómo te ves —susurra, su mano libre ya está dentro de la bolsa, buscando lo que necesita.

Me río, aunque la risa se convierte en un gemido cuando me acaricia de nuevo.

—Tendrás toda la eternidad para contemplarme —digo, alzando la cadera para perseguir su tacto. Y luego, aparece un poco de inseguridad—. Si quieres. Toda la eternidad.

Me mira como si fuera el peor alumno de la clase.

—No hay nada que quiera más —dice, y quizás hay cierta pesadez en su voz cuando lo dice, quizás no. Está abriendo el paquete del preservativo con los dientes y me distraigo. Me distraigo cuando pinta mi entrada con lubricante y trabaja despacio para que me abra para él, me distraigo cuando presiona su gruesa erección contra los músculos que acaba de preparar para que sean flexibles para recibirlo, me distraigo mientras me penetra y me quita el aliento del cuerpo.

Debería ser uno de nuestros encantadores juegos sucios. Afuera, en teoría, alguien podría encontrarnos. Los recuerdos de nuestra primera noche aparecen en nuestras mentes.

Pero no es un juego en absoluto, y hay algo tan dulce e íntimo en el modo en que nuestras pieles desnudas se rozan, en el vello de sus muslos rozando los míos. En el modo en que sus ojos queman todo mi cuerpo, como si de verdad estuviera intentando recordar mi aspecto para siempre.

Y no es la excitación de que tal vez nos atrapen lo que penetra mi mente mientras Elijah entra profundo en mí. Son el trueno del océano y el silbido travieso del viento en los rincones de nuestro refugio, son las nubes plateadas, el césped suave y la llamada lejana de los pájaros marítimos. El modo en que la creación de Dios se ve contenida en este instante, como una flor prensada entre las páginas de un libro.

—Aiden —susurra Elijah mientras me curvo entre los dos y rodeo su cadera con las piernas. Se inclina para besarme, su lengua tiene un ritmo explorador lento, como su cadera, y luego siento que la tensión me invade, no solo en mi cuerpo y en mi entrepierna, sino en mi pecho, en los dedos de mis pies y en mis labios cuando jadeo su nombre.

—Aiden —repite en un susurro, como si mi nombre fuera más que mi nombre, como si mi nombre fuera su *selah*, creado para marcar sus plegarias. Me retuerzo debajo de él, mientras mis piernas lo aprietan al mismo tiempo y sus besos se vuelven suaves, tranquilizadores—. Lo sé —dice—. Lo sé. Estoy aquí.

Llega como fuego en una mecha, brillante, rápido, una lengua de fuego corpórea que solo quiere consumir. Mi pene está atrapado entre nuestros estómagos, y eyacula al ritmo de los pulsos que atraviesan mi cuerpo desde lo más profundo, y gimo contra los labios de Elijah mientras el semen caliente brota entre los dos y cubre nuestros torsos y crea un camino resbaladizo y apretado que prolonga más y más y más mi orgasmo, todo mi cuerpo está hecho de fuego alegre y llamas danzantes.

Elijah me sigue, una respiración veloz como si acabara de caer de gran altura y luego siento sus pulsos pesados dentro de mi cuerpo,

su frente baja para encontrar la mía mientras usa la firmeza de mi cuerpo para darse placer y soltar el resto de su orgasmo.

Y luego, poco a poco, los dos nos quedamos quietos, brazos y piernas entrelazados, su respiración es profunda y temblorosa sobre mis labios. Afuera, el océano continúa con su rugido infinito, las nubes siguen oscuras, los pájaros continúan llamando.

Elijah mueve la cabeza lo suficiente para mirar su reloj.

—Aún tenemos tiempo —dice; se incorpora para ocuparse de las necesidades habituales y luego se ubica otra vez sobre mi cuerpo—. ¿Y si usamos hasta el último minuto antes de tener que regresar?

—¿Y si te digo que no me jodas, Sherlock?

Ríe, besa mi nariz mientras desliza una mano bajo mis hombros y luego posa los labios en mi garganta, después en mi pecho, donde besa el lugar sobre mi corazón donde antes había estado su mano. Y lo único que puedo hacer es sonreírle al cielo irlandés cuando su mano reemplaza sus labios y sus labios buscan más y más abajo hasta que soy un fuego reavivado.

«Grábame como un sello sobre tu corazón», dice el *Cantar de los cantares*. «El amor es inquebrantable como la muerte».

«Sus flechas son de fuego, llamas divinas».

Y ardo en esas llamas cada minuto que nos permiten.



CAPÍTULO CINCUENTA

Creo que es posible recibir perdón por mi alegría. Incluso por mi ebullición, aunque sé que logro modularla bien cuando volvemos a Santa Columba. No planeo entrar y anunciar que ya no seré monje antes de irme con Elijah sobre mi hombro como una princesa secuestrada. No, le debo al abad Jerome no causar un escándalo durante el viaje que ha financiado. Y le debo esta conversación dentro de un marco de respeto y decoro, o del mayor decoro que pueda reunir, dadas las circunstancias.

Pero todavía siento que es imposible no sostener la mano de Elijah, no mirarlo con afecto, no seguirlo a donde vaya el resto del día, incluso cuando va a su celda a trabajar. Y, durante los rezos, solo quiero sentirlo en mi regazo y besar su cuello mientras canta, quiero estar dentro de él mientras rezamos.

No hago nada de eso, por supuesto, y logro darle las buenas noches de modo muy casual después de rezar, aunque él está hablando con el padre Finbarr y creo que podría meterme en la

conversación y así pasar un par de momentos más con Elijah antes de que la molesta noche venga a separarnos.

Pero no lo hago, me comporto, recuerdo que la vigilia llegará antes de lo que creo, y podré pasar otra mañana con mi amado, mi Elijah. Es gracioso. Cuando estaba comprometido con ser monje, incluso ver a Elijah treinta minutos en un claustro era insoportable. Y, cuando pensé que este interludio terminaría el sábado, logré mantenerme bajo control. Pero ¿ahora que sé que tenemos la eternidad por delante? ¿Que esa eternidad será nuestra en cuanto volvamos al monasterio Sergius para mi renuncia como monje con dos semanas de anticipación?

Ahora cada instante separados parece una tortura.

Pero duermo, tengo sueños más dulces que los caramelos, despierto con el resplandor matutino que entra tan pronto en esta latitud. Me baño rápido y me preparo para el día, le sonrío a la puerta cerrada de Elijah. No puedo esperar a que lleguen las horas después del desayuno.

Pero Elijah no asiste a desayunar.

Busco en el refectorio mientras mastico rápido unos huevos y tostadas, intentando no entrar en pánico. No hay un horario estricto para desayunar aquí, así que es posible que esté durmiendo un poco más o trabajando, y a veces la gente se pierde cosas, incluso cosas importantes como el desayuno. Diablos, ni siquiera he visto todavía al padre Finbarr.

Pero, por mucho que haya trabajado en construir mi paciencia los últimos años, apenas duro quince minutos antes de lavar mi plato y regresar al dormitorio en busca de Elijah. Lo despertaré de ser necesario, le haré abandonar su trabajo, pero lo necesito, incluso

aunque sea para un paseo corto por el cementerio, incluso solo para poder escucharlo reflexionar sobre si han reconstruido los transeptos de la iglesia o si alguien ha hecho un pódcast sobre la historia de este sitio.

Pero cuando llego a su puerta, está abierta.

Y el cuarto está vacío.

Un sentimiento lento, pesado, se mueve en mi interior. No es como si mi corazón o mi estómago se hundieran, es como si todo mi cuerpo lo hiciera. Como si mi cuerpo entero se hundiera por el suelo, en la piedra fría, y aún más allá.

«No de nuevo», pienso, entumecido, mirando el cuarto vacío y pensando en el cuarto del monasterio Sergius. En el día exactamente como este en que Elijah se marchó sin despedirse.

«No de nuevo».

Un hermano que solo he visto al pasar me acompaña en la puerta.

Sus flechas son de fuego,

—Oí que tu amigo fue a Galway con el padre Finbarr —dice el monje con alegría. Pasa a mi lado para entrar al cuarto, donde empieza a quitar las sábanas con energía—. Espero que el padre Finbarr se detenga en el camino para mostrarle el paisaje. ¡No tiene sentido llegar hasta esta punta del mundo si no vas a aprovecharlo!

Todo suena encantador y sabio con el acento irlandés de este monje, pero no registro casi nada de lo que dice. Estoy demasiado entumecido.

—Disculpa —murmuro—. Olvidé algo.

No escucho su respuesta, pero no importa, ya estoy caminando lo más rápido que puedo hasta mi cuarto, donde cierro la puerta y me

poso sobre ella mientras lucho por respirar, mientras intento no llorar.

Elijah podría haber ido a Galway por cualquier motivo; podría estar planeando volver. Así que, ¿qué importa que su cuarto esté vacío, limpio, y asumo preparado para su próximo ocupante? Eso no significa necesariamente que no volverá aquí…

Pero creo que sé la verdad incluso antes de abrir mis ojos que arden por ver la carta en mi almohada. Antes de tomarla, abrirla y leer las palabras escritas en ella.

Son las páginas arrancadas de un cuaderno pequeño y escritas con bolígrafo. La caligrafía es prolija, precisa, no parece escrita con prisa. Lo cual significa que debe haberla escrito anoche.

Aiden:

Pensé en si irme sin despedirme o no. Incluso recé al respecto. Es irónico que haya pasado tantos años sufriendo por el modo en que te marchaste sin una explicación adecuada y que ahora yo esté dejándote por segunda vez sin darte una. Si no hubiera entendido después de que me contaste tu historia, creo que hubiera entendido aún mejor ahora que me enfrento ante la misma decisión.

Excepto que te daré una explicación, o al menos intentaré hacerlo lo mejor posible, dadas las circunstancias.

Mi motivo es también una confesión: cada vez que acudí a ti, desde que te conté sobre mi compromiso hasta cuando subí a un avión rumbo a Luxemburgo, lo hice con dudas. Verás, no con dudas saludables o con gran capacidad emocional, sino con dudas cínicas, rígidas, angostas y afiladas. En cierto modo, la duda era lo que me hacía volver una y otra vez, casi tanto como la necesidad de estar cerca de ti. Es feo admitirlo, pero es lo que es. He estado toqueteando tus heridas sin parar, porque creer parecía imposible. ¿Cómo era posible que el Aiden que había conocido y amado fuera este mismo hombre que canta salmos y escucha con atención cada

palabra que dicen todos a su alrededor? ¿Cómo era posible que este exmillonario que rara vez usaba el mismo traje dos veces estuviera desnudo en un campo de lavanda, sonriéndome con músculos doloridos y pétalos pegados a su piel sudorosa como si nunca hubiera sido tan feliz?

¿Cómo era posible que fueras la misma persona, la que yo conocía?

¿Y cómo era posible que eso fuera fruto de la misma Iglesia que me genera sentimientos tan complicados? ¿La Iglesia en su versión más esotérica, más privilegiada y más exclusiva?

Pero incluso Tomás creyó con el tiempo, y ahora yo también creo. Tuve que luchar contra ello durante semanas, semanas de ir y venir y volver a empezar. Tuve que ir a ríos y montañas extrañas y por fin al fin del mundo contigo, donde no hay nada más que viento, sal y tumbas tan antiguas que hay más tumbas sobre ellas. Tuve que rezar contigo, pasar días entre el trabajo del mundo y el trabajo del espíritu, alejar mi vida de las notificaciones, las publicidades, las fechas de entrega asfixiantes y los artículos de opinión. Recluirme. Eso fue lo que tuve que hacer. Me recluí contigo.

Y lo entendí.

Lo entiendo.

Entiendo por qué viniste, y por qué te quedaste, y por qué viste un futuro para ti así. Y por esa misma razón no puedo arrebatártelo.

Nunca me arrepentiré de pasar estos días contigo; de hecho, creo que no soy capaz de hacerlo. Una hora contigo es como años de plenitud en otro sitio, y tal vez vale la pena vivir toda una vida solo para tener estas horas a solas. Y por ese motivo no puedo mancharlas así, no puedo permitir que sean la razón por la que abandones una vida que te ha devuelto a ti mismo y que te ha dado tu dios.

Te amo demasiado para hacer eso, y me amo demasiado a mí mismo para hacer otra cosa, porque lo que dije en el eremitorio aún es verdad, Aiden. No puedo competir con las luciérnagas en el claustro.

Por favor, no me obligues a intentarlo.

Quería decirte todo esto en persona, pero decidí no hacerlo por dos razones. La primera es porque si me voy para que todavía puedas ser parte

de este viaje, este peregrinaje hacia ti mismo, no tiene sentido empezar una discusión que sé que durará días y consumirá tu tiempo aquí.

La segunda razón es que no quería que sintieras que necesitabas demostrarme que de verdad querías abandonar la Iglesia haciendo algo irreversible e impulsivo. No necesitas demostrarme nada, Aiden, sé que te irías. Sé que saltarías de un acantilado o nadarías en el agua asquerosa de una gruta si te lo pidiera, así que no necesito pruebas. Lo único que necesito y necesitaré es que sigas llevando esta vida que significa tanto para ti. Que continúes como si nunca hubiera llamado a la puerta de tu claustro, exigiendo meter mis dedos en cada herida que tenías. Necesito saber que estás lleno de la alegría y la paz que te has ganado con los años; que vives como un santo. Tal vez eso significa que hay esperanza para el resto de convertirnos también en santos, a nuestro propio modo.

Adiós, hermano Patrick.

Te amo de ese modo. Te amo así.

Te amo como seas.

Elijah



De algún modo, subí a los acantilados, con su carta apretada en la mano y dejando mi breviario en mi celda. Ahora, su carta es mi breviario, mis plegarias. Y entre relecturas sin parar de sus palabras, recuerdo con infelicidad hiriente el modo en que él evitó mis preguntas ayer con tanta destreza que ni siquiera me di cuenta.

¿A menos que no quieras?

Te amo como seas.

Elijah se equivocó en algo. Al parecer no soy tan bueno escuchando.

Hoy el viento sopla fuerte, y las nubes pesadas traen consigo una llovizna irregular, pero no me importa. Me siento encorvado en el césped, mirando el punto donde el cielo gris se encuentra con el mar gris, con la carta de Elijah moviéndose en mi mano, y mi mente tan abierta y salvaje como el paisaje que me rodea. Qué gracioso que quería un monasterio que me vaciara, una geografía que me quitara todo lo que no fuera mi amor por Dios y que ahora esté aquí. Completamente vacío. Hueco. Un cáliz sin vino. Una custodia sin hostia.

Incluso mis lágrimas parecen vacías, brotan de mis ojos solo por mera biología, porque lo que siento está mucho más allá de lo que pueden abarcar las lágrimas, mucho más allá de lo que mi cuerpo puede contener.

Solo Dios puede contenerlo.

Alzo mis ojos hacia las colinas.

Pero ahora no hay colinas frente a mí. Desde este sitio, solo veo el mar.



CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

Mis últimos dos días en Santa Columba están llenos de lluvia y un silencio que parece haberse hundido en mi médula ósea, donde ha creado su hogar.

No puedo hablar, incluso cuando el silencio no es obligatorio, y no tengo deseos de hacerlo. No puedo producir palabra alguna, no puedo emitir sonido que exprese lo que siento dentro. Lo cual es algo elemental, tectónico. Tengo la sensación de que, si hablo, gritaré, y si grito, nunca dejaré de hacerlo.

He practicado durante tanto tiempo escuchar y hacer silencio… Lo he hecho tanto tiempo que se ha vuelto fácil, natural y agradable. Pero esta es la primera vez que lo siento necesario.

Pero puedo rezar. No me siento tranquilo, iluminado o nada del estilo, pero de todos modos lo hago. La liturgia, los salmos, los himnos, la Eucaristía por la mañana antes de desayunar es el contenedor que puede contener lo que sea, el verdadero santo grial. En él, puedo verter furia, desesperación y una soledad tan afilada

que atraviesa el hueso sin esfuerzo alguno, y la liturgia lo contiene todo. Lo contiene todo con facilidad.

No me pide que contextualice, extrapole o analice. No me pide que identifique con precisión mis sentimientos, que identifique exactamente mis límites y los límites que otros tienen permitido ponerme.

Lo único que me pide la liturgia es que me ponga de pie, me siente y me arrodille. Que cante las palabras ya impresas para que las lea. Lo único que pide la liturgia, en esencia, es que vaya y respire.

Y, ahora mismo, es lo único que puedo hacer.


KANSAS



CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

Hay beneficios en viajar con hábito de monje, y uno de ellos es que a nadie le molesta mi silencio cuando devuelvo el coche alquilado y hago el *check in* de mi vuelo. Me queda poco presupuesto del viaje, y deambulo hasta la tienda de libros del aeropuerto, donde gasto innecesariamente en dos revistas *Mode* que tienen en el escaparate. Voy al bar del aeropuerto, donde no hay nadie salvo dos monjes, y luego el camarero me da mi Smithwick como regalo con una sonrisa, asintiendo.

Logro sonreír y luego, por suerte, el buen hombre me deja en paz para que acose el trabajo de mi exnovio.

Las dos ediciones tienen artículos escritos por Elijah (uno sobre una exestrella de una *boy band* que ha sido elegido para una película navideña estilo Hallmark, otro sobre un científico del MIT que expone el sesgo de los algoritmos informáticos) y los dos son reflexivos y tan irónicos y graciosos que oigo su voz en ambos. Es el tipo de dolor que podría continuar infligiéndome durante el resto de mi vida.

El resto de las revistas me muestran un mundo que antes me era familiar y que ahora es completamente desconocido, el Egipto del que vine, como dice el Viejo Testamento. Ropa cara, calzado exclusivo, relojes de lujo. Notas sobre música y reseñas de películas. Un mundo de estilo y sofisticación, y, si bien a veces había creído que era demasiado torpe intelectualmente o demasiado superficial para el mundo de Elijah antes de volverme monje, sin duda ahora lo siento. Tengo un hábito puesto en vez de pantalones y la canción más nueva en el monasterio es «Aquí estoy, Señor», y ni siquiera sé qué es el renacimiento de las joyas para hombres, y mucho menos si es adecuado o no para la mayoría de los eventos informales.

La duda lenta aparece con el dolor silencioso, y crece como hierba sobre mis pies mientras subo al avión, con las revistas *Mode* en mi regazo en vez de mi biblia o *Summa Theologiae.*

Tal vez… Tal vez lo nuestro nunca estuvo destinado a funcionar. Quizás él lo sabía. Quizás sabía que yo nunca encajaría en su vida porque apenas encajaba en ella antes. No como seguramente Jamie lo hacía. Mierda.

Sobre el océano, leo de nuevo su carta. La he leído tantas veces que ya la he memorizado. Y, por más perverso y bueno que sea fingir que esto es porque no soy sofisticado o no encajo en su vida, no puedo ignorar lo que él me dijo con tanta claridad. Una súplica que no puedo evitar por más estrategias o contingencias que se me ocurran.

«No puedo competir con las luciérnagas en el claustro».

«Por favor, no me obligues a intentarlo».

Y ahí está. Si lo encuentro en cuanto aterrice mi avión, si espero una semana, si espero un año, siempre será el mismo problema,

¿no? Él siempre sentirá que mi exnovio está presente; y cuando un exnovio es Dios, eso es un problema.

Nunca ha habido un amante más cautivador que el carpintero de Galilea.

Elijah siempre se preocupará por compensar lo que dejé atrás, porque lo habré hecho por él, y se preocupará de que me arrepienta de mi decisión, y tal vez incluso le preocupará que vuelva a mi vida anterior. Tendrá miedo de que el ciclo de la historia entre los dos sea demasiado fuerte, incluso demasiado predestinado, y de que yo vuelva a buscar el silencio del claustro.

Ese es el corazón latente del problema: si me voy, le estaré pidiendo que confíe en que no lo haré competir con el infinito, que confíe en que me voy porque quiero hacerlo.

Pero… si no fuera por él, no me iría.

Y esa es la verdad innegable.



—No tienes que contarme nada si no quieres —dice el hermano Connor, inclinándose al inicio de una *kata* antes de adoptar la primera posición. La sombra del roble del cementerio nos cubre a ambos, pero la tarde es cálida, y estoy inquieto y sudoroso bajo mi hábito—. Pero ha pasado una semana y no has hablado con nadie. Me han pedido formalmente que te haga hablar de modo informal. Sin presión.

Hago un sonido como respuesta, observándolo adoptar las posturas sin esfuerzo, con paso firme, con golpes limpios. Una vez

me dijo que empezó a practicar karate a sus veinte años, lo cual significa que ha estado haciendo esas mismas posturas durante más de cuarenta años ya, y es increíble de ver. Tranquilizante. No desperdicia ningún movimiento, no hay resistencia. Incluso los pasos en falso o los errores se incorporan de inmediato en el flujo, tragados por el movimiento. Lo sé por lo que él me ha contado, nunca podría detectar un error en sus *katas* aunque supiera cómo se supone que deben ser, porque sospecho que los errores son tan elegantes como la precisión.

—Cuando fui a Europa —me oigo decir—, quería un sitio donde mi pasado pudiera quemarse. Y siento que, en cambio, soy yo quien se prendió fuego.

El hermano Connor no deja de moverse, pero inclina la cabeza hacia mí mientras da un golpe para demostrar que me está escuchando.

—Me sentía tan seguro —continúo, y descubro que sienta bien hablar al respecto, como airear una herida—. Estaba seguro de que le demostraría al abad que estaba equivocado, que Dios no me pedía que reconsiderara mi vocación como monje. Sabía exactamente lo que quería, y era esta vida, pero más de ella. Una más difícil, más estricta, más silenciosa. Porque más de ello significaría más de Dios, ¿no? Cuanto más me vaciara, más de Él podía contener.

Miro mi regazo. Estoy sentado con las piernas cruzadas y mi escapulario está en un pliegue de tela. Pienso en el modo cuidadoso con el que Elijah lo plegó en la cabaña irlandesa después de desnudarme.

—Pero no sucedió eso —digo por fin.

Todavía no he confesado los detalles del viaje ante nadie, no porque intente esconder mis pecados, sino porque los extraño demasiado para decirlo en voz alta. Pero creo que el abad y el hermano Connor ya han adivinado qué pasó.

—Lo que sucedió fue que amaba a Dios y amaba a Elijah al mismo tiempo, y me sentía más lleno de cada uno cuanto más los amaba. En Francia… —Cierro los ojos, pienso en lo que sentí al pasar de rezar, a tener sexo y luego rezar de nuevo. De alabanza en alabanza —. Los tuve a ambos. A Dios y a él. Y fue mejor que nada.

Abro los ojos y veo que el hermano Connor me observa con amabilidad mientras inicia otra *kata*.

—Me hubiera ido por él —digo despacio, las palabras salen más bajas de lo que quiero—. Ofrecí irme por él. Se negó.

—Pero no porque no te ame —dice el hermano Connor.

—Peor. Porque me ama. Y sabe que amo esta vida.

—Pero ¿la amas realmente?

Miro con intensidad al monje mayor, y él me sonríe antes de bajar a una postura acompañado de una serie de golpes con las manos.

—No dudo de ti, hermano Patrick, ni de tu devoción por Dios. Pero ¿es posible que ames esta vida porque es la más cercana que encontraste a la que de verdad necesitas?

—No… —Sacudo la cabeza de lado a lado—. No estoy buscando un camino único. Estoy buscando el correcto.

El hermano Connor termina y se acerca a mí, se agazapa en el suelo con elegancia y comienza a estirar. No está agitado en lo más mínimo.

—Es difícil verlo, porque es muy común ahora, pero ¿esto? —El hermano Connor hace un gesto al campus del monasterio, que a

esta hora está lleno de monjes con sus hábitos, estudiantes de agricultura y visitantes—. Antes era inaudito. Extraño. Las raíces de nuestra historia son radicales, fueron halladas por gente en busca incesante del camino correcto, del mejor. ¿Por qué más los cistercienses sintieron la necesidad de reformarse, y luego los trapenses también? ¿Por qué hay órdenes activas, órdenes contemplativas, ruinas de monasterios con pintura descascarillada mientras se sientan las bases de los nuevos? Y si así son las cosas solo dentro de nuestra esfera, ¿imaginas cuántas opciones deben existir fuera de ella?

—Muchas puertas —susurro. Es lo que le dije a Elijah cuando le conté la historia de esa noche. Que hay muchas puertas, pero que esta fue la que elegí.

—Muchas puertas —repite el hermano Connor. Forma un puño con la mano derecha y luego lo posa en la palma izquierda. Uno de los gestos iniciales de sus saludos. Baja la vista a sus manos—. Suelo pensar que, si hubiera permanecido en mi escuela, si hubiera vivido la vida de un artista marcial, probablemente mi alma sería igual que hoy. La práctica es práctica, ya sean salmos o posturas. Hay muchas puertas, como dices. Muchas maneras de llegar al pozo.

Cuando termina de estirarse, se pone de pie y se pone el hábito por encima de su camiseta y los pantalones *gi* viejos que viste.

—¿Te arrepientes? —pregunto después de un momento—. ¿De abandonar la escuela? ¿De dejar atrás a quien amabas?

El hermano Connor me mira con amabilidad.

—Si no extrañara mi vida anterior, entonces la decisión de venir aquí no hubiera significado nada, ¿no? Pero el arrepentimiento solo es parte de la ecuación. Una ecuación tan larga y complicada que

nunca dejarán de escribirla mientras vivas. Es inútil reducirlo todo a una cuestión de arrepentimiento o falta de arrepentimiento. A veces, las mejores decisiones y las más creativas que tomamos contendrán para siempre semillas de arrepentimiento. A veces, nuestra felicidad más profunda empieza con el arrepentimiento, crece por encima de él como una perla crece sobre la arenilla.

Pienso en esto un instante, atrapado entre dos arrepentimientos.

—Me preocupa que, si me voy por él, tal vez no me acepte —digo —. y, si me quedo, mi espíritu siempre querrá estar con él.

El hermano Connor se agazapa y toca mi hombro.

—Hay muchos caminos al pozo, hermano Patrick —repite—. Y acabas de nombrar solo dos.

Es tan cercano a lo que el padre Jordan me dijo en Francia, tan cercano a su búsqueda de algo más allá de la oposición binaria de votos y no votos, que se me eriza el vello de los brazos. Es como si escuchara un versículo de la biblia que nunca había oído, algo tan permanentemente cierto que es imposible negarlo.

Pero, cuando intento conectar esa verdad con cualquier cosa, con mi corazón roto, con mi futuro, con quedarme o irme, no sucede nada. Es como si hubiera una pared entre yo y saber qué hacer a continuación.

—Vamos —dice el hermano Connor, ofreciéndome una mano mientras suenan las campanas que anuncian las vísperas—. El pozo esperará.



CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

Tres semanas después, ya he hecho mis confesiones. Pero el abad aún no ha pedido reunirse conmigo, lo cual sería lo típico para un monje que se ha comportado tan mal como yo.

Descubro que no le temo a la reunión como lo hacía antes del viaje. En parte porque el abad parece ser tan agradable y cariñoso conmigo como siempre y me habla con frecuencia cuando vuelvo a mis tareas en la oficina. (Es particularmente afectuoso después de informarle sobre mi espionaje cervecero y le digo que el funcionamiento del monasterio Sergius es impecable en comparación con los monasterios que visité).

Pero tampoco le temo porque todo parece inconsecuente comparado con la opresión de mi alma. Me siento apretado entre dos ruedas de molino, que están convirtiéndome en una pasta húmeda y amorfa. En átomos. En nada.

«No puedo competir con las luciérnagas en el claustro. Por favor, no me obligues a intentarlo».

Pero ¿por qué no puedo tener ambas? ¿Las luciérnagas y el periodista encantador? ¿Por qué el único verbo posible es competir?

¿Y por qué no ha llamado? ¿O escrito? ¿O visitado?

¿Por qué debo ser el único que se convierte en la nada?

—Hermano Paaaaatrick —llama el hermano Titus desde la puerta de mi despacho por la mañana—. ¡Tienes visita! —Baja la voz con tono de conspiración—. Y es atractivo.

Elijah.

No estoy lo bastante presente para reprenderlo con la mirada; todo mi ser cobra vida con entusiasmo, alegría, lujuria. Pero, luego, el pavor también inunda mis venas.

Cuando me pongo de pie y sigo al hermano Titus al claustro, mis pensamientos se agolpan en mi mente más rápido de lo que lo han hecho en muchos días, alimentados por el pánico y el deseo.

«Ya, tranquilo, cálmate», me digo mientras camino. «Escucha mejor de lo que lo hiciste la última vez. Pero convéncelo de que lo amas, de que quieres un futuro juntos, de que puedes hacerlo…».

Me detengo tan rápido en la entrada del claustro que el dobladillo de mi hábito se balancea alrededor de mis pies.

No es Elijah.

No es Elijah quien está sentado en el banco, con los brazos sobre el respaldo y la ceja en alto.

Es Jamie. Mierda, de toda la gente posible. Con su espalda recta a la perfección y las manos sobre algo que parece un contenedor de plástico.

No sé qué me hace avanzar y tomar asiento. Tal vez es la hospitalidad benedictina, la curiosidad mórbida o una mezcla de

ambas, pero de algún modo logro sentarme junto al exprometido de Elijah.

—¿Un *muffin*? —dice Jamie, alzando el contenedor que estoy seguro de que está hecho de fibras de bambú o algo igual de responsable. Está lleno de *muffins* con aspecto delicioso—. Los horneé esta mañana.

Siento que sería grosero rechazarlo, aunque comer un *muffin* hecho por Jamie es como comerme la manifestación de todas las maneras en las que es mejor persona que yo. Acepto el *muffin* y lo sostengo entre mis dedos sobre el regazo.

—Jamie, qué bien que hayas venido —digo.

Y creo… Creo que no es completamente mentira. Él es muy agradable, y me trajo *muffins* a pesar de que en cierto modo le robé a su prometido.

—Pero me pregunto por qué querrías verme, después de todo lo que sucedió.

—No estaba seguro si debía venir —admite Jamie, empujando sus gafas sobre la nariz. La montura es de esas que parece un poco retro, pero eso es lo que la hace aún más moderna, y le queda genial porque por supuesto que le queda bien—. Pero la única barrera que evitaba que viniera era mi orgullo, y, a fin de cuentas, me pareció una razón débil.

—El orgullo tal vez no es la mejor razón para hacer o no hacer algo, pero dudo que sea débil —digo.

—De todos modos, sabía que me arrepentiría de no haber venido a verte, y creo que es mejor actuar ahora de una manera que no cause arrepentimiento después.

Eso es muy sabio y saludable a nivel emocional, y obvio que yo jamás he vivido así.

—Si tú lo dices.

Él ríe, como si estuviera bromeando. Me obligo a sonreír, pero, mientras Jamie cierra el contenedor de *muffins* con su tapa y se inclina para dejarlo junto a sus pies, pienso en lo que el hermano Connor dijo hace unas semanas: «A veces nuestra mayor felicidad empieza con el arrepentimiento».

He estado en pausa las últimas semanas, no hice planes para irme a un nuevo monasterio y no hice planes para irme a una vida secular. Solo me quedo aquí con mi colina y mi arroyo, permitiendo que mi soledad se expanda hasta llenar los pasillos de la iglesia cada vez que rezamos. Y, aunque Jamie tomó una decisión activa (y hasta diría valiente) al venir a visitarme, quizás últimamente he estado actuando más como él de lo que creo. Quizás he estado intentando evitar el arrepentimiento más que intentar buscar el futuro correcto.

Jamie endereza la espalda y, cuando lo hace, tiene algo en la mano. Una revista gruesa y brillante. *Mode*.

—No sabía si aquí las conseguíais —dice— o si alguien ya te la había enviado por correo. Pero creo que deberías tener esta edición.

Me entrega la revista. La portada es un perfil sobre un actor mayor, pero, a un lado del rostro avejentado y aún atractivo del actor, lo veo.

«La paciencia eterna de los monjes: cerveza y oración en algunos de los monasterios más solitarios del mundo».

Ya estoy hojeando la revista para encontrar el artículo de Elijah cuando Jamie habla.

—Estuve pensando después de leerlo cuando salió esta semana… Bueno, dadas las circunstancias de cómo terminó nuestro compromiso…

Dejo de pasar páginas y miro al bibliotecario amistoso.

Él me mira con curiosidad, pero a su vez con cautela.

—Me sorprendió saber que no estáis juntos, solo eso.

Bajo la vista al papel, sintiendo una puñalada afilada detrás de mis párpados. «No por no haberlo intentado, Jamie», quiero decir.

—El artículo… bueno, supongo que ya verás cuando lo leas. —Despeja su garganta—. Quería… Pues… Es incómodo decirlo. Pero quería asegurarme de que no fuera por mi culpa. De que no estuvieras alejándote de él por mí.

No importa cuánto haya entrenado como monje, no puedo evitar soltar el sonido incrédulo que hago.

—¿Tu compromiso se terminó por mí y vienes a ver cómo me siento? Jamie, celebro a los santos todos los días, pero ¿has considerado alguna vez que quizás eres demasiado buena persona?

Él ríe.

—Supongo que no. —Pero luego, adopta una mirada seria—. Espero que no te culpes por lo que pasó entre Elijah y yo.

—¿No debería hacerlo?

Jamie niega con la cabeza, mueve los ojos hacia la fuente frente a nosotros.

—Si soy sincero, creo que siempre supe que Elijah no se casaría conmigo al final. Yo fui quien lo presionó para mudarnos juntos, para comprometernos, para poner una fecha. Y, a pesar de lo que tal vez pienses, él nunca te ocultó a ti ni lo que le hiciste cuando te fuiste.

Me estremezco, pero Jamie aún mira la fuente.

—Sabía que él aún estaba enamorado de ti, pero creía que era del modo en que siempre romantizamos nuestro pasado, ¿sabes? Que no estaba todavía enamorado de ti, sino de esa versión de sí mismo y de esa época de su vida. Pero luego, cuando vine de visita, y vi cómo te miraba… —Jamie suspira—. En ese momento supe que era más que la nostalgia habitual. Así que no me sorprendió cuando regresó y me dijo que os habíais besado. Me dolió mucho, pero no me sorprendió.

—Jamie, lo lamento mucho —digo—. Y sé que no es suficiente, pero de todos modos lo lamento.

Él me mira.

—Gracias por tu disculpa —dice con tono tranquilo—. Aunque no cambia que haya sido horrible atravesarlo.

—Lo sé.

Exhala antes de continuar.

—La cuestión es que, sin importar cuánto lo amaba, y sin importar cuánto él me amara, porque sé que lo hacía, su corazón siempre estaba en otro sitio. Dentro del pecho de alguien más. Incluso después de tanto tiempo.

Trago saliva mientras miro mis manos y el *muffin* perfecto entre ellas. Me duele lo evidente que es la situación para Jamie, y el dolor que debe haberle causado saberlo. Me duele saber que durante todos estos años en los que he estado lamentándome por mi corazón traicionero, Elijah haya estado luchando contra lo mismo.

Los dos habíamos encontrado nuevas devociones y nuevos amores, pero habíamos sido incapaces de renunciar a lo anterior.

—Así que —dice Jamie después de un instante— creí que, cuando él terminó las cosas, eso significaba que volveríais a estar juntos.

Pero luego me enteré por amigos en común que no es así y les llamé y me dijeron que seguías aquí, y pensé: «¿Qué sentido tiene que los tres seamos infelices?».

Vaya reflexión lúgubre.

—Yo tampoco quiero que seas infeliz —le digo—. Incluso aunque seas irritantemente agradable y atractivo, y que eso me haga sentir como si fuera una gárgola.

Ríe de nuevo.

—Si fuera una gárgola, los últimos dos años de mi vida hubieran sido mucho más fáciles.

—A menos que fuera una gárgola sensual. Como la del programa *Gárgolas*.

Entrecierra los ojos y me mira.

—¿No eran dibujos animados?

—¿Acaso los dibujos no son sensuales? —pregunto—. El Robin Hood más atractivo de todos es un dibujo animado —añado.

—También es un zorro —dice Jamie, dubitativo—. Y además es raro sexualizar lo que es en esencia un dibujo.

—Eres demasiado puro —le digo.

—Creo que el que es realmente puro eres tú, dado que eres monje —responde, y coge el contenedor de *muffins* a sus pies.

Sin duda, yo no soy el más puro de los dos.

Y, de pronto, me siento muy triste.

—Era en serio lo que dije —respondo, incómodo—. No quiero que el único resultado de esta situación sea tu infelicidad a cualquier coste.

Jamie me sonríe de nuevo, pero acompaña el gesto con una mirada franca.

—El hombre con quien quería casarme no quiso casarse conmigo porque amaba más a otra persona. Duele, y no puedo mentir al respecto. Pero estaré bien.

Lo miro mientras se pone de pie.

—¿De verdad? —pregunto, necesito saberlo. Cuando le había dicho a Elijah que abandonaría la vida monástica por él, no había pensado en Jamie. Pero ahora pienso en él. No puedo deshacer lo que ha pasado, pero puedo reconocer lo que él ha perdido y lo que ha sentido y asegurarme de que esté bien.

—Sí —afirma—. Ahora duele, pero hubiera dolido mucho más en tres años cuando esto nos hubiera separado de todas formas. Y ¿la verdad? —añade, y me entrega el contenedor de *muffins*, que acepto—. Soy mucho más sano emocionalmente que vosotros dos. Estaré bien mucho antes que vosotros.

Bueno. Tiene razón.

—Espero que leas el artículo, hermano Patrick. Y los *muffins* son para todos los hermanos. Y el contenedor no puede lavarse en el lavavajillas.

Por supuesto que no.

Me pongo de pie para despedirme, inclino la cabeza un poco mientras él abandona el claustro, y luego me siento otra vez, dejo a un lado mi *muffin* y el contenedor y cojo la edición de *Mode*.

El artículo es lo bastante bueno para lastimarme mientras lo leo. La imagen vívida de los bosques belgas. Los campos de lavanda de la Provenza y los acantilados oscuros y empinados de Santa Columba. Prácticamente puedo saborear la cerveza mientras la describe, y todos los momentos personales en el artículo son más

que agridulces de leer. Los momentos que yo también presencié porque estaba a su lado.

El último párrafo del artículo es el que releo una y otra vez en el claustro, con la fuente burbujeando y el sol caliente de agosto moviéndose en el cielo.

«Hubo un momento en Santa Columba. El padre Finbarr me había permitido generosamente trabajar en la biblioteca mientras mi ex había ido a hablar con el maestro cervecero. Llovía, aún podía saborear el vino de la comunión en mi lengua, y estaba rodeado de libros que habían sido recopilados durante siglos y siglos con la fe de que alguien en el futuro estuviera allí para leerlo, incluso aquí, en el fin del mundo. A través del velo de la lluvia, apenas distinguía los acantilados al mar. Era imposible, en aquel lugar solitario, no pensar en la fe que requiere esta vida. Los monjes rezan, cantan, duermen, trabajan, fabrican cerveza, construyen bibliotecas, y cavan tumbas. Todo por un amor que nunca verán consumado en esta vida, por un ser amado que no pueden ver o tocar, excepto de modo metafórico. Es imposible permanecer indiferente a eso, sentir humildad ante la paciencia y la confianza que requiere, y con esta misma paciencia los dejo ahora. Paciencia es lo que hace una buena cerveza y un buen amor, y creo que es lo que ahora me ha dado el mejor regalo que recibiré. (Y no, no es una caja de cervezas con miel de Notre Dame des Fontaines).

El mejor regalo que él recibirá.

Llevo los *muffins* al refectorio, y luego le pido permiso al abad para pasar los siguientes dos días en el eremitorio, lo cual me concede.

Paso los días rezando, talando leña y pensando.

Y esta vez tengo la paciencia de permitir que las respuestas vengan a mí en vez de ir hacia ellas.



—Tyler Bell —dice la voz al otro lado del teléfono.

—Ya no quiero ser monje —respondo. Miro a mi alrededor. Estoy en el despacho y es sábado, así que no hay nadie aquí, pero da igual. Es una conversación privada con mi hermano Tyler, quien también ha fallado y abandonado la escuela del celibato.

—Bueno, veo que vamos a ir directo al grano —dice Tyler, y luego escucho una puerta y que el sonido a brisa e insectos del exterior cesa. Es probable que esté en la cabaña que le presta la familia de Poppy cuando escribe. (Bueno, más que una cabaña, es un retiro muy caro en el bosque, pero así es como hacen las cosas los Danforth).

—¿Puedo empezar por el principio? —digo—. ¿Por el principio del principio?

—¿Eso sería cuando me llamaste antes de ir al monasterio?

El día que había vuelto al monasterio Sergius, cuando no estaba en crisis y estaba preparado para dejar mi vida, había llamado a Tyler desde el aparcamiento del monasterio.

«¿Estoy haciendo lo correcto?», le había preguntado. No le había contado nada sobre esa noche; no le había contado nada, solo que había visitado el monasterio una vez y sabía que quería ser monje.

«Bueno», me había respondido con calma. «No conozco todos tus motivos, Aiden. Las razones por las que ir pueden ser cualesquiera. Pero ¿las razones por las que quedarte? Necesitan serlo todo».

Pensando en retrospectiva, no había escuchado con atención. Parece que es algo habitual en mí.

—Antes de eso —digo con pesadez—. Mucho, mucho antes.

—Bueno —dice Tyler, y empiezo.

Le cuento sobre conocer a la criatura después de la muerte de Lizzy, sobre vivir con ella todos estos años. Le cuento sobre esa noche con la mayor delicadeza posible, porque sé que es difícil de escuchar, y le explico el mensaje de texto y cómo me llevó al monasterio. Le cuento sobre el viaje, sobre Elijah, sobre lo seguro que estaba de que necesitaba una vida más austera, y cómo acabé teniendo un interludio en su lugar.

Cuando termino, oigo que Tyler inhala profundamente. Por un instante, no dice nada, pero luego habla con suavidad:

—No tenía ni idea. Siempre pareciste el más feliz de todos nosotros. El que estaba más listo para la diversión. Nunca hubiera pensado que…

No, la mayoría de las personas no lo consideran, ¿no? Que a veces las personas que ríen más fuerte y viven con mayor intensidad son las que están más cerca de la oscuridad.

—Ahora estoy bien —le afirmo—. Tendré el mismo cerebro toda mi vida, pero también tengo muchas más herramientas que antes, y a la doctora Rosie, Dios la bendiga.

—¿Elijah sabe que estás bien? —pregunta Tyler.

Pienso en la conversación sobre la *Lectio Lexapro*, sobre nuestra charla en el cementerio irlandés.

—Estoy bastante seguro de que lo sabe, sí.

—¿Incluso sin la vida monástica? Porque si fuera él, y me dijeras lo primordial que fue el monasterio Sergius para reconstruirte a ti mismo, no sé si estaría dispuesto a correr el riesgo de que lo abandonaras.

Miro por la ventana de mi despacho. Veo un huerto de verduras, y, más allá, mi colina.

«He necesitado mucha terapia para llegar a este punto. Y medicación también».

«¿Y… ser monje?».

«Sí».

—¿Crees que por eso él no quería que lo abandonara?

—Creo que es parte del motivo. Además de lo que te ha dicho explícitamente: nadie puede competir con Dios, Aiden. Sabes que no es justo.

—Estoy tan harto de que todo se defina por opuestos —digo, mirando la colina—. Dios o Elijah. Ser monje o no serlo.

—Suenas como Jordan —dice Tyler, con tono divertido—. Últimamente es de lo único que habla. De lo rígida que es la vida santa cuando debería ser lo opuesto a rígida. Jordan cree que, si olvidamos que nuestra tradición es algo vivo, si se calcifica, poco a poco morirá. Quizá ya lo ha hecho.

—Siento que soy yo quien está muriendo —respondo, y solo exagero a medias, porque el sentimiento aplastante, desgastante y demoledor sin duda se parece a una muerte—. Y sigo atascado en el mismo ciclo. Si me voy, Elijah no estará conmigo. Y si me quedo, no puedo tener a Elijah.

—Cuando pensaba en dejar el hábito —dice Tyler—, Jordan me preguntó si igualmente querría irme, aunque no fuera a estar con Poppy. Debía saber si quería irme por ella o por mí.

Veo a donde quiere ir con esto, y suspiro con impaciencia al comprender.

—Ese es el problema, Tyler. Decir que no me iría por él es deshonesto hasta el punto de ser una mentira absoluta. Si no fuera por él, me quedaría. No renunciaría a mi comunión con Dios.

—Fuiste tú el que se quejó del pensamiento binario —dice Tyler—. ¿No crees que es posible la comunión con Dios fuera de un monasterio?

—Agh —gruño, desplomándome en mi silla—. En teoría, sí. Pero la liturgia es comunal. Si me voy, renunciaré a eso.

Pero, incluso cuando digo las palabras, escucho las que me dijo el hermano Connor antes.

«Hay muchos caminos al pozo. Y acabas de nombrar solo dos».

No soy una persona creativa; no soy un visionario. Nunca se me ha ocurrido intentar forjar un nuevo camino hacia adelante, construir algo donde antes no había nada. Pero, al mirar hacia mi colina, no puedo evitar preguntarme qué se me está pidiendo. Si es lo mismo que se les pidió a los padres del desierto: plantar mi corazón en suelo desconocido y confiar en que la cosecha llegará.

Tener paciencia, como dijo Elijah en su artículo.

—Qué suerte que no te descubrieran —dice Tyler mientras pienso en todo esto—. Con tantos encuentros secretos, no me sorprendería.

Sé que no me está juzgando, dado que su relación con Poppy se había vuelto pública de modo catastrófico en aquel entonces.

—No —digo—. No hubiera sido sorprendente para nada.

Pero tiene sentido para mí que no nos hayan descubierto, siguiendo una lógica alineada con Dios. Si nos hubieran visto, mi decisión hubiera sido forzada en muchos sentidos. Hubiera sido fácil saber por defecto qué hacer a continuación.

Creo que Dios quiere que yo tome esta decisión. Y creo que es el único modo en que Elijah sabría con certeza que esto nunca fue lo que yo quería en realidad.

Y luego, veo al abad caminando solo junto a la base de la colina, con las manos debajo del escapulario y el rostro sereno.

—Tyler —digo—, gracias por hablar conmigo, pero creo que debo irme.

—¿Ya? —pregunta Tyler—. Pero…

—Has sido genial. Un guía excelente —le digo—. Te quiero y ¡saluda a Poppy de mi parte, adiós! —digo; me pongo de pie, y luego escucho un «Bueno, adiós entonces» por lo bajo cuando cuelgo y salgo rápido del despacho.

Cuando llego al abad, estoy jadeando y sudando un poco bajo el sol abrasador. La brisa roza las cejas del abad mientras me mira.

—¿Sí, hermano Patrick? —dice con tono amable.

—Me preguntaba si podíamos hablar —logro decir entre respiraciones—. Es decir, si tiene tiempo.

—Siempre hay tiempo para mi hermano Leñador —dice con cariño —. Y he estado esperando esta conversación. Vamos, busquemos sombra, ¿sí?

Y, juntos, caminamos hacia el bosque.



CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

Dos meses después

Despierto y veo las paredes de mi cuarto adolescente, que mi madre había convertido en un taller de artesanía cuando me fui a la universidad y que mi padre había podido vaciar hace poco, a pesar de que ella murió hace seis años. Las paredes están vacías y la cama de una plaza es un poco corta, pero he decidido dormir aquí en vez de en el cuarto de huéspedes porque esta habitación tiene una ventana con vistas a la colina ínfima en la esquina de nuestra calle. Me gusta mirarla cuando estoy aquí rezando o haciendo la *lectio*.

Además, tampoco tengo otro sitio donde ir.

Como fontanero, mi padre también madruga, así que, cuando termino de rezar la vigilia, él ya está despertando. Cuando entra en la cocina, ya he preparado café para los dos, y nos sentamos en la mesa en silencio, observando el amanecer sobre el patio, un jardín frondoso con tonos rojos y amarillos otoñales.

—Sabes que eres bienvenido a quedarte aquí —dice después de un momento—. Quedarte en serio. Elegir una habitación mejor, ya

sabes.

—Lo sé —respondo. Creo que a veces él se siente un poco solo, aunque ha empezado lentamente a tener citas con la recepcionista de su empresa de fontanería.

—¿Sean es un buen jefe? Le patearé el trasero si no lo es.

Cuando abandoné el monasterio Sergius, Sean me ofreció un trabajo a media jornada a cargo de los microcréditos de su organización sin fines de lucro. Acepté porque tiene la flexibilidad suficiente para permitirme rezar todas las horas e ir a misa todos los días en la iglesia del padre Jordan, y también me provee de un seguro de salud mientras descifro qué hacer a continuación.

Mientras encuentro mi nuevo camino hacia el pozo.

También significa que recupero mi viejo número de teléfono de manos de Ryan. Hace tiempo, Sean, el jefe, había contratado un plan familiar para los Bell en el área, y cuando me fui al monasterio Sergius, Ryan había heredado mi número. Pero Sean, el jefe, ahora está molesto con el alto nivel de derroche de Bebé Bell, así que ha hecho recortes. Lo que significa que he heredado mi viejo número.

Me he comprado un teléfono nuevo, pero, dado que el número es el mismo que Ryan tuvo durante la universidad, no paro de recibir mensajes que preguntan dónde conseguir marihuana.

También recibo muchos memes que no comprendo por haber pasado demasiados años talando leña.

Después del café y un pequeño desayuno, cojo el autobús hacia la oficina de Sean en el centro, donde trabajo un poco hasta que él llega con sus bebés que podrían formar un equipo de polo, y luego juego con ellas en el suelo mientras él trabaja en su escritorio.

Ahora, Josie trepa sobre mis piernas mientras Amani salta sobre mi estómago una y otra vez y Caro y Martina ríen sin parar.

—¿Hoy es el día? —pregunta Sean, usando el receso para redactar correos electrónicos con ambas manos para variar.

—Es viernes… *UUF* —Caro acaba de saltar también sobre mi estómago, con las rodillas.

—¿Me recuerdas qué tiene de especial el viernes? —pregunta Sean, aún escribiendo; al parecer no ve que sus hijas intentan explotar mis órganos como si fueran globos blandos.

—El viernes tienes tu gala, bobo. Y es en el mismo sitio donde, por primera vez, Elijah y yo...

—LA LA LA —dice Sean, con los ojos en la pantalla de su ordenador—. ¡No quiero escuchar a mi hermanito hablar sobre un revolcón con mi mejor amigo en una gala!

—No nos revolcamos —le digo, mientras me pongo de rodillas para poder arrastrarme sobre ellas hasta el escritorio y susurrar—: Le hice una mamada en la sala de ópera. El revolcón fue después de la gala.

Sean reclina la cabeza hacia atrás mientras aprieta los ojos.

—No necesitaba saberlo, no necesitaba saberlo, no necesitaba saberlo.

Espero a que termine su berrinche y luego digo, con relax forzado:

—Por cierto, ¿cómo está?

—¿Cómo está mi mejor amigo cuyo corazón rompiste hace años y luego volviste a romper en Europa por algún motivo? ¿Ese mejor amigo? ¿Te refieres a él?

Le he explicado muchas veces a Sean que Elijah fue quien rompió mi corazón en Europa, pero no tiene remedio. Es un miembro firme

del equipo Mejor Amigo, y creo que lo será hasta el día del juicio final. E incluso el día del juicio, convencerá a Jesús para que esté de acuerdo con él en que soy el seductor patológico de su mejor amigo.

—Está destrozado, gracias por preguntar —dice Sean, y se enfoca de nuevo en su correo electrónico—. También participa del acto de «No es que me importe la persona a la que amo con desesperación, pero ¿cómo está?». Es menos sutil de lo que crees.

Siento una ola de entusiasmo al saber que Elijah pregunta por mí.

—¿Crees que está destrozado porque aún no he hablado con él? ¿Desde que abandoné el monasterio?

Al parecer, Sean decide rendirse con el correo electrónico y se gira hacia mí con un suspiro.

—Sí, ¿vale? Sí. Creo que desea tanto verte que sería capaz de vender su riñón para hacerlo y no le parecería un precio demasiado alto que pagar. Pero creo que también está destrozado porque te fuiste, porque se siente culpable y cree que es su culpa y que él te ha robado tu manta de apego de Jesús o algo así.

—Sean, sé que estás todo el día rodeado de bebés, pero por favor, no vuelvas a decir manta de apego de Jesús.

Mi hermano continúa, inmutable.

—Pero también creo que estará muy contento de verte el viernes.

Dios, espero. En cuanto me fui del monasterio Sergius hace dos meses, lo único que he querido es ir a verlo. Conducir hasta su apartamento, llamar a su puerta y besarlo hasta el fin del mundo.

Pero estoy haciendo las cosas de un modo un poco diferente en este nuevo camino al pozo. Hago las cosas con paciencia, paciencia que he aprendido en el monasterio, paciencia que he profundizado con él y con Dios.

El viejo Aiden nunca hubiera podido hacerlo.

Lo cual me recuerda que necesito irme para llegar a tiempo a la iglesia del padre Jordan antes de que se prepare para la misa.

Beso a todos los bebés, lanzo una última vez a Martina en el aire y luego cojo mi teléfono.

—Desearía que me dejaras comprarte un par de trajes. —Sean suspira mientras me observa. Ni él ni mi padre tienen nada que encaje con la medida de mis hombros, así que he estado montando atuendos laborales con prendas diversas, unos pantalones elegantes de mi padre y camisas que compré en Khol's.

—No sé cuánto tiempo estaré haciendo esto —le recuerdo. Este trabajo es solo una ayuda temporal hasta que encuentre mi nueva vocación en el mundo—. Y además te permití alquilarme un esmoquin para el viernes, ¿recuerdas?

—Agh, está bien. Tráeme el almuerzo cuando vuelvas, ¿vale? Zenny me envió algo llamado «cuenco de superalimentos», así que necesitaré que me traigas un sándwich con queso. O *bacon*.

—Veré qué puedo hacer —digo y luego me voy, cierro la puerta al salir para evitar que los bebés se escapen para tener una aventura en el edificio. Y luego empiezo a caminar hacia la iglesia de Jordan.

Es un día otoñal precioso, la clase de día que antes me hacía pensar en sidra, leña y fútbol americano, pero ahora me recuerda al aire frío en el jardín cervecero, al aspecto de los árboles brillantes desde la ventana del eremitorio. A dar vueltas por el bar y compartir una botella con otros monjes mientras las hojas ardían en una pila humeante.

La Iglesia lo llama tiempo ordinario. El tiempo entre las temporadas litúrgicamente pesadas de Cuaresma y Adviento.

Pero no hay nada ordinario al respecto. Es perfecto.

La caminata de cinco manzanas aún me desorienta, a pesar de que la he hecho casi todos los días durante el último mes. El ruido de los coches al pasar, la gente que entra y sale de los edificios, la basura, los carteles, las inhalaciones y exhalaciones nerviosas del centro durante las horas laborales.

Me pregunto a dónde va todo el mundo con tanta prisa. Nadie siquiera se detiene cuando el viento sopla las hojas rubíes por la calle, como si fuera un montón de confeti otoñal. Parece que nadie nunca respira.

Que nadie nunca guarda silencio.

Debo recordarme con frecuencia lo que dijo el hermano Connor sobre el arrepentimiento. Porque enseguida me siento arrepentido.

Extraño tanto el monasterio Sergius que duele.

Llego a la iglesia de Jordan, una edificación alta hecha de piedra y vitrales, de más de un siglo de antigüedad, y entro a través de las puertas de madera.

Creo que tal vez tendré que rastrearlo, pero, cuando entro, lo veo de pie al frente del santuario, mirando el crucifijo con las manos entrelazadas detrás de la espalda. El crucifijo es una copia del que tenemos en el monasterio Sergius, así que yo también podría fácilmente pasarme horas observándolo. Me uno a él.

—Conozco a la mujer que los hace —dice el padre Jordan cuando me detengo a su lado.

—¿Los crucifijos?

Asiente.

—Es una escultora de la zona. Muy sensible, muy ermitaña. Pero con un don impresionante, ¿no crees?

Estoy de acuerdo y luego digo:

—No pareces sorprendido de verme.

Me mira, las sombras del santuario hacen que sus ojos parezcan aún más oscuros.

—No lo estoy, Aiden. Estaba esperándote.

—¿Sí?

Asiente y luego se da la vuelta, hace un gesto hacia un banco en la primera fila. Los dos tomamos asiento y, con cierta torpeza, digo:

—Quería hablar contigo sobre algo, pero me he obligado a esperar un poco antes de hacerlo, lo cual es novedoso para mí. Estoy intentando ser paciente ahora en vez de actuar con impulsividad.

—Entiendo. Me encantaría escucharte.

Respiro profundo.

—Este año, he estado luchando con los opuestos. Con las exclusiones. Sé que me hará sonar codicioso, pero no entiendo por qué amar a alguien debe excluirme de la vida litúrgica. He pedido ser oblato en el monasterio Sergius, pero eso básicamente significa que solo lo visitaré de modo ocasional, y que imitaré lo mejor posible la vida monástica aquí. Es un buen comienzo y estoy agradecido de poder mantenerme conectado con lo que fue mi hogar, pero quiero más.

El padre Jordan asiente, como si lo que digo fuera obvio. Por supuesto que es natural querer más.

Me hace sentir menos codicioso. Y quejica.

Alentado por su reacción, continúo:

—Recuerdo que en la Provenza dijiste que intentabas redescubrir el tapiz que existía antes. Que querías hacer más espacio entre los que tomaron los votos y los que no, hallar más maneras de llegar a

Dios. No soy… Escucha. No soy como tú o como Tyler o Zenny. Nunca he sentido que soy la clase de persona que puede hacer cosas nuevas. Como católico, solo he sido bueno haciendo lo que otros determinaron hace muchos siglos que debía hacerse. Pero creo… Creo que se supone que debo hacer esto. Como mínimo, siento la necesidad de hacerlo. Porque no entiendo por qué mi devoción disminuye si tengo sexo. El sexo mejora mi devoción, no la empeora. Y entiendo que siempre habrá valor en el celibato para algunos, pero no es mi caso. No entiendo por qué eso debería excluirme de todo lo demás. —Lo miro—. Quiero ayudarte a encontrar esos otros caminos.

—Está bien —dice, con simplicidad.

—¿Puedo?

—Sí.

—¿La gente *queer* será bienvenida?

—Sí.

—¿Habrá problemas con la Iglesia?

—Es muy probable que sí —responde, pero el sacerdote no parece nervioso al decirlo, solo pensativo—. Pero creo que descubrirás que muchos santos causaron problemas a la Iglesia. Santos que ahora esa misma Iglesia venera.

—Pero yo no soy un santo —digo. Me observa.

—¿No lo eres?

Pero antes de poder reírme de él o pensar en una respuesta que no sea burlona o sarcástica, él posa los ojos en la ventana, admirando la luz. Yo también siento esa sensación interna del tiempo, resultado de años y años de rezar a ciertas horas del día. Casi es momento de la misa.

Se pone de pie y coge su teléfono del bolsillo al hacerlo.

—¿Quieres intercambiar teléfonos antes de que empiece a prepararme para la misa?

—Sí —digo, y también me pongo de pie y tomo mi teléfono—. ¿Cuál es tu número? Te enviaré un mensaje.

Me lo dicta, lo escribo, luego tecleo un «Hola, soy Aiden» y lo envío.

—Listo —digo, buscando en la pantalla del mensaje para añadir el nombre del padre Jordan—. Ahora ya tienes el mío…

Pero dejo de hablar cuando me doy cuenta de que lo que acabo de enviar no es el único mensaje en nuestra historia. Hay un texto encima del mío, enviado hace años. De hecho, hace cinco años.

Enviado a las 3:28 a.m.

—Padre Jordan —digo despacio, alzando la vista del teléfono, y veo que Jordan ya está caminando por el pasillo hacia la sacristía—. Ya recibí un mensaje de este número. Hace años.

El padre Jordan se detiene y me mira.

—Qué coincidencia —dice con calidez.

Y luego sigue caminando rumbo a la sacristía, y me deja solo en el santuario con mi teléfono en mano, y la pantalla aún abierta mostrando el mensaje que me salvó la vida.

Alzo los ojos hacia las colinas.



CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

Sean obliga sin vergüenza alguna a todos sus amigos, conocidos y excompañeros de trabajo a asistir a su evento de beneficencia, y, cuando llego una hora después de que haya empezado, el sitio está lleno de personas demasiado adineradas para su propio bien.

La fachada de cristal de cuatro pisos del Centro Kauffman tiene vistas al cielo oscuro y a una ciudad brillante bajo él. Desde mi posición junto a la ventana, veo el modo en que la ciudad se eleva en una colina, coronada por la aguja pálida del Liberty Memorial. Parece apuntalar el cielo.

«Por favor, Dios», digo en silencio en dirección a la colina. «Por favor, acompáñame esta noche».

Después de mi plegaria, uso con discreción mi reflejo en el cristal para asegurarme de que voy bien (el esmoquin me queda bien, pero me siento tonto usándolo, y me he afeitado, así que es raro ver mi mandíbula desnuda) y entonces lo veo.

De pie en medio de la sala con una copa de champán que apenas ha tocado, escuchando a los invitados conversar con entusiasmo con

su hermana.

Me doy la vuelta para verlo mejor, y quedo sin aliento. Al haberlo visto reflejado en un cristal oscuro primero, la realidad en comparación es deslumbrante. Incluso con la tensión en la mandíbula y la indiferencia en los ojos, es precioso. Su esmoquin realza sus piernas largas y su cadera angosta, y la chaqueta acentúa su torso esbelto y la firmeza de su pecho. Es pura geometría esa noche, el borde afilado de la chaqueta crea una caída precisa desde el inferior de su cuello hasta el borde de sus hombros, y tiene las puntas marcadas de su labio superior y las comisuras de la boca en una línea recta. Incluso el movimiento casual y singular de su ceja mientras escucha podría haber sido dibujado con una escala y un compás.

Al parecer se cansa de la conversación vana que está escuchando y alza el champán a su boca. Y entonces, me ve.

Se paraliza así, con el borde de la copa sobre el labio inferior, con los ojos oscuros abiertos de par en par mientras mira los míos.

Hago una última plegaria a Dios, y luego avanzo entre la multitud en dirección a él, maniobrando con la mayor elegancia que puedo al tener el tamaño de un armario. Llego a él, y, luego, porque todavía parece paralizado, le quito la copa con delicadeza de los dedos.

Permite que lo haga, traga saliva cuando nuestros dedos se rozan. Traga más cuando presiono el mismo borde que había estado sobre su boca sobre la mía y bebo un sorbo largo.

—Hola, Elijah —digo, acercándome para que la gente a nuestro alrededor no nos escuche. Zenny me guiña un ojo rápido y luego empieza un nuevo tema de conversación sobre su centro de partos

que capta la atención de todos—. Estás increíble esta noche. ¿Qué harás después?

Veo que su nuez de Adán sube y baja y el destello de sus ojos mientras observa mi rostro. Y luego, susurra, casi con vacilación:

—Aiden, ¿estás coqueteando conmigo?

Hago lo mismo que hice esa noche en la que estuvimos juntos hace seis años. Le sonrío.

Y una vez más, la nuez de Adán sube y baja sobre la pajarita perfectamente anudada en la base de su garganta.

—Tengo unos minutos —dice—. Conozco un sitio donde ponernos al día.

—Me encanta ponerme al día —digo, y, al igual que esa noche, nos abrimos paso por el vestíbulo y subimos por una de las pasarelas que llevan a las entradas de los palcos. La puerta ni siquiera se ha cerrado detrás de nosotros y ya lo tengo contra la pared, mi boca ardiente y necesitada sobre la suya.

Emite un sonido grave en nuestro beso, un sonido que en general surge con mordiscos y sábanas enredadas, y sujeta las solapas de mi esmoquin para apretarme más contra él.

Como si yo necesitara ese aliento. Ya tengo mis zapatos de vestir alrededor de los de él, mi cadera sobre la suya, mis manos a los costados de su cabeza. Lamo su labio superior hasta que abre la boca para mí y luego saqueo su interior, buscando con el calor de semanas, meses y años. Y él me besa con el mismo ardor, su deseo es palpable a través de las capas de nuestra ropa, y solo quiero hacerle una mamada ahora mismo, al carajo todo lo que no hemos dicho, al carajo todo el dolor entre los dos. Solo quiero verlo jadear, tensarse y maldecir por lo bajo. Solo quiero que nuestra distancia,

nuestra separación, se disuelva, exterminada por la clase de conexión que es imposible de ignorar.

«Paciencia», me recuerdo. Si los últimos cinco años me dieron algo más que Dios, fue eso, y necesito usarla. Y, además, Elijah y yo nunca tuvimos dificultades en esta área. Todo siempre tenía sentido absoluto cuando estábamos excitados y temblando de placer.

Eran otras partes las que necesitaban reparación. Madurar, quizás, como el vino.

Concluyo nuestro beso despacio, tan lento que dudo si lo haré o no, pero de algún modo logro apartar mi boca de la suya. Me genera dolor físico, y todo mi cuerpo anhela de nuevo el contacto, me recuerda con cada latido de mi corazón lo cercano que está a mí, lo atractivo que está en ese auditorio poco iluminado, lo bien que sienta su barba incipiente sobre mis labios y dientes cuando lo beso y mordisqueo su mandíbula.

—Abandonaste el monasterio —susurra.

—Sí.

—¿Por mí?

Veo la esperanza y el miedo en sus ojos, y lo entiendo, entiendo ambos.

—Lo que escribiste en el artículo —digo, en vez de responder—. Al final, sobre que la paciencia te dio el mejor regalo que recibirás en la vida…

Muerde una de sus comisuras.

—Me refería a nuestro viaje, Aiden. A nuestro tiempo juntos cuando creíamos que nunca más volveríamos a tenerlo. Nunca pensé… No lo escribí pensando que te irías… No quería que lo abandonaras por mí…

Siento el pánico que lo recorre, y me acerco para besar su mejilla, la parte cálida, suave y prominente sobre la línea de su cuello.

—Shh —lo tranquilizo—, shh. No me refería a eso. Lo que digo es que leí tus palabras y me hicieron ver que yo también podía recibir un gran regalo, si lograba ejercitar la paciencia.

Se paraliza un poco, pero sus cejas gruesas están fruncidas y hay una línea profunda entre ellas, que también beso.

—Aiden… —Hace silencio, sus ojos están clavados en los míos y vidriosos por la emoción—. Me siento atrapado. Hablaba en serio cuando hablé sobre competir con Dios, pero tampoco puedo rechazarte. Si estás aquí, entonces no puedo… No soy tan noble como para alejarte de nuevo. Y cuando había escuchado que abandonaste el monasterio… no imaginas lo difícil que fue para mí no buscarte de inmediato. Suplicarte que me perdonaras y que me besaras de nuevo, y cada día que no lo hacía parecía durar cien años.

Me gusta oírlo y se lo digo, lo susurro sobre su oreja antes de morder despacio su lóbulo. Retrocedo y recorro la línea de su boca perturbada con mi pulgar.

—Hubo un motivo por el que no fui a buscarte de inmediato, y fue para poder estar aquí y decirte esto: todavía estoy sano y bien después de ocho semanas lejos del monasterio, y estoy bajo la supervisión estricta de la doctora Rosie para asegurarme de que permaneceré así. Estoy ayudando al padre Jordan a explorar un modo de vida monástica y liturgia accesible para todo el mundo, así que también he encontrado una vocación aquí. Y, lo más importante, no necesitas competir con Dios. Lamento tanto que alguna vez te haya hecho pensar que lo era, y lamento no haber podido decirte la

verdad antes. Pero nunca podrías competir con Dios porque los dos os magnificáis mutuamente en mi corazón. Sé que Dios y yo nos sentimos más conectados profundamente gracias a ti.

Encuentro su mano y la presiono sobre mi corazón, sobre el escapulario invisible que siempre llevaré por él. El brillo vidrioso de sus ojos ahora ha empezado a gotear, y las lágrimas caen sobre sus mejillas perfectas.

—Tú me acercas más a Dios, Elijah —le digo con dulzura—. Solo con existir.

Inclina la cabeza, aprieta los dedos un poco sobre mi chaqueta, como si deseara poder penetrar mi piel y mis músculos para tocar el órgano que incluso ahora late con fervor por él.

—Es lo único que quería escuchar —confiesa, aún sin mirarme—. ¿Cómo sé si es real? ¿Cómo sé si durará?

—Paciencia —digo—. Tú fuiste quien escribió al respecto.

Por fin levanta la vista, las lágrimas aún ruedan sobre su rostro y caen por su mandíbula.

—Parece demasiado bueno para ser real. Como si brotara un río de una cabeza herida. ¿Cómo es posible que algo hermoso surja del desastre que hemos hecho?

Beso una de sus lágrimas y luego presiono mis dedos bajo su mentón y alzo su rostro hacia el mío. Froto con mi pulgar el sutil hoyuelo que tiene, mientras le doy mi mejor sonrisa al estilo de Aiden Bell: la que solía conseguirme todo lo que quería, cualquier cosa en el mundo entero.

—Tengo una idea —digo con picardía, disfrutando el cambio en la respiración de Elijah ante mi sonrisa demoledora—. ¿Y si jugamos un juego?

—Un juego —susurra, el primer atisbo de sonrisa vuelve a su boca.

—Un juego —confirmo—. Y si… ¿Y si nos vamos juntos de aquí esta noche?

—Me gusta cómo suena —dice con tono cauteloso, pero su sonrisa crece.

—¿Y si luego decidimos intentarlo otra vez? ¿Sabiendo que llevará tiempo, que tal vez tengamos miedo, que habrá partes difíciles, pero con la certeza de que ya hemos vivido cosas peores?

—Me encanta cómo suena este juego —responde con dulzura.

—Y si… —digo, mis dedos permanecen debajo de su mentón para mantenerlo quieto durante el beso más lento y dulce que soy capaz de darle—. ¿Y si nos amamos mutuamente hasta ser viejos y tener canas?

Aprieta más fuerte la mano sobre mi pecho. Sobre mi corazón.

—Está bien, Aiden Bell, exmonje —dice—. Yo también tengo un juego que proponerte.

—¿Cuál?

Me ofrece una sonrisa que hace que me alegre mucho de haber renunciado al uso de mi jaula. Su mano empieza a bajar hasta mi cremallera mientras pregunta:

—¿Y si empezamos ahora mismo?



EPÍLOGO

De la revista Mode

Nos casamos un día lluvioso de octubre, el tipo de día lluvioso que da ganas de estar en la biblioteca de una universidad o acurrucado en un sillón grande con sidra caliente y un libro grueso. Por supuesto, me recordó más que nada al monasterio irlandés donde me di cuenta de que no solo estaba enamorado de mi ex, sino de que era un amor incondicional por el que sacrificaría cualquier cosa. Así que sentí que una parte de ese viaje profético nos acompañó mientras decíamos nuestros votos y jurábamos amarnos para siempre, sobre todo, con paciencia.

Su hermano, un exsacerdote (sí, sin duda hay patrones en esta familia), guio la ceremonia, que fue en el mismo lugar donde nos unimos por primera y última vez. Mi esposo lo eligió porque quería ver las colinas a lo lejos mientras me decía sus votos. Acepté porque

no puedo negarle nada, y también porque conseguí un muy buen descuento en el alquiler.

Mi hermana y el hermano de Aiden asistieron con sus bebés, que ahora son cinco en total. Mis padres también estuvieron allí, y mi padre lloró tanto que mi madre tuvo que darle un pañuelo durante la ceremonia.

Todos los amigos de siempre y los colegas estuvieron allí, y quizás lo más sorprendente fue el grupo de monjes que había conducido desde el monasterio Sergius para ver a su hermano Leñador por fin decir algún tipo de voto. Creo que, de todas las bodas en esta ciudad, puedo afirmar con certeza que la mía tuvo la mayor cantidad de monjes benedictinos. Todos lloraron más que mi padre.

Cuando te casas con alguien que ha sido monje, aprendes a esperar ciertas cosas: que rezará a todas horas del día y de lo que la mayoría de la gente llamaría la noche, que deseará estar afuera incluso cuando hace un calor abrasador o cuando está helado, o que no hay ninguna cantidad de privaciones o frustraciones que lo hagan perder el temple (excepto cuando se trata de mí; en ese caso, la más ínfima privación lo hace gimotear como un cachorro hasta que vuelvo a sus brazos).

Aprendes que su devoción por ti será abrumadora y feroz. Aprendes que lo sagrado que has mantenido lejos desde que te convertiste en adulto te ha estado esperando pacientemente todo este tiempo, y que ha usado al hombre que amas para hablarte de nuevo con su voz pequeña y tranquila.

Por supuesto que casarse es la parte fácil; permanecer casado en general es donde la mayoría encontramos problemas, pero, después de una historia de amor que ha incluido breviarios, votos, un viaje

europeo para catar cerveza y a Dios, literalmente, creo que pueden perdonarnos por tener esperanza. Además, ya lo amo como se ama en la eternidad.

Ya lo amo como si la eternidad estuviera en el espejo retrovisor.

Ya lo amo como sea.

«Los votos después de los votos: Mi boda con un exmonje», Elijah Iverson



NOTA DE LA AUTORA

Todos mis libros son desenterrados de mi cerebro, pero *Santo* es un libro muy íntimo porque incluye los efectos de la depresión y los pensamientos suicidas. Si tú o alguien que conoces está teniendo pensamientos relacionados con autolesionarse o el suicidio, por favor visita la web de *National Suicide Prevention Lifeline* con un chat de asistencia disponible 24 horas o recursos, o llama al 1-800-273-8255, una línea de asistencia con disponibilidad las 24 horas llena de gente preparada para escuchar.

Espero que *Santo* demuestre lo que he aprendido, que es que no hay oscuridad que dure para siempre, y que somos mucho más que la química de nuestro cerebro: también somos espíritu y corazón. Y, para mis amigos que han experimentado algo relacionado con lo que Aiden debe vivir: os necesitamos en el mundo. Necesitamos vuestras voces, vuestros ojos, vuestros cuerpos y vuestras almas.

Sois hermosos, y me honra compartir este planeta con todos vosotros.



Al igual que *Padre* y *Pecador*, los lugares donde *Santo* transcurre están inspirados por sitios reales, pero todos son producto de mi imaginación. El monasterio Sergius está basado libremente en las abadías benedictinas que tenemos en el Medio Oeste de Estados Unidos (Conception, St. Benedict y Saint Meinrad entre otras) y está ubicado vagamente al pie de las Flint Hills. Semois es una combinación de Orval y Rochefort, y Notre Dame des Fontaines es básicamente una versión alternativa de Abbaye de Sénanque, pero con arroyos y cerveza con miel. La historia de la cerveza más especial del mundo no pertenece a mi monasterio bonito, pero inventado, sino al monasterio Saint-Sixtus y sus famosas rubias Westvleteren, 8 y 12.

Santa Columba, sin embargo, es completamente fantasía, dado que la mayoría de los monasterios irlandeses contemporáneos no están toscamente posados en un acantilado con vistas al mar.

Hay otro par de detalles que los entusiastas de los monasterios podrían notar: las Horas Mayores y Menores del Oficio Diario a veces reciben nombres diferentes en distintas abadías, según sus propias tradiciones a nivel interno o de orden. He decidido llamarlas por sus nombres latinos más tradicionales por la muy importante razón de que para mí esos nombres son los que suenan más geniales. Del mismo modo, me he tomado algunas libertades con los grados de silencio observados en los monasterios trapenses, ya que el silencio no es absoluto (los monjes trapenses siempre pueden hablar con sus abades y priores y, por lo general, se les permite comunicarse sobre el trabajo). Además, mi investigación indicó que hay muchas

excepciones a la observación del silencio, en especial cuando hay visitantes (como Aiden y Elijah).

Hay algunas otras cosas en las que me he tomado libertades, como el consumo de carne, en cuyo caso fue para poder transmitir mejor el espíritu de la tradición culinaria regional.

Los lectores atentos también notarán que hay algunas discrepancias temporales entre *Santo* y los primeros dos libros de la saga. Esto es por motivos creativos egoístas: quería que Aiden estuviera más cerca de hacer sus votos solemnes, y eso implicaba un salto cronológico de seis años entre *Santo* y *Pecador*, si bien Pecador se publicó solo tres años antes que este libro.

Y, por último, estoy en deuda con muchos trabajos de no ficción, incluyendo:

The Cloister Walk, de Kathleen Norris

How to Do Nothing, de Jenny Odell

In Praise of the Useless Life, de Paul Quenon, O.C.S.O.

Monasticism, de Stephen J. Davis

A Monk in the World, de Wayne Teasdale

Radical Love, del padre Patrick S. Cheng

The Seven Storey Mountain, de Thomas Merton

Trappist Beer Travels, de Caroline Wallace, Sarah Wood, y Jessica Deahl

Y sí, en caso de que te lo preguntes, ¡el padre Jordan tendrá su propia historia!

(Y quizás Ryan también…)

AGRADECIMIENTOS

Dos voces fueron de inmensa utilidad para parir este libro tan largo y angustioso. Gracias de todo corazón a Tessa Gratton y Erica Russikoff por sus ideas sobre los personajes, la narrativa y la salud mental. Este libro no sería lo que es sin su generosidad, instinto y talento para narrar.

Le debo otro profundo agradecimiento a C. G. Burnette, Lexi Roark y T. J. Turner por su ayuda colectiva en todo, desde traducciones de la Biblia hasta la visión periodística de Elijah, que fueron las partes más emocionalmente desgarradoras de leer. ¡Gracias desde el fondo de mi corazón amante eterno de la NIV!

Gracias a Michele Ficht por su ojo atento, a Cait Greer por un hermoso libro de tapa blanda y al fotógrafo Stevan Reyes y la diseñadora Hang Le por darle a Aiden la portada perfecta.

Gratitud eterna a Candi Kane, Serena McDonald, Melissa Gaston y Ashley Lindemann por su apoyo constante, por su entusiasmo y sus habilidades en publicidad. ¡Además, le debo una enorme deuda a Kenya Goree-Bell por ser mi compañera de carrera vampírica durante todo el proceso de este libro!

Escribir un libro tan íntimo significó mucho llanto con amigos, y estoy en deuda con Julie Murphy, Nana Malone y Ashley Lindemann

por soportar la peor parte de mi angustia artística de tipo 4/INFP. También tengo que reconocer las amistades maravillosas y creativamente enriquecedoras de Natalie Parker, Tessa Gratton, Kenya Goree-Bell, Becca Mysoor, Kennedy Ryan, C. G. Burnette, Jean Siska, Skye Warren, Katee Robert, Kayti McGee, Kyla Linde, Giana Darling, Adriana Herrera, Joanna Shupe, Eva Leigh, Nicola Davidson y cualquier otra persona que me haya escuchado quejarme en los últimos meses sobre lo terrible que soy en mi trabajo.

También estoy muy feliz de que Louisa Whitfield-Smith me haya contado una vez una historia sobre monjes saltando en enormes pelotas de goma mientras estaba en un retiro. Los monjes felices, amables y reflexivos del monasterio Sergius están inspirados en sus historias de retiros y en su propia felicidad, amabilidad y consideración.

A mi eterno héroe romántico, el señor Simone: gracias por tu apoyo incondicional, tu aliento y tus abrazos que inducen oxitocina. Y gracias al resto de mi familia por no protestar ante mis libros excéntricos, y también por dejarme asistir a barbacoas, exhibiciones de fuegos artificiales y reuniones familiares con un portátil siempre en equilibrio sobre mis piernas.

He estado pensando sobre cómo escribir *Santo* desde que terminé *Pecador* en 2018, lo que… no ha sido precisamente poco tiempo. Así que mi última deuda es con vosotros, mis amigos. Gracias por vuestra paciencia al permitirme encontrar la historia adecuada para Aiden y Elijah, y por darme el tiempo de descubrir la necesidad espiritual de otro hermano Bell travieso.

Gracias por viajar a los monasterios conmigo. Os amo de ese modo. Os amo así.

¡Os amo como seáis!

Índice

Prólogo
Kansas
- Capítulo uno
- Capítulo dos
- Capítulo tres
- Capítulo cuatro
- Capítulo cinco
- Capítulo seis
- Capítulo siete
- Capítulo ocho
- Capítulo nueve
- Capítulo diez
- Capítulo once
- Capítulo doce
- Capítulo trece
- Capítulo catorce
- Capítulo quince
- Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Bélgica
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Francia
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos

Capítulo cuarenta y tres
Irlanda
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Capítulo cincuenta y uno
Kansas
Capítulo cincuenta y dos
Capítulo cincuenta y tres
Capítulo cincuenta y cuatro
Capítulo cincuenta y cinco
Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos

Título original: *Saint*
Traducción del inglés: Daniela Rocío Taboada
Imagen de cubierta: Vitaly Dorokhov
Diseño de cubierta: Letitia Hasser: RBA Designs
Conversión a formato digital: Estudio eBook

Edición revisada y adaptada

Primera edición: septiembre de 2025

© 2018, Sierra Simone
© 2025, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
Balmes 188, 08006 Barcelona - **www.vreuropa.es**

Publicado bajo acuerdo con Folio Literary Management LLC y la Agencia Literaria International Editors & Yáñez Co.

Todos los derechos reservados.
Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

ISBN: 979-13-87601-49-2

EUROPA

Seguinos

VReuropa



Wink, Poppy, Midnight

Tucholke, April Genevieve
9788412214857
224

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En todas las historias hay un HÉROE.

En todas las historias hay un VILLANO

En todas las historias hay un MISTERIO.

Wink es la chica rara y enigmática del vecindario. La chica que lee demasiado.

Poppy es la rubia arrogante y manipuladora que consigue todo lo que se propone. La chica que se quiere demasiado.

Midnight es el chico dulce y sensible que duda demasiado. Está atrapado entre las dos.

Deja que las voces de los tres protagonistas te sumerjan en una trama que, como todas las historias, gira en torno al amor, la justicia y la venganza. Deja que la tentadora prosa de April Genevieve Tucholke despierte tus sentidos y te acune ahí donde se cruzan verdad, mentira, magia y realidad.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La inexplicable lógica de mi vida

Sáinz, Benjamin Alire

9788412214840

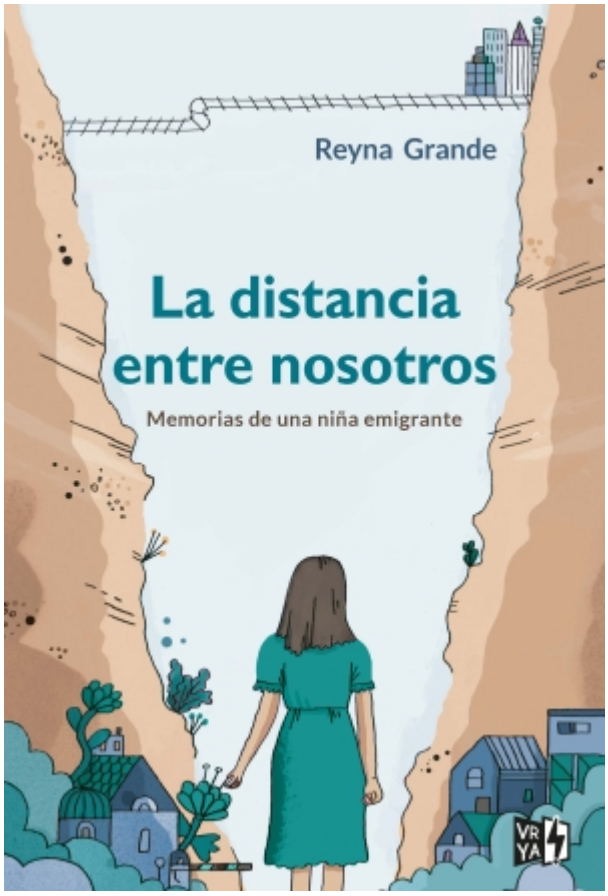
456

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Sáenz explora las relaciones de un estudiante de bachillerato a punto de graduarse, en una historia de aprendizaje y crecimiento llena de calidez y compasión.

Ha llegado el otoño y, con él, el último año de instituto. Según su inseparable Sam, para Salvador y ella empieza la vida. La universidad y la madurez son promesas a punto de cumplirse. Salvador sabe que todo va a cambiar, pero no sospecha hasta qué punto. Ya el primer día de clase se descubre pegando a un chico que ha insultado a su padre. Jamás había sentido esa violencia. ¿Habrán aflorado los genes del desconocido padre biológico?
A golpe de desilusiones, conflictos y pérdidas, el mundo de Salvador y sus amigos se transforma vertiginosamente. Él desea reconstruirlo, en busca de una nueva lógica que explique su vida. En el camino dejará mucho atrás, pero también ganará. Aprenderá a identificar y vencer los miedos, y dará con una reconfortante certeza: el amor incondicional existe.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La distancia entre nosotros

Grande, Reyna
9788412214826
336

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Hay libros que nos transforman.

Hay libros que ayudan a mejorar el mundo.

Este es uno de ellos.

Reyna tiene cuatro años y vive con su madre y sus dos hermanos en Guerrero, el segundo estado más pobre de México. Ya no recuerda a su padre, que emigró en busca de trabajo a Estados Unidos, El Otro Lado. Un día, su madre decide arriesgarse a cruzar la frontera para reunirse con él. Promete volver pronto con dinero suficiente para construir la casa de sus sueños y deja a los niños con la abuela paterna, una mujer cruel, endurecida por la vida.

Sin embargo, pasan los años y la promesa del regreso no se cumple. ¿Se han olvidado de ellos? ¿Ya no los quieren? La distancia resulta insoportable, hasta que por fin reaparece el padre y logra llevarlos clandestinamente hasta El Otro Lado. Pero ahí las cosas no son como Reyna esperaba: entre ella y su entorno se abre una terrible distancia emocional. Por suerte, halla consuelo en sus hermanos, la literatura y su imaginación.

Con una autenticidad y una fuerza irresistibles, Reyna Grande nos ofrece una extraordinaria historia de superación y da voz a los cientos de miles de niños que, con sus miedos y sus ilusiones, se ven obligados a abandonarlo todo para llegar a su Otro Lado.

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Este libro debería ser de lectura obligatoria en las universidades, o mejor aún, para los miembros del Congreso de Estados Unidos." ***The Washington Independent Review of Books***

"Una autobiografía cautivadora e inspiradora [...] Cuenta sin victimismo y con elegancia el dolor de una familia golpeada por continuas separaciones y traumas." ***Publishers Weekly,*** reseña destacada

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Una historia profunda que ensalza el poder de la determinación y el amor por los libros." ***Los Angeles Review of Books***

"Un libro de una sinceridad brutal [...] *Las cenizas de Ángela* de la experiencia del inmigrante mexicano." ***Los Angeles Times***

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Creo en una cosa llamada amor

Goo, Maurene
9788412095098
320

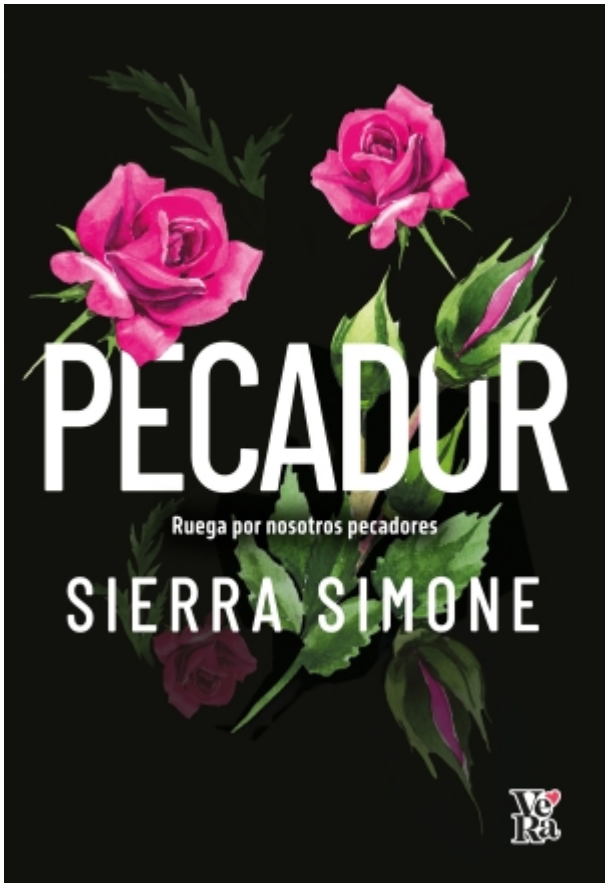
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Puedes lograr cualquier cosa si sigues un plan. Incluso enamorarte.

Desi es una chica equilibrada, casi perfecta, un ejemplo a seguir, que sobresale en todos los ámbitos de la vida excepto uno. ¿Lo adivinas? Sí, el amor: ella cree firmemente en él, pero a la práctica es torpe, incluso catastrófica, un eficaz imán para las situaciones humillantes.

Cuando conoce a Luca, siente un flechazo de película. ¿Qué hacer? No podría soportar otro fracaso. Entonces llega la gran revelación: la clave está en las series coreanas que su padre devora. ¡Es una cuestión de método, y ese es su mayor talento! Así, analizado minuciosamente lo que ocurre en los doramas, prepara un plan infalible para conquistar el corazón de su amado. Al fin y al cabo, su poder de organización nunca le ha fallado, y todas las series tienen un final feliz, ¿verdad?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Pecador

Simone, Sierra
9791387601126
408

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Él lleva una vida de pecado y ella está comprometida con una vida de virtud.

Sean Bell no es un buen hombre y nunca ha pretendido serlo. No cree en la bondad, ni en Dios, ni en ningún final feliz que no se

pague por adelantado. Hay palabras para hombres como él: **playboy, mujeriego o Casanova**. Cuando **conoce a una preciosa chica universitaria** en una recaudación de fondos, no tiene ningún problema en decirle exactamente qué cosas sucias quiere hacerle, hasta que se da cuenta de que es **la hermana pequeña de su mejor amigo**, Zenobia «Zenny» Iverson, que ya es toda una mujer. **Y peor aún, estáa punto de convertirse en monja**… Zenny, sin embargo, quiere estar segura durante su último mes de libertad. Asegurarse de que elegir a Dios es el camino correcto y, para conseguirlo, le pide a Sean que le muestre todas las tentaciones carnales que está dejando atrás. Incapaz de negarse, Sean se enamora de ella, en cuerpo y alma, y cuestiona no sólo la moralidad que ha evadido durante años, sino también su relación con el Dios con quien Zenny se ha comprometido. El único problema es... ¿qué pasa si Sean quiere que Zenny lo elija a él?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Sierra Simone
Portada
Dedicatoria
Epígrafe
Prólogo
Kansas
- Capítulo uno
- Capítulo dos
- Capítulo tres
- Capítulo cuatro
- Capítulo cinco
- Capítulo seis
- Capítulo siete
- Capítulo ocho
- Capítulo nueve
- Capítulo diez
- Capítulo once
- Capítulo doce
- Capítulo trece
- Capítulo catorce
- Capítulo quince
- Capítulo dieciséis
- Capítulo diecisiete
- Capítulo dieciocho
- Capítulo diecinueve
- Capítulo veinte

Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Bélgica
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Francia
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Irlanda
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Capítulo cincuenta y uno
Kansas
Capítulo cincuenta y dos
Capítulo cincuenta y tres

Capítulo cincuenta y cuatro
Capítulo cincuenta y cinco
Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos
Índice
Créditos